

JUAN GÓMEZ

LAS CUEVAS Y SUS MISTERIOS

III PREMIO ENIGMAS

PROLOGO DE
JOSE MANUEL
GARCÍA BAUTISTA

Luciérnaga

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo, de José Manuel García

Bautista

Introducción, La luz al final del
túnel

1. El amanecer del hombre

2. La cueva de El Castillo. Un
enigma...

3. Los seres de la cueva

4. Cuevas, hogar de gigantes

5. Cuevas milagrosas

6. Cuevas malditas

7. Islandia

8. Rituales y sociedades secretas

en cuevas

9. Necrofobia

10. Cuevas sumergidas. Fantasmas

bajo el agua

11. El misterio de los agujeros

azules

12. El tesoro de los moros

13. Leyendas no tan urbanas bajo

tierra

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir
este eBook**

Visita
Planetadelibros.com
y descubre una
nueva forma de
disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas
publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de
libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del
libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Las cuevas son el génesis donde han surgido todo tipo de misterios. Desde antiguo se creían de ellas que eran puertas al infierno y que adentrarse en su oscuridad era viajar al auténtico inframundo. No son pocos los que afirman que estos lugares son portales a otros mundos donde habitan criaturas legendarias, mitológicas o terribles, e incluso las poseedoras de fabulosos tesoros a la espera de ser encontrados. Juan Gómez ha viajado por

todo el mundo. Sus pesquisas le han llevado a contactar con protagonistas de historias increíbles desde Nevada hasta Tailandia, desde los primeros albores de la humanidad en cuevas como la de El Castillo en Cantabria, hasta la búsqueda de vampiros e incluso gigantes en Honduras.

JUAN GÓMEZ

**LAS CUEVAS
Y SUS
MISTERIOS**

**III PREMIO
ENIGMAS**

PRÓLOGO DE
JOSE MANUEL GARCÍA BAUTISTA



Ediciones
Luciérnaga

PRÓLOGO

Siempre me han llamado la atención las pinturas rupestres, el rudimentario arte que demostraban aquellos artistas de hace miles de años resulta fascinante. Desde la simplicidad trataban de dejar su huella en su vida diaria sin saber que esa huella iba a ser parte de la Historia de la Humanidad. Primitivos ancestros cuya principal ocupación todo el día (y la noche) era tratar de sobrevivir

cazando, recolectando o protegiéndose de la noche y los depredadores al abrigo de una confortable, para ellos, cueva, que era su hogar.

Resulta sobrecogedor contemplar como hace miles de años, empleando carbón, barro y algún otro elemento natural, se sirvieron de las desoladas «paredes» de una cueva para dibujar sus logros cazando, los animales que perseguían o la forma de subsistir que tenían, para al final, como elemento común dejar una huella, una palma de la mano monocromática que sugiriera más de lo que nos podemos imaginar.

Más allá de su significado cotidiano, más allá de todo lo que pudieran transmitir dentro de su simpleza había algo más, un fondo ritual, un fondo mágico, eterno, que más allá de la Vida, que más allá de la Historia, dejara un mensaje por descifrar, un sentimiento plasmado en la roca o, simplemente, un deseo, una aspiración.

En España tenemos, quizás, las mejores muestras de todo ello; viajar a Cantabria, viajar a la cornisa norte de nuestro país, es viajar en el tiempo, retroceder al tiempo de nuestros ancestros cuando entramos en uno de estos santuarios rupestres y nos dejamos llevar por la imaginación y por todo lo

que evocan mil esbozos rupestres que mudos resuenan en nuestra cabeza como aquel rompecabezas que no acabamos de encajar...

Pero el Arte rupestre tiene mucho más y la fascinación llega a cotas insospechadas en aquellos que dedican buena parte de su vida a tratar de resolver ese misterio eterno, ese misterio de la Vida. Uno de esos apasionados es un tipo grande de corazón y de alma, un cántabro fascinante que tiene el poder de la palabra y la firmeza en sus actos, su nombre es Juan Gómez y es el autor del libro, de este libro, cuya aventura va a vivir página a página junto a él. No hay

mejor guía ni mejor amigo para que, de su mano, se adentre por el mágico mundo de las cuevas y del arte, del vestigio humano en forma pictórica hace miles de años y el mensaje que nos trataron de dejar.

¿Qué más nos querían decir? ¿Por qué, a veces, esas enigmáticas formas como pinturas casi etéreas? ¿Tenían algún propósito ritual? ¿Tenían algún objetivo oculto? ¿Hay elementos comunes en esas pinturas? ¿Había casi una conexión «cósmica» entre aquellos que pintaron cuevas en diferentes zonas del mundo? Son sólo algunas de las preguntas que se me ocurren pero que Juan Gómez ampliará y tratará de

contestar porque ese es su mundo, esa es su vida y ese es el terreno donde mejor se mueve.

Viajero empedernido, soñador inconformista, aventurero apasionado, pero sobre todo buena persona, que más allá del fervor que siente por este tema sabrá distinguir el «grano» de la «paja» y conducirle, en este viaje apasionante no sólo por el mundo rupestre, no sólo por una época simple y, a la vez, compleja, no sólo por la magia, el mito y el rito sino también por una parte tan importante como desconocida de nuestra Historia.

Tuve la suerte de conocer a Juan Gómez en el transcurso de unas jornadas de misterio a las que ambos acudíamos como ponentes, teníamos el uno del otro referencias, nos separaban casi mil kilómetros de distancia, los que pueden separar Sevilla de Santander, pero de aquel encuentro casual surgió una profunda amistad en la que esos mil kilómetros se convirtieron en diez centímetros, los que puede tener la pantalla de un móvil. En este tiempo Juan me ha enseñado a mirar más allá del simple esbozo rupestre, más allá de la simple curiosidad primitiva, más allá de nosotros mismos... Ha despertado en mí la pasión por un tema del que creía

que no iba más allá y, sin embargo, tiene

mucho «más allá» aunque represente un misterio eterno que, quizás, jamás sea resuelto.

Viajé a Argelia, contemplé el milagro de Tassili, admiré sus pinturas, miré más allá de lo que su «tosco» autor trató de decir... Me quedé fascinado y esa misma fascinación es la que sentirá a cada golpe de hoja, a cada momento de respiración en uno de estos lugares que te deja sin aire... Ya nada será igual, regresar a las cuevas de Altamira supuso un antes y un después, un «reseteo» mental para saber que hay mucho más de lo que nos cuentan y, ahora, es el momento en el que Juan Gómez le va a contar lo que su

imaginación sólo intuye y lo que puede ser tildado de «oficialmente imposible»... Lo paradójico es que está plasmado en el interior de una cueva y tiene miles de años.

Tras un gran hombre, dicen, «siempre hay una gran mujer», y es que este viaje mi amigo cántabro no lo inició sólo y tiene una importante musa, una fuente de inspiración inagotable que le anima y conquista para ir más allá... ¡Qué importante es el apoyo para seguir adelante con empresas tan delicadas!

Cuando acabe la última hoja de este «diario» del misterio rupestre le garantizo que, más allá de toda consideración, verá de otra forma

aquello que las clases de Historia le enseñaron y comprenderá que hubiera sido una suerte haber tenido a un profesor como Juan Gómez para llevarle, de la mano, a un mundo olvidado con muchos secretos por desvelar. Comience pues la aventura y disfrute de cada momento porque la vida se vive y se mide por momentos y estos van a ser únicos.

Recién aterrizado de Tassili (Argelia)
y dispuesto a emprender un viaje a
Bogotá (Colombia)
buscando el misterio en un caluroso
verano,
JOSE MANUEL GARCÍA BAUTISTA

INTRODUCCIÓN

LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Más libros gratis en www.DDMIX.net

El niño, aún nonato, permanece en el útero de la madre a la espera del momento en que, el mundo que conoce, se transforme para siempre. Sus sentidos apenas le ofrecen información de la realidad que le espera. Una realidad

que, sin saberlo, se encuentra a escasos centímetros de la piel de su madre. Desde su oscuro cubículo, tan solo es capaz de percibir el eco ahogado de sonidos inidentificables provenientes de un exterior del cual ni siquiera es consciente de que existe. Sin embargo, el niño está cómodo en esa oscuridad, ha sido su abrigo, su refugio, le ha envuelto durante nueve meses, en definitiva, se ha convertido en su hogar. Una oscuridad que es, como mencionaba, tan solo rota por las diferentes percepciones auditivas provenientes del exterior. Si ese niño pudiera racionalizar su situación ¿qué pensaría? ¿Acaso se cuestionaría la

procedencia de esos sonidos? ¿Sabría identificarlos? ¿Sabría realmente su situación y donde se encuentra? Lo cierto es que ese niño que está a punto de nacer mantiene los ojos cerrados, su naturaleza no le permite abrirlos en ese entorno. Es cierto que los ojos le sirven para ver, pero ¿qué necesidad hay de hacerlo cuando es la oscuridad la que te envuelve? Solo su sentido visual despertará en el momento justo, solo se abrirán sus ojos cuando haya traspasado al otro lado, solo su naturaleza le permitirá utilizarlos cuando salga hacia la luz. Allí su visión se activará y con ello, dará un auténtico salto de gigante. Pero antes de hacerlo deberá realizar el

más peligroso de los viajes, atravesar el túnel que representa el útero y la vagina de su madre para llegar hasta la luz, algo solo posible si su cuerpo y su mente alcanzan la madurez y el desarrollo suficientes. En ese momento deberá dejar el mundo de tinieblas, donde ha crecido, para alcanzar el iluminado nuevo mundo. Allí sus ojos serán testigos de una realidad como nunca antes hubiera imaginado. El momento se acerca, son los últimos instantes antes del alumbramiento. El niño se ve arrastrado por una poderosa fuerza que, de manera incontrolable, le lleva hacia el exterior. Es el momento de nacer. Allí le esperan unos seres totalmente

desconocidos, algunos le acogerán nada más atravesar la frontera de ambos mundos, otros serán sus guías y determinarán su evolución, mientras que otros de esos seres serán indiferentes a su existencia o se volverán en su contra, así como, probablemente, ese niño se volverá en contra y a favor de alguno de estos seres a medida que evolucione. Una vez consumado el nacimiento ya no hay vuelta atrás, el niño ya no puede regresar a su cómodo mundo de tinieblas las cuales se habían convertido en su hogar. Su visión ya se ha despertado, y al hacerlo es inviable regresar a la oscuridad. Un nuevo mundo le espera.

Es sorprendente el increíble paralelismo que existe entre el nacimiento y los relatos de muchas de las personas que dicen haber estado en la misma frontera de la muerte. Me refiero a los que dicen experimentar una ECM(Experiencia Cercana a la Muerte). Muchos describen como, en mitad de la oscuridad de un profundo túnel, de repente una incontrolable fuerza les empuja hacia lo que parece ser una intensa luz al final de ese mismo túnel. Algunos describen como, en ese momento, parecen despertar ciertos sentidos y percibir el mundo de otra forma. Algunas de las personas con las que he tenido oportunidad de hablar y

que han vivido estas experiencias me describían como eran capaces de percibir todo lo que les rodeaba en un increíble ángulo de 360 grados, al que se añadía, la sensación de una gran claridad de pensamiento. En esa luz, algunos aseguraban poder ver a entidades que parecían esperarles y estar dispuestos a acogerles. En el mismo borde de esa frontera iluminada, algunos afirman haber podido reconocer a familiares o amigos ya fallecidos.

Quienes vuelven para contar esta experiencia aseguran que ya no temen a la muerte, que incluso en ese trance les costó volver e incluso que llegaron a negarse a hacerlo, afirmando que la

auténtica realidad es la que se vivía en ese lugar, y no la nuestra. Allí, según sus palabras, llegaron a tener una percepción clara de conocimiento donde se les reveló que en realidad, el mundo de las tinieblas es nuestro mundo físico y que aquel «otro lado» se revelaba como el verdadero lugar al que pertenecemos. Quienes han tenido la visión de este recurrente túnel y su luz dicen haber regresado antes de atravesar esa frontera, como si esa luz fuera el punto de no retorno para el alma, y describen en muchos casos como la misma fuerza que les impulsaba hacia

ella tiraba de su inexistente cuerpo, devolviéndolos al plano consciente de esta realidad física.

Si atendemos a estas experiencias, tanto el nacimiento como la muerte parecen tener el mismo fin, es decir, dejar atrás la oscuridad para viajar hacia la luz. La verdad es que ambas situaciones, nacer y morir, solo se pueden experimentar una vez en la vida. De la primera no nos acordamos y de la segunda jamás regresaremos para compartirlo, pero ¿y si en este plano encontráramos la forma de experimentar esa sensación una y otra vez?, ¿y si pudiéramos encontrar un lugar donde trascender siempre que queramos de las

tinieblas a la luz?, ¿y si ese lugar fuera un portal donde poder viajar de uno a otro mundo y, como él niño, despertar a una nueva realidad? Siguiendo este principio, ¿qué lugar sería el portador de tal poder? Lo que parece claro, y por otro lado evidente, es que para salir hacia la luz antes uno debe permanecer en la oscuridad, en la más profunda y absoluta oscuridad. Expertos como Daniel Garrido, el coordinador de las cuevas prehistóricas de Cantabria, aseguran que la sensación de salir de una cueva tras estar varias horas en su interior, pudiera ser para el hombre prehistórico lo más parecido a nacer de nuevo, a trascender de las tinieblas y

viajar hacia la luz; en definitiva, el momento de atravesar el último pasadizo de las cuevas hacia el exterior, ofrecía al hombre paleolítico la misma sensación que el nacimiento. Pero este no sería el único fin ni la única motivación por la que el hombre a lo largo de su historia ha decidido penetrar en lo más profundo de las cuevas. En esta obra descubrirán que los miedos más profundos se dejaban plasmados en sus paredes, y que ciertos grupos humanos eran capaces de adentrarse kilómetros en su interior para dejar pinturas y símbolos absolutamente desconocidos cuyo significado aún no ha sido desvelado. Me gustaría guiarles por

lugares enclavados en lo profundo de la tierra donde lo trascendente pasa a convertirse en verdaderas maldiciones, y donde lo maldito también es capaz de convertirse en divino. Intentaré arrastrarles hasta cuevas sumergidas o agujeros en el océano donde la belleza, las leyendas y la muerte parecen pugnar por conquistar el lugar. Buscaremos vírgenes y demonios, asesinos y entidades protectoras, desapariciones misteriosas y sucesos que desafían a la razón y a la lógica. Pero no solo eso, si me acompañan conocerán el verdadero poder de las cuevas, les alumbraré a través de su oscuridad para mostrarles seres de naturaleza extraña y mundos

subterráneos donde los mitos sitúan increíbles tesoros, ciudades, mares y palacios perdidos. Pero no solo eso, en el interior de las cuevas nos espera el mismísimo rey del inframundo y conoceremos las consecuencias que sufrieron aquellos que quisieron atravesarlo. Si optan por continuar con esta lectura, miraremos cara cara a uno de los seres más temidos por la humanidad a lo largo de los siglos, y desvelaré el posible y ancestral origen de aquellos a los que llamamos «vampiros». Si me acompañan en esta aventura sabrán de los macabros usos de las cavernas y también de los insólitos y curiosos rituales que se han oficiado en

su interior. Les llevaré por algunos rincones de España como Burgos, Salamanca, Toledo, Murcia o Cantabria, pero también les guiaré por Islandia, Kenia, el mar de China, Rusia o Tailandia contándoles las increíbles historias de algunos de estos lugares donde he podido estar personalmente. En mis viajes he recorrido gran cantidad de kilómetros bajo tierra para ir en busca de historias que desafían a la propia historia, historias que deseo compartir. Todos estos relatos son asombrosos, inquietantes, curiosos y cargados de leyendas y enigmas, y todos ellos los encontré bajo tierra. Así pues, si me siguen, nos adentraremos en las

tinieblas, volveremos a la oscuridad e intentaré responder por qué a nuestros ancestros les atraían estos lugares de manera tan poderosa, descubriremos sus inquietantes secretos, buscaremos en sus paredes las huellas de aquellos que creían que la piedra que las componen, eran portales hacia otros mundos y buscaremos la herencia de nuestros ancestros, cuyo legado puede contener un mensaje o un código oculto enclavado incluso en nuestro propio ADN. Es pues, el momento de volver al mundo de la oscuridad para, si sobrevivimos, regresar impulsados por una poderosa energía que nos arrastre hacia esa luz que esta al final del túnel.

Puede que, tras hacerlo, nuestros ojos se abran para percibir la realidad de un mundo que, como le ocurre al niño nonato, se encuentre a solo unos centímetros de nosotros. Así pues, me veo en la obligación desde este instante de hacerle una advertencia: continúe con la lectura de este libro solo si está dispuesto a abrir los ojos.

1

EL AMANECER DEL HOMBRE

Aún afloran a mi memoria las primeras imágenes de la película de Stanley Kubrick *2001: una odisea del espacio*. Un grupo de homínidos de hace 35 millones de años mantiene bajo su control una pequeña charca de agua

situada en mitad de lo que parece un paisaje donde este líquido escasea. El agua es la vida, es lo que los hace sobrevivir, pero también es un valioso tesoro, codiciado por otro grupo de homínidos dispuestos a hacerse con ese oasis en mitad del desierto. Sin embargo, la competencia no es el único peligro que acecha a estos primates, ya que los depredadores los atacan diezmando una población cada vez más escasa. Cuando llega la noche, la inquietud por la supervivencia del grupo poseedor de la charca los mantiene despiertos. Son una especie débil, están a merced de una fiera naturaleza que jamás les ofrecerá una tregua y que es

inmisericorde ante sus penurias. Tan solo una cueva, su refugio nocturno, es capaz de darles una oportunidad para que tanto ellos como su descendencia perduren a través del tiempo. A la mañana siguiente, los primeros rayos de luz revelan algo que se convertiría en el primer amanecer de la mente humana, el primer signo de inteligencia, el salto evolutivo primigenio que llevaría a esos homínidos a convertirse en lo que somos en la actualidad. Frente al grupo se alza un gran monolito rectangular de perfecto y pulido material negro. Alguien, una entidad creadora o algún tipo de civilización, había decidido que esos protohumanos salieran de sus tinieblas

para que sus sentidos e inteligencia fueran despertados. El monolito sería el catalizador, la vía por la cual la naturaleza del hombre daría un paso de gigante en la evolución.

Lo cierto es que ningún experto ha podido determinar cuándo se produjo ese salto evolutivo, esa chispa de luz que sacó a los primeros humanos de la oscuridad. A pesar de los diferentes estudios, aún no se han hallado las claves para desvelar uno de los mayores misterios de la raza humana, el nacimiento de la inteligencia, la aparición del sentido trascendente, la capacidad de transmutar los instintos en razonamientos para, posteriormente,

transformar los razonamientos en arte, en creencias, en pensamientos abstractos y en conceptos tan complejos como la percepción del futuro, concepto que nos permite imaginar posibles escenarios para anticiparnos y poder sobrevivir. El cuándo, el cómo y de qué manera se iniciaron todos esos procesos es uno de los mayores retos a los que se enfrentan los antropólogos, uno de los grandes enigmas, con mayúsculas, de nuestra historia, y también es motivo de debate y controversia. Permítame exponer algunas teorías al respecto.

A partir de finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo pasado, fue tomando cada vez más

cuerpo una explicación en la que algunos científicos sugerían que un cambio en la dieta de los homínidos, introduciendo el consumo relativamente abundante de carne, habría dado lugar a cerebros más grandes en los que habría podido empezar a emerger la inteligencia. El científico Peter Wheeler, en su trabajo *El cerebro y la evolución del sistema evolutivo inhumano y primate*, afirma que individuos con cerebros relativamente grandes tendrían una inteligencia mínima que les permitiría fabricar herramientas con las que romper los huesos y así acceder al tuétano, en donde se hallan los nutrientes más energéticos. De este modo, una

alimentación rica en grasas animales y en proteínas permitía un aumento progresivo del volumen cerebral, y, con ello, un desarrollo progresivo de la inteligencia.

En España, esta tesis llegó al campo de la divulgación científica de la mano del último libro del codirector del yacimiento burgalés de Atapuerca, Juan Luis Arsuaga: *Los aborígenes. La alimentación en la evolución humana*. En esta obra, Arsuaga insiste en la idea de que el surgimiento de la inteligencia humana fue posibilitado por el aporte energético que proporcionaría el consumo de carne. Otros atribuyen a la propia evolución a lo largo de los

milenios la consecuencia de la aparición de esa misma inteligencia, como si, de manera espontánea o producto de alguna mutación genética desconocida, esa «entidad» alojada en el cerebro despertara súbitamente. Ante esto, y para alegría de quienes apoyan la teoría de la intervención de una inteligencia externa, se alzan voces como la del filósofo malagueño Juan Antonio Moreno Urbaneja, quien afirma que la aparición de la inteligencia humana no se puede explicar de un modo evolutivo ni genético, sino que cada inteligencia posee una procedencia suprahumana, inculcada por una inteligencia superior. ¿Es esto posible?, ¿la inteligencia

humana pudo aparecer tras la intervención de una entidad cognitiva superior? Lo cierto es que en el ámbito científico existen ejemplos de ello cuando es el hombre el que interviene como esa «inteligencia superior». Quizá el caso más espectacular fue el de Washoe, un chimpancé hembra que se convirtió en el primer ser vivo no humano que logró aprender el lenguaje de signos y cuya historia es conocida por muy pocos.

En 1966, unos investigadores emprendieron uno de los experimentos más asombrosos nunca antes llevados a cabo. Los psicólogos Allen y Beatrix Gardner comenzaron a enseñar a hablar

a una familia de chimpancés mediante el lenguaje de signos. Para ello, fueron criados en un entorno lo más parecido al que se le ofrecería a un niño. La decisión de que fueran chimpancés estriba en el hecho de que estos simios son los más cercanos genéticamente a los humanos. Tan solo nos separa un 1 %, por lo que la posibilidad de interacción y aprendizaje podía ser más factible que con otras especies. El resultado de dicho experimento rebasó todas las expectativas que los investigadores sopesaron como posibles, ya que tan solo en el primer año de experimento cuatro de los cinco chimpancés de esta familia aprendieron

el lenguaje de signos; entre ellos, una primate llamada Washoe destacaba por encima del resto. Tanto Washoe como sus congéneres aprendieron el lenguaje con las mismas técnicas de enseñanza que se les ofrece a los niños; también se quiso reforzar su aprendizaje mediante recompensas como la comida, pero lo sorprendente es que esta técnica resultó ineficaz para su evolución. Los chimpancés habían adquirido el lenguaje, no como una especie de truco o vía para conseguir recompensas, sino como el resultado de la expresión de sus pensamientos. Todos ellos, incluso Washoe, aprendieron el lenguaje simplemente observando a los humanos

que los rodeaban. Washoe llegó a aprender más de 350 palabras en lenguaje de signos, pero no solo eso, llegó a crear un lenguaje propio combinando palabras para darles significados que nunca le habían enseñado. Jane Goodall, la conocida primatóloga, se quedó impactada cuando supo que Washoe respondía «Yo, Washoe» a la pregunta de a quién veía cada vez que la ponían frente a un espejo, lo que demostró que era capaz de tener consciencia de sí misma y reconocerse entre los demás. Pero Washoe y sus congéneres llegaron mucho más allá de lo imaginable, desarrollaron actitudes que jamás habían

sido implantadas por los científicos, animaban objetos otorgándoles vida tal como haría un niño, jugaban con osos de peluche, con muñecas, las lavaban, les hacían cosquillas y las manejaban como si estas hubieran adquirido vida. Washoe llegó incluso a crear escenarios ficticios para sus juguetes; es decir, empezaron a imaginar, a crear mundos oníricos para esos objetos, a plantear situaciones imaginarias que trasladaban al mundo real. Su mente había traspasado las fronteras del lenguaje de signos, se habían despertado conceptos únicamente asociados a los humanos, llegaron incluso a hablar solos, tal y como lo hacemos nosotros. Esto sucedía

cuando Washoe observaba un paisaje que le gustaba o una imagen determinada; de repente, utilizaba el lenguaje de signos para describir si lo que veía le gustaba o no.

Este experimento hizo surgir en tan solo un año la creatividad, la inventiva, la comunicación y el lenguaje en un animal no humano por primera vez en la historia. Pero no solo eso, Washoe y su familia llegaron entablar relaciones cercanas con humanos e incluso llegó a manejar sentimientos como la empatía o la compasión. El mayor ejemplo en este sentido fue cuando una de sus «profesoras» humanas, Kathleen Beach, explicó a Washoe por qué hacía tiempo

que no la visitaba. Mediante el lenguaje de signos le contó que había perdido el bebé que esperaba. Entonces Washoe respondió: «Yo, llorar», algo que es físicamente imposible para un primate, ya que no producen lágrimas. Cuando Kathleen se marchaba, Washoe se dirigió hacia ella y con el lenguaje de signos le dijo: «Yo, abrazo» y se produjo uno de los hechos más insólitos de la naturaleza, un chimpancé estaba consolando a un humano. Obviamente, Washoe había alcanzado un nivel de evolución que traspasaba las fronteras de lo imposible.



Chimpancé Washoe.

Con los años llegaron más sorpresas, la propia familia de chimpancés dejó de comunicarse mediante gritos y otro tipo de expresiones que tenían que ver con su naturaleza, para sustituirlos por el lenguaje de signos. También jugaban

entre ellos a ponerse máscaras y asustarse, es decir, habían desarrollado la capacidad de imaginarse a sí mismos no como chimpancés sino como otras criaturas, incluso fantásticas. Pero el paso final y definitivo que dio Washoe fue algo que los científicos del Instituto Chimpancé de Comunicación Humana jamás hubieran imaginado, algo que superó cualquier expectativa. Washoe tuvo una cría a la cual le transmitió el lenguaje de signos sin ayuda ni intervención humana. De alguna manera, el salto evolutivo se había producido, la mente de esos chimpancés se había transformado. Obviamente, este ejemplo no demuestra que la inteligencia humana

se gestara bajo una intervención externa, pero sí prueba que, de alguna manera, es posible avanzar en este sentido. Washoe murió el 30 de octubre del año 2007 a la edad de cuarenta y dos años siendo el único ser no humano que se comunicó con el hombre. El día de su entierro se ofició una ceremonia en la que hablaron sus educadores, pero también los hijos de estos, quienes habían interactuado de manera regular con la primate. Cuando hablaron de Washoe sorprendieron a todos los asistentes al referirse a la primate como «su hermana» en vez de su mascota. Nunca hasta la fecha se ha conseguido algo igual.

Lo que está claro es que, se plantee la teoría que se plantee, no hay certezas de cómo la mente de nuestros ancestros despertó; lo que sí sabemos es que los antiguos dejaron las huellas de esa nueva inteligencia en las cuevas para asombro de una comunidad científica que hasta el año 1879 creía que los antiguos habitantes de las cavernas no poseían ningún tipo de capacidad inteligente más allá de las habilidades para cazar, recolectar o reproducirse. Esa fue la fecha en la que se descubrieron las espectaculares pinturas de la cueva de Altamira. Pinturas que chocaron frontalmente con las ideas recalcitrantes de unos expertos que

aseguraban que estas no podían ser reales. ¿Cómo era posible que unos seres a todas luces salvajes pudieran mostrar un arte incluso superior al del hombre del siglo XIX? ¿Cómo admitir que la creatividad y la inteligencia no eran exclusivas del hombre moderno? ¿Cómo claudicar ante el hecho de que los hombres primitivos llegaran a superar en ciertos aspectos al ilustrado hombre del siglo XIX y que estaba a punto de entrar en el XX? En 1880, Marcelino Sainz de Sautuola, el oficial descubridor de la cueva de Altamira, fue acusado de fraude; la oposición alcanzó tal extremo que llegaron a plantear que dicha expresión artística había sido

creada por algún artista moderno. Incluso se señaló a Marcelino como el propio autor de las pinturas. Sautuola empezó a quedarse sin seguidores y murió en el año 1888 sin que la comunidad científica internacional reconociera su extraordinario hallazgo. Tuvo que llegar el año 1895 para que los más acérrimos detractores de Marcelino Sainz de Sautuola, como el francés Émile Cartailhac, entonaran un literal *mea culpa* a la luz de los diferentes hallazgos de pinturas en diferentes cuevas francesas. En ese instante, se determinó que lo encontrado en la cueva cántabra de Altamira era de origen paleolítico, lo que marcó la fecha

de 1879 como el inicio del descubrimiento oficial del arte rupestre. Esta datación convulsionó los conocimientos de antropología que se habían establecido como ciertos hasta entonces y empezó a generar preguntas. Si el hombre del Paleolítico era capaz de pintar tales maravillas, incluso superiores a las que podía generar el hombre moderno, ¿no poseerían una inteligencia comparable?

A medida que se indagaba en estos asuntos, las sorpresas afloraban de manera permanente. El hombre primitivo era capaz de adentrarse en lo más profundo de las cavernas, cientos y cientos de metros en plena oscuridad,

para dejar su impronta artística, muchas veces en lugares imposibles, en localizaciones aparentemente ilógicas donde plasmaban figuras, signos o símbolos de significados desconocidos. Aquel hombre se sentía extrañamente atraído por la oscuridad de la cueva, en sus paredes de roca veía formas y figuras que dibujaba, en muchos casos, con una calidad de detalle extraordinaria, mientras que en otros casos era capaz de, con apenas tres líneas, reflejar de manera exacta el contorno de un animal. ¿Qué los impulsaba a adentrarse, a veces kilómetros, hacia el interior de las

cuevas? ¿Acaso su mente era capaz de percibir cosas de las cuales ya no somos conscientes?

Cuevas, caminos iniciáticos

¿Sería usted capaz de hacer lo mismo que algunos de esos supuestos hombres primitivos? Como hombre o mujer de este mundo moderno, rodeado de tecnología, con conocimientos culturales probablemente superiores al ancestro paleolítico, ¿se atrevería a entrar a solas en una caverna, cientos de metros, solo iluminado por la luz de un mechero? Pero voy más allá, incluso si le

asegurara que en su interior no existe ningún tipo de peligro o riesgo para su vida, ¿estaría dispuesto a hacerlo? Quizá usted sí, pero lo cierto es que no todo el mundo podría. Las cuevas no solo representan la oscuridad, las tinieblas y lo desconocido; adentrarse de manera solitaria en alguna de ellas, lo cual he hecho en varias ocasiones, supone conectar de manera automática con nosotros mismos, supone escuchar nuestros pensamientos y explorar no solo la caverna, sino nuestra psique. Entre el silencio y la oscuridad de la caverna, el ser más atávico que habita en nuestra mente hace acto de presencia y parece tomar el control. Si una

persona no está preparada puede perderlo, puede dejarse llevar por el pánico e incluso paralizarse. Las cuevas llegan a producir este efecto que, sin ser atacados ni amenazados por nada, pueden producir un pánico atroz producido no por una amenaza real, sino por el afloramiento de los miedos internos más ancestrales y que procuramos esconder bajo el escudo del civismo y la modernidad. Entrar en una cueva no es solo retornar al origen como si realizáramos un viaje en el tiempo. También, a nivel psicológico, representa el retorno al vientre de la madre para un nuevo nacimiento; es sumergirse en las sombras para volver a la luz, un renacer

quizá como una mente nueva y un conocimiento superior. No existe tiempo, no hay ni ayer ni mañana, puesto que tampoco el día y la noche son en ella diferenciados. En el aislamiento dentro de una cueva, según M. Eliade, reside una «existencia larval», como la del muerto en el más allá. Allí las sensaciones se disparan y también los sentidos; las gotas de agua que golpean el suelo de manera rítmica e incesante, el crujido de las piedras bajo los pies, el rumor de una corriente proveniente de lo más profundo de la tierra, incluso la propia respiración. Todo eso, unido a la absoluta falta de luz, consigue despertar sensaciones que muchos son incapaces

de soportar. Vuelvo a plantear la pregunta: ¿estaría dispuesto a entrar con poco más que la luz de un mechero? Bueno, pues el hombre del Paleolítico lo hacía. Ahora bien, la poderosa fuerza que lo impulsaba a ello es un absoluto misterio.

Zeus, Hércules, Orfeo o Mahoma fueron iniciados en cavernas por maestros y escuelas, que las tenían como lugar de encuentro, enseñanza, meditación y ceremonia. También en Oriente la cueva aparece vinculada al simbolismo de la iniciación, a los misterios y al renacimiento en el sentido más espiritual. En la alquimia taoísta, se habla de las diez cuevas celestiales

donde el iniciado podría alcanzar la inmortalidad. En este sentido, Pierre Grison escribía sobre el concepto que se tiene en China de algunas de estas cuevas en estos términos: «[...] cuentan con innumerables habitaciones troglodíticas excavadas en los acantilados de Loess. Pero es también conveniente señalar que la caverna es tradicionalmente en la China como en todas partes, un “pasaje” hacia el mundo de los inmortales».

Lo cierto es que las personas que decidían penetrar en ese oscuro mundo hace miles de años debían tener un absoluto equilibrio mental, su conquista solo estaría al alcance de aquellos que

tuvieran una mente preparada y un control emocional determinado. Pero no solo eso, ciertos lugares donde se han hallado pinturas o grabados están situados en cavidades con accesos casi imposibles, lo que evidenciaba que quien llegaba a ese lugar por fuerza tenía que poseer un estado de forma aceptable, pero también una gran fortaleza mental. La cueva, en definitiva, podría ser un filtro utilizado por los grupos humanos para averiguar quiénes de sus miembros sobresalían sobre el resto. Allí, las formas de los techos y paredes, las grietas y manchas naturales se acababan convirtiendo en animales realizados, en muchos casos, con

exquisita delicadeza. Crear bisontes como los de Altamira debió de llevar mucho tiempo, esfuerzo y planificación; había que encontrar los materiales adecuados, pero también debían ser realizados por alguien con tal capacidad de abstracción que pudiera vislumbrar esos animales de manera tan magnífica sin tenerlos delante. Hay que decir que muchas personas aún creen que estas fueron hechas con sangre o que se utilizó sangre como ingrediente de la pintura, un error muy extendido incluso en foros supuestamente especializados. Lo cierto es que los pigmentos se elaboraban únicamente con la mezcla de minerales y agua. El característico color rojo es

producto del uso de hematita, un mineral compuesto de óxido de hierro que en muchos casos alcanza una gran pureza, lo cual nos lleva a la conclusión de que estos artistas tenían unos conocimientos extraordinarios en este sentido. De hecho, recientemente, investigadores de la UNED llegaron para analizar estas pinturas en las cuevas de Tito Bustillo y El Boxu, ambas en Asturias. Cuando las analizaron, no dieron crédito a lo que tenían delante. El grano del pigmento utilizado era tan fino como el que se utiliza en nuestros días. Antonio Herranz, investigador del Departamento de Ciencias y Técnicas Fisicoquímicas de la UNED, dejó patente su estupor

ante tal hallazgo. ¿Cómo era posible que estos hombres del Paleolítico hubieran conseguido tal perfección? ¿De dónde adquirieron los conocimientos para saber cómo debía ser el procesado del mineral? Pero Antonio va más allá: ¿de qué tecnología se sirvieron para poder realizar algo que en la actualidad se consigue con el uso de maquinaria específica? Otra cosa que descubrieron es que el mineral utilizado no pertenecía a las propias cuevas, sino que fue traído de otro lugar, lo que demuestra que se desplazaban exclusivamente para adquirirlo; pero no solo eso, gracias a la utilización de diferentes técnicas microscópicas y espectroscópicas se

descubrió que el mineral había sido mezclado con hidroxiapatito, wüstita, compuestos del manganeso, calcita, cuarzo y minerales arcillosos; incluso se encontró anatasa, que es un óxido de titanio. ¿Acaso el hombre antiguo era un experto en compuestos químicos minerales? ¿Cómo pudo realizar tales pigmentos que solo son visibles por espectroscopios actuales? El estudio reveló que las técnicas más avanzadas y complejas eran las utilizadas en pinturas de más de treinta mil años, mientras que las dataciones más modernas revelaban una pérdida de conocimientos en este sentido.

Haciendo, pues, una recapitulación de todos estos descubrimientos, las pinturas y grabados reflejarían las huellas de personas con una capacidad, por un lado, de concentración, valentía y físico suficiente para adentrarse en las cuevas y, por otro, con conocimientos artísticos equiparables al hombre moderno. También disponían de extraordinarios conocimientos minerales y una tecnología que se nos antoja imposible. A esto hay que añadir el trabajo previo a la realización de las pinturas con la compleja planificación que, entendemos, debe suponer realizar un trabajo en piedra, sobre techos y paredes, en algunos casos de difícil

acceso, y en condiciones de baja luminosidad. Los lugares tampoco estaban elegidos al azar. La cueva era estudiada al milímetro, cada resalte de la piedra o grieta era susceptible de ser utilizado para tales representaciones. Algunas de ellas se enclavan en lugares imposibles. Pinturas situadas en intrincados pasadizos, en cavidades o recovecos en las paredes cuya realización exigía un auténtico escorzo por parte de su creador, otras las hallamos en zonas totalmente apartadas de las galerías principales, situadas en sitios peligrosos o a varios metros de altura sobre la roca de una pared concreta. Al mismo tiempo, nos es

incomprensible que lugares accesibles, estancias cómodas o recovecos de piedra donde sería fácilmente realizar un dibujo, hubieran sido desechados por alguna razón que desconocemos. A tenor de todos estos datos, podemos determinar que el hombre paleolítico era mucho más inteligente de lo que imaginamos; ahora bien, cómo surgió ese despertar es algo que desconcierta a la comunidad científica y de lo que estoy a punto de avanzar algunas teorías.

Huellas de otra especie en nuestro ADN

Si realmente los habitantes de esos lugares pudieran ver algo más trascendente que la simple piedra, quizá esa misma percepción permanezca dormida en algún rincón de nuestra mente. Según algunos expertos que nombraré más adelante, puede que el sentido de lo trascendente se nos haya «implantado» en el ADN desde más antiguo de lo que creían aquellos hombres que, en 1879, rechazaron tal posibilidad. De igual modo que en 1856, también fue rechazada la posibilidad de que unos humanos diferentes a nosotros hubieran caminado sobre la tierra. En este sentido, me gustaría compartir una de las más hilarantes teorías propuestas

por la ciencia en este sentido. Fueron el antropólogo y anatomista alemán Hermann Schaaffhausen y su colaborador Franz Mayer, anatomista y fisiólogo, quienes plantearon una singular respuesta como solución al hallazgo de unos extraños restos humanos aparecidos en Düsseldorf ese año de 1856. Estos restos presentaban unas características realmente extrañas; se encontró un esqueleto similar a un humano, pero sus dimensiones y morfología no coincidían con la morfología de un hombre corriente. Parecía tener una poderosa fortaleza física, su cráneo presentaba características inusuales, de cara

prominentemente ancha y larga, de frente retraída y grandes arcos supraorbitales. Estos dos investigadores se hallaban ante un gran misterio. ¿Quién era ese individuo? ¿Cuál era su verdadera naturaleza? Desde luego, Hermann y Franz poco sabían en 1856 del origen evolutivo del hombre y mucho menos de la posible existencia de especies de humanos diferentes a la nuestra. Sin saberlo, se hallaban ante los restos del primer hombre de Neandertal descubierto por la ciencia; lo que ocurre es que la ciencia de la época no tenía ni idea de qué era aquello, pero como al fin y al cabo tenía piernas, brazos, tronco y cabeza similar a un hombre, sin

duda debía de ser un hombre. Así pues, estos anatomistas aventuraron una teoría increíble que fue admitida como válida durante varios años. Por favor, no se contenga si lo que va a leer a continuación le produce una amplia sonrisa. La conclusión a la que llegaron fue que estos restos de un humano tan fornido solo podían pertenecer a un aguerrido cosaco ruso, un soldado que, buscando venganza había cruzado parte de Rusia y Europa en busca de Napoleón, como consecuencia del intento del francés por conquistar su país. Esto, sin duda, explicaba el imponente físico de estos restos humanos, ya que solo un cosaco ruso

podía disponer de tal condición física. Pero, claro, los dos anatomistas tenían un problema añadido y de difícil resolución, dar explicación a la extraña anatomía de las piernas de aquel cosaco, que se presentaban ligeramente arqueadas, algo que no respondía a las características humanas conocidas. Rápidamente dieron con la solución: según Hermann y Franz, el cosaco sufría de raquitismo, lo que lo obligaba a caminar con las piernas arqueadas. No tenemos más que hacer un pequeño ejercicio de imaginación para visualizar a una persona con tal dolencia caminando con sus piernas arqueadas a través de valles, montañas o ríos, y

preguntarnos cómo fue capaz de atravesar miles de kilómetros de esa guisa. Pero para nuestros insignes investigadores esto no era un problema, porque estaban ante los restos de un cosaco ruso, por todos conocidos como incansables y forzudos soldados que muy probablemente no cejarían en su empeño por un nimio problema de arqueamiento pernil. Pero he aquí que los científicos se toparon con un problema aún mayor que el de las piernas de estos restos humanos, y era su extraordinario cráneo. La explicación superaría con creces a la anteriormente citada de las piernas. Según Hermann y Franz, esto no podía ser sino la causa

del intenso dolor que el raquitismo le producía mientras cruzaba valles, montañas y ríos en busca de venganza. Tan terrible dolencia le hacía arquear las cejas en un esforzado gesto de dolor, lo que, tras kilómetros de duro viaje con esa expresión en el rostro, llegó a provocar que su frente se retrajera deformando su cráneo, al mismo tiempo que tal tirón produjo el aumento de la masa ósea justo por encima de los ojos, provocando la aparición de esos grandes arcos supraorbitales. Por muy increíble que parezca, estos dos insignes fisionomistas convencieron al mundo de que lo que habían descubierto era en

realidad un singular y aguerrido cosaco ruso en busca de venganza, nada más y nada menos.



Hermann Schaaffhausen.

Con el tiempo, se determinó que esos restos pertenecían a algún tipo de ancestro del *Homo sapiens*, es decir, a una especie de versión primigenia nuestra antes de que la evolución transformara a ese ser en lo que somos ahora, lo que llevó a expertos de todo el mundo a analizar la evolución humana de manera lineal. Sin embargo, ahora asistimos a un nuevo cambio, y tales cambios han traído muchos más enigmas y preguntas que hacen que los dogmáticos arquetipos se empiecen a desmoronar. Seguramente, todos

recordamos la imagen, mil y una veces repetida, del mono que en un primer momento camina con las cuatro extremidades, seguida de la de un homínido capaz de incorporarse tímidamente, a la que sigue la de otro que ya camina erguido pero que mantiene sus rasgos simiescos y así sucesivamente hasta la última imagen, que es la del *Homo sapiens* moderno. Esta secuencia tantas veces vista, y considerada una realidad antropológica, quedó desbaratada hace unos años cuando se secuenció el ADN neandertal junto con el de otros restos fósiles hallados en diferentes partes del mundo. En estas investigaciones, el mundo

descubrió que los neandertales y los demás homínidos encontrados no formaban parte de nuestra rama genética. Aquellos que en un principio habían sido representados como una especie de versión no evolucionada de nosotros resultaron pertenecer a otras especies de humanos, con otro código genético. Pero las investigaciones revelaron algo inaudito y que la ciencia había descartado: cuando se secuenció el genoma humano, se hallaron piezas genéticas neandertales. El descubrimiento removi6 los cimientos de la historia y salt6 a las portadas de los medios informativos. Se determin6 sin ning6n g6nero de duda que existi6

una hibridación entre ambas especies, de cuyo resultado nacimos nosotros. Esto es algo difícil de admitir por muchos investigadores, incluso actuales, quienes afirman que *Homo sapiens* y neandertales jamás convivieron en el mismo periodo. Sin embargo, las evidencias genéticas han demostrado que somos el producto de una hibridación de, al menos, dos especies. A excepción de algunos grupos humanos, los europeos, asiáticos y norteafricanos disponemos de entre un 1 y un 3% de ADN neandertal; incluso hay investigadores que afirman que ese porcentaje podría ser mayor. Este estudio genético reveló detalles de lo

más curioso y llamativo. Por ejemplo, determinó que los neandertales tenían ojos claros o azules. Tanto es así que, en las actuales representaciones de esta otra especie de humanos, se les incorpora esta característica en sus ojos. Pero aún hay más, Carles Lalueza-Foz, de la Universidad de Barcelona, también demostró mediante un sesudo estudio genético que esta especie tenía como principales características piel clara, pecas y que eran prominentemente pelirrojos. Según sus mismas palabras: «A partir de ahora, las imágenes de aquellos humanos del Paleolítico deberán representarlos con ojos claros y pecas». Bien, permítame una reflexión.

Quizá usted, que está leyendo estas líneas, tenga los ojos azules y, si no es así, seguramente conocerá a alguien que los tenga. Si está usted entre los primeros, piense en el increíble viaje a través de miles de años que ha hecho ese rasgo identificativo que ahora está alojado en su cuerpo. Porque, en realidad, estará viendo los ojos de una especie de humanos que se extinguió hace unos treinta y cinco mil años, estará viendo los ojos de los últimos neandertales que vivieron en el planeta y de los cuales usted quizá atesora el último legado.

Pero ¿y si esa hibridación genética despertó la mente del hombre?, ¿y si esa hibridación fue el monolito que cambió nuestro cerebro? De nuevo aquí quizá debemos reescribir la historia porque, si a los antropólogos del siglo XIX ya les costó admitir que el hombre del Paleolítico era capaz de tales prodigios artísticos, al antropólogo actual le cuesta profundamente contemplar tan siquiera la posibilidad de que los neandertales, una especie distinta a la nuestra, fueran los precursores de tal salto evolutivo e incluso los creadores de parte del arte rupestre. A pesar de las evidencias científicas, parece que los viejos pensamientos afloran en pleno

siglo XXI con un baile de cifras, fechas y dataciones que se ha convertido en una auténtica guerra. Permítame plasmar lo que dice la historia oficial en unas breves líneas. Según los expertos, el hombre de Neandertal que vivía en Europa se extinguió hace unos cuarenta y tres mil años; por otro lado, el *Homo sapiens*, del cual descendemos, llegó a Europa hace unos cuarenta mil, lo que indicaría que jamás se pudo producir un encuentro entre especies y mucho menos una hibridación. Para muchos sectores científicos, el hombre de Neandertal era apenas un salvaje incapaz de crear ningún tipo de arte o pensamiento trascendente. Para ese mismo sector

científico, solo el *Homo sapiens* tenía esas capacidades, por lo tanto, solo nuestros ancestros pudieron realizar las pinturas que conocemos. Pero ¿qué pasa con las pinturas cuya datación supera esos cuarenta mil años, es decir, antes de la llegada del *sapiens* a Europa? ¿Quién las realizó? En los últimos tiempos, han salido a la luz estudios que se contradicen entre ellos, que rebaten a los primeros y que, a su vez, son rebatidos por un tercero o por un cuarto. Estudios como el de Paul Mellard, del Departamento de Arqueología de la Universidad de Cambridge, quien llega a basarse en supuestos cambios atmosféricos de hace miles de años para

justificar que el *Homo sapiens* llegara a España hace unos cuarenta y un mil años, una fecha convenientemente ajustada para así evitar admitir que los neandertales pudieron crear algunas de estas pinturas.

Parece que de nuevo vuelven las viejas ideas del siglo XIX rebajando a la categoría de salvajes a aquellos que no son considerados como iguales para intentar demostrar que solo el *Homo sapiens* era capaz de albergar el sentido del arte y la trascendencia. Pero ¿qué pasaría si aparecieran unas pinturas con una datación tan insultantemente antigua que no pudiéramos atribuirla al *Homo sapiens*? Puedo asegurar con total

rotundidad que tal datación existe y que no es sacada a la luz porque su admisión pública supone el derrumbamiento de los dogmas establecidos como verdades incuestionables y eso, a día de hoy, hay personas que no están dispuestas a permitirlo. En este sentido, el propio Paul Bahn, experto en arte rupestre y miembro del Archaeological Institute of America, llegó a asegurar: «Todavía quedan expertos que siguen considerando a los neandertales unos salvajes similares a los animales, aunque afortunadamente cada vez son menos».

Aún se mantiene la idea de la pirámide de la escala evolutiva donde el hombre se sitúa en la cúspide, justo por encima de cualquier otro animal. Somos la élite, la casta del universo, incluso aún existen personas que aseguran que somos los únicos habitantes del mismo, y los más fanáticos no dudan en repetir aquello de «fuimos creados a imagen y semejanza de Dios», fijaos pues si somos afortunados. En definitiva, el hombre es el elegido, así que, ¿cómo vamos a aceptar que otros fueran mejores en muchos aspectos? Los estudios determinan cada vez más que *sapiens* y neandertales convivieron en el tiempo y se mezclaron genéticamente,

pero también reflejan un hecho atroz que

da respuesta a uno de los grandes enigmas de la ciencia: ¿qué causó la extinción de esos neandertales?

Los investigadores Bienvenido Martínez-Navarro y Policarp Hortalà, del Instituto Catalán de Paleoecología Humana y Evolución Social, apuntan a que los neandertales habrían sido una presa más en la cacería de los miembros de nuestra especie, matándolos para su consumo, o bien, para acabar con la competencia. Es decir, nuestra especie provocó un auténtico genocidio, puede que el primero de los muchos que los *sapiens* hemos provocado a lo largo de nuestra violenta historia. Y no solo eso. Esto sí está demostrado, el *sapiens* fue

el responsable de la extinción de animales como los mamuts, es más, en la actualidad se calcula, según un estudio publicado por Ahmed Djoghlaif, experto biólogo y miembro de la ONU, que 150 especies diferentes desaparecen cada día por la acción directa del *Homo sapiens*, y se llegan a calificar como extintas entre 18.000 y 55.000 especies, la mayor pérdida biológica desde que desaparecieron los dinosaurios. El paleontólogo Bienvenido Martínez-Navarro afirma que nuestra especie ha llevado, como signo de comportamiento, la muerte y la destrucción. Cuando se ha mezclado con otros grupos de humanos, no ha dudado en entrar en conflicto o

iniciar guerras si están en juego recursos o riquezas. Destruimos a nuestros rivales y los aniquilamos, y lo hacemos de diversas formas. En ciertos lugares del mundo, se erigen líderes supremos, presidentes megalómanos, gobiernos psicópatas y guerras intestinas. Se ha utilizado (y se sigue haciendo) la excusa racial para esclavizar, humillar o, en el mejor de los casos, recluir en reservas a otros grupos de humanos. Tal como parece, en la naturaleza del *Homo sapiens* no está el sentido de la trascendencia, el simbolismo y el arte como un rasgo principal, pero aun así somos capaces de crear cosas asombrosas y conceptos que rayan la

excelencia. Así que, puestos a conjeturar, preguntémonos: ¿y si tales dones fueron el regalo genético de otra especie? ¿Y si en ese 3% de código genético neandertal hubiera despertado en nosotros la parte más espiritual, artística y trascendente? ¿Y si es nuestra parte neandertal la que determina esta característica o, incluso, la que nos distingue del *sapiens* salvaje? Esto no es una cuestión que debemos tomar a la ligera porque lo que resulta sorprendente, y cuyo estudio esquivan muchos expertos, es una simple cuestión matemática. Intentaré no marear con las cifras en el siguiente viaje que quiero compartir.

Los restos más antiguos hallados de *Homo sapiens* fueron descubiertos en Marruecos, y su datación se ha estimado en 300.000 años, así que, tenemos a un antepasado nuestro del cual la ciencia nos dice que era exactamente igual al ser humano actual, pero de hace 300.000 años. Un *Homo sapiens* al que llamaremos cariñosamente Paco. Bien, Paco, hace 300.000 años, se paseaba tranquilamente por África sin mucho más que hacer que cazar, recolectar y reproducirse. Según la versión oficial, Paco tenía el don del simbolismo y el arte, pero lo sorprendente es que jamás lo utilizó en vida. Si contamos desde los 300.000 hasta los 40.000 años, al

sapiens, como nuestro amigo Paco, no le dio por dibujar ni un solo trazo. Eso sí, tuvo descendencia, mucha descendencia, la cual al parecer tampoco dio rienda suelta a sus inquietudes simbólicas o artísticas. Quizá a Paco y a sus descendientes no les interesara dibujar nada, pero resulta que existían muchos más *sapiens* como Paco y sus hijos en África, así que quizá a alguno de sus congéneres sí le pareció bien dibujar algo en algún sitio. Pues he aquí la sorpresa, resulta que a ninguno de los *sapiens* que poblaban todo el continente se le ocurrió nunca, insisto, nunca, dibujar nada. Paco, sus descendientes y todos los *sapiens* africanos tuvieron a su

vez más hijos. ¿Quizá la tercera generación de *sapiens* tendría inquietudes artísticas o simbólicas? Pues he aquí que tampoco. Ahora imagine a los descendientes de Paco teniendo hijos que a su vez tienen más hijos y así sucesivamente, pero no solo Paco, sino también cada uno de los miembros de *Homo sapiens* repartidos en el mundo. Cabe pensar que alguno, aunque fuera por error, pintara algo en algún sitio... Sorpréndase porque tampoco. Y así durante 260.000 años, hasta que los descendientes de Paco llegan a Europa hace unos cuarenta mil años, justo coincidiendo con la hibridación con los neandertales y, de

repente, comienza una auténtica explosión artística, con increíbles obras maestras que ya quisiera un servidor poder dibujar, como los famosos bisontes de Altamira. Tal como los actuales estudios genéticos han determinado, casi todos los humanos tenemos entre el 1 y el 3% de genes neandertales pero, como mencionaba anteriormente, ¿es posible que esa hibridación nos diera el don de lo abstracto, lo simbólico, el arte o la creación? El famoso científico norteamericano Neil Degrasse Tyson hizo un paralelismo extraordinario: nuestro ADN solo se diferencia del chimpancé en un 1%, y esa minúscula

cifra es la diferencia que hace que una especie solo sea capaz de utilizar como herramientas poco más que palos, ramas y piedra, y la otra haya conseguido llegar a la Luna. Un 1% que separa una especie que, con entrenamiento y años de esfuerzo consigue comunicarse con unos cuantos signos o que otra ya esté pensando en comunicarse con seres de otros lugares del universo. Ese 1% nos ha permitido desde construir un lenguaje hasta construir naves espaciales, ese 1% es la diferencia que ha hecho que el humano cree obras artísticas increíbles o teorice sobre el origen del universo y poder vivir en otros lugares del cosmos, y que los chimpancés sigan viviendo en

la selva. Solo un 1% nos separa de los chimpancés, de la misma manera que solo un 1%, como mínimo, nos separa de nuestro amigo Paco.

El gran evento, un misterio de 40.000 años

¿Una locura?, quizá si solo partiera de mi puño y letra, pero he de decir que existen expertos como Daniel Garrido, el coordinador de las cuevas prehistóricas de Cantabria, que defiende tal posibilidad, y, como él, muchos arqueólogos a los que les llama poderosamente la atención que nos

convirtiéramos en «Picassos» de la noche a la mañana tras 260.000 años en los que no dejamos ni una triste línea dibujada en las piedras.

Es obvio que esta teoría revuelve los cimientos de todas aquellas que han sido promulgadas por los expertos y que cuentan con más apoyos dentro de la comunidad científica. Teorías que, seguramente, les haya costado tiempo y esfuerzo desarrollar, tanto como para no querer renunciar a ellas tan fácilmente. Puede que en el fondo poco haya cambiado desde ese pensamiento oficial del año 1879 con respecto al actual. Marcelino Sainz de Sautuola se tropezó con aquellos que aseguraban que el

hombre prehistórico no podía tener ningún tipo de habilidad ni la sensibilidad para crear pinturas tan refinadas. Una vez que la ortodoxia del siglo XIX otorgó al ser humano en exclusividad la medalla del arte y la abstracción, en la actualidad, muchos expertos chocan de frente con la idea de que fuera el neandertal, y no el *Homo sapiens*, el que pudo transmitir ese despertar.

Ejemplo de ello fue el descubrimiento, en 1908, por parte de los hermanos Bouyssonie de un esqueleto completo de neandertal en una fosa cavada en los depósitos del yacimiento Bouffia Bonneval, en la

conocida fosa de La Chapelle-aux-Saints, en Francia. Dicho enterramiento era un escenario imposible y, como tal, fue obviado durante más de cien años por los expertos. Allí se encontraron los restos de un claro ritual funerario realizado por neandertales, lo que daba al traste con la idea de que estos hombres eran poco más que salvajes. De hecho, durante décadas, ni siquiera se planteaba que esta especie tuviera la más mínima capacidad cognitiva para realizar ningún tipo de acto ritual, así que, durante casi un siglo, se ocultó al mundo el verdadero significado de ese enterramiento.

Es curioso cómo la representación de nuestros ancestros ha ido variando con el tiempo. A modo de curiosidad, es interesante contemplar las antiguas ilustraciones que realizó el zoólogo francés Pierre Boitard, quien dibujaba en el año 1861 a los moradores de las cavernas como seres simiescos, violentos y salvajes, y cómo, nueve años después, las ilustraciones representaban a hombres con poses elegantes y aspecto contemporáneo, mientras dibujaban o tallaban de manera delicada las piedras. La ciencia no tiene las claves para determinar qué fue lo que provocó el amanecer de la mente humana, pero sí puede determinar cuándo, proponiendo

un periodo entre los 40.000 y los 45.000 años atrás. Es como si nuestra especie hubiera salido de la oscuridad de golpe, como un gran Big Bang a nivel mental. Esta circunstancia ha sido bautizada por los expertos como «el gran evento»; de hecho, son muchos los que hablan de una auténtica explosión cognitiva sin precedentes en la historia. Salvando las diferencias, es como si de aquí a unos miles de años los chimpancés pasaran de saltar de rama en rama a dibujar *La Gioconda*. Ese gran evento se produjo a nivel global, y tuvo una expansión vertiginosa por los habitantes del planeta. Los científicos no saben cómo explicar un suceso tan brutal como ese,

por lo que las teorías vuelven a surgir.

Aquí es donde se habla del recurrente eslabón perdido o de algún tipo de mutación genética que aceleró un proceso evolutivo sin precedentes, por lo que las preguntas se acumulan. ¿Por qué solo le ocurrió al hombre? ¿Por qué ninguna especie del planeta con miles de años de evolución mayor que la nuestra ha experimentado tal explosión cognitiva? En este sentido, no son pocos los que han querido ver en este gran evento la programación planificada de algún tipo de entidad creadora que nos «despertó» del mundo de las sombras. Una inteligencia de incierta procedencia

que desarrolló las capacidades de nuestros ancestros por una vía desconocida.



Representaciones del hombre prehistórico antes y después del reconocimiento de Altamira.

La tradición griega nos habla de Prometeo y de cómo, en contra de los mandatos del resto de los dioses, ofreció el fuego a los hombres. Ese fuego, en realidad, es una metáfora de la iluminación o el conocimiento, por lo que Prometeo habría sido el artífice del despertar del hombre dentro de la cultura griega, algo por lo que fue castigado. En la creencia cristiana la serpiente ofreció la manzana a Adán y a Eva contraviniendo los deseos de Dios. Al comerla, Adán y Eva fueron conscientes de su propia desnudez, algo de lo que, al parecer, no se habían dado cuenta, lo cual los acercaba más al reino animal que al hombre. Fueron, por tanto,

la manzana el fuego de los dioses y la serpiente el Prometeo cristiano. Las Escrituras nos dicen que, por tal acto, Dios castigó a la serpiente igual que los dioses castigaron a Prometeo, y Adán y Eva fueron expulsados del paraíso, eso sí, con la contradictoria encomienda de «creced y multiplicaos». Todas estas elucubraciones siempre me han hecho cuestionarme que si hemos sido capaces de llegar a crear artefactos espaciales, investigar otros lugares del universo, descubrir los ladrillos de la vida o teorizar sobre el origen de la materia con un regalo tan simple como el fuego, ¿qué clase de maravillas y

conocimientos están en el poder de esos antiguos dioses y que con tanto celo guardan para sí?

Lo cierto es que esa cesión del fuego o ese mordisco a la manzana, es decir, el gran evento al que alude la ciencia, coincidió con la llegada a Europa del *Homo sapiens* y de la hibridación ya demostrada con los neandertales, lo cual nos llevaría a una conclusión tan fascinante como imposible de admitir para la ciencia actual, y es que ese eslabón perdido, ese homínido que viajó de la oscuridad a la luz al cual los expertos aluden, en realidad, seríamos nosotros, con ese 1% neandertal capaz de marcar la diferencia

entre alguien que hace su vida en los árboles y alguien que llega a hacerla en las estrellas. ¿De qué maravillas seríamos capaces de haber conseguido un porcentaje mayor? Si esto fuera así, estaríamos en condiciones de afirmar que la parte *sapiens* de nuestra naturaleza es la salvaje y la violenta, que es aplacada solamente por ese ínfimo 1% de rastro genético. Así que tan solo nos queda llegar a una conclusión: ¿cuál de las dos vertientes de nuestra naturaleza acabará por imponerse sobre la otra? Si la trascendente o la salvaje solo el tiempo lo dirá.

2

LA CUEVA DE EL
CASTILLO.
UN ENIGMA DE HACE
150.000 AÑOS

El arte rupestre es el residuo
fósil del pensamiento de
nuestros ancestros.

JOSÉ ANTONIO LASHERAS

«Al borde del río Pas y a su paso por Puente Viesgo, se alza el Monte Castillo, una elevación caliza de forma cónica que esconde en su interior un intrincado laberinto de cuevas frecuentadas por el hombre durante al menos los últimos 150.000 años.

»Entre esas cuevas, cinco de ellas con manifestaciones rupestres paleolíticas, destaca la de El Castillo, descubierta por Hermilio Alcalde del Río en 1903, y objeto de numerosos trabajos arqueológicos, cuyos resultados son referentes científicos para la comprensión del desarrollo y comportamiento humano.»

Esta es la descripción que, de carácter técnico-histórico, se hace desde la página oficial de este gran monumento natural cántabro. Pero lo que usted descubrirá en las páginas de este libro sobre este conjunto de cuevas no lo encontrará en los portales oficiales de información ni en ningún folleto, libro promocional o escrito oficial al respecto. ¿Por qué?, porque lo que va a descubrir es políticamente incorrecto expresarlo por los canales institucionalistas. Aunque muchos expertos piensen lo mismo que en estas páginas va a descubrir, no hay posibilidad de manifestarlo de manera abierta, a no ser que arqueólogos,

prehistoriadores o guías quieran perder su puesto de trabajo o que les denieguen una subvención. Ahora bien, si usted consigue entrar en confianza con alguno de estos expertos, le dirá que lo que en este libro está a punto de descubrir, lejos de ser teorías alocadas sin fundamento, son cuestiones que también ellos contemplan como posibilidades absolutamente reales. No crea, querido lector o lectora, que con esto pretendo justificar lo que va usted a leer a continuación, sino que reflejo la realidad de un mundo, el oficialista, que dice una cosa pero que también piensa la otra. Y la otra es, precisamente, la que no pueden expresar.

Afortunadamente yo no soy arqueólogo ni prehistoriador, y mi trabajo no depende ni de subvenciones ni de oficialismos que aten el expresar ciertos pensamientos, por lo que no me impide manifestar lo que arqueólogos y prehistoriadores me cuentan. Y lo que me cuentan está en la misma antesala de lo imposible.

Pero, antes de introducirnos en las entrañas de este monte, es necesario contemplarlo desde el exterior para poder entender por qué este lugar y no otro se convirtió en una especie de antena receptora de lo invisible, lo que normalmente se denomina enclave o lugar de poder para que los hombres,

desde hace más de ciento cincuenta mil años, recalaran en su interior. Quizá porque allí veían algo que no estaba presente en ninguna de las otras cuevas de los montes cercanos. En este sentido, es singular que, a pesar de los miles de años de evolución de nuestra especie, aún sintamos de alguna manera la llamada de ciertos lugares naturales, como si hubiera una conexión o un cordón umbilical que nos atrajera una y otra vez hacia ellos. ¿Qué es lo que llegaron a percibir nuestros ancestros en enclaves como Monte Castillo?

Desde luego, hay que decir que el hombre del Paleolítico vivía en plena comunión con la naturaleza y que,

probablemente, su sensibilidad hacia estos lugares fuera prominentemente mayor a la que sentimos en la actualidad, por lo que su percepción y la conexión con estos puntos de poder fuera mucho más intensa, quizá hasta el punto de poder ver en ellos cosas que nosotros ya no somos capaces. Esto es así porque tanto Monte Castillo como otros que conviven a su alrededor han sido objeto de culto desde antiguo.

Es buen momento para que me acompañe en ese viaje y conozca la cara B de nuestra naturaleza más ancestral y atávica. Es necesario que abra su mente, que intente conectar con el ancestro que todos llevamos dentro y que, por un

instante, olvide este mundo modernizado para imbuirse en la mente de alguien que, hace más de cuarenta mil años, realizó ese camino iniciático. Quién sabe si uno de sus antepasados recorrió los pasadizos y tocó las paredes de esa cueva; si es así, está de enhorabuena, porque tendrá más posibilidades de sentir lo que él sintió, pero también de ver lo que él vio. Cosas que escapan a la razón y a la lógica, cosas que la versión oficial solo contempla muy de puntillas cuando se les pregunta. Así pues, es hora de conectar.

Las pinturas y sus teorías imposibles

Una gran bóveda se alza ante nosotros casi como la entrada a una inmensa catedral. La visera de la cueva de El Castillo es de grandes proporciones, pero fue aún mayor cuando los antiguos la usaron como vivienda. Allí, el recibimiento que hace la cueva al visitante es casi solemne, un abrazo de miles de años que no deja indiferente a nadie. Sin embargo, esta solo es la antesala de la verdadera entrada. Hoy en día, está convenientemente modificada para que hasta el más torpe de sus visitantes pueda hacer un recorrido relativamente cómodo; imaginamos que nada que ver con el que los antiguos tuvieron que realizar. En dicha visera,

los hombres prehistóricos hacían su vida, de hecho, uno de los mitos que deben ser desterrados es la idea de que se vivía en el interior de las cuevas. La humedad, la incomodidad, la falta de luz, de referencias o la posibilidad de ser sorprendidos por algún animal o por humanos enemigos hacían de esta posibilidad algo inviable. Pero que no nos confunda el término «humano», porque hace 150.000 años quienes habitaban esa cueva no eran *Homo sapiens*, eran otra especie de humanos: los neandertales. Si estos hubieran prevalecido sobre el *Homo sapiens*,

siempre me quedará la duda de si, a lo largo de la historia, lo hubieran hecho mejor que nosotros.



Monte Castillo con su característica forma piramidal.

Justo al final de esa bóveda de piedra se halla una puerta, esa es la verdadera entrada a la caverna, la que separa el mundo exterior del inframundo. Tras ella, existe un absoluto mundo de misterios, de signos, marcas, manos, animales, símbolos y seres antropomorfos. Todos ellos en un lugar al cual no todos están dispuestos a aventurarse. He de decir que he entrado varias veces y los guías me han explicado cómo en diversas ocasiones ha habido personas que han entrado en pánico, no han podido cruzar la puerta y se han quedado en el exterior, o cómo otras no han podido resistir mucho tiempo la sensación de opresión que la

cueva les producía, y han tenido que ser acompañados hasta la salida.

Caminamos no sin cierta sensación de entrar en un mundo casi prohibido, porque lo cierto es que muchas pinturas que se descubrieron solo estaban realizadas para la vista de unos pocos, imaginamos que solo para aquellos que habrían superado las pruebas que la cueva ponía al iniciado. Sin embargo, nosotros ahora nos saltamos a la torera esa ley no escrita, y al acceder de manera tan fácil a ciertas pinturas nos da la sensación de hacer trampa y ver estas sorteando las dificultades y el esfuerzo que el pintor se habría encontrado en su camino y que, probablemente, esperaba

que quien las contemplara también las sorteara. Estoy convencido de que, si así se hiciera, se estaría más cerca de alcanzar el verdadero significado de lo que allí plasmaron. En su interior, más de 275 figuras entre caballos, bisontes, ciervas, uros, cabras, incluso un mamut, pero también otras que son incomprensibles y que debieron de tener una importancia o significado realmente poderoso. Formas geométricas, líneas que se cruzan, rayas, discos, puntos, figuras de formas rectangulares, cuadradas, todas ellas cuidadosamente realizadas pero que a día de hoy son un auténtico enigma del que estoy dispuesto a aventurar una teoría imposible, de esas

que los expertos reconocen barajar cuando los defensores de lo oficial no los oyen. Pero antes de eso, conozcamos las oficiales.

Según el estudio publicado por el profesor de Geografía e Historia Rafael Montes Gutiérrez, la primera interpretación del arte paleolítico consideraba estas pinturas como una simple expresión artística, algo que fue calificado como «el arte por el arte», el cual se resume en el hecho de que los expertos del siglo XIX y principios del XX, en su mayoría franceses, como E. Lartet, H. Christy y E. Piette, sostenían que, de la misma manera que nosotros colocamos pinturas, cuadros o

fotografías en nuestro hogar, el hombre paleolítico también hacía lo propio. De esta manera tan simple, estos expertos acababan de un plumazo de solucionar la incógnita de estas representaciones y su significado. Esta teoría no tardó en derrumbarse cuando se comprobó que muchas de estas pinturas y grabados se habían realizado en lugares prácticamente inaccesibles, por lo que la pregunta era evidente: ¿para qué alguien querría dibujar algo que nadie puede ver? Tras el desbaratamiento de esta explicación, llegó otra llamada Totemismo, que fue defendida por los etnólogos británicos sir Edward Burnett Tylor y sir James George Frazer, quienes

aseguraron que, en realidad, todas estas representaciones animales reflejaban una especie de religión primaria en la que los humanos adorarían a estas criaturas, como si estas fuesen tótems hacia una cierta deidad natural. A esta teoría se sumaban otros expertos que defendían que estos tótems también hacían referencia a un clan. Algo así como cuando los miembros de un equipo deportivo se hacen llamar «los lobos», «los halcones» o cualquier otra especie animal. Lo que sucede es que estas interpretaciones contradecían el hecho de que existen pinturas en las que se representa a humanos dando caza y atacando a estos animales, a lo que estos

etnólogos no pudieron dar respuesta. Extraña adoración sin duda la que por un lado venera a sus tótems y por otro los asesina.

Pero los expertos no estaban dispuestos a rendirse tan fácilmente, así que no tardó en aparecer un nuevo planteamiento a este enigma, el cual ya estaba empezando a producir verdaderos dolores de cabeza. Así que, en 1903, otro etnólogo llamado Reinach —junto con el conocido arqueólogo y prehistoriador Henri Breuil, al que se sumó el conde Begöuen—, intentó dar coherencia a estas representaciones, vinculándolas con ciertas actividades mágicas relacionadas con la caza, la

destrucción o la fecundidad fundamentalmente. Se pretendía explicar que quien dibujaba la imagen del animal pretendía influir sobre él y este quedaba, de alguna manera, bajo su dominio; se quería influir en unos animales determinados para que fueran abundantes para ser cazados con facilidad y propiciaran el sustento del grupo. Esta teoría de nuevo planteaba discusión, ya que en muchas cavidades se han hallado animales como felinos y osos, potencialmente peligrosos para el hombre, por lo que su presencia en el hábitat de los humanos no sería precisamente agradable; además, no supieron responder al hecho de que si el

sentido de estas figuras era la abundancia de la caza y, por tanto, el alimento, ¿cómo es que apenas existen representaciones de otros animales susceptibles de ser alimento?

Esto provocó que el mundo necesitara de nuevo una explicación a algo que ya estaba pasando de dolor de cabeza a migraña. ¿Cómo era posible que el hombre ilustrado de los siglos XIX y XX no alcanzara a entender los comportamientos de las salvajes y primitivas mentes de aquellos humanos? La sola idea de que esto fuese posible revolvía en su silla hasta al más acomodado de los expertos. Así que lanzaron una nueva explicación: el

estructuralismo. El arqueólogo francés Leroi-Gourham y la arqueóloga Annette Laming-Emperaire, usando métodos matemáticos, elaboraron un catálogo sistemático de figuras en el que mostraban a qué se asociaban y en qué parte de la cueva se encontraban. Las conclusiones a las que llegaron fueron que bisontes y caballos serían imágenes de mayor contenido simbólico, y que las demás especies actuarían de simples acompañantes. Según estos arqueólogos franceses, existía un sistema binario, es decir, que algunos animales estaban siempre asociados a otros. A estos binomios quisieron atribuirles la representación de lo femenino y lo

masculino. Pero, como parece que este es el cuento de nunca acabar, enseguida saltaron los detractores de toda esta elaborada explicación. ¿Salvajes con conocimientos matemáticos? ¿Concepciones abstractas de lo masculino y femenino? ¿Representaciones animales como si de una religión se tratara? La crítica no tardó en echárseles encima asegurando que estas deducciones parecían bastante forzadas. Además, dichas estructuras no se aplicaban a todas las cavidades. Para las sesudas cabezas del siglo XX la migraña ya se había convertido en lo más parecido a una pérdida de consciencia intelectual.

El destacado prehistoriador francés Jean Clottes, junto con el antropólogo sudafricano David Lewis-Williams, expuso la conocida como Teoría del chamanismo. En ella los expertos partían de la premisa de que estas pinturas eran la consecuencia de la existencia de una, mal llamada, religión, en la que algunos miembros de las tribus, llevados por la ingesta de sustancias alucinógenas, realizarían estas pictografías. Las cuevas como la de El Castillo serían lugares especiales a través de los cuales el hombre contactaría con el mundo de los espíritus. De hecho, Jean Clottes propone una nueva definición del

hombre de las cavernas, el llamado *Homo spiritualis*, e incluso apunta a otro nombre: el *Homo spiritualis artefactus*. Según Jean Clottes, este *homo* sería capaz de tener un gran sentido espiritual además de la habilidad de crear objetos al efecto de contactar con ese mundo espiritual.

Techos, paredes, piedras, pasadizos y cavidades de todo tipo serían los enclaves donde estos hombres observarían a estos animales. Lugares que, como finas membranas traslúcidas revelaban bisontes, ciervos o caballos. Como si de un viaje al cosmos se tratara, el chamán se internaría en la oscuridad de la caverna para que su

alterada mente conformara lo que posteriormente se convertiría en dibujo. Según Jean Clottes y su colega, los chamanes creían realmente que estos animales estaban atrapados en las paredes de las cuevas, lo que justificaba el uso de los relieves como parte de sus pinturas, las cuales conseguían liberar al animal de su encierro.

En la cueva de El Castillo existe una sala que bien pudiera ser utilizada para algún tipo de ritual, al menos según esta teoría. En ella, una estalagmita fue modificada, casi esculpida, hace 30.000 años por alguien que, según se afirma, pretendía transmutarla en un espíritu. Este lugar es uno de los más fascinantes

de la cueva, pero también uno de los que generan más controversia. Allí, al proyectar una luz sobre esta columna, nuestros ojos quedan hipnotizados al contemplar cómo la sombra parece adquirir la forma de un animal medio hombre medio bestia, que, con el juego de luces y el movimiento de una lámpara, parece cobrar vida y moverse por la sala. ¿Realmente este era el objetivo de quien modificó la piedra o, por el contrario, es el resultado de una antiquísima pareidolia? Según estos autores, figuras, signos, animales y todo tipo de pinturas serían el resultado de

las visiones bajo un estado alucinatorio, y servirían para la ejecución de alguna clase de ritual hoy perdido.

Pero, claro, todo esto era demasiado bonito como para que el mundo de la ciencia especulativa, como la arqueología o la historia, se pusiera de acuerdo. Así que surgieron de nuevo las críticas y los argumentos en contra. Para empezar, los autores no supieron explicar el hecho de que esa supuesta sustancia o sustancias alucinógenas pudieran causar, curiosamente, la misma visión o percepciones a todo el que la tomaba. Tampoco podía explicar cómo a alguien en ese estado alterado de consciencia le pudieran sobrevenir unos

dones artísticos que ya quisieran muchos pintores actuales, ni tampoco explica cómo les permitía adentrarse cientos y cientos de metros en las cuevas, sin perderse o desorientarse, para luego dibujar de manera exquisita un animal determinado en una superficie cuyo acceso era tremendamente complicado.



Equipo de excavación de Obermaier y Werert,
cueva de El Castillo.

Aun así, aunque parezca increíble, hay puntos en común donde todos están absolutamente de acuerdo y propuestas cuyas críticas son inexistentes. Estos son precisamente los puntos que abren la posibilidad a teorías que solo se contemplan en la intimidad de una conversación, porque su planteamiento oficial, su publicación en una tesis o su presentación en los círculos académicos llevarían a quienes la defienden a un ostracismo como el que sufrió Marcelino Sainz de Sautuola. Seguimos imaginando a hombres sucios y salvajes

con la salvedad de que sabían pintar. Pero ¿y si sus conocimientos fueran mucho más amplios de lo que imaginamos? ¿Y si las pinturas de El Castillo, como las de otras cuevas, representaran todo un sistema de comunicación? O, aún más, ¿y si reflejaran conocimientos astronómicos increíbles? O más alocado todavía, ¿y si algunas de sus pinturas nos dieran la clave para pensar que estos hombres convivieron con entidades de extraño aspecto a las que temían? Incluso podríamos seguir: ¿y si ciertas pinturas, conocidas como tectiformes, claviformes, o incluso las que se atribuyen a la representación de vulvas,

en realidad hicieran referencia a algún tipo de visión astronómica? Pero vayamos aún más lejos, ¿y si en el interior de las cuevas, donde El Castillo es una auténtica referencia, sus moradores vieran en ciertas paredes portales a otros mundos más allá de la propia piedra?

Si usted no es una de estas personas y cree a pie juntillas la versión oficial de la historia del hombre, tiene la opción de no seguir leyendo; si lo hace, corre el riesgo de que algunas de sus ideas se tambaleen, tal y como lo hicieron las mías. Dejo la decisión en sus manos.

Conectando con el otro lado

Mientras avanzamos por la increíble cavidad de la cueva principal de Monte Castillo, sentimos que, a medida que nos sumergimos en la tierra, también lo hacemos en el tiempo. Imaginamos cómo esos hombres de hace 40.000 años pudieron realizar esas figuras sin errar, sin corregir un solo trazo. Me pregunto cuántos en la actualidad serían capaces de hacer lo mismo sin acabar emborronando la pared, cuántos conseguirían, en el irregular y áspero lienzo de piedra, reflejar en apenas tres líneas un animal claramente identificable, por no hablar de figuras

mucho más elaboradas y policromadas. Con los dedos impregnados en una elaborada pasta creada con agua y óxido de hierro, el hombre antiguo dejó en las cuevas de este monte «tamponazos» que, a modo de huella dactilar milenaria, parecieran ser puntos de acupuntura de la caverna. En muchas ocasiones, para completar las figuras, el artista transformaba las líneas para sustituirlas por hileras de estos puntos dejando al espectador una imagen que no puede ser más sorprendente. Pareciera como si el animal traspasara la pared, como si estuviera emergiendo de un mundo invisible más allá de la piedra y del cual no habría salido por completo. En otros

puntos de la cueva, las pinturas se amontonan unas encima de otras, son traslúcidas, casi transparentes, como si la piedra fuera una ventana a un mundo donde estos animales habitarían. Al contemplar esta mezcla entre pintura y piedra, la sensación de que el animal está intentando salir de ella es más que evidente. ¿Los habitantes de estas cuevas veían realmente en las paredes portales a otros mundos? ¿Cómo es posible que grupos humanos alejados miles de kilómetros entre sí, incluso separados por todo un océano, hicieran estas representaciones de manera increíblemente similar? Sorprende el hecho de que todos utilizaran los

mismos minerales, con las mismas técnicas pictóricas, a pesar de no haber tenido contacto entre ellos. Las estimaciones de los expertos son que la población mundial de humanos hace 40.000 años no llegaba a superar los 250.000 individuos; en esa época éramos lo más parecido a una especie en peligro de extinción, pero, aun así, parece que algo propició que estos conocimientos se propagaran.

Estas son cuestiones que esquivo la arqueología actual. Ya no es el hecho de que, de manera aparentemente espontánea, estos habitantes se dedicaran a dibujar las mismas cosas en las cuevas cuando no lo habían hecho en

más de doscientos cincuenta mil años, sino el hecho de que todos lo hicieran de manera similar y prácticamente al mismo tiempo. ¿Qué pasó hace unos cuarenta mil años para que estos grupos humanos se pusieran de acuerdo en tantas cosas?

En una de las estancias de El Castillo algo llama poderosamente nuestra atención y nos hace plantearnos más preguntas cuando apenas hemos podido elucubrar con las anteriores. Frente a nosotros, en el techo de una de las salas, se muestra toda una maravilla, el conocido como Panel de las manos. Allí, en el techo, las manos de aquellos hombres que se adentraron en El

Castillo han quedado marcadas para la eternidad. Amontonadas, apiladas unas sobre otras, parecen pelearse por llegar a tocar algo invisible. No comprendemos qué llevó a esas gentes a escoger ese lugar y no otro para, casi de manera compulsiva, dejar esta curiosa huella humana tan alejada de las representaciones animales. Es como si los que las plasmaron vieran allí algo que a día de hoy no podemos percibir. Plasmadas en ese techo encontramos 56 manos. La pregunta ante este espectáculo es evidente: ¿qué enigmática particularidad tenía esa piedra para que todos quisieran poner sus manos en ella? Preguntas que se acumulan junto con el

desconcierto más absoluto cuando descubrimos que este no es un hecho aislado. Cómo se transmitió este impulso es un misterio, cómo era posible que todos lo hicieran igual es un absoluto enigma, cómo es posible que en muchos lugares del mundo esto se hiciera a la vez a miles de kilómetros de distancia siguiendo el mismo patrón nos deja sin respuestas, al menos en el terreno de lo oficial. Veamos algunos ejemplos.



Panel de las manos, cueva de El Castillo.

Nada más y nada menos que en la Patagonia argentina nos encontramos con la llamada cueva de Las Manos, un nombre que deja claro que allí, por algún motivo que desconocemos, sus moradores vieron algo en un abrigo de roca que los impulsó a dejar su huella, pero solamente en ese lugar y no en otro. En esa pared, encontramos la friolera de 860 manos, de las cuales 829 son izquierdas y 31, derechas. Pero si nos desplazamos unos pocos kilómetros encontramos la cueva Grande del Arroyo Feo, donde hay 99 manos. La

arqueóloga María Onetto llegó a contar entre las cuevas de la zona más de 2.000 manos. En Francia, hallamos la cueva de Gargas, donde se han documentado 231, en Wadi Sura, en Egipto, nos encontramos con la llamada cueva de Las Bestias donde se han contabilizado más de 500 manos, la mayoría de ellas impresas en un único abrigo de roca, al igual que la gran cantidad de manos halladas en la cueva de Wadi el-Obeiyd, descubierta en 1995 también en Egipto. Si viajamos hasta Indonesia, nos encontramos con la cueva de Llas Kenceng en Borneo. Allí descubrimos varias manos datadas en 40.000 años que se amontonan en un lugar concreto

de la caverna. No muy lejos, en la cueva de Gua Ham, ocurre lo mismo, gran cantidad de manos pintadas en un único punto. De hecho, Indonesia dispone de más de 25 cuevas con manos, entre las que destaca la de Gua Tewet; allí se repite el mismo proceso. Lo mismo ocurre en el yacimiento de Ubirr, en Australia, cuyos asentamientos humanos se han datado en 41.000 años. Pero si queremos rizar el rizo, a cientos de kilómetros de Australia nos encontramos con las cuevas de Karaeari, en Papúa Nueva Guinea, donde una extensa red de 250 cavidades y abrigos rocosos contienen las mayores muestras en Melanesia de huellas de manos, como

igualmente sorprendente es descubrir que se hacía lo mismo en la cueva de Catal Huyuk, en Turquía, obviamente, a miles de kilómetros de Papúa Nueva Guinea. Como a miles de kilómetros también se encuentran las manos que plagan las paredes del territorio de los antiguos indios anasazi, en los actuales estados de Colorado, Utah, Arizona y Nuevo México. Y la lista continúa.

Debió de existir algún tipo de conexión que hizo que civilizaciones de uno a otro continente tomaran la misma decisión y realizaran estas impresiones de igual modo. Si hace 40.000 años un grupo de personas dejó la huella de sus manos en la cueva de El Castillo y hace

8.000 años otro grupo lo hizo en Argentina, Brasil o Estados Unidos, ¿acaso viajaron los humanos de un continente a otro y transmitieron esos conocimientos? Si esto fuera así, aún quedaría por desentrañar cómo llegaron a esas tierras y cómo consiguieron esos primeros viajeros convencer a los pobladores de otras partes del mundo para que incorporaran esta práctica a sus vidas, por lo que nos planteamos qué clase de personas tendrían tal capacidad de convencimiento. Sea como fuere, debía de haber una magnífica razón por la cual de uno a otro continente los habitantes de estas cuevas seleccionaran un lugar concreto para dejar su huella

para la eternidad. Algo que solamente se entiende si estos hombres consiguieran ver en esos puntos concretos algo que nosotros ya hemos perdido.

La explicación sugerida por expertos como José Antonio Lasheras — el tristemente fallecido director del Museo Nacional y el Centro de Investigación de Altamira— es que, en realidad, vieran en esos abrigos y paredes de piedra un verdadero portal a otro mundo y que, como a través de una ventana, pudieran observar lo que sucedía al otro lado. Si esto fuera así, si el hombre de hace 40.000 años pudiera

tener percepciones de otra realidad y estas se abrieran en lugares concretos, ¿cómo podría pasar a ese otro lado?

José Antonio Lasheras declaró en varias entrevistas que los hombres que dejaban sus manos allí estaban convencidos de que, con eso, conseguían pasar al mundo que estaba al otro lado de la roca, que eran capaces de percibir que, en esos puntos concretos de la caverna, el espacio y el tiempo se transformaban, y que, de alguna manera, por esos lugares se podía acceder a otro universo, al mundo de los espíritus o a una realidad desconocida. Solo así se entiende que todos hicieran lo mismo en diferentes partes del mundo. Quizá ese

humano antiguo tuviera una mayor capacidad para percibir ese mundo, ese portal que se abriría en lugares concretos de las cavernas y quizá tuviera el irrefrenable deseo de alcanzarlo, en cuyo caso existiría una única manera.

Puedo garantizar que, en cierto sentido, yo he conseguido atravesar la roca y tocar tímidamente ese otro lado, y si yo, una persona imbuida en un mundo globalizado, quedé impactado, no quiero ni imaginarme qué sentirían aquellos ancestros que tuvieron mi misma experiencia hace más de cuarenta mil años.

Para comprobar por mí mismo toda esta teoría sobre *el otro lado*, Daniel Garrido Pimentel —coordinador de las Cuevas Prehistóricas de Cantabria— y Saúl Fernández —probablemente uno de los aficionados a la arqueología y el arte rupestre más versados de Cantabria— me propusieron hacer un experimento. Intentar ver y sentir lo que pudo haber visto y sentido el hombre prehistórico cuando ponía su mano sobre la roca. Con los mismos materiales que se utilizaron en las pinturas originales y utilizando la misma técnica, con base en los diferentes estudios realizados, para su creación, me dispuse a pasar al otro lado de la piedra. Saúl comenzó el

ritual. Utilizando la técnica original, comenzó a impregnar mi mano del tinte a base de agua y óxido de hierro, el mismo con el que se crearon la mayoría de las pinturas rupestres. En ese momento, mi estupor fue absoluto. Como si de algún tipo de magia ancestral se tratara, mi mano se había mimetizado con la roca, tanto una como la otra contenían el mismo tono, de manera que me era realmente difícil distinguir dónde acababan mis dedos y dónde empezaba la piedra, y en ese momento comprobé cómo a nivel visual mi mano y parte de mi muñeca habían desaparecido, y daba la absoluta sensación de que había conseguido traspasar la piedra. He de

reiterar que el impacto visual fue increíble, por lo que no puedo ni imaginar qué sentirían aquellos hombres cuando, en la oscuridad de una cueva, tan solo rota por las llamas de sus luces de tuétano, contemplaran cómo sus manos desaparecían literalmente ante sus ojos. Algunos autores, como Jean Clottes, afirman que, para ellos, la mano quedaba ligada a la roca, quedaba fundida con la pared dejando su fantasma, su espectro, cuando esta se retiraba, y se establecía un vínculo permanente con el mundo de los espíritus que permitía a estas personas beneficiarse del contacto directo con los poderes del más allá.

Sin embargo, existe una característica de estas manos que no debe pasarnos desapercibida, algo en lo que el visitante de El Castillo no repara a pesar de tenerlo delante: su anatomía. Todas las manos que aparecen en ese panel de la cueva cántabra tienen una enigmática peculiaridad. Todas son finas, estilizadas, de dedos largos y delgados, con palmas estrechas y perfiles delicados. Estas manos no parecen corresponder a la fisionomía de un hombre, sino a la de mujeres o incluso niños, algo que también ha generado mucha controversia, ya que pone directamente a la mujer en el centro del arte rupestre. Por eso, a mí

personalmente me gusta pensar que, en realidad, fueron ellas y no ellos las que se adentraban en las cuevas, las que sentían con su especial intuición la energía que emanaba de su interior, las que elegían los lugares donde realizar estas manifestaciones culturales y las que, finalmente, las ejecutaban de manera magistral sobre la piedra de sus paredes y techos.



Juan Gómez plasmando su mano en la piedra.

Representacion de algo ¿en el cielo?

En algunas de las cosas en las que están de acuerdo los diferentes expertos en prehistoria es en que el hombre tenía una conexión mucho más íntima con su entorno natural de lo que imaginamos; solo así se entiende que nuestra especie haya sobrevivido durante milenios en un mundo prominentemente hostil, donde el humano era y sigue siendo una de las especies más débiles y vulnerables. Tan solo el conocimiento de su entorno, la anticipación y la adaptación al mismo supondrían la diferencia entre sobrevivir o perecer. La naturaleza, pues, lejos de ser el enemigo del hombre, era su más poderoso aliado. El hombre tan solo tenía que saber cuáles

eran las herramientas que la naturaleza le ofrecía para mantener su supervivencia. Esto era fundamental y, gracias a ello, usted y yo estamos en este mundo. Sin embargo, es fácil ir adormeciendo esa capacidad humana cuando a lo largo de la vida ya no la necesitas. ¿Qué nos hace falta saber de animales, plantas, ríos, árboles, tierra, agua, fuego o viento cuando, en la actualidad, a golpe de un solo clic, nos pueden traer a casa todo lo que necesitamos? En las grandes ciudades la noche no existe, no hay estrellas, la luz artificial es perpetua, por lo que nuestra ancestral capacidad para adaptarnos a la falta de luz se verá mermada a lo largo

de las generaciones. Sin embargo, hubo una época en la que el cielo estrellado era lo que veían nuestros ancestros cada noche, y cuyo espectáculo nocturno debía de influir ampliamente en los pensamientos de aquellos moradores de las cuevas. Nos imaginamos a estos hombres y mujeres paleolíticos mirando con sorpresa e ignorancia los eventos astronómicos que se les presentaban cada noche, nos imaginamos a estos humanos corriendo despavoridos ante una estrella fugaz, un eclipse o la visión de un cometa. Nos imaginamos a estos hombres y mujeres reclusos temerosos en sus cuevas cada noche, esperando con inquietud a que el sol rompiera la

oscuridad para levantarse y ponerse a cazar, recolectar, reproducirse y, más tarde, también pintar en las cuevas. Lo que los más recalcitrantes defensores de lo oficial no están dispuestos a admitir es que estos grupos de humanos tuvieran conocimientos relativamente avanzados de astronomía, porque, si esto fuera así, el hombre actual no estaría tan alejado a nivel intelectual del supuesto homínido de las cuevas, y eso a algunos les escuece. Pero ¿podrían existir pruebas en este sentido?, ¿podrían pinturas como las de El Castillo o la reconocida cueva de Altamira albergar un código oculto?, ¿podrían ser auténticas representaciones de algo que veían en los cielos?

A medida que avanzamos por la cueva, nos vamos encontrando con figuras realmente extrañas, símbolos, signos, puntos, líneas que se entrecruzan y figuras geométricas sin aparente sentido. Todo apunta a que aquellos que dejaron estas enigmáticas representaciones querían enviar algún tipo de mensaje que se nos escapa. En una apartada sala de la cueva nos encontramos con un nuevo reto. Ante nosotros, varias líneas conformadas por gran cantidad de puntos rojos milimétricamente colocados se extienden en el techo de esa misma sala; una de estas figuras está compuesta por cientos de estos puntos creando un

completo triángulo-rectángulo; junto a ellos, revelando una sensación de movimiento, aparecen varias formas rectangulares que tienen en su interior enrejados y líneas separatorias, como si lo que quisieran representar estuviera compuesto de piezas o compartimentos. Asimismo, parece que su disposición no está hecha al azar, sino que sigue un orden determinado, una estructura o un patrón cuyo significado igualmente se nos escapa. En ese mismo lugar, otra figura nos sorprende: dos de estas estructuras, a falta de una palabra mejor, se cruzan formando un aspa casi perfecta, mientras que en su interior se adivinan compartimentos, separaciones

y líneas de puntos. En otro lugar del techo, nos aguarda otro símbolo extraño, una suerte de cruz realizada con infinidad de puntos parece adquirir movimiento. Algunos han querido ver en esta figura algún tipo de ser alado que, esquivando las irregularidades de la roca, se mueve entre las grietas. Si tomamos perspectiva y vemos todos estos elementos en un conjunto global, da la sensación de que adquieren movimiento pero que, al mismo tiempo, mantienen un orden.

Quizá el autor o autores hubieran realizado algún tipo de simbólico ritual en el que, bajo los efectos de psicotrópicos, habrían dibujado estas

extrañísimas formas, quizá producto de visiones o alucinaciones. La afirmación general es que estos hombres o mujeres pintaban única y exclusivamente aquello que veían. Bien, si esto es realmente así, si no había ningún tipo de creatividad en sus obras, si solo eran capaces de dibujar aquello que veían, entonces la pregunta es clara: ¿qué veían para dibujar esas extrañas formas?

Cuando pensamos en estas cuestiones nos damos cuenta de algo que durante la visita pasa desapercibido pero que, analizado, llama enormemente la atención. Parece que la cueva de El Castillo, como la mayoría de las que tienen pinturas rupestres, fuera una

proyección del mundo exterior. Si aceptamos como válida la afirmación de que solo pintaban lo que veían, nos damos cuenta de que también lo pintaban donde lo veían. Las paredes podrían representar el horizonte, mientras que los techos podrían representar el cielo. Sería lo más parecido a llevar el mundo exterior al interior de las cavernas. Luz Antequera, doctora en Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid, realizó una lectura revolucionaria y alternativa en este aspecto. Según su estudio, los bisontes de Altamira no serían el producto de algún tipo de llamamiento ritual, sino que los pintores prehistóricos tendrían conocimientos

avanzados de astronomía. Plantea también la posibilidad de que estos bisontes, en realidad, fueran la representación de las constelaciones. Para su estudio, Antequera no solo se centró en las pinturas del fastuoso techo en el que se concentra una veintena de zoomorfos, sino también en algunos grabados cuyo estudio teoriza que podrían representar estrellas. Hay que decir que la posición en la que las vemos en la actualidad no es la misma que la que veían los prehistóricos de hace 14.000 años, por lo que Antequera tuvo que utilizar un programa informático que, literalmente, diera marcha atrás en el tiempo para

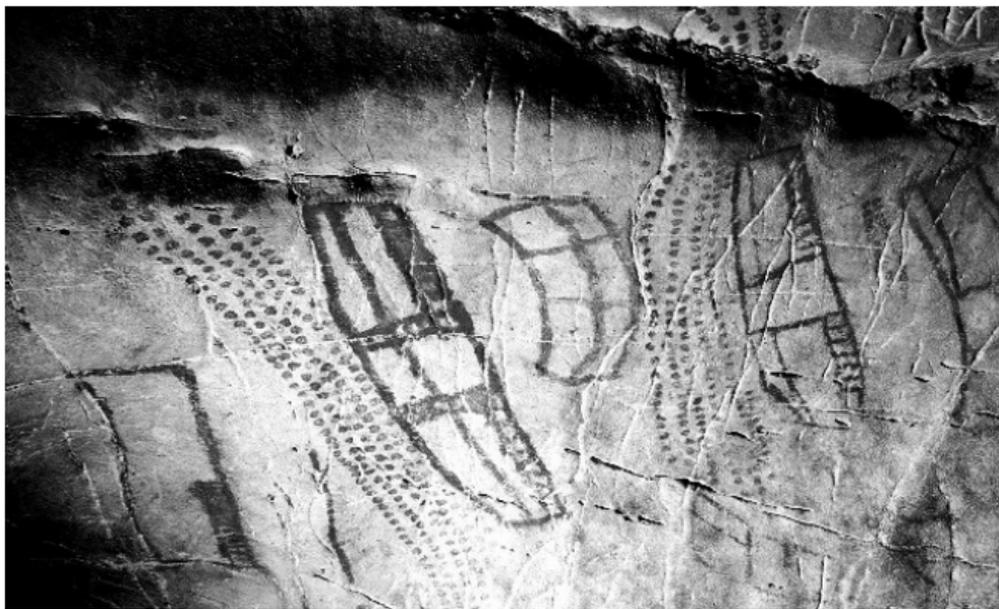
contemplar cómo era la bóveda celeste en esa época. Por otro lado, tomó imágenes del conjunto de representaciones en el famoso techo de Altamira, para luego proyectarlo a escala en la bóveda celeste de hace 14.000 años. El resultado fue de lo más revelador. De la veintena de figuras, diez «encajaban» de manera exacta con la posición y la unión de estrellas de ese cielo... ¿Acaso aquellos hombres y mujeres no solo eran artistas sino también astrónomos? Esto, desde luego, no encajaría con la idea de hombres salvajes e involucionados. ¿Estaríamos ante una astronómica casualidad? Lo cierto es que si esto fuera así, es desde

luego una astronómica casualidad que el caballo de la bóveda de Altamira también coincida con la constelación de Pegaso, la cual es representada como un caballo desde la más remota antigüedad, como astronómica casualidad es el hecho de que si tomamos esta referencia y adaptamos de manera natural las pinturas a la deformación de la bóveda celeste descubrimos con poderoso asombro que no son diez, sino veinte, las figuras de Altamira que coinciden con estrellas y constelaciones de 14.000 años atrás. Seguramente, también es producto de una astronómica casualidad que las figuras giren alrededor de un punto concreto: la cabeza en negro de

uno de los bisontes que, al ser proyectado en ese cielo de hace 14.000 años coincidiría con el polo celeste. Como igualmente casual es el hecho de que, si calculamos los solsticios de ese momento, encontramos que las posiciones de los animales coinciden con la posición de partida de las estrellas. Pero no solo eso; no deja de ser sorprendente que algunos de los bisontes que se encuentran al este, y solo los que se encuentran próximos a la eclíptica, adopten una posición, no de parir como se ha dicho muchas veces, ni de descanso como también se ha interpretado, sino de enorme esfuerzo. ¿Acaso son bisontes trepando por el

horizonte? Viendo la escena, podemos tener la impresión de que una manada de bisontes tiene la mítica misión de subir por el camino del sol, la luna y los planetas. Pero para rizar el rizo de las astronómicas casualidades, el llamado Gran Bidente de Altamira, proyectado en ese cielo, tiene la forma exacta de la unión de varias constelaciones. El historiador suizo Sigfried Giedion, que publicó la obra *El presente eterno: los comienzos del arte*, describía el techo de Altamira de la siguiente manera: «El techo de Altamira, con su vigorosa secuencia de animales tiene estrecha relación con símbolos indescifrables. La concepción espacial del arte primero, es

siempre la misma. No es un caos, más bien se asemeja al orden de las estrellas que a lo largo y a lo ancho del espacio infinito, despliegan sus relaciones libres y universales».



Tectiformes de la cueva de El Castillo.

Desde luego, para muchos esto es producto de una gran, elaborada y astronómica casualidad, como casual es que en la cueva de Lascaux, en Francia, encontremos varios puntos dibujados en el techo que tienen un sorprendente parecido con la posición de las Pléyades, las Hyades y las estrellas del cinturón de Orión, todas ellas con respecto a la constelación de Tauro, tal como reflejaron los trabajos del doctor Michael Rappenglueck. Puntos que, casualmente, en ese techo, están rodeando la cabeza de un toro. Como astronómica casualidad es el hecho de encontrarnos en la cueva de Enkain, en Guipúzcoa, dos osos dibujados hace

14.000 años y que diferentes investigadores como Javier Castro, miembro de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, proponen como la representación de las constelaciones Osa Mayor y Osa Menor, algo que fue publicado en el número 364 de la revista *Investigación y Ciencia*. Astronómica casualidad es una sección que se encuentra en la cueva de Los Herreros, de Jaén, donde unos puntos realizados en la roca, dicen, se asemejan a un cielo estrellado. O la conocida como cueva de Las Estrellas, en Gran Canaria, cuyo techo presenta un punteado blanco sobre un fondo que había sido previamente ennegrecido, un

dibujo que asemeja a un firmamento estrellado, o tal vez el movimiento del cielo nocturno. Por supuesto, en todo este asunto no faltan las voces disonantes, como la de César Esteban, del Instituto de Astrofísica de Canarias, quien asegura que tanto el trabajo de Luz Antequera como el de Rappenglueck son meras especulaciones que califica de «simpáticas».



Constelaciones de Altamira.

Mención aparte merecen las llamadas pinturas tectiformes. Aquí es donde guías y expertos en arte rupestre plantean como posibilidad una de esas teorías imposibles que no se atreven a manifestar de manera pública. Líneas sin sentido, aspas o enrejados en forma de parrillas en la cueva de El Castillo quizá formaran parte de algo absolutamente real, formaciones de objetos o estructuras en el cielo que pudieran haber sido vistos por estos humanos prehistóricos. Si atendemos a la afirmación oficial de que pintaban lo que veían, ¿realmente estos dibujos

plasmarían algo en el cielo de lo que fueron testigos? Pues, aunque esto pueda ser una loca especulación, es el pensamiento que me han transmitido guías y expertos de gran responsabilidad en este asunto. Son muchos los que barajan esa idea pero no quieren significarse; otros van más allá y no les importa mencionar esta posibilidad en público, como es el caso de la socióloga, prehistoriadora y arqueóloga valenciana Lorena Boluda Cañes, quien incluso expresó su sorpresa cuando su propio profesor de la facultad exponía esta teoría en un artículo de la revista *Stendek*. Incluso ella misma manifestó que sabía que en los círculos más

discretos de la arqueología, durante muchos años, la teoría extraterrestre sobre estos signos geométricos del arte rupestre estaba en boca de los expertos. Según las propias palabras de esta arqueóloga:

«El tema extraterrestre es llamativo, enigmático y una posibilidad más dentro del fascinante mundo de la prehistoria, pero de momento necesitamos alguna evidencia material, más allá del rupestre para poder afirmar que efectivamente “ellos” estuvieron aquí, conviviendo con nuestros ancestros y que, por ello, fueron representados. Estamos cansados de escuchar que pintaban lo que veían, y

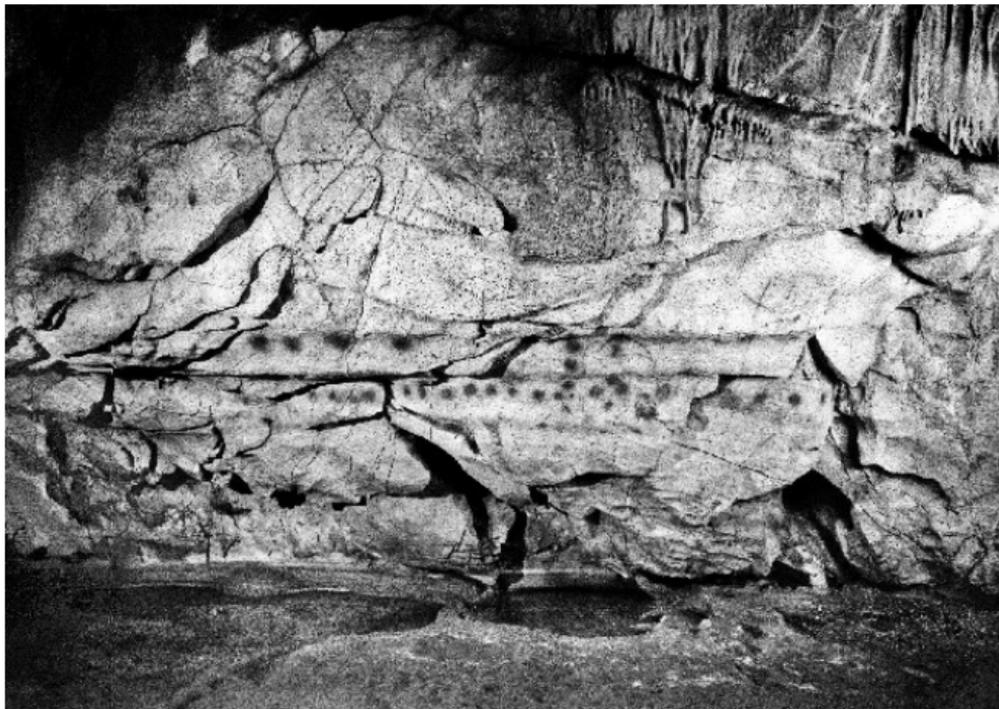
por tanto ¿quién puede afirmar que, efectivamente, no vieron algo en los cielos y así quedó representado?»

Y continúa diciendo: «Los OVNIS en la prehistoria, son y serán un mito muy arraigado, que, aunque en la actualidad está en desuso y pasado de moda, ridiculizado y tachado de locura, puede que vuelva a resurgir con fuerza en el futuro».

He de decir que innumerables veces he preguntado a guías por esta posibilidad cuando, visitando alguna cueva me he colocado delante de alguna de estas extrañas representaciones, e incluso he interpelado a algún prominente experto en pintura rupestre

en este sentido cuando he tenido oportunidad. La respuesta siempre ha sido la misma: «Cabe esa posibilidad», aunque nunca la manifestarán en ningún artículo o conferencia. El problema estriba, tal y como me comentaban, en que esas misteriosas figuras tectiformes están repartidas por gran cantidad de cuevas, en muchos casos con aspectos realmente similares, por lo que no es posible que fueran producto de una alucinación; no es factible que todos tuvieran la misma visión y que todos quisieran manifestarla de la misma manera. Quizá podrían haber sido realizadas por el mismo grupo humano si no fuera porque las dataciones

separan unas de otras varios miles de años, lo mismo que sucede con las encontradas en la cueva de La Pasiega, también en Puente Viesgo, o las halladas en la cueva Pais-Non-Pais, en Gironde, Francia, o las dibujadas en la cueva de Font de Gaume, en la Dordoña Francesa, o las aparecidas en la cueva de Rouffignac o la de Bernifal; todas ellas con características que, a ojos del hombre actual, se asemejan a alas delta, boomerangs e incluso a los famosos OVNIS que Keneth Arnold dijo haber divisado el 24 de junio de 1947 sobre el ya emblemático monte Rainier.



Panel de los discos, cueva de El Castillo.

A la vista de la gran cantidad de cavernas donde estas enigmáticas pinturas aparecen, incluso algún guía me ha llegado a insistir sobre este particular afirmando que era materialmente

imposible que todos dibujaran lo mismo de no haber visto «aquello» con sus propios ojos. Soy consciente de que, a estas alturas, quizá usted haya fruncido el ceño ante este tipo de especulaciones y se cuestione si existen otras posibilidades más terrenales, cosa que, como investigador, también planteé a mis interlocutores. Según ellos, cabría una opción alternativa, pero igualmente descabellada para la ortodoxia arqueológica actual. Y es que, fueran o no producto de una visión real, estas enigmáticas representaciones se realizaban con un propósito claro de expresar o comunicar algo. Si a esto se añade que los extraños signos y formas

han sido encontrados en diferentes partes del mundo, quizá lo que tengamos delante sea un auténtico lenguaje de comunicación, unos dibujos donde aquellos humanos pretendían transmitir algún tipo de información de manera deliberada y no simplemente representar aquello que veían. ¿Estaríamos acaso ante el primer método de comunicación escrito de la historia de la humanidad?

Un lenguaje oculto

Ese pensamiento no deja de aparecer en mi mente una y otra vez con cada una de las formas que, sobre la piedra, dejaron

los que me precedieron. Lo que está claro es que esas representaciones dentro de la cueva son la proyección de una elucubración mental que desconocemos lo suficientemente poderosa como para que tuviera que ser plasmada de manera tan laboriosa, quedando a la vista de todo el grupo. Si pintaban lo que veían, ¿acaso solo veían bisontes, ciervos, uros o caballos? Eso por no hablar de las extrañas geometrías tectiformes. ¿Por qué apenas encontramos otros animales como insectos o aves?, ¿por qué no hallamos dibujos de frutos o vegetales que también les sirvieran de alimento? Si pintaban lo que veían, ¿por qué no

aparecen montañas, ríos, árboles, plantas o incluso flores? Es prácticamente imposible contestar a estas preguntas, pero la lógica nos lleva a pensar que dibujar solamente unos determinados animales debería responder a algún tipo de código cuyo significado estamos muy lejos de resolver.

La cueva de El Castillo, como he mencionado, es uno de los máximos exponentes del misterio del arte rupestre, en el que encontramos representaciones animales junto a signos, líneas, esferas, círculos, puntos, rayas y, por supuesto, las manos, tanto en positivo como en negativo. Estas

manos no solo podrían reflejar la idea de viajar a ese «otro lado» que antes citaba, sino que también hay investigadores que plantean haber encontrado un auténtico alfabeto o lenguaje de signos. Esta teoría se basa en que a algunas de estas manos les faltan dedos. Para aquellos que no creen en este lenguaje de signos, la teoría más extendida es que se trataba de amputaciones accidentales o ritualistas. No obstante, la gran cantidad de pinturas de manos a las que les faltan dedos resulta cuando menos sospechosa, pues parece una cantidad desproporcionada. Otra de las propuestas es que los dedos fueran escondidos de manera

premeditada, en cuyo caso estaríamos ante lo que parecería un primitivo código de signos. Este extremo fue defendido por el etnólogo francés André Leroi-Gourhan, quien creyó ver algún tipo de lenguaje similar al de los sordomudos representado en las paredes. Leroi-Gourhan incluso indica que este sería un lenguaje de signos utilizado para la caza o para la transmisión de algún tipo de información básica. Otros, sin embargo, afirman que podría ser una señal de identidad entre clanes o familias. Hay investigadores que se adhieren a esta teoría, mientras que otros con los que he tenido oportunidad de hablar afirman que

parece una idea muy sofisticada y poco probable, debido al limitado desarrollo cognitivo y a la parquedad de los símbolos. Sea como fuere, parece imposible aportar datos concluyentes a ese respecto. Pero continuemos la visita.

A las ya desconcertantes figuras tectiformes, cuyo herético significado probablemente nunca se consiga desvelar, se añaden ciertos símbolos que no irían más allá de puntos, rayas o cruces, y que casualmente se reproducen de manera prácticamente idéntica en otras cavernas del mundo. ¿Estaríamos ante otra forma de comunicación escrita? Esta es la pregunta que se hizo Genevieve von Petzinger,

paleoantropóloga de la Universidad de Victoria (Canadá), con la cual pude ponerme en contacto. Ella ya había visitado las principales cuevas rupestres del mundo en busca de una conexión entre los signos, aparentemente sin sentido, que se dibujaron en el Paleolítico. Una de las cosas que llaman la atención es que las figuras geométricas y líneas sin aparente sentido superan con creces en número a las conocidas representaciones de animales, lo cual nos indica que estas marcas serían, sin duda, de suma importancia para aquel o aquellos que los plasmaron. Petzinger, en su trabajo *The First Signs* (Los primeros signos),

apunta una teoría tan fascinante como enigmática. Para elaborarla, visitó más de 360 yacimientos y llegó a recorrer más de 300 kilómetros bajo tierra en busca de estos símbolos. Muchos de estos enclaves se situaban en España, donde, en ocasiones, llegó a internarse más de medio kilómetro para toparse con estas marcas que desafían a la razón. Quien hizo esos signos tuvo que sortear, casi en plena oscuridad, pasajes estrechos y peligrosos solo para dejar una marca en la piedra. Petzinger llegó a penetrar en zonas no exploradas previamente, como la cueva de Cudón, en Cantabria, donde llegaron a un angosto pasadizo por el que tenían que

arrastrarse. Allí, prácticamente encajonada junto con su equipo de investigación, encontraron rastros de pintura y una extraña marca perteneciente a la época paleolítica. Obviamente, la pregunta es clara, ¿qué sentido tenía arriesgarse de esa manera para dejar esa huella? Sin duda, el motivo tenía que ser extraordinariamente poderoso. Petzinger está convencida de que tras estos signos se esconde un lenguaje ancestral y una forma de comunicación que de alguna manera permitió al hombre de la época sobrevivir hasta nuestros días.



Genevieve von Petzinger estudiando los signos de El Castillo.

Lo cierto es que el lenguaje ha sido una de las herramientas fundamentales para nuestra supervivencia, y, por otro lado, es única y exclusiva del ser humano. El lenguaje nos ha permitido crear relaciones, colaborar, aprender,

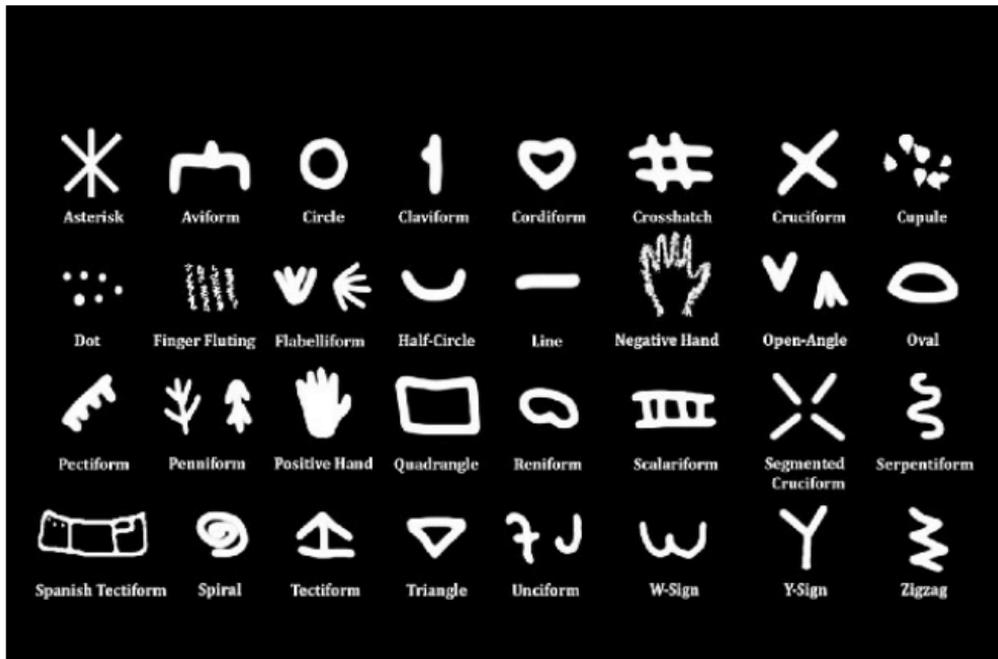
mejorar, intercambiar información y conocimientos, lo que a su vez ha derivado en una mejora sustancial de las posibilidades de supervivencia. Según Petzinger, cabe la posibilidad de que si hemos sobrevivido hasta ahora desde hace millones de años, quizá sea debido a que el lenguaje se desarrolló mucho antes de lo que imaginamos gracias a lo que se denomina «comunicación gráfica», el único tipo de comunicación capaz de prevalecer en el tiempo y en un determinado lugar. Su estudio la llevó a buscar un patrón común, un código que estuviera presente en esas marcas desde hace más de cuarenta mil años, lo que la llevó a identificar 32 signos diferentes

en todo el continente europeo. A pesar de parecer pocos para formar un lenguaje escrito, lo que llamó la atención de la paleoantropóloga y su equipo fue que, si estos fueran producto de una decoración al azar o simples garabatos, se deberían haber hallado infinidad de símbolos diferentes; sin embargo, la coincidencia en estos 32 símbolos sin que se hayan encontrado otros nuevos es dato más que suficiente, según ella, para afirmar que no eran marcas al azar, sino que estaríamos ante la presencia de un sistema de comunicación gráfico que se extendió por Europa durante unos treinta mil años. Petzinger encontró las mismas

marcas en Francia, España, Australia e Indonesia, lo que sugiere que este primitivo lenguaje ya debía de haber sido inventado antes de que el *Homo sapiens* saliera de África. A la luz de su investigación, no parece casual la repetición de los mismos signos a lo largo del tiempo y en tantos sitios diferentes, lo que sugiere que en nuestro recorrido por El Castillo quizá estemos ante uno de los más antiguos sistemas de comunicación gráfica del mundo. Algo que realmente asombra si pensamos que, a escasos metros de esa cueva cántabra, también en el interior de ese mismo monte sagrado, existe otra cavidad con extrañas formaciones pictóricas

conocida como La Pasiega. En esa cueva, actualmente cerrada al público, se halla la pintura más parecida a un lenguaje escrito de las que existen en el mundo, tanto es así que los expertos la han bautizado como «la inscripción». Se trata de una serie de líneas que parecen conformar una auténtica palabra en un idioma desconocido, y que recuerda poderosamente a la actual escritura etíope, solo que esta inscripción data de más de treinta mil años. ¿Pudieron estos signos y marcas inspirar a las posteriores civilizaciones para crear su propio lenguaje? Esto podría parecer una exagerada especulación de no ser porque muchos de los caracteres

utilizados en estos lenguajes tienen una sorprendente similitud con algunos de los 32 signos documentados, e incluso las representaciones de animales del lenguaje sumerio o egipcio comparten sorprendentes similitudes estéticas con las pinturas rupestres de cuevas como la de El Castillo.



Algunos de los 32 signos documentados por Petzinger.



La inscripción en la cueva de La Pasiega,
Cantabria.

Sin duda, la cueva de El Castillo es el mayor exponente del más absoluto de los misterios, la relación del hombre con nosotros mismos, nuestro origen y nuestro enigmático despertar, que aún

deja perplejos a los especialistas. En esa cueva, encontramos el auténtico paradigma de lo misterioso y, al mismo tiempo, se nos ofrece una visión a través de sus pictografías que nos conecta, en un fascinante viaje en el tiempo, con los hombres que la habitaron.

La conclusión a la que llegamos tras abandonar la cueva de El Castillo es que las pinturas rupestres son un idioma en sí mismas, aunque no contengan un lenguaje específico. Comprenden un sistema de comunicación por sí solas y, aunque durante mucho tiempo se las haya considerado como una pura expresión artística al azar, lo cierto es que

constituyen un medio de comunicación. Simplemente por el hecho de dibujarlo en la piedra, el artista trataba de transmitir algo a los demás. El arte es el método para comunicarse, y la piedra, el lienzo donde se sustenta. Asimismo, pienso en lo prolífico de estas pinturas en el mundo, lo que revela que el resto de sus congéneres debían entender el porqué de tal acto. Es curioso pensar que nuestra humanidad ha sido capaz de enviar artefactos más allá del sistema solar, pero somos incapaces de descifrar el significado de lo que dibujaban nuestros ancestros. Lo que es evidente es que el hombre antiguo conectaba con esas representaciones como si de algún

tipo de información colectiva se tratara. Me recuerdo a mí mismo que quien pintó esas figuras tenía mi misma naturaleza, que, al igual que yo, reía y lloraba, que sufría, sentía miedo, amor u odio, por lo que, de alguna manera, personalmente, albergo la esperanza de algún día volver a la cueva de El Castillo y llegar a conectar con aquel hombre para, por fin, hallar una respuesta.

3

LOS SERES DE LA CUEVA

La ausencia de pruebas no es
prueba de ausencia.

CARL SAGAN. Astrónomo,
astrofísico y cosmólogo
(1934-1996)

Allá por 1974, Donald Johanson, un joven paleontólogo norteamericano, se hallaba excavando en el yacimiento de Hadar, en la región etíope de Afar, cuando hizo el descubrimiento que lo haría mundialmente famoso: el primer esqueleto casi completo de un homínido desconocido que vivió en África oriental hace cerca de tres millones de años. La nueva especie fue bautizada con el nombre de *Australopithecus afarensis*, y el esqueleto, perteneciente a una hembra, recibió el nombre de *Lucy*. En el año 2013, varias décadas después de su hallazgo, Johanson fue invitado por el Museo de la Evolución Humana de Burgos. Allí se topó con una

reproducción enormemente realista que el museo había encargado sobre cómo sería el aspecto en vida de su conocida *Lucy*. Todos los presentes parecían estar encantados con esta *Lucy* que se alzaba en una de las vitrinas del museo. Sin duda, su realismo reflejaba un trabajo que había llevado varios meses de concienzudo y meticuloso esfuerzo. Sus creadores habían concebido a *Lucy* con una expresión agradable y una mueca semejante a una sonrisa en su rostro. Con sus manos simiescas, su rostro a medio camino entre el mono y el hombre, y su cuerpo lleno de pelo, era lo más parecido a los homínidos que tantas y tantas veces han sido

representados por la ciencia. Todos estaban fascinados; todos menos el propio Johanson, que guardó un sepulcral silencio. Tras unos segundos en los que los representantes del museo, la prensa y el público en general, esperaban ansiosos las primeras palabras del eminente paleoantropólogo, este se acercó tímidamente a la figura y tomó suavemente su mano. Sin duda, un momento mágico para todos los presentes solo roto por el incesante sonido de los obturadores de las cámaras. Tras unos instantes, Donald Johanson rompía su silencio y sus palabras sonaron como un mazazo para todos aquellos que habían dispuesto con

tanto

mimo

esa

incuestionable

representación de gran calidad: «No sé si sonreía así, ni siquiera sé si lo hacía, ni siquiera sé si tenía tanto pelo».

El especialista puso de manifiesto que las representaciones de esos ancestros homínidos bajo esas características físicas han sido tan repetidas que ya nadie se cuestiona si realmente eran así. La lección que aprendemos es que, en toda ciencia especulativa, como la arqueología, la antropología o la historia, no podemos dar por sentadas ciertas teorías solo porque han sido repetidas una y mil veces. La experiencia ha demostrado en innumerables ocasiones que incluso las

afirmaciones más aceptadas pueden resultar erróneas ante un determinado hallazgo.

Donald Johanson visitó en una ocasión la conocida cueva de Hornos de la Peña, situada en San Felices de Buelna, muy cerca de la cueva de El Castillo, en Cantabria. En su interior los márgenes de maniobra son escasos, y los techos pueden hacer pasar una mala experiencia en caso de no estar atento a sus salientes. Allí, al igual que Johanson, pude recorrer los estrechos y húmedos pasillos en cuyas paredes se abre la riqueza artística en forma de grabados de caballos, bisontes, uros, cabras, ciervos... Todos ellos realizados

sin ningún tipo de corrección o falta en el trazo, con cuidado y minucioso detalle, donde piel, crines, pelaje, ojos y boca fueron reflejados con un realismo increíble, gran cantidad de detalles y perfección anatómica. Pero incluso los grabados menos elaborados, los realizados con tan solo unos pocos trazos, eran más que suficientes para que 18.000 años después de su realización el hombre moderno pueda reconocer de qué animal se trata. Esto me hizo reflexionar sobre el hecho de que, a pesar del tiempo inabarcable que me separaba de aquel artista, tras 18.000 años, mis ojos de hombre moderno, globalizado y tecnificado pudieran

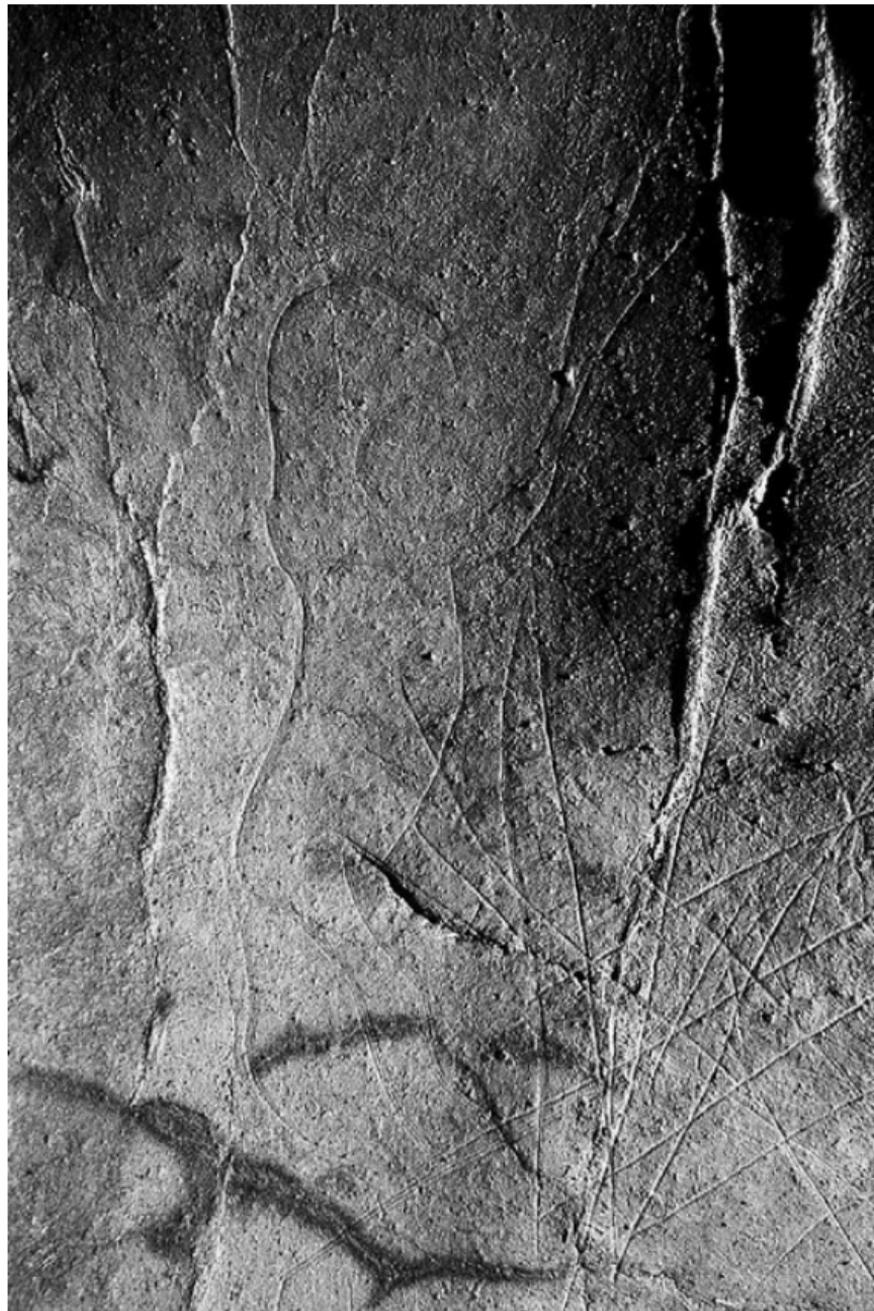
discernir las figuras grabadas en la piedra tal como lo hacía quien las talló. Quizá nos separara el tiempo, pero me di cuenta de que nuestras mentes aún estaban conectadas.

Casi a rastras por una estrecha gatera, me preguntaba una y otra vez quién querría meterse por semejante lugar 18.000 años atrás para grabar un animal en mitad de la oscuridad más absoluta. Quizá tan profundo lugar le ofrecía al artista una intimidad extrema, una conexión no solo con la cueva, sino con su propia mente, y allí, lejos de las miradas de sus congéneres grabaría sus inquietudes más profundas o sus miedos más absolutos. Estábamos a unos 150

metros de profundidad cuando, al fijar la vista en un pequeño recodo en el final de ese pasaje, mis ojos se quedaron perplejos ante lo que estaba viendo. Una figura antropomorfa había sido tallada en un pequeño hueco de la última pared de la cueva; ese era, sin duda, el lugar más recóndito de la misma. Ante mí se encontraba el grabado de un ser de proporciones fuera de lo común. Delgado y curiosamente espigado, estaba erguido con sus brazos dirigidos hacia arriba, como si hubiera en su hipotético cielo algo que debía alcanzar. Brazos rematados con una desproporcionada mano que parecía señalar un punto indeterminado y de la

cual solo se apreciaban dos dedos inusualmente largos. Su cabeza podría calificarse de cualquier cosa menos de humana, con un gran cráneo redondeado sin boca ni mandíbula y sorprendentemente grande en comparación con el resto del cuerpo. Las piernas, igualmente deformes, con una curvatura contra natura. Frente a ese ser, estaban grabadas diferentes líneas y trazos geométricos aparentemente aleatorios representando algo que desconocemos. Donald Johanson tuvo la oportunidad, al igual que yo, de contemplar este antropomorfo de Hornos de la Peña y afirmar: «Tiene un gran poder simbólico», una expresión que en

realidad significa que no tenía ni la más remota idea de lo que era. Lo que Johanson, como sus colegas, ha determinado sobre las pinturas y grabados es que, fuera lo que fuera, esos artistas prehistóricos solo plasmaban una cosa: aquello que veían.



Antropomorfo de Hornos de la Peña.

¿Seres de otros mundos?

Solo así se entiende que en lo más profundo de la cueva de Sous-Grand-Lac, en la Dordoña francesa, exista una representación cuyas características son prácticamente iguales a las del ser de la cueva cántabra: se observa a una figura erguida con los brazos hacia lo alto y cuya anatomía es, cuando menos, desconcertante. Esto podría ser producto de la casualidad si no fuera porque en la cueva de Le Portel, también en Francia, alguien dibujó hace más de quince mil

años una forma antropomorfa que, con sus brazos hacia el cielo, vuelve a asemejarse profundamente a las anteriores. Pero es que, si nos adentramos en la cueva de Altamira, nos esperan hasta siete figuras antropomorfas que parecen ser híbridos entre humanos, pájaros o reptiles. Todos ellos con ese enigmático gesto con los brazos en dirección al cielo. Como igualmente inquietantes son los extraños personajes que aparecen en la cueva de Los Casares, en Guadalajara, y cuyos rostros nos vuelven a recordar a una mezcla de humano y ave que resulta sobrecogedora. Similares son los rostros encontrados en la caverna de

Marsoulas, en los Pirineos, donde fueron representadas hasta cuatro cabezas de forma almendrada y grandes ojos, que, a día de hoy, no sabemos interpretar. En la cueva de Massat, también en Pirineos, hallamos el que, probablemente, sea uno de los rostros más inquietantes que se encuentran representados en la piedra. En él observamos lo más parecido a un monstruo, un ser con una cabeza mitad humana pero más parecido a un saurio que a un humano, que mantiene su boca entreabierta, en la que se observan dos hileras de afilados colmillos. Esta aberración parece la mezcla entre un homínido y algún tipo de criatura

arcaica cuyo aspecto bien valdría para colarse en una película de terror. Igual y desconcertante rostro encontramos en la zona conocida como Cola de Caballo de la mencionada cueva de Altamira. Al fondo de dicha caverna, alguien dibujó el rostro de un extraño ser cuyas proporciones vuelven a contrastar con realistas figuras animales. Conocido como *La máscara de Altamira*, su cara desmesuradamente alargada está coronada por un desproporcionado y gigantesco cráneo. Igualmente desconcertante es la que se encuentra en la cueva cántabra de La Pasiega. En lo más profundo de esa cavidad, un extraño ser está representado con lo que parece

una vestimenta en forma de hábito y con una cabeza con una especie de visera o casco que termina en algo similar a unos cuernos. Sus brazos, como en otras figuras, también están en alto apuntando al cielo. Asimismo, pinturas similares aparecen en otras cuevas de Asturias, como El Pindal o la conocida cueva de Tito Bustillo.



Antropomorfo de la cueva de La Pasiega.

Pero, si queremos buscar más casualidades, estas representaciones antropomorfas tienen un nexo en común que trasciende más allá del propio misterio de su discernimiento, y es el hecho de que fueron hechas en lo más profundo de las cuevas, en lugares de acceso tremendamente complicado incluso para nuestros días, donde más que enseñar a estos extraños sujetos, lo que parece es que los querían esconder. Esta circunstancia ha hecho que se extienda en el mundo de la prehistoria una explicación que, lejos de dar

respuestas, añade aún más interrogantes. Si en la actualidad el hombre moderno esconde sus miedos en lo más profundo de la mente, aquellos hombres escondían los suyos en lo más profundo de las cuevas. Lo que nos lleva de nuevo a más y más preguntas. Si representaban lo que veían y añadimos que eso les provocaba un profundo temor, ¿con qué clase de criaturas convivían estos hombres prehistóricos? ¿Acaso hablamos de otra especie humana? ¿Algún tipo de raza de la cual no se ha hallado resto alguno? O, como aseguran algunos, ¿seres de otros mundos?

La especie fantasma

Recientemente se ha descubierto que la saliva de algunos habitantes subsaharianos contiene una proteína desconocida que no se encuentra en ningún otro grupo humano del planeta. El estudio fue publicado en el *Molecular Biology and Evolution*. Omer Gokcumen, quien se encargó de secuenciar el genoma de esta proteína, quedó estupefacto al comprobar que su ADN no pertenecía a los humanos modernos, pero tampoco a ninguna otra especie arcaica conocida. Una proteína que además tiene la extraña capacidad de alterar la composición de la

comunidad de bacterias que viven en la boca. Según Gokcumen, existen claras pruebas de que el hombre se hibridó, ya no solo con los neandertales, sino con una especie arcaica mucho más antigua y desconocida de la que no se conservan fósiles; es decir, estamos ante una auténtica especie fantasma.

Este no es el único ejemplo de hibridaciones con especies desconocidas. En China, en concreto en la cueva de Ciervo Rojo —en Maludong, en la provincia sureña de Yunnan—, por las piezas óseas halladas, se pensaba que su dueño no era más que un hombre primitivo, pero de morfología moderna. Sin embargo, cuando hace

apenas unos años se estudió un fragmento de su fémur, se descubrió que su morfología nada tenía que ver con un humano moderno, sino con algún tipo de especie arcaica, mucho más antigua de lo que se pensaba. Este individuo, además, habría tenido contacto con hasta cuatro especies distintas de humanos, pero sus características le conferirían algo inaudito, solo producto de una hibridación con algún tipo de especie desconocida, o bien a consecuencia de un hipotético aislamiento que lo hiciera evolucionar de forma distinta morfológicamente hablando. Sin embargo, los expertos del Instituto de Arqueología de Yunnan teorizan sobre la

posibilidad de que en realidad estemos ante un ser único en el mundo. Un antepasado híbrido entre dos especies, cuyo resultado además formó un humano con características prodigiosas, con una extraordinaria capacidad de superadaptación a su entorno, muy superior al de un humano moderno.

¿Podrían existir más especies de humanos a la espera de ser descubiertos por la ciencia? Y si esto es así, ¿podría contener alguna de ellas características morfológicas tan dispares que llegaran a asustar de manera prominente a los moradores de las cuevas? No sabemos qué grado de hibridación llegó a haber en la época, pero quizá el resultado

fuera de lo más sobrecogedor. De hecho, en épocas modernas, buscando esa especie fantasma, ya se realizaron inquietantes experimentos en los que se pretendía hibridar simios y humanos.

Ejemplo de ello fue la obra realizada por el científico mexicano Alfonso Luis Herrera, quien proponía, en 1933, la experimentación sin ningún tipo de restricción para demostrar el origen animal de nuestra especie, y que publicó en una obra titulada *El híbrido del hombre y el mono*.

En este trabajo, Herrera proponía llevar a cabo el experimento en el zoológico de México, hoy en día el zoológico de Chapultepec, e hibridar a

un humano con un chimpancé mediante una fecundación directa. En dicha obra, no solo contemplaba la posibilidad real de que el experimento diera resultado, sino que también lo ilustraba con dibujos donde reflejaba las posibles criaturas resultantes, a las que denominaba «negritos híbridos». Los dibujos mezclaban a humanos y simios en una simbiosis atterradoramente realista. Este biólogo esperaba acelerar el proceso evolutivo del chimpancé para, en pocas generaciones, obtener un *Homo antecessor*. Lejos de no encontrar apoyos, fueron muchos los que vieron posibilidades reales de llevar adelante el experimento, desde los propietarios

del zoológico hasta el doctor Iliá Ivanov, reconocida eminencia de la Academia de Ciencias de la URSS, quien pretendía conseguir seres humanos invencibles en la batalla, insensibles al sufrimiento, y resistentes o indiferentes a cualquier tipo de circunstancia. Él mismo había experimentado con varias especies y había llegado a hibridar un burro y una cebra, e incluso un antílope y una cabra, cuyo resultado dicen que llegó a formar parte del zoo privado del zar Nicolás II.

Herrera, en su obra, no escatimaba en detalles sobre la metodología a seguir. La inseminación debía realizarse cuando la hembra de chimpancé

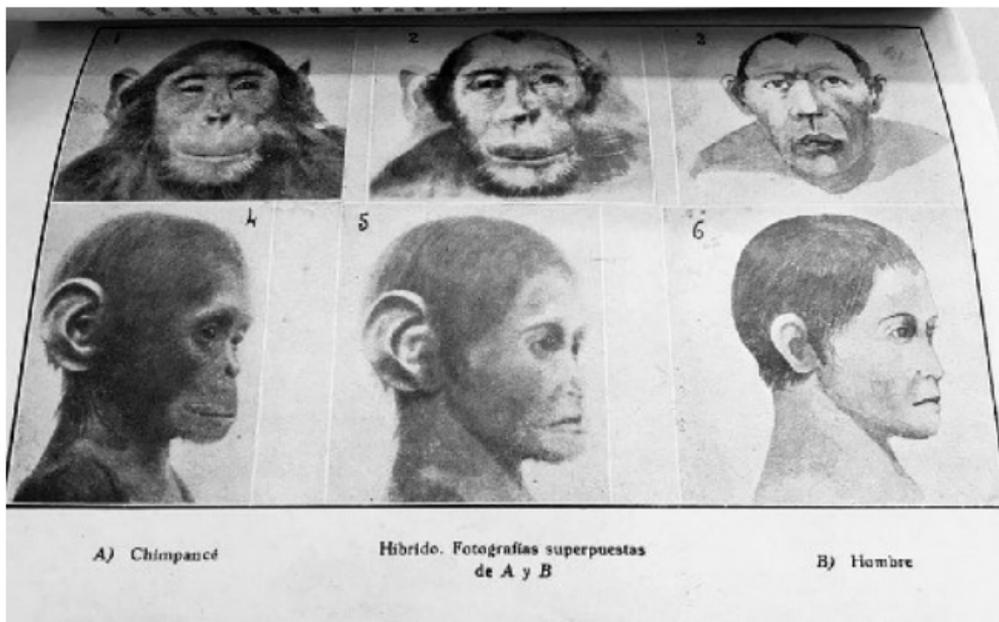
estuviera en celo: «Se determinaría la dosis de vino para aletargar al animal, y fecundarlo, como se hace frecuentemente con mujeres embriagadas, sin llegar a una alcoholización excesiva y peligrosa, pues solamente se trata de evitar emociones y maltrato».

En cuanto al ser humano de la prueba, cuyo espermatozoides se recogería en un preservativo, Herrera señala la importancia de que fuera de la misma estatura que el animal: «Si es mucho más alto y grueso, de cabeza grande, puede morir el producto, la madre o ambos, durante el parto».

Finalmente, el experimento fue trasladado a algunos zoológicos de Estados Unidos, que, contrariamente a lo que el sentido común dictamina, aceptaron gustosamente y ofrecieron su plena disposición pero, finalmente, por miedo a la prensa y a lo que denominaron «fanatismo», acabaron por desestimar su realización. Los defensores del experimento culparon a la Iglesia católica de ser la censora del progreso científico y el conocimiento minando finalmente la determinación de Herrera de realizar dicho experimento.

Para terminar con la historia del científico mexicano, hay que decir que, tiempo después, llegó a proclamar su

adhesión a lo que acabaría llamándose Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria (MEHV), pues consideraba que no existía ningún tipo de obligación de persistir en este mundo.



Híbrido según Herrera.

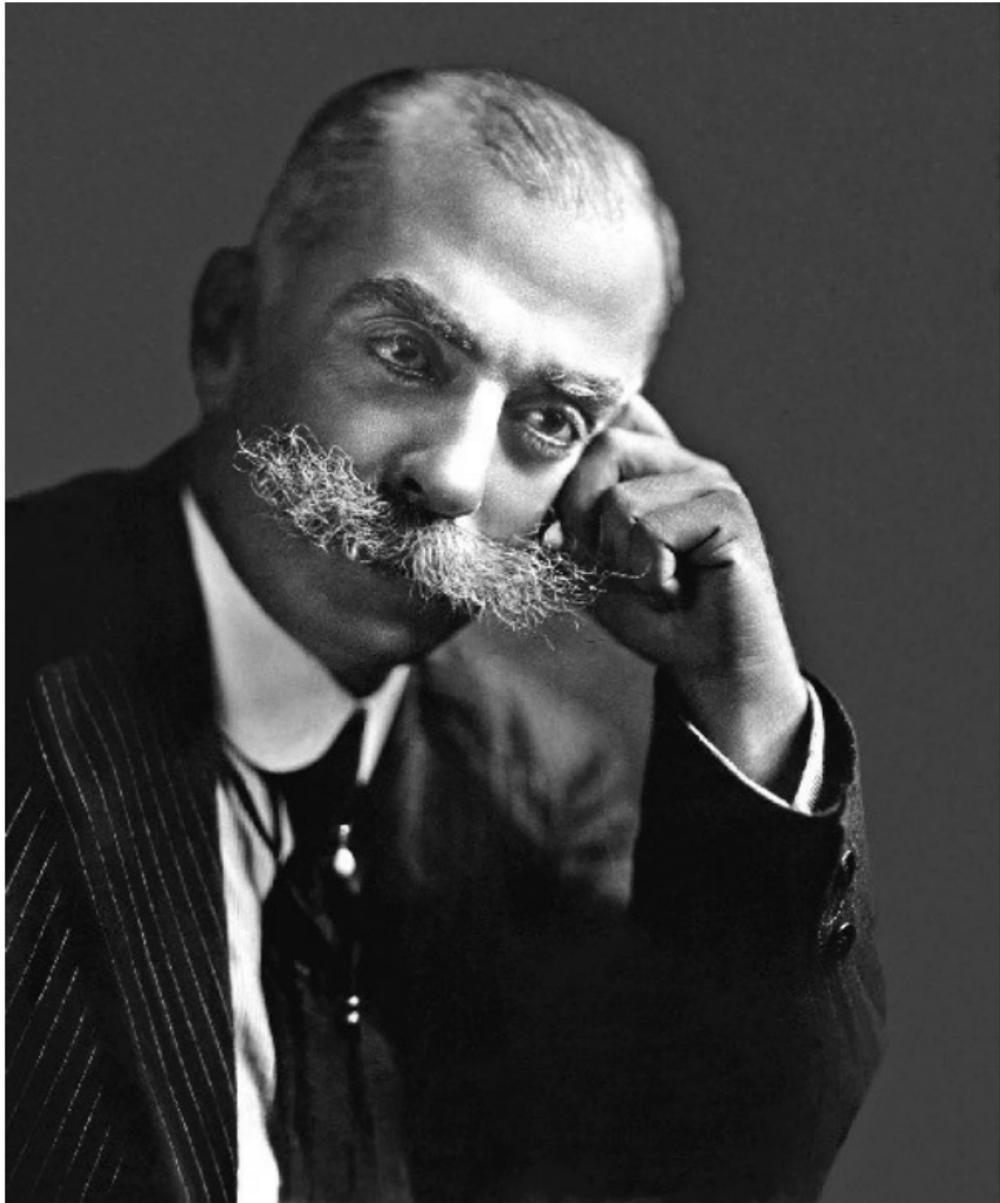
Sin embargo, Ivanov, el compañero de aventuras científicas de Herrera, no se conformó e intentó realizar esta hibridación por su cuenta. A tal efecto y con el apoyo incondicional del Gobierno ruso, se desplazó hasta la Guinea francesa para poder darle término. La experimentación en África comenzó con el intento de inseminación de una hembra humana con esperma de chimpancé. Algo que, lejos de ser rechazado por la comunidad científica de la época, obtuvo el apoyo de diferentes instituciones científicas como la Sociedad de Biólogos Materialistas o el prestigioso Instituto Pasteur de París, que incluso facilitó a Ivanov su estancia

en la Guinea francesa. Se creó una comisión para planificar las pruebas, comisión que resolvió la necesidad de tener, al menos, cinco mujeres voluntarias que se prestaran a ser inseminadas por un primate. Pero Ivanov no encontró chimpancés sexualmente maduros para sus fines, por lo que el proyecto se alargó hasta poder conseguir algún espécimen viable. En esa espera hubo una reorganización general en el mundo científico soviético y varios de los expertos que desde Rusia y Francia apoyaban el experimento perdieron sus puestos. Finalmente, Ivanov fue

arrestado y condenado al exilio. Moriría dos años después sin haber terminado su delirante proyecto.

Es muy probable que, a tenor de todo esto, la pregunta que se esté usted planteando sea: ¿podría realizarse tal fecundación de manera exitosa? Pues, aunque sea increíble de admitir, la ciencia moderna afirma que jamás lo sabremos con exactitud. Aun así, los expertos se inclinan por pensar que, a pesar de las grandes similitudes de los chimpancés con respecto a nuestro ADN, pues solo existe un 1% de diferencia, esta diferencia haría que muy probablemente la fecundación fuera inviable. Además, las diferencias

cromosómicas y genéticas entre ambas especies harían muy improbable que el feto saliese adelante. No obstante, esto no representa una barrera absoluta, ya que la ingeniería genética permitiría saltársela, previa manipulación, por lo que los expertos también aluden a que no se puede descartar ningún escenario. Por suerte, nadie, que sepamos, ha llegado al extremo de culminar tal experimento. ¿O quizá sí?



Profesor Alfonso Luis Herrera.

El 14 de mayo de 1987 saltó a los medios de comunicación que el catedrático de Antropología de la Universidad de Florencia Brunetto Chiarelli había denunciado que tal hibridación se había conseguido en Estados Unidos, aunque los científicos norteamericanos interrumpieron el embarazo antes de que llegara a su fin. El catedrático, además, daba detalles escalofrantes sobre la utilidad de dichas pruebas. Los cruces resultantes se utilizarían para realizar los trabajos más desagradables y para usarlos como banco de órganos para trasplantes.

Incluso, tal y como recogió el diario *El País* de ese año, el catedrático llegó a afirmar lo siguiente a los periodistas: «Si de verdad desea saberlo, me consta que un experimento de cruce entre hombre y chimpancé ya ha sido realizado en un laboratorio de Estados Unidos, pero no me pregunte qué nació de él. El nacimiento fue interrumpido antes de tiempo, probablemente porque en el último momento se asustaron frente a un ser vivo que hubiese puesto en duda la unicidad del hombre en la creación».

Chiarelli explicó que se trataría del mismo procedimiento utilizado para la producción de niños en probeta: la inseminación artificial. En este caso, de

espermatozoides humanos en una hembra de chimpancé. Pero el antropólogo insistió en no desvelar el lugar donde se habría llevado a cabo el supuesto experimento. Llegó a tal punto el revuelo de esta denuncia, que la Iglesia católica habló por boca del entonces monseñor Elio Sgreccia, catedrático de Bioética de la Universidad Católica de Roma, afirmando que se trataría de «un delirio que supondría la superioridad, incluso biológica, de la bestialidad sobre la especie humana».

Asimismo, la Oficina de Patentes del Departamento de Comercio norteamericano llegó a publicar que aceptaría las demandas para registrar

nuevas formas de vida animal producidas por medio de la ingeniería genética. Dos años después, el 3 de enero de 1989, cuando la polvareda había remitido, *ABC* publicó una extraña información. El artículo implicaba a España y a Suecia a la cabeza de la experimentación de híbridos entre humanos y chimpancés, en la que el propio Gobierno estaría, no solo al corriente de tales proyectos, sino que incluso se informaba de que el PSOE había aprobado una ley por la que se podría intentar la fecundación de chimpancés hembra con espermatozoides humanos, llegando a

apuntar al magistrado Martínez Calcerrada como fuente de dicha información.

El artículo revelaba cómo la Asociación Europea de Investigación Médica había aprobado los experimentos realizados en Suecia sobre fertilización de un óvulo de «mona» con esperma humano. Al frente de estas experiencias estaría el doctor Lars Hamberger, del hospital Karolinska de la capital sueca. El propio Consejo Médico Europeo estableció unas líneas básicas para la investigación en genética humana y animal, y llegó a señalar que «los estudios sobre la interacción entre especies diferentes con genes humanos

son valiosos para proporcionar información sobre la capacidad de penetración y complemento cromosomal del esperma». Pero, asimismo, advertía: «El producto de esto no debe ser desarrollado más allá de las fases iniciales de la división celular». Ese mismo año, en Estados Unidos, se concedió la primera patente mundial para un «animal inventado».

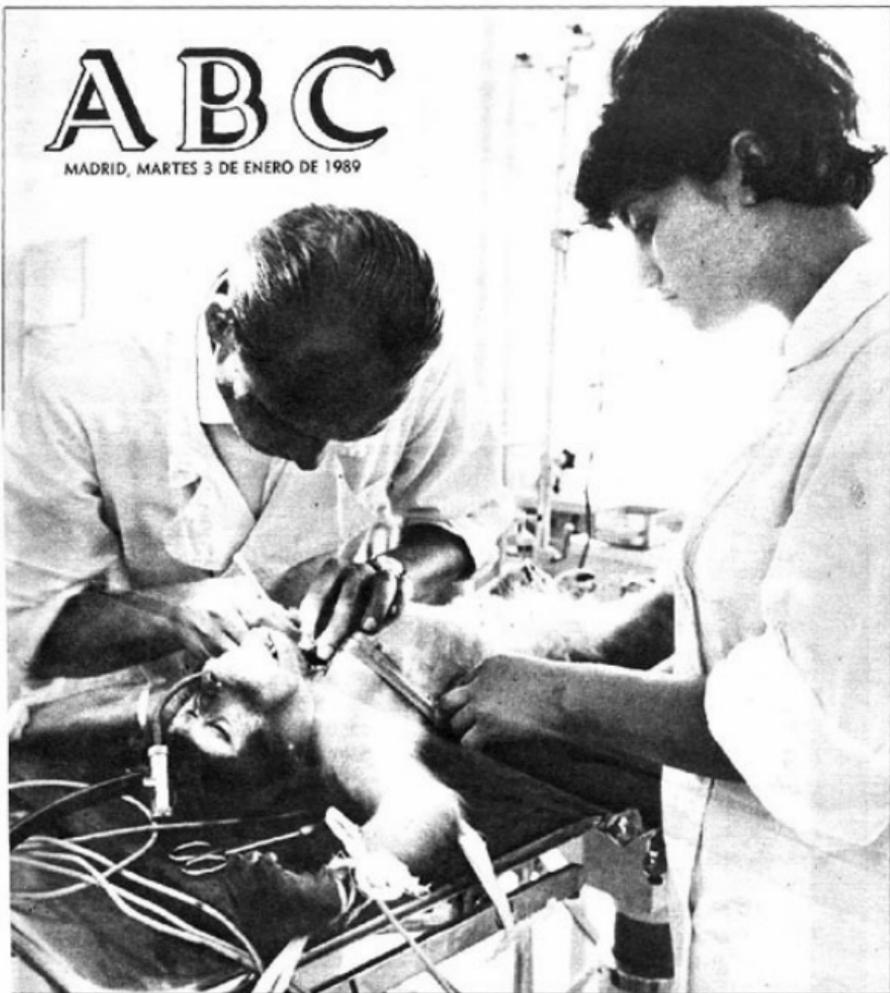
En Australia, según lo publicado en el *ABC*, llegó a crearse una granja de canguros albinos o las llamadas cabras-unicornio, con un solo cuerno en el centro de su testuz. Asimismo, se revelaba que en esta lista de «monstruos biológicos» se encontraban

minicaballos, a los que el articulista consideraba un «florecente negocio como animales de compañía». Ante toda la polémica desatada, el 10 de marzo de 1987, el por aquel entonces director de Trabajo en el Vaticano, Joseph Ratzinger, mucho antes de convertirse en Papa, redactó un duro escrito donde atacaba las prácticas de inseminación artificial. Muchos aseguraron que detrás de todas estas noticias sobre hibridaciones imposibles, criaturas aberrantes y experimentos entre animales y humanos, había una elaborada y apocalíptica propaganda de la Iglesia católica sobre las consecuencias de la inseminación

artificial. El sentido de todo esto sería alarmar profundamente a la población y atemorizarla sobre lo que esas prácticas podrían llegar a desencadenar en el futuro.

ABC

MADRID, MARTES 3 DE ENERO DE 1989



SEGÚN EL MAGISTRADO M. CALCERRADA, EL PSOE APRUEBA UNA LEY POR LA QUE SE PODRÍA INTENTAR LA FECUNDACIÓN DE CHIMPANCÉS HEMBRAS CON ESPERMATOZOIDES HUMANOS

La ley sobre Técnicas de Reproducción Asistida, aprobada hace pocas semanas conforme al proyecto del Gobierno del PSOE, ha situado a España junto a Suecia en la vanguardia de esta polémica cuestión. Según el profesor y magistrado Martínez Calcerada, experto en la materia, la ley autoriza, por ejemplo, a «fecundar un chimpancé femenino con espermatozoides humanos, y eso es una locura». En efecto, en el artículo 14 de la ley, apartado 4, se lee: «Se autoriza el test del hamster para evaluar

la capacidad de fertilización de los espermatozoides humanos hasta la fase de división en dos células del óvulo del hamster fecundado, momento en que se interrumpirá el test. Se prohíben otras fecundaciones entre gametos humanos y animales, salvo las que cuenten con el permiso de la autoridad pública correspondiente o, en su caso, de la Comisión Nacional multidisciplinar, si tiene competencias delegadas». (Editorial en la sección de Opinión e información en páginas de Sanidad)

Artículo en ABC.

No hay constatación real de si tales prácticas se llevaron a cabo, aunque en la actualidad sí hay experimentos de hibridación celular entre simios y humanos. En agosto de 2017, se utilizaron 27 monos africanos de la especie *Chlorobebus sabaenus*, a los que se les inoculó una serie de proteínas causantes de párkinson. Una vez desarrollada la enfermedad, se les inyectaron en el cerebro células madre provenientes de fetos humanos. Cuatro meses después, los primates tratados con estas células habían mejorado

significativamente y podían llevar a cabo actividades de su vida diaria. Pero no solo eso, detectaron que estas células habían «viajado» por ambos hemisferios cerebrales lejos de donde se habían inoculado. Lo que esas células madre puedan llegar a realizar en el cerebro de esos 27 monos aún está por determinar. Esto ha llevado a los expertos a crear un nuevo término llamado *humancé* para referirse a los hipotéticos híbridos entre chimpancés y humanos. Pero más allá de las especulaciones, existe un caso que desafía la razón. Es el de un primate capturado en 1960 en la actual República del Congo por el matrimonio compuesto por Frank y Janet Berger.

Este chimpancé, que fue bautizado como Oliver, llevó a los Berger a creer que era una criatura diferente, tal vez un híbrido entre humano y chimpancé. Oliver poseía un rostro anormalmente plano en comparación con sus congéneres, caminaba erguido de manera habitual y nunca utilizó sus nudillos para desplazarse. Según sus propietarios, Oliver prefería a las mujeres y rechazaba a las hembras de su especie, lo cual causó grandes problemas a Janet, quien tuvo que vender a Oliver en 1977. Pasó por diferentes propietarios, ya que al final todos acababan vendiéndolo al ser imposible que interactuara con los de su

especie. Incluso la prensa de la época llegó a especular si realmente Oliver era el eslabón perdido o una nueva especie de simio más desarrollada. A finales de los años noventa, hubo tantas peticiones sobre el esclarecimiento de su supuesta hibridación con humanos que obligó a las autoridades a pedir a la Universidad de Chicago que realizara una prueba de ADN para descartar rastros humanos en sus genes. De Oliver se barajaban, además de la posibilidad de que fuera un producto de una hibridación con humanos, otras teorías, como que, en realidad, fuera un simio mutante cuya mutación aleatoria le otorgaba características similares a los seres

humanos. Otra teoría apuntaba a que la comunidad científica estaba ante una especie nueva, incluso una especie perdida más cercana al entorno de la criptozoología que a la zoología actual. Sea como fuere, la prueba de ADN en esa época dio negativo, por lo que no se volvió a tratar el asunto nunca más. Finalmente, Oliver murió el 2 de junio de 2012, fue cremado y sus cenizas esparcidas como si se tratara de un humano. En este caso, los expertos aseguran que las técnicas genéticas actuales hubieran sido aún más eficaces para determinar si existía algún tipo de

rasgo diferente en el ADN de Oliver y llegaron a manifestar su malestar ante la inmediata incineración de su cuerpo.

A pesar de todas las luces y las muchas sombras que hay alrededor de estas historias, lo cierto es que es casi inevitable pensar si algún tipo de hibridación de carácter similar se pudo dar en la Antigüedad. Tengamos de nuevo en cuenta que, de momento, se han hallado los vestigios de hasta cuatro especies diferentes de humanos que coincidieron en el tiempo y que, tal como afirman especialistas como Svante Pääbo, del Instituto Max Planck de Antropología Evolutiva, estas cuatro especies se aparearon entre sí creando

híbridos cuyo aspecto, anatomía e inteligencia desconocemos a día de hoy. ¿Pudo existir algún tipo de hibridación ancestral que generara seres con las características reflejadas en las cuevas? Parece claro que, si esas criaturas existían, eran temidas por esos hombres. Quién sabe si pretendían confinarlas en ese metafórico útero cavernario, justo en lo más profundo, para que no llegaran a nacer nunca.

Los otros

Si atendemos a la tan reiterada afirmación de que nuestros ancestros pintaban exclusivamente lo que veían, no nos queda más que el asombro ante algunas representaciones encontradas en diferentes oquedades del planeta. En este sentido, es casi obligado hacer referencia a las conocidas pinturas de la meseta de Tassili n'Ajjer, comúnmente conocidas como las pinturas de Tassili. Se trata de una planicie situada en el desierto de Argelia cuyas pinturas se han catalogado como Patrimonio de la Humanidad desde 1982. Las primeras noticias que se tuvieron de estas pinturas datan de principios del siglo XX. El teniente Charles Brenans, comandante

del puesto de Djanet, al hacer una práctica de reconocimiento con su escuadrón de camelleros en la meseta, descubrió algunas de estas cavernas y lo registró en su cuaderno de apuntes. En ese trabajo describió el hallazgo de representaciones de animales y figuras esquemáticas de humanos donde las escenas de caza eran las principales protagonistas. Esto animó a diferentes arqueólogos al estudio de estos vestigios de cuyos creadores no se conocía absolutamente nada. Hasta ese lugar llegó en 1956 el experto francés Henri Lhote, quien se adentró en una zona diferente llamada Jabbaren, cuyo significado en la lengua tuareg es «tierra

de gigantes». La expedición se puso en marcha en febrero de ese año y, junto con 30 camellos, un guía tuareg, dos auxiliares y varios especialistas, Lhote se encaminó hacia lo desconocido. Las dificultades fueron innumerables y tuvo que sortear toda clase de penalidades. En su diario personal dejó descrito su particular infierno atravesando esa zona del desierto:



Oliver, el supuesto híbrido humano-chimpancé.

«Las bestias tienen cortado el aliento por el esfuerzo, la rampa es cada vez más empinada y la mole de pedruscos se va haciendo más imponente. Algunos camellos se desploman bajo la carga que cae

rodando torrentera abajo; los hombres deben acudir a todas partes. En los guijarros se perciben huellas de sangre, pues sin excepción todos tienen despellejadas las patas y se han dañado las pezuñas en las aristas cortantes de las rocas. El animal que lleva las grandes cajas con los tableros de dibujo acaba de desplomarse bajo su carga que ha dado contra una peña y está claro que jamás podrá incorporarse. Mando sacar los tableros y tomo la decisión de que nos los carguemos al hombro. Cada uno recibe su parte y aquí comienza el calvario para todos, pues aún no se divisa la cima y el sendero se encrespa más y más bajo nuestros pies.»

En mitad de ese inhóspito paisaje, la expedición llegó a una pequeña explanada hasta alcanzar un gran abrigo de roca. Fue entonces cuando Henri Lhote quedó perplejo ante las extrañas figuras que, en la pared, habían sido dibujadas por una humanidad desconocida. Ante él se alzaban figuras antropomorfas de cabezas redondeadas y dimensiones descomunales donde algunas de estas pinturas requerían tener que ser observadas a cierta distancia para apreciar su verdadera dimensión.

Entre ellas la que definió como «el gran rey marciano». Esto se popularizó de tal manera que, con el paso del tiempo, no han sido pocos los que han

querido ver en estas representaciones auténticos seres extraterrestres. Estos personajes no escapan al más absoluto de los misterios por varios motivos. El primero de ellos es el hecho de que se desconoce qué grupo humano pudo vivir en ese lugar hace unos siete mil años, lo cual también es motivo de debate, y el segundo y el más conflictivo es el significado de las imágenes a las que se ha relacionado con extraterrestres, astronautas o seres del futuro. Otros investigadores como José Manuel Delgado apuntan a que, en realidad, todas esas extrañas figuras serían una representación alterada de los antiguos dioses egipcios. Delgado basa su teoría

en un antiguo mapa realizado por Herodoto, quien marcaba que una de las vías de comunicación de la época prehistórica africana con Egipto cruzaba la zona de Tassili y terminaba en el enigmático templo egipcio de Abydos. Otro de los investigadores que buscaron respuestas al enigma de estas pinturas fue Wim Zitman, arquitecto y experto en astronomía antigua, quien afirmó que podría existir una clara relación de algunas de estas pinturas con la posición de ciertas constelaciones. Pero no solo eso, Zitman escribió un libro en el que, al igual que José Manuel Delgado, mostraba una conexión de los antiguos habitantes de esa zona de Argel con los

egipcios y añadía que estos últimos conservaban al mismo tiempo una conexión con la Atlántida. Según el autor, en las paredes del templo de Horus, en Edfu, Egipto, se puede leer el origen de los egipcios, que se localiza en un archipiélago en el océano Atlántico cuyas gentes desaparecieron en un gran cataclismo. Lo que Zitman propone es que parte de los supervivientes lograron llegar a Libia y, desde allí, finalmente, a Egipto. Según esta teoría, con el tiempo, los descendientes de esos supervivientes habrían atravesado el Sahara, llegado hasta la actual zona de Tassili y dejado en esas paredes las huellas de sus

conocimientos o la imagen de sus deidades. Esto coincide curiosamente con que, en 1926, el conde Byron Kûhn de Protok descubrió en sus excavaciones arqueológicas en el Sahara lo que los tuaregs llamaban la tumba de la última reina de los atlantes, Tin Hinan. Se dice que los tuaregs tenían por costumbre dormir sobre el citado túmulo y, al hacerlo, sus sueños se volvían premonitorios. El misterio de esta tumba no solo está en que en ella encontraríamos los restos de esta reina, sino que al parecer también contenía un fabuloso tesoro que habría sido robado. ¿Qué escondía realmente ese túmulo funerario? Se cree que algunas piezas

fueron escondidas o vendidas, pero lo cierto es que a día de hoy no se conoce su paradero. Quizá en ese tesoro se encuentre la explicación a muchos de los interrogantes sobre el enigmático significado de las pinturas de Tassili. En el Museo del El Bardo, en Argel, se exhibe un esqueleto de 2 metros de altura que se atribuye a esta reina, la única mujer conocida que gobernó en el desierto. Para los tuaregs, Tin Hinan fue una princesa que gobernó en la región del Atlas, actual Marruecos, cuya etimología —Atlas y Atlántida— no pasa desapercibida. De hecho, el autor francés Pierre Benoit aseguraba que la Atlántida no se hundió en el mar, sino

que estaba ubicada en el macizo de Ahaggar, en medio del Sahara y rodeada por océanos de arena donde vivía una descendiente de la dinastía atlante llamada Antinea, cuyo nombre significa «la nueva atlante» y de la cual se decía que era inmortal. Los mitos hablan de que esta reina inmortal, junto con su séquito, vio una desventaja en esa misma inmortalidad respecto al resto de los habitantes. Los mortales eran impulsados, por el temor a la muerte, a la búsqueda de conocimientos que les ofrecieran más oportunidades de supervivencia, cosa que esta reina veía como una ventaja ante el acomodo y la apatía que la inmortalidad le ofrecía.

Ante esto, Antinea fue guiada hasta la llamada Ciudad de los Inmortales, un lugar donde fluía un río que tenía la capacidad tanto de ofrecer la inmortalidad a los hombres como la mortalidad a los dioses. Una historia que conecta casualmente con Tassili n' Ajjer, que significa «planicie de los ríos», y con la cercanía de Jabbaren, o «tierra de gigantes», los cuales, recordemos, son considerados en la mitología seres inmortales. ¿Son, por lo tanto, las pinturas de Tassili vestigios de antiguos atlantes o sus descendientes?

Quienes realizaron esas representaciones hacían claras distinciones entre hombres y mujeres y

estos otros antropomorfos con grandes cabezas redondas o deformes, dejando claro que existía una gran diferencia entre ambos. La pintura conocida como *El rapto* es quizá de las más sobrecogedoras en este aspecto. En ella se puede observar cómo alguien con un desconcertante atuendo coronado con algo parecido a una escafandra conduce a una serie de mujeres de claros rasgos negroides, que parecen estar embarazadas, hacia lo que parece una habitación o cubículo en forma de esfera. Una imagen en la que muchos no se han podido resistir a aventurar que es la representación de una auténtica abducción extraterrestre.

Desafortunadamente, el vandalismo ha hecho mella en esta pintura, que alguien se ha encargado de modificar picando la piedra y descabezando prácticamente a este «secuestrador». Algunas de estas figuras parecen flotar, mientras otras tienen extraños adornos en la cabeza que a nuestros ojos asemejarían rayos. Pero de entre todos sin duda destaca el conocido como el *Gran dios orante de Sefar*. Una figura de más de 3 metros cuyo aspecto, entre animal y humano, no deja indiferente a nadie. Otras, sin embargo, desde mi punto de vista, han sido exageradas en su interpretación paranormal, como los llamados «nadadores», personajes que, a pesar de

su extraño aspecto y que parecen flotar en el aire, son portadores de arcos y flechas, lo cual no concuerda con lo que cabría esperar de algún tipo de civilización avanzada.



Extraños seres de cabeza redonda encontrados en Tassili.

Lo que es evidente es que, en algún momento indeterminado de hace aproximadamente siete mil años, esa exuberante región fue el hogar de un grupo humano que reflejó una realidad que a día de hoy se nos escapa. ¿Acaso fueron los últimos representantes de una civilización perdida? Y, si esto es así, ¿pudieron buscar refugio en otros lugares de la tierra?

Resulta curioso y extraordinariamente casual que nos encontremos con más cuevas en el mundo donde aparecen figuras similares, con características a medio camino entre

un hombre y «otra cosa» que no sabríamos definir. ¿Podrían tener el mismo origen?

En el Libro de Mormón de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, puede verse una imagen que ilustra un evento ocurrido en la América primitiva en la que dos grupos humanos, los danitas y los nefitas, se disputaban el control del continente desde urbes con nombres como Cumorah y Zarahemla. Hay grupos de investigación mormona enfrascados en la labor de precisar la ubicación exacta de estos imperios antiguos, algunos asignándolos a la región de los indios pueblo, en el suroeste de Estados Unidos, otros con la

cultura maya de Yucatán y otros con la imponente Cahokia, en el centro del país, una verdadera metrópoli indígena que supuestamente dio refugio a 250.000 habitantes. Los antropólogos niegan todas estas evidencias, aunque hay detalles un tanto inexplicables sobre los hechos sucedidos en Norteamérica en eras anteriores a la actual: posibles osamentas gigantes, ciudadelas olvidadas por el paso de los siglos, carreteras perfectamente trazadas que se remontan a eras desconocidas... ¿Son pruebas de que hace milenios existió una civilización avanzada en esta parte del mundo de la que aún queden herederos?

Los indios pueblo son un misterio en sí mismos; su origen y su lenguaje tienen raíces que se diluyen en el tiempo, y sobre su figura existen las más variadas teorías. La más comúnmente aceptada nos dice que este grupo humano —compuesto por los hopi, los zuñi, los keres o los jemez— es el actual descendiente de una antigua pero extinta civilización que se estableció hace más de cuatrocientos años en los Estados de Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México, que conforman el denominado Four Corners (cuatro esquinas) por ser frontera uno de otro. Esta civilización es conocida como los anasazi, y ha sido objeto de numerosas investigaciones que

están lejos de darse por resueltas. De esta antigua cultura, los hopi dicen ser sus principales descendientes, y en sus tradiciones auguran el inminente fin de lo que llaman «el cuarto mundo», atribuido a nuestra era. En el momento del fin, los hopi están convencidos de que los dioses instructores de la civilización anasazi, a los que denominan «los verdaderos hermanos blancos», los salvarán para fundar «el quinto mundo». Si atendemos a lo que afirman los arqueólogos, los indios norteamericanos carecían de conocimiento alguno sobre la metalurgia, y se limitaban a forjar hachas de hierro meteórico, una

sustancia tan poco común, que las hachas se reservaban para ocasiones religiosas y ceremoniales. Sin embargo, se han encontrado armaduras de cobre diestramente confeccionadas. Existe un gran número de esqueletos con narices de cobre que aparentemente formaban parte del rito de enterramiento. Un rito con preparaciones tan delicadas y complejas como el procedimiento egipcio de la momificación. La evidencia concreta que hallamos en todo el continente señala que una cultura adelantada floreció aquí mucho antes de la llegada de los indios. Probablemente alcanzó su cénit antes de la glaciación hace 10.000 años, y se deterioró debido

a las catástrofes geológicas. Bien, pues igualmente casual es el hecho de hallar pinturas que dejaron los antiguos anasazi, de los que los hopi dicen ser descendientes. Como particularidad, los hopi denominan a sus ancestros hisatsinom, que significa «pueblo ancestral», ya que la palabra «anasazi» la consideran despectiva. Los anasazi no tenían escritura ni rueda ni moneda, y tampoco conocían la metalurgia. Sin embargo, el desarrollo textil, el algodón, el dominio de la irrigación, las construcciones en altura y los conocimientos de astronomía dan testimonio de una cultura rica y dinámica. Pero, sobre todo, los anasazi

realizaron numerosos petroglifos y pinturas en las paredes rocosas del suroeste de Estados Unidos, y allí representaron sus mitos y creencias. Sus sugestivas pictografías colman nuestra imaginación con figuras de seres antropomorfos de muy extraña apariencia. Algunas tienen cuernos, casualmente tal como el *Gran dios orante de Sefar*, de Tassili n'Ajjer, otras poseen alas, otras nos miran con sus enormes ojos y cráneos de tipo calavera, y muchas más aparecen como flotando. En lugares como el cañón de Segeo figuras humanas de extraña apariencia, con aspecto de momia, parecen híbridos entre humanos e insectos, otras

aparentan ser la representación de algún tipo de ritual chamánico donde quizá se producía alguna clase de transformación sobrenatural. Algunas pictografías representan a seres informes con cabezas humanas, mientras otras, realmente inquietantes, parecen estar a punto de devorar a humanos. Igualmente curiosas son aquellas que podrían representar soles o discos alados muy similares a los representados en el antiguo Egipto. Según sus mitos, todos estos conocimientos les fueron proporcionados por unos seres llamados «los verdaderos hermanos blancos», una desconocida y ancestral raza que habría enseñado al pueblo anasazi estas

habilidades.

Una vez más, el misterio rodea a estas viejas y legendarias culturas, de las cuales tan solo quedan vestigios en piedra que, lejos de resolver ningún misterio lo acrecientan de manera exponencial. Todo parece indicar que existió un grupo humano con conocimientos avanzados que a lo largo de los milenios pudo desplazarse a través del globo terráqueo y transmitírselos a sus pobladores; ahora bien, eso no explica cómo consiguieron convencer a esas otras culturas ni cómo llegaron a inculcarles esas ideas, creencias o conocimientos. Recordemos que a lo largo de la historia ese tipo de

contactos entre civilizaciones han acabado en desastre con la imposición violenta de la dominante frente a la más débil. Sin embargo, en estos ejemplos parece que, lejos de suponer un conflicto, los recién llegados fusionaron sus ideas con las de los locales sin aparente trauma, lo que demuestra que debían de poseer un poder de convencimiento extraordinario y unas actitudes para el entendimiento prodigiosas para poder salvar las lógicas barreras del lenguaje o las culturales, pero más aún, debieron de ser unos extraordinarios diplomáticos para llegar a ser admitidos por las diferentes comunidades y no ser

atacados o repudiados. Unos «visitantes» que llegaron a influir hasta tal punto a esas poblaciones, que acabaron siendo adorados o considerados dioses.

La cueva de Kimberley

Pero si estas cuestiones ya plantean muchas preguntas, aún es más complicado cuando las tradiciones de ciertos pueblos aseguran que las pinturas dejadas en sus cavernas o paredes de roca no fueron creadas por sus ancestros, sino por aquellos mismos y extraños visitantes. Me refiero a los

inquietantes rostros que adornan ciertas cuevas y abrigos de montaña cerca del río Gleneg, en la cueva de Kimberley, al noroeste de Australia. Hasta allí llegó en 1938 el doctor Andreas Lommel, miembro del Instituto Frobenius, quien vivió durante varios meses con una tribu aborígen llamada unambal, una cultura que existe, según la historia oficial, por lo menos desde hace unos sesenta mil años.

Durante este periodo, Lommel observó y fotografió la vida cotidiana de estos cazadores-recolectores que permanecían aún en la edad de piedra. Sin embargo, lo que más llamó la atención del investigador fue el

descubrimiento de una cueva considerada sagrada por los aborígenes, en la que estaban representados los enigmáticos wandjina, pinturas rupestres de seres mitológicos asociados con la creación del mundo. Lo cierto es que mirar uno de estos rostros provoca una inevitable sensación de inquietud. Son caras sin boca con unos grandes y negros ojos, que destacan sobre un cuerpo vestido con lo que parecen estrambóticas túnicas. Los wandjina tienen una siniestra actitud que resulta casi intimidante, fueron dibujados como auténticos espectros, fantasmas de las rocas de tez blanca que, sin ningún tipo de pudor, permanecen vigilantes y

atentos al entorno con sus grandes y desproporcionados ojos. Intimidantes en extremo, su actitud es, cuando menos, siniestra. Sus rostros y su mirada me recuerdan a la mirada que transmite un científico que experimente con un animal. Inexpresiva, carente de emoción, analítica y aséptica. Estos seres parecen escrutar a quien los observa con la frialdad de quien observa a un ratón de laboratorio. Estos seres no fueron dibujados realizando ningún tipo de actividad, sino que solo están ahí, con su mirada fija y con expresión casi hipnótica. En algunas zonas de la cueva, las cabezas de estos wandjina se amontonan, todas miran a un único punto

y siempre de frente, sin perder detalle de lo que sucede ante ellos, quizá esperando a que algo ocurra para manifestar su verdadera naturaleza.

El mito de los wandjina, para la mayoría de las tribus indígenas, tiene una íntima relación con el cielo y las estrellas. Los aborígenes australianos creen que mucho, mucho tiempo atrás, la tierra era blanda y no tenía forma. Las características del paisaje fueron creadas como resultado de los actos de los wandjina, y fueron ellos los que crearon la lluvia, los ríos, los pozos de agua y quienes construyeron las montañas y las llanuras. Los mitos aborígenes hablan de un tiempo en el

que las piedras eran todavía «flexibles», algo que les sirvió a estos seres para construir casas de piedra y crear a los seres humanos. Estos primeros habitantes humanos creados por los wandjina fueron los gyorn gyorn. Cuentan los aborígenes que el gyorn gyorn no tenía leyes ni parientes y Wallungunder, el gran jefe de los dioses wandjina, vio que podía hacer el bien con esta gente, por lo que regresó a la Vía Láctea y trajo muchos otros wandjina para que lo ayudaran a llevar leyes y conocimientos a la gente gyorn gyorn. Los wandjina cazaron, pescaron y enseñaron a los aborígenes cómo construir y utilizar ciertas armas, y les

dieron leyes y ceremonias. Cuando terminaron su labor, dicen que algunos de estos wandjina volvieron a la Vía Láctea, mientras que otros atravesaron las rocas de esa cueva, desde la que observan cómo los gyorn gyorn evolucionan. Pero lo más interesante de la tradición aborígen es que, antes de desaparecer los wandjina, decidieron retratarse a sí mismos en la piedra para que el hombre no olvidara su presencia. Fueron, por así decirlo, autorretratos por parte de sus dioses. Hay quien afirma que estos seres de piel pálida eran en realidad unos hombres de rasgos caucásicos que habían recalado en Australia hace unos sesenta mil años. Si

esto fuera así, estaríamos ante la posibilidad de que quizá una especie humana desconocida y ancestral, pero con grandes conocimientos, hubiera podido recalar en el noroeste de Australia, contactar con estas tribus aborígenes y transmitirles parte de su sabiduría, tal y como cuentan mitos de diferentes culturas del mundo.

A raíz de esto, permítanme especular y llegar a una conclusión que considero de sumo interés y totalmente alejada de las propuestas habituales sobre estos asuntos. Lo que parece evidente es que, desde los albores de la humanidad, los hombres primitivos dejaron en las cuevas las

representaciones de seres de naturaleza ignota, a los cuales, según parece, unos temían y otras culturas parecían adorar. Representaciones que, con el paso del tiempo, se transformaron en dioses o entidades de origen incierto. En este sentido, muchos autores han señalado la teoría extraterrestre como la factible. Sin embargo, me gustaría compartir algo que considero mucho más realista pero igualmente sorprendente. La historia nos ha demostrado que han existido civilizaciones mucho más avanzadas que otras, de hecho, la prueba más evidente de esta afirmación la encontramos hoy mismo. Mientras parte del mundo ha conseguido la tecnología suficiente para

alcanzar otros planetas, existen grupos humanos que apenas han salido de la Edad de Piedra. Y si esto sucede en nuestros días, desde luego nada impide que algo similar, aunque a menor escala, hubiera ocurrido hace más de ciento cincuenta mil años. ¿Pudo existir una especie humana diferente al *Homo sapiens* pero de gran inteligencia y avanzados conocimientos para la época, cuando nuestra especie apenas había desarrollado una industria lítica? Quizá ese avanzado pueblo desarrolló capacidades que le proporcionaron la posibilidad de navegar y llegar a otros territorios, y allí entablar contacto con las tribus de la época a las que

enseñaría cuestiones básicas de caza, recolección o astronomía para mejorar su supervivencia. Una civilización de gran conocimiento cuyo origen podría estar vinculado a algún lugar del Atlántico al que se refieren gran cantidad de mitos. Su tierra, tal como esos mitos aluden, sufriría algún tipo de cataclismo, por lo que se habrían visto obligados a utilizar sus conocimientos de navegación para dirigirse a otros lugares del planeta entablando contacto con sus habitantes. Seguramente, muchos de estos hombres pálidos serían rechazados, temidos y probablemente asesinados, pero otros llegarían a congraciarse con las tribus locales y

conseguirían enseñarles ciertas habilidades o transmitirles conocimientos. Puede que algunos de ellos se mezclaran genéticamente con los miembros de esas tribus, pero llegaría un momento en el que su destino estaría ligado a la desaparición a consecuencia de su propio y forzado exilio, algo que la historia nos demuestra que ha sucedido en innumerables ocasiones. Su presencia acabaría por transformarse en mitos de los dioses o los maestros instructores, pero su legado genético quedaría vinculado a las generaciones posteriores de aquellas tribus. Solo así puede entenderse que uno de los rasgos más

característicos de muchos tuaregs, vinculados directamente a zonas como Tassili n'Ajjer, tengan unos profundos ojos azules, o el misterio de por qué ciertos aborígenes australianos tienen ese mismo color en sus ojos. O por qué ciertas tribus amerindias, como los lumbee, tenían ese mismo rasgo distintivo. Aunque más notable aún resulta la crónica de Joseph de Acosta en su *Historia Natural y Moral de las Indias*, donde señalaba la existencia de misteriosas tribus enclavadas en las profundidades del paisaje americano compuestas por hombres y mujeres blancos, rubios y que hablaban una lengua ininteligible. O las crónicas de

Felipe Guama Poma de Ayala, que en su obra *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, describía a determinadas tribus, los llamados chachapoyas y chunchos, como «indios blanquísimos como españoles, cuya hermosura es digna de soberanos cuyos ojos son azules».



La cueva de Kimberly. Los wandjina.

El expedicionario Percy Harrison Fawcett dejó testimonio de su encuentro en el Matto Grosso con indios que tenían los cabellos rubios y los ojos azules.

Existen autores como Rafael Videla Eissman que han hecho referencia a que los navegantes vikingos y nórdicos habían llegado a la América de entonces, a la que llamaban Hvitramannland, es decir, «la tierra de los hombres blancos». También la llamaron Albania, de significado homónimo. ¿Por qué le dieron este nombre? Estos exploradores vikingos serían los más notables observadores de la presencia de hombres blancos llegados de un lugar indeterminado del planeta. Igualmente enigmático es el misterio que hay tras la genética de los negros con pelo rubio y ojos azules de las islas Salomón, situadas al noreste de

Australia. A sus habitantes se les llegó a realizar un estudio genético para descubrir el origen de tan peculiar característica. Los resultados identificaron una región del gen responsable del cambio en el color del cabello, llamado TYRP1, que se sabe que influye en la pigmentación en los seres humanos, solo que la variante encontrada en el cabello rubio de las islas Salomón no se encuentra en el genoma de los europeos. La respuesta al origen de estas incógnitas quizá podamos hallarla en aquellos seres que fueron representados en cuevas y cavernas por los hombres de hace más de cuarenta mil años, que quizá fueron

los testigos de los últimos especímenes de una civilización prominente y avanzada para la época que acabó por extinguirse. Una civilización de hombres blancos descritos como gigantes que llegarían a ser temidos y adorados a partes iguales. Gigantes blancos de incierta procedencia, pero cuyo origen podría ser más cercano a la tierra que a las estrellas.



El enigma genético de los niños negros y rubios de las islas Salomón.

4

CUEVAS, HOGAR DE GIGANTES

Y había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres y ellas le dieron a luz {hijos.} Estos son los héroes de la antigüedad, hombres de renombre.

Hércules, en sus viajes por Occidente, encontraría una extraña raza de grandes hombres llamados ligures; estos serían los habitantes de Liguria. Los mitos la sitúan entre el golfo de León, desde la Provenza hasta Cataluña. Según la leyenda, los ligures estaban allí antes del cataclismo que asoló tierras atlantes. Eran, pues, hombres prehistóricos de gran fortaleza física y de descomunal tamaño que vivían como indígenas errantes por riberas y bosques. Incluso en tiempos de César, se acordaban de que en las épocas remotas en que el hombre de Liguria existía, este se había

extendido por parte de la Galia, el norte de Hispania, hasta las mismas costas de Cádiz atravesando las aguas de las marismas del Guadalquivir, que, curiosamente, antaño eran conocidas como Lago Ligur, donde las torres de Hércules delimitaban la frontera con esa perdida tierra atlante. Los ligures serían primitivos pero con una extraordinaria anatomía. De ellos se decía que la fatiga no los agotaba nunca. Se dice que eran equiparables, en fuerza, a los grandes animales salvajes. Se los consideraba caminantes invencibles tanto en la marcha como en la carrera; en lo que a resistencia y velocidad se refiere, los ligures no tuvieron rivales en los países

mediterráneos. De unos se dice que durante todo el día iban provistos de pesadas hachas con las que cortaban los corpulentos árboles de la montaña; otros, inclinados sobre la tierra, rompían las piedras para procurarse algún trozo de terreno de cultivo, o alguna clase de magnífica y enorme herramienta. Unos se dedicaban a la caza de animales salvajes mientras que otros se aventuraban, en gigantescas balsas hechas de enormes árboles ahuecados, al ignoto mar en busca del pescado que en costa no encontraban. Los antiguos decían de ellos que eran grandes maestros constructores capaces de realizar megalíticas obras con

grandes bloques o losas de piedra. Autores como Jullian, en su *Historie de la Gavie*, aseguraban que los ligures eran capaces de arrancar esos grandes bloques de piedra del mismo suelo, arrastrarlos, levantarlos, erigirlos, colocarlos en su sitio y fijarlos; algunas de estas losas, según Jullian, llegaban a pesar más de doscientas toneladas, otras, incluso más, y que algunas de las más pesadas fueron transportadas a siete y ocho leguas. Estos gigantes eran capaces de crear muros y paredes cuya resistencia conseguía desafiar a los siglos e incluso a los milenios. Auténticos bárbaros pero, al mismo tiempo, con una fuerza y unos

conocimientos extraordinarios que les permitían manipular bloques de piedra de gran tamaño y peso.

La presencia de estos ligures de tiempos prehistóricos dejó su huella indeleble en la toponimia de algunos lugares. Quizá para sus habitantes su presencia fue confundida con dioses que poseían increíbles habilidades y formidable físico. De los ligures se pudo haber desarrollado el mito del dios Lug, cuyo rastro podemos encontrar en nombres como Logroño, León o Lugo, aunque hay que decir que estas huellas toponímicas en la península ibérica son escasas, ya que la interacción con la lengua árabe sumergió absolutamente

todo, excepto regiones del norte. Bajo estas premisas todo parece indicar que, en tiempos muy remotos, una civilización de la que desconocemos hasta sus mismas bases, pero con grandes capacidades físicas y seguramente intelectuales, existió en tiempos prehistóricos. No comprendemos las huellas materiales que de la misma permanecen, pero sabemos que son poderosamente enigmáticas. ¿Podrían ser estos ligures los descendientes de una civilización formidable? ¿Podrían ser estos los gigantes a los que se refieren los mitos y las leyendas?

Lo cierto es que los ligures, al parecer, no eran primitivos salvajes, sino que se dice de ellos que eran capaces de entender la ingeniería que existe tras la navegación. Estos extraños habitantes del viejo mundo no solo serían hábiles realizando todo tipo de artefactos en piedra, sino que conocerían la ciencia que hay detrás de la construcción de una nave. Tendrían amplios conocimientos con los que recorrer largas distancias, y dispondrían de la sabiduría y la tecnología necesarias para transportar grandes bloques de piedra a largas distancias a través de senderos, bosques, montes y valles. Muchos creen que su legado de

conocimiento llegó incluso a la hermandad obrera que erigió la catedral de Chartres.

Puede que algún día descubramos la verdadera naturaleza y el origen de esos a los que llamaban ligures. Marineros y constructores que hicieron partícipes de su sabiduría a los pueblos con los que vivieron y que finalmente habrían sido tratados como dioses.

Los gigantes blancos

Obviamente, desconocemos quiénes eran esos dioses, de la misma manera que no sabemos qué sucedió con esos

habitantes de la tierra hundida a la que hacen referencia los mitos, pero sí podemos especular sobre si alguno de sus descendientes o los supervivientes de esa civilización extraordinaria se disgregaron por el planeta y acabaron por desaparecer. Los supervivientes, sin tierra propia, y tal como sucede en la actualidad, habrían emigrado a diferentes lugares para establecerse, y esa disgregación podría haber acabado finalmente con su cultura, no sin antes transmitirles su sabiduría y mezclarse genéticamente con sus habitantes.

No descubro nada nuevo si afirmo que las creencias señalan al cielo para explicar el origen de sus dioses, algo

que muchos han querido ver como la prueba irrefutable de que esos mismos dioses procedían de algún lugar indeterminado del espacio, es decir, que era una civilización extraterrestre. Esta civilización, según quienes defienden esta teoría, llegó a nuestro mundo en un momento indeterminado de la historia y dotó al hombre de conocimientos como la agricultura o la pesca, y, en mayor o menor medida, proporcionó las herramientas necesarias y la sabiduría para trabajar la piedra y realizar prodigiosas construcciones. Dioses a los que, por otro lado, no les importaba que los hombres se mataran entre ellos, realizaran sacrificios en su nombre y se

esclavizaran entre sí. Parece poco lógico y fuera de lo razonable que una civilización poderosamente avanzada cruzara el cosmos, intentara dar al hombre las herramientas necesarias para evolucionar como especie y, al mismo tiempo, no se implicara en los aspectos morales más fundamentales para esa evolución. Si admitimos que estos dioses llegaron del espacio tal y como reflejan los mitos, es razonable pensar que fueran terriblemente vengativos y gustaran de matar a los hombres cuando se enojaban. O más cruel todavía, los obligaran a ofrecer sacrificios humanos para aplacar su ira, sin importar que murieran hombres, mujeres o niños.

Cuesta, desde luego, entender que una civilización que pretendía el desarrollo del hombre no transmitiera la principal y más importante base para ese desarrollo, como es el concepto de respeto a la vida del otro. Estos dioses tuvieron muchos nombres y en la mayoría de las culturas, cuando desaparecieron, lo hicieron no sin antes prometer que algún día volverían. Tengo que confesar que, vista la capacidad de los dioses para no empatizar con la vida humana, personalmente prefiero que no regresen.

Sin embargo, no son pocos los que apuntan que estos maestros instructores fueron una civilización terrenal mucho

más desarrollada que el resto, con conocimientos, pero con las debilidades de cualquier hombre. El historiador francés Georges Poisson publicó en su obra *L'Atlantide devant la science : étude de préhistoire* (La Atlántida ante la Ciencia: estudio de prehistoria) un postulado similar. Poisson se muestra partidario del origen atlante del hombre de Cro-Magnon, un *Homo sapiens* del Paleolítico que, lejos de lo que podemos pensar, era de gran estatura y poseía rasgos raciales claramente occidentales. Señala, además, que el hombre de Cro-Magnon habría podido subsistir hasta la Edad del Bronce, y se habría distribuido en España por todo el Cantábrico. Pero,

para este autor, los descendientes más puros de estos extintos hombres serían los esqueletos guanches hallados en Canarias, localizados sobre todo en las orillas atlánticas. Recordemos que, según decía el fraile Espinosa, los guanches «era esta gente morena, mas los de la banda norte eran blancos, y las mujeres hermosas y rubias de lindos cabellos».

Estaríamos pues frente a una civilización que, en tiempos muy remotos, sería capaz de navegar largas distancias, por lo que debía de tener amplios conocimientos en diferentes materias como la astronomía o la arquitectura, simplemente para construir

sus barcos y no perderse en mitad del océano. Humanos de condiciones físicas extraordinarias, de gran altura y que para otras culturas serían considerados gigantes.

Existen numerosas leyendas entre varias tribus nativas americanas, desde los comanches del norte a otras tribus del sur, que hablan de una misteriosa raza de gigantes de piel blanca que habitaba Norteamérica miles de años atrás. En su libro *History of the Choctaw Indians, Chickasaw and Natchez* (Historia de los indios choctaw, chickasaw y natchez), editado en 1899, Horacio Bardwell Cushman escribió: «La tradición de los choctaws.

Una raza de gigantes que una vez habitó el ahora Estado de Tennessee, y con la que sus antepasados tuvieron que luchar cuando llegaron a Mississippi en su migración desde el oeste».

La tradición afirma que los individuos de la raza de gigantes, conocida como los nahullo, poseían una estatura impresionante. Cushman señaló que, con el tiempo, el término «nahullo» se hizo común para referirse a todas las personas de raza blanca, pero en un principio, se utilizaba para designar una raza de gigantes de piel blanca que combatieron con los choctaws después de cruzar el río Mississippi.

Los navajo hablan igualmente de unos gigantes blancos llamados «el pueblo de Starnake», y los describen como «una raza de gigantes blancos dotados de tecnología minera que dominaban el oeste, esclavizando a las tribus menores, y que tenían fortalezas a lo largo de las Américas». Finalmente se extinguieron.

Si viajamos a América del Sur, nos encontraremos con que, en el antiguo pueblo de Manta, en Perú, hablaban de una raza de gigantes que en un lejano pasado coexistieron con ellos. Su leyenda dice:



Una antigua raza de gigantes blancos ya era descrita por los nativos americanos.

«Llegaron de la costa, en botes hechos de cañas, tan grandes como buques de gran tamaño, un grupo de hombres de un tamaño tal que, desde la rodilla hacia abajo, su altura era tan grande como toda la altura de un hombre ordinario. Sus extremidades estaban todas en proporción con el tamaño deformado de sus cuerpos, y fue una cosa monstruosa el ver sus cabezas, con el pelo que les llegaba hasta los hombros. Sus ojos eran tan grandes como platos pequeños.»

Sobre este mismo particular, Pedro Cieza de León escribió en *Crónicas de Perú* acerca de legendarios gigantes que los indígenas manta habían descrito para él de la siguiente forma: «Hay, sin embargo, noticias concernientes a gigantes en Perú, quienes llegaron a la costa al punto de Santa Elena. Los nativos aseguran según su tradición que estos ya fueron recibidos por sus ancestros en tiempos muy remotos».

Si estas civilizaciones existieron, tal y como revelan estos escritos, ¿podrían estar refiriéndose a antiguas épocas prehistóricas donde los nativos convivieron con algún tipo de raza o civilización de amplios conocimientos?

Si descartamos la teoría extraterrestre y admitimos esta posibilidad más terrenal, es posible que, a su llegada, también utilizaran las cuevas en su beneficio, mientras que otros podrían haber transmitido su sabiduría a otras culturas, las cuales, con el paso del tiempo y la exageración que proporcionan los mitos, vieran a estos humanos de gran talla como gigantes, e incluso como dioses.

La cueva del Gigante

En Marcala, Honduras, protegida por una especie de valla de grandes árboles que parecieran elevarse hacia las nubes,

existe una gruta que, por sus características físicas, nunca recibe la lluvia.

Tras un recorrido de aproximadamente 750 metros después de una cascada, se llega al encuentro de la gruta del Gigante, que en un pasado remoto pudo guarecer a seres de colosal estatura y que, a día de hoy, es el sitio arqueológico más antiguo de Honduras y la región mesoamericana. Al menos, así lo afirma Estheffany Yolibeth Vásquez, encargada de la Oficina Municipal de Turismo de Marcala.

La enorme cavidad en la roca caliza de origen volcánico mide alrededor de 30 metros de alto desde la

superficie en la boca al cielo más elevado, unos 25 de ancho y 8 de fondo. Legendaria y sobrecogedora, sin duda en otro tiempo sería un lugar ideal para protegerse de las miradas de otros hombres o para resguardarse de las inclemencias del tiempo y las fieras. Según me comentó la encargada de la Oficina de Turismo, se la conoce como la gruta del Gigante porque al iniciarse los estudios en 1994, lo primero que dijo la comunidad es que los primeros habitantes eran tan grandes que solo daban uno o dos pasos y ya estaban en la cueva. Cuando se empezaron a hacer los diferentes hallazgos arqueológicos en la cueva, se encontraron huesos de gran

tamaño, lo que llevó a pensar que eran de personas, pero al estudiarlos se dieron cuenta de que pertenecían a grandes animales, quizá a una megafauna.

Oficialmente, la cueva fue descubierta en 1994 por el arqueólogo estadounidense George Hasemann, por entonces jefe de la sección de Arqueología del Instituto Hondureño de Antropología e Historia (IHAAH), quien contó con el apoyo de su colega Timothy Scheffler, miembro del Departamento de Arqueología de la Universidad de Pensilvania. Los investigadores reportaron el hallazgo de restos milenarios de fibras textiles, cuerdas,

cestería, artefactos de hueso y trozos de piedra trabajada, al igual que se hallaron pinturas rupestres y una increíble talla en piedra que había sido cuidadosamente cincelada, la cual recuerda a una gigantesca cabeza humana, o puede que a algún tipo de enorme animal, pero cuyos rasgos se asemejan a los de un humano.

Historiadores locales, como Montgomery Ronaldo Melghem Mejía, aseguran que en ese lugar se creía en la existencia de auténticos gigantes, personas de talla magnífica capaces de enfrentarse a las grandes fieras que, por aquel entonces, poblaban el paisaje de esa zona hondureña. La ciencia da su

propia explicación a este mito afirmando que esos habitantes eran grupos paleoindios que habrían coincidido con grandes animales; de hecho, se comprobó la existencia de tigres dientes de sable, algunos osos, enormes armadillos y otras fieras, que podían de alguna forma atacar a los seres humanos, pero que este también intentaba cazar para conseguir alimento. Según sus leyendas, los seres que habitaban esa cueva eran capaces de pelear «de tú a tú» con estas fieras, rivalizando con ellas en corpulencia, agilidad y destreza para el enfrentamiento. Grandes seres que

portaban gigantescas hachas de piedra imposibles de blandir para cualquiera de los habitantes de la zona.

Fue precisamente a la llegada de los europeos al nuevo continente cuando tuvieron conocimiento de los seres de colosal estatura o gigantes, a quienes se refieren diversas fuentes bibliográficas, científicas y de la tradición oral. En estas crónicas ya se hablaba de que los primeros habitantes del reino protolenca de Yaruma, que construyeron grandes pirámides antes que los mayas de Copán, medían alrededor de 2,5 metros de estatura. Bernal Díaz del Castillo, en su magnífica obra *La verdadera y notable relación del descubrimiento y*

conquista de la Nueva España y Guatemala, escribió que cuando Hernán Cortés y sus soldados conquistaron Tlaxcala, el 23 de septiembre de 1519, el rey tlaxcalteca Xicoténcatl señaló a gigantes como los habitantes del territorio antes de que los tlaxcaltecas poblaran la región, y le llevó unos huesos como prueba.

El capitán español Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, en su *Recordación Florida*, de 1690, escribió sobre el yacimiento de huesos y artefactos de gigantes encontrados en el sitio de El Peñol, en la región de Chiquimula, Guatemala, y fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía Indiana*

de 1615, hace referencia a los colosos como los primeros moradores antes de los toltecas, una cultura que ha asombrado por las esculturas de cabezas gigantes que dejó en territorio mexicano. Otros anales históricos indican que muchas tribus nativas del noreste y el suroeste, como los aztecas y los mayas, relatan leyendas de gigantes de pelo rojo y de cómo sus antepasados lucharon en prolongadas y terribles guerras contra ellos, al encontrárselos por primera vez en América del Norte hace casi quince mil años. En la mixteca de la costa oaxaqueña, existe otro mito de un gigante que, acompañado de animales de gran tamaño llegó desde Tututepec para

fundar la población de San Juan Colorado. Las huellas del gigante y de este ganado quedaron registradas en una piedra volcánica.



Entrada a la cueva del Gigante, Honduras.

Exploradores británicos como John Smith dejaron constancia en sus escritos de que en 1608 se topó con los que él llamaba «los sasquesahanougs», que describía como una raza de gigantes a los que calificaba de personajes de físico estupendo y tan hermosos como nunca antes había visto. Es imposible no detenerse en que el nombre de «sasquesahanougs» recuerda etimológicamente al múltiplemente referido «sasquatch» o Yeti de los bosques americanos.

El explorador español Hernando Soto profundizó en el siglo XVI en el territorio de lo que es hoy Estados Unidos y también describió a hombres

que medían medio metro más que sus hombres más altos. ¿Pudieron estos gigantes habitar las cuevas y cavernas generando aún más misterio sobre su figura? En los mitos nahuas del valle de México, se describe a los gigantes con piernas deformes y se dice que vivieron en eras o soles anteriores a los del hombre. Se pensaba que estos gigantes todavía vivían dentro de las rocas y podían resultar peligrosos cuando salían de su refugio.

Debido a nuestros pocos conocimientos en prehistoria y los habitantes que poblaban el mundo en aquellas remotas épocas, desde el punto de vista racional no podemos descartar

que algún ancestro o especie humana con un físico prominente hubiera viajado a diferentes puntos del planeta a lo largo del tiempo, y se hubiera establecido en determinados lugares. No debemos desestimar el hecho de que, quizá, estos visitantes tuvieran una altura y un físico superiores a aquellas tribus, las cuales verían a estos hombres como gigantes de extraña naturaleza. Algunos de estos nuevos pobladores incluso podrían haber interactuado con los miembros de estas tribus, y llegado a entablar ciertas relaciones que acabarían con la transmisión de conocimientos entre ambas culturas, mientras que otros se

habrían refugiado en cuevas y cavernas para evitar ser vistos y, así, rehusar algún tipo de enfrentamiento.

¿Pudo ser la cueva hondureña lugar de refugio para esta esquiva raza? Lo cierto es que los habitantes de la zona no dudan ni un instante en dar valor a estas historias; todas ellas han sido transmitidas de padres a hijos durante generaciones, y repetidas tantas veces que ya son pocos los que creen que sean falsas. Incluso no son pocos los que, atraídos por la historia de estos gigantes que con sus grandes hachas vencían a las bestias, han pretendido encontrar algún vestigio de tales acontecimientos. Lo que parece demostrado es que la cueva

fue utilizada por el hombre, por lo menos, desde hace casi diez mil años. Aunque quienes creen en estas historias aseguran que en tiempos aún más remotos llegaron unos *hombres altos* de los cuales ya nada se sabe, y de los que ya no hay evidencias más allá de los documentos escritos.

Arte a escala de gigante

Imagino el estupor que debieron de sentir tanto el arqueólogo Diego Garate como el espeleólogo Iñaki Intxaurbe cuando descubrieron en la cueva de Atxurra, en Berriatua (Bizkaia) un

auténtico santuario de arte rupestre: 14 paneles con alrededor de 70 grabados de animales pertenecientes al Paleolítico Superior. A pesar de ser una cueva muy conocida por los espeleólogos —excavada como yacimiento arqueológico desde el año 1934 pero visitada ya en el siglo XIX—, nadie dio noticia de la existencia de ningún tipo de arte. Visitantes, espeleólogos y arqueólogos nunca jamás se habían percatado de la prominente sorpresa que los hombres de hace 12.000 años habían dejado en las paredes de esa cueva. ¿O quizá debemos hablar de los gigantes de hace 12.000 años? Nunca nadie había reparado en la

existencia de esta gran cantidad de grabados porque, hasta ahora, nadie había sido capaz de encaramarse a las peligrosas y altísimas repisas donde se realizaron. Todas ellas se encuentran a más de 300 metros de profundidad a unas alturas imposibles, en lugares semiocultos y de complicadísimo acceso. Para llegar a ellos, se vieron en la necesidad de escalar literalmente con equipo específico la propia pared de la cueva, ya que su acceso resultaba imposible por otros medios. La pregunta que se hicieron y aún se hacen los expertos es cómo pudieron aquellos hombres realizar esas representaciones a esa altura. Las dataciones del suelo de

la cueva indicaron que este pertenecía a la misma época que los grabados, por lo que quien realizó los pictogramas tuvo que salvar esos 4 metros de altura. El lugar es tan inaccesible que la investigación arqueológica se prevé extremadamente lenta, porque la única manera de acceder al lugar donde se encuentran es colocando un complicado sistema de andamiajes y equipos de seguridad de última generación en espeleología. Una de las ideas que se barajan es la posibilidad de que aquellos hombres hubieran ideado algún sistema de andamiaje que les proporcionara la altura suficiente hasta llegar a esos lugares, lo cual plantea

más incógnitas, como el hecho de poder averiguar cómo consiguieron realizar tal proeza, habida cuenta de la complejidad que tal andamiaje supone a día de hoy. Y si lo hicieron hace 12.000 años, ¿qué conocimientos tenían para conseguirlo? Por no mencionar cómo se consiguió trasladar todo el material necesario hasta avanzar 300 metros en el interior de esa cueva solo con la tenue luz de una lámpara de tuétano. Y si realmente esto fue así, tal esfuerzo no pudo haber sido realizado por un solo individuo, sino que debieron de ser varios los implicados en tamaña empresa. Además, tenía que existir, por fuerza, una planificación previa y una comunicación

entre aquellos hombres con un lenguaje o idioma que les permitiera interactuar entre ellos. Asimismo, deberían tener una buena coordinación y capacidad de respuesta para solventar los problemas derivados de tal construcción. Si realmente llevaron a cabo tan laboriosa acción para realizar esos grabados, ¿qué poderoso mensaje hay en ellos para que mereciera la pena un esfuerzo de tal calibre? Si esta fuera realmente la explicación de por qué se encuentran estas creaciones a esa altura, tendríamos que reescribir nuestra historia, cambiar el concepto de las mentes primitivas de aquellos hombres o dar por cierto que una avanzada civilización pobló la tierra

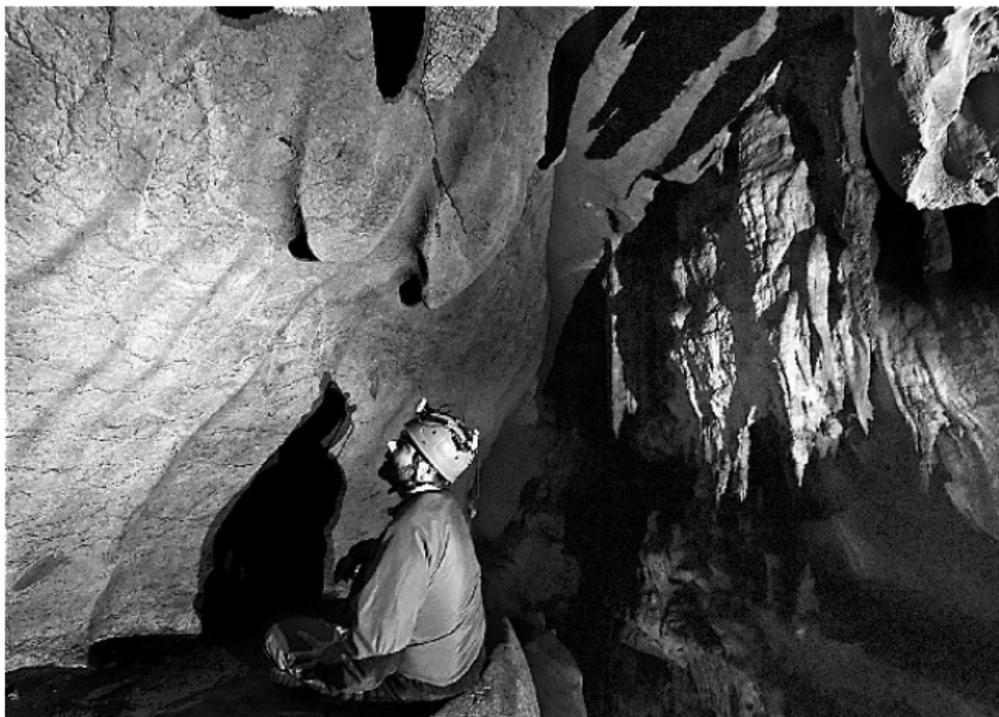
hace miles de años. Si no, la única explicación es que quienes las realizaron tenían una talla impropia para lo que podemos imaginar de aquellos hombres, incluso para la nuestra, y que, tal como reflejan los mitos y las leyendas, estas y otras representaciones en el mundo fueron obra de gigantes.

Estos planteamientos vuelven a aparecer en nuestra mente cuando visitamos la conocida cueva del Pendo en Cantabria. En el corazón del valle de Camargo se encuentra esta cueva de amplia boca y vestíbulo de dimensiones monumentales. Fue excavada en 1878 por Marcelino Sanz de Sautuola, justamente un año antes de que su hija

María contemplara lo que ella calificó como «bueyes» y que en realidad se trataba de los ahora conocidos como bisontes de Altamira. El estudio de su yacimiento arqueológico ha aportado información clave, al igual que en El Castillo, para el conocimiento del comportamiento humano. El Pendo, desde ese momento, ha sido objeto de numerosas exploraciones arqueológicas que culminaron en 1997 con un descubrimiento absolutamente increíble que plantea gran cantidad de misterios. Es el llamado Friso de las pinturas rojas: un panel de 25 metros de largo y visible desde cualquier parte de la sala principal, que contiene una veintena de

figuras pintadas en color rojo. Aquí de nuevo lo incomprensible se revela, ya que están situadas en el marco de una pared a la cual el acceso es literalmente imposible. Es un enorme saliente de roca de 25 metros de largo al que no se puede escalar por ningún sitio. Quienes las plasmaron debieron de alzarse a una altura superior a los 5 metros, pero ¿cómo hacerlo? Una vez más se realizaron dataciones del suelo y saltó la sorpresa cuando se determinó que el situado a 5 metros por debajo del friso era el mismo que cuando se realizaron las pinturas. Parece extraño volver a pensar en un sistema de andamiajes, pero más sorprendente es descubrir la

verdadera naturaleza de alguno de estos pictogramas, los cuales muestran lo que parece ser un mensaje reservado solo a aquellos capaces de entender su significado.



Grabado de la cueva de Atxurra a 15 metros de altura.

Algunas de estas pinturas requirieron una planificación que echa por tierra la idea de que quienes la llevaron a cabo eran meros protohumanos de corta inteligencia. La representación principal, una cierva situada en esos imposibles 5 metros de altura, fue realizada bajo una técnica de perspectivas que, según los guías, fue perfectamente planificada y realizada a sabiendas de su efecto. En la actualidad, nos resultan fascinantes las modernas pinturas de arte urbano en las que los artistas dibujan en el suelo escenarios

que, vistos desde un determinado punto, cobran tridimensionalidad; esta cierva fue dibujada para producir un efecto similar. Fue creada para ser vista a 25 metros de distancia, justo en la entrada de la cueva. Desde ese punto, ante nuestros ojos el animal parece duplicar su tamaño y adquirir una forma extremadamente realista. Los expertos con los que he podido hablar al respecto no salen de su asombro. ¿Cómo fue planificado tal efecto visual? ¿Qué conocimientos manejaban estos hombres para realizar una obra así? De nuevo debió de existir una planificación, una intención previa y, por supuesto, un mensaje que no sabemos descifrar. De

hecho, el panel está realizado de tal manera que fuera lo primero que vieran los que allí se adentraran, seguramente con la intención de decirnos algo que a día de hoy se nos escapa. Añadámosle a esto el enigma de cómo pudieron realizar esas pinturas a 5 metros literalmente «en el aire» y en un panel de 25 metros de largo, y tendremos un enigma que para los expertos es irresoluble a día de hoy. De hecho, ante mi insistente pregunta sobre cómo pudieron realizar tal representación, la respuesta siempre es la misma: «Creemos que con andamiajes, pero es un misterio del cual no podemos dar explicación».

Al igual que en la cueva del Pendo, son varias las incógnitas que me he encontrado en una de las cavernas más emblemáticas de Asturias: la cueva de La Loja. En Peñamellera Baja, según el Inventario Arqueológico de las Peñamelleras, realizado por Vicente Rodríguez Otero en 1990, hay cerca de veinte yacimientos prehistóricos, muchos de ellos localizados en cuevas. De estos, dos ofrecen restos de arte rupestre paleolítico: la cueva de Subores, en Bores, con unos simples trazos digitales sobre la endeble superficie arcillosa de la pared, y la de La Loja. La cueva de La Loja está ubicada en la localidad de El Mazo, a

unos dos kilómetros de Panes en dirección a Unquera, a orillas del río Deva, en un escarpe rocoso que domina el valle. Allí se abre la entrada de este lugar probablemente sagrado para los antiguos. La cueva no destaca por sus grandes dimensiones, de unos cien metros de longitud, ni por su complejidad geológica. Se reduce a una plataforma que domina el río tras la que se abre un vestíbulo que da acceso a una larga galería, angosta en algunos puntos, que se pierde en las profundidades de la tierra antes de volver a comunicarse con el exterior. Allí he tenido la oportunidad de conversar con el coordinador y encargado de la cueva. Óscar González

es todo un experto en la materia, conoce cada rincón, cada saliente de roca y prácticamente cada piedra del suelo. Junto a él he recorrido en varias ocasiones esta caverna y, a pesar de su más que probada erudición en el ámbito paleolítico en general y en la cueva de La Loja en particular, hay cosas que según él «no le cuadran». La versión oficial no se corresponde con las conclusiones a las que ha llegado tras años de estudio y posterior trabajo profesional, y el runrún constante en su cabeza sobre quiénes llegaron a ocupar ese lugar hace unos quince mil años y cómo pudieron realizar sus pinturas y grabados.

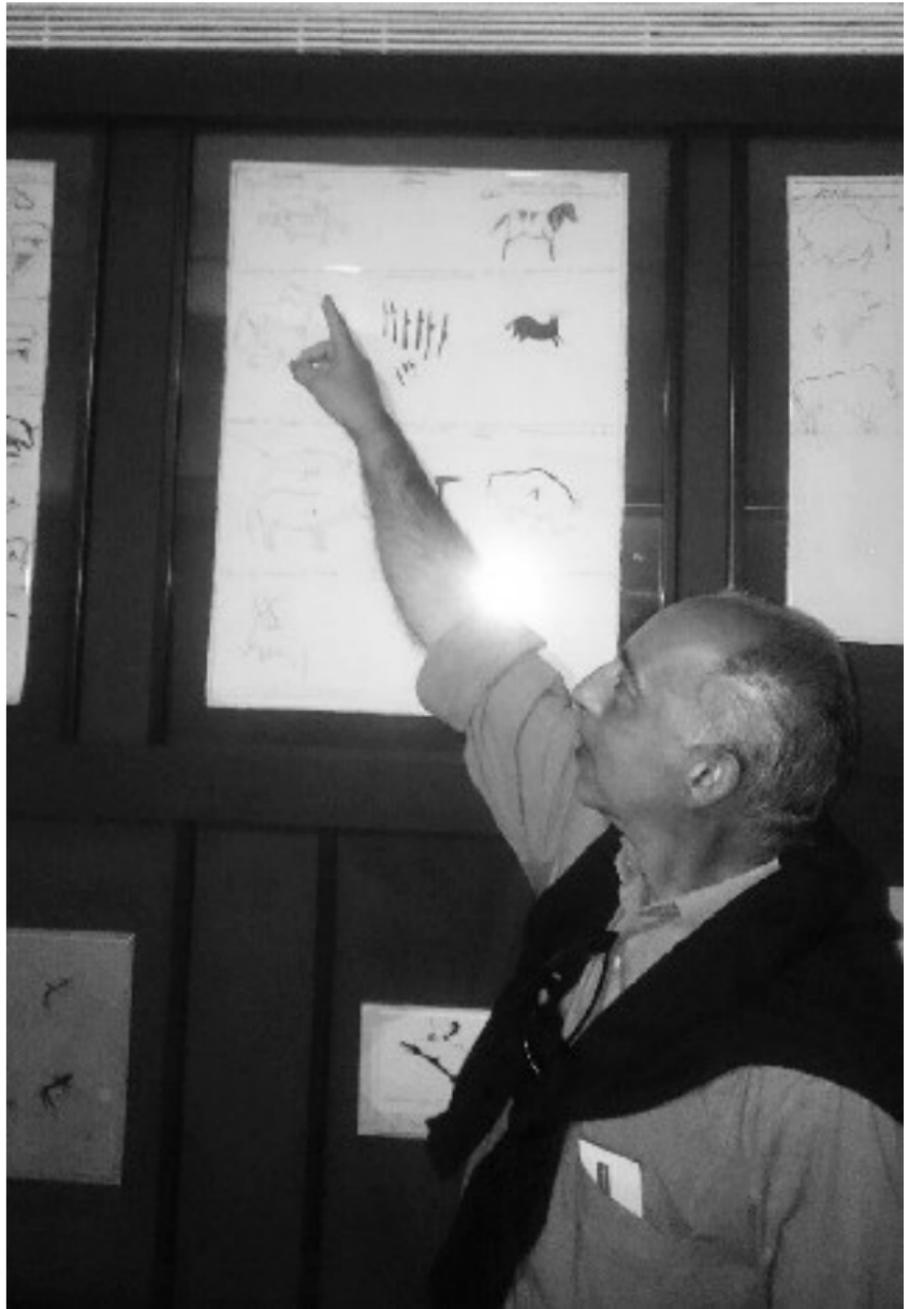
A aproximadamente unos veinte metros en su interior, he permanecido junto a Óscar y nos hemos preguntado una y otra vez cómo pudieron realizar el panel principal de la cueva. Este, de 2,10 metros de ancho y casi 2 metros de altura, alberga varias figuras de animales grabados sobre un fondo teñido por una capa negra de óxido de manganeso. De nuevo el misterio nos sobrecoge, ya que el panel se encuentra a 4 metros de altura respecto al suelo. Hay que decir que, a pesar de eso, la pared ofrece la posibilidad de escalar para acceder a él. Aunque la dificultad estriba en aguantar en esa pequeña repisa horadando la piedra y sin

equivocarse a la hora de ejecutar cada trazo y, por supuesto, no caer de los 4,15 metros que la separan del suelo. ¿De nuevo la teoría del andamiaje? Sin embargo, Óscar me transmitió algo en lo cual yo nunca había reparado a pesar de mis múltiples visitas. Y es que, cuando se descubrió la cueva en el año 1908, la medición con respecto al suelo era aún mayor, y se encontró el panel a 6,30 metros. Por lo tanto, si en poco más de cien años la distancia al suelo era dos metros mayor, ¿qué debemos pensar en un periodo de 15.000 años? Desde luego, estamos ante un auténtico imposible que supera la lógica establecida. Pero es que González

también subrayó algo que rompería con cualquier idea racional respecto al quién y el cómo. Mientras recorríamos la galería posterior que conduce a lo más profundo de la cueva de La Loja, Óscar me preguntó si no veía nada anormal en el techo, que como una bóveda en forma de arco recorría casi de manera rectilínea el pasadizo donde nos encontrábamos. En ese momento, advertí que no solo era el panel, sino buena parte del techo de la cueva el que parecía estar impregnado con restos de una capa negra de manganeso. Prácticamente por todo el techo de esa galería aparecían manchas y trazos negros que, según Óscar González,

podrían haberse realizado de manera deliberada. La cuestión y, por otro lado, el imposible, es que en el resto de la galería no existe forma humana de poder alcanzar el techo; las paredes verticales, húmedas y lisas son imposibles de ascender sin ningún medio técnico, a lo que se le añade un pasillo estrecho donde la movilidad para tal fin complica el ascenso. Pero no solo eso, el techo de la cueva se alza casi dos metros más por encima de los grabados del panel, es decir, a seis metros respecto al suelo; pero si a esta cifra le añadimos dos metros más, tal como reflejaron las mediciones en 1908, hablaríamos de cerca de los ocho metros de altura para

pintar un techo abovedado cuyas paredes son impracticables para cualquier escalada. Bien, si a esta altura datada en 1908 le restamos de nuevo 15.000 años, ¿a qué altura estaría el techo respecto al suelo? ¿Qué clase de andamiaje podría erigirse en ese estrecho lugar? ¿Con qué tecnología? Además, por supuesto, del consabido misterio de su significado o el porqué de tal acción. Incluso la idea más controvertida sobre humanos de gran talla y que fueran confundidos con gigantes parece quedarse corta ante este enigma sin resolver.



Óscar González, guía de la cueva de La Loja.

No parece casualidad que en diferentes partes del mundo se hable de estos gigantes sobre la tierra, aunque también es acertado pensar que, si tales personajes se propagaron a lo largo y ancho del planeta, ¿cómo no se ha hallado ningún resto? Lo curioso de esto es que desde el siglo XIX fueron muchos los reportes, sobre todo en Estados Unidos, publicados en diferentes medios de reconocido prestigio en los que, en grandes titulares, se narraba el hallazgo

de grandes huesos atribuidos a gigantes. Por ejemplo, el 19 de diciembre de 1897, *The New York Times* publicó:

«En Maple Creek, Wisconsin, uno de los tres montículos descubiertos recientemente en esta ciudad se ha abierto. En él se halló el esqueleto de un hombre de tamaño gigantesco. Los huesos medidos de la cabeza a los pies superaban los 9 pies [2,74 metros] y estaban en buen estado de conservación. El cráneo era tan grande como una medida de medio bushel [equivalente a un recipiente que contuviera 17,6 litros]. Algunas varas finamente templadas de cobre y otras reliquias estaban cerca de los huesos.»

En agosto de 1890, una publicación llamada *The Popular Science News* y el *Boston Journal of Chemistry* (El Noticiero Popular de Ciencias y el Diario de Química de Boston) informaron del hallazgo del antropólogo Georges Vacher de Lapouge en el cementerio de la Edad del Bronce de Castelnau-le-Lez, Francia. Lapouge había encontrado huesos de húmero humanos inusualmente grandes. La revista escribió:

«Si juzgamos la altura de este gigante neolítico por la proporción usual de las partes del esqueleto entre sí, debe haber estado entre 10 y 11 pies de alto. La cuestión sigue siendo si este

crecimiento excesivo es normal o debido a una enfermedad... En este punto las autoridades difieren. Un profesor de la Universidad de Montpellier mantiene que los huesos son normales en todos los aspectos, mientras que otro encuentra pruebas de una enfermedad.»

Otro artículo, en esta ocasión del 3 de mayo de 1912, y publicado por *The New York Times*, recogía lo siguiente: «Al abrir un gran montículo en la granja Lake Lawn, Los hermanos Phillips descubrieron 18 esqueletos. Las cabezas, presumiblemente las de los hombres, son mucho más grandes que las cabezas de cualquier raza que habite América hoy».

Referente a un lugar llamado Madison, en Wisconsin, la lista de estos artículos es innumerable, de hecho, he podido recoger más de una treintena, la mayoría de *The New York Times*, donde se anunciaba el hallazgo de grandes huesos que el articulista no tenía ningún reparo en atribuir a gigantes. Como el publicado el 4 de mayo de 1904, que se titulaba «Encontrado esqueleto de gigante», donde se relataba: «El Profesor Agassiz ha hecho un remarcable descubrimiento. Ha encontrado en México una cueva que contiene más de 200 esqueletos de hombres de más de ocho pies (2,43

metros). La cueva era evidentemente el lugar de enterramiento para una raza de gigantes».

En ese mismo año, se publicaba en *The Saint Paul Globe*: «En Nevada se han desenterrado huesos de un esqueleto humano de 11 pies de alto». En octubre de 1932 la revista *Popular Science* acompañaba una foto de supuestos restos de una calavera de un gigante y algunas piedras talladas donde publicaba lo siguiente: «Piedras ceremoniales, grabadas con cruces, muestran una influencia española. La calavera es de un gigante indio que medía 7 pies [2,13 metros] de alto». Pero incluso bien entrado el siglo xx

existen artículos que hacen referencia al hallazgo de huesos y esqueletos de gigantes. Ante este aluvión de titulares, la siguiente pregunta parece obvia. Si existen tantos casos, aparentemente documentados, ¿dónde están todos esos restos?

SAN ANTONIO EXPRESS

Beach Giant's Skull Unearthed By WPA Workers Near Victoria

Believed to Be Largest Ever Found in
World; Normal Head Also Found

That Texas "had a giant on the beach" in the long ago appears probable from the large skull recently unearthed in a mound in Victoria County, believed to be the largest human skull ever found in the United States and possibly in the world.

Twice the size of the skull of normal man, the fragments were dug up by W. Duffen, archaeologist, who is excavating the mound in Victoria County under a WPA project sponsored by the University of Texas. In the same mound and at the same level, a normal sized skull was found. The pieces taken from the mound were reconstructed in the WPA laboratory under supervision of physical anthropologists.

A study is being made to determine whether the huge skull was that of a man belonging to a tribe of extraordinary large men or whether the skull was that of an abnormal member of a tribe, a

case of giantism. Several large human body bones also have been unearthed at the site.

Marcus B. Goldstein, physical anthropologist employed on the WPA project, formerly was an aide of Allen Hrdlicka, curator of the National Museum of Physical Anthropology.

Findings made through excavations in Texas are beginning to give weight to the theory that man lived in Texas 40,000 to 45,000 years ago, it is said.

STAMP SOCIETY MEETS

San Antonio Philatelic Society will hold its first meeting of 1940 at the Y. M. C. A. at 8:30 p. m.



GIANT SKULL—Believed to be possibly the largest found in the world, the human skull shown on the right was recently unearthed in Victoria County by Texas University anthropologists. The other two are of normal size.

Monday, when a hoarse of rare stamps will be shown by collectors in this vicinity. New officers of the society are Norman H. Brock, president; E. A. Tur-

ner, vice president; L. F. Fields, secretary and treasurer, and Edward Albach, reporter. Both the president and vice president were re-elected.

Noticia del hallazgo de restos de un gigante,
San Antonio Express.

La mayoría de las publicaciones son de finales de 1800 a principios de 1900, por lo que consultar las fuentes originales o intentar contactar con los nombres de quienes citaban que eran sus descubridores es una tarea imposible, pero un artículo fechado en 1940 y publicado en el *San Antonio Express* hacía referencia al descubrimiento de un cráneo gigante que, según el propio artículo relataba, tenía el doble de tamaño que un cráneo normal. Junto al mismo se aportaba una documentación gráfica con la fotografía de lo que, en

aparición, era una enorme calavera. Gracias a la mayor cercanía en el tiempo de este hallazgo conseguí ponerme en contacto con la Universidad de Texas, en Austin, quienes tuvieron la enorme amabilidad de buscar en sus archivos. Encontraron documentos que hablaban de una excavación arqueológica a gran escala en el llamado monte Morhiss, situado en el río Guadalupe, no muy al sur de Victoria, en Texas.

Después de una correspondencia inicial, recibí un correo electrónico de Carolyn Spock, que es la jefa de registros del Laboratorio de

Investigación Arqueológica de Texas en la universidad, en el que me decía lo siguiente:

«El ejemplar particular que les interesa, el cráneo grande encontrado en el sitio Morhiss en 1939, consta en nuestros documentos como perdido de la colección; a pesar de constar que el cráneo estuvo durante algún tiempo, ahora no aparece en los inventarios realizados desde que la colección llegó a TARL.»

Lo que sí me hizo saber Carolyn Spock es que el museo, efectivamente, registró un cráneo grande y uno de los antropólogos escribió en su informe que era de un tamaño extraordinario. Pero el

cráneo desapareció de la colección, y en los demás informes no se hace mención alguna al tamaño del cráneo, ni siquiera Duffen, quien dejó registrado que el cráneo «parece grande» y que podría pertenecer a «un gran individuo». Dónde puede encontrarse este cráneo en la actualidad es un misterio.

Autores como Douglas Ross Hamilton, en su obra *Una tradición de gigantes*, sugiere varias teorías por las cuales estos restos han desaparecido de archivos, colecciones y museos. Su primera teoría apunta a que cuando los huesos entraron en contacto con el oxígeno, algunos rápidamente se convirtieron en polvo. Según Ross, ya

estaban casi desintegrados en el momento en que fueron descubiertos y escribió:

«Muchos remanentes esqueléticos descubiertos por los primeros colonos, anticuarios, coleccionistas y funcionarios del museo eran de una antigüedad tan increíble que ya habían vuelto a la consistencia de la tierra, dejando apenas un contorno de lo que fueron.»

También apunta a la posibilidad de que la Ley de Protección y Repatriación de tumbas de los Nativos Americanos (NAGPRA) dio como resultado el reenterramiento de algunos huesos. Esta ley tenía la intención de preservar la

naturaleza sagrada de los derechos de sepultura de nativos americanos y de respetar la creencia de que los restos de los antepasados no debían ser perturbados. Pero en realidad Hamilton estaba convencido de que los museos tenían un pacto de silencio respecto a estos hallazgos.

Volví a ponerme en contacto con la Universidad de Texas con el objeto de buscar algún tipo de información más al respecto del caso del mencionado «cráneo de gigante». Tras un tiempo que deduje que fue producto de las pesquisas que realizó la universidad, recibí una respuesta que, sorprendentemente, contradecía la

primera de las informaciones que me había proporcionado Carolyn Spock. Esta es la transcripción del correo electrónico:

«Señor, mi nombre es Kerri Wilhelm y soy la persona, en el Laboratorio de Investigación Arqueológica de Texas, responsable de la curación de la Colección de Osteología Humana. Susan Dial me pasó su solicitud de investigación. He trabajado aquí en el transcurso de varios años y estoy muy familiarizado con las colecciones de osteología humana y sus archivos asociados. Hasta la fecha, no he encontrado ningún registro, archivos o documentos relacionados con la

historia de las diversas partes de la colección que indica la presencia de restos humanos o esqueleto descritos como los que pertenecen a un “gigante”. Si el cráneo de Victoria “alguna vez había sido” registrado en los registros de UT y verificado, habría sido en un momento antes de que TARL existiera. Tal vez en uno de los museos o en el Departamento de Antropología. Tampoco poseemos registros de ningún “descubrimiento de Texas” como se relacionaría con su tema. Siento no poder ayudarle en su investigación y le deseo suerte en su búsqueda. Sinceramente, Kerri Wilhelm.»

¿Cómo era posible que un departamento asegurara tener esa documentación y el otro afirmar que no existía? Quizá quisieron dar carpetazo a un incómodo investigador que desde España buscaba gigantes en su universidad. No volví a recibir más respuestas por parte de los responsables de la Universidad de Texas.

Por último, he de decir que a mis manos llegó un libro titulado *Los antiguos gigantes que gobernaron América*, escrito por Richard Dewhurst, en el que nombraba a un tal doctor Ales Hrdlicka del Instituto Smithsonian, de quien afirma que examinó ciertos restos humanos prominentemente grandes, para

posteriormente realizar un comunicado de prensa donde dijo que «estos hallazgos en Texas están empezando a dar peso a la teoría de que el hombre vivió en Texas hace 40.000 o 45.000 años». Esto nos lleva de nuevo a la idea de que estos gigantes fueron el resultado de la migración de alguna especie humana con grandes conocimientos que, tras un cataclismo indeterminado, pero de proporciones gigantescas, tuvo que abandonar sus territorios y al hacerlo su especie se fue extinguiendo, no sin antes transmitir esos conocimientos o parte de los mismos a las poblaciones con las que mantuvieron contacto. Sin embargo, otros al parecer no eran tan amistosos,

hasta el punto de ser profundamente temidos por las gentes que los acogieron.

La cueva de Lovelock

Los paiutes, una tribu indígena americana nativa de la zona de Nevada, poseen una tradición oral que relataron a los antiguos colonos blancos sobre una raza de gigantes pelirrojos, blancos o «bárbaros» que sus antepasados conocían como los Si-Te-Cah, y que habitaban en una antigua cueva conocida como Lovelock, en referencia al pueblo de Lovelock situado al norte de Nevada.

Dicha historia fue escrita en 1882 por Sarah Winnemucca Hopkins, hija de un jefe indio paiute en su libro *Life Among the Paiutes. Their Wrongs and Claims* (La vida entre los paiutes. Sus agravios y reivindicaciones).

No hay mayor miedo que el miedo a lo desconocido y a lo diferente; quizá por esto Sarah Winnemucca buscaba enseñar que su cultura o sus costumbres eran, en lo principal, iguales que las del hombre blanco. Según la tradición oral de los paiutes, estos tuvieron que enfrentarse a lo que describieron como «gigantes de pelo rojo», quienes vivían en una cueva cercana a su territorio tras huir de algún tipo de cataclismo o gran

evento destructivo de su lugar de origen. Los paiutes, al parecer, llegaron a mantener un enfrentamiento de grandes proporciones con estos hombres de pelo rojo. Según este relato, la guerra era constante, ya que estos gigantes capturaban a algunos de los miembros de esta tribu para devorarlos en verdaderos espectáculos sangrientos de canibalismo. Tras años de guerra, Sarah Winnemucca describe cómo las tribus paiute decidieron unirse para erradicar a los Si-Te-Cah en el interior de una cueva donde se habían refugiado. La idea era no dejar a ninguno de estos gigantes vivo, por lo que llenaron la boca de la caverna con ramas y palos y

les prendieron fuego. Según lo descrito por Sarah Winnemucca, algunos de estos seres se quemaron, otros, al intentar huir fueron abatidos por las flechas de su tribu, mientras que otros murieron asfixiados en el interior de la caverna. Tras esto, un poderoso terremoto derrumbó la entrada de la cueva, a tal punto que solamente los murciélagos podían entrar en ella, lo que provocó que, con el paso del tiempo, el guano, el excremento de estos animales, inundara su interior. Desde entonces la cueva fue conocida como la cueva del Guano, aunque todos la reconocen como la cueva de Lovelock.

Tal y como refleja este relato, los gigantes de pelo rojo eran poco más que salvajes caníbales que vivían en cuevas como la de Lovelock, y que se desenvolvían entre la inmundicia de los restos de los humanos de los que se alimentaban. Lo que resulta extraño es que, a pesar de que la tradición de los paiutes nos habla de lo sanguinario de estos seres, el nombre de Si-Te-Cah se traduce literalmente como «comedores de tule». El tule es una planta acuática fibrosa que, según la leyenda, los gigantes tejían para construir balsas y evitar así los ataques de los paiutes. Al parecer, los Si-Te-Cah empleaban las balsas para navegar a través de lo que

entonces era el lago Lahontan, que durante la última era glacial cubría la mayor parte de Nevada del Norte. Los gigantes de Lovelock tenían conocimientos de navegación y, por lo tanto, dominaban las ciencias asociadas a la misma. Podría ser que una raza de hombres desconocida hubiera recalado en el territorio de los indios paiutes, quizá vieron amenazada su forma de vida o su territorio ante la extraña presencia de unos hombres de elevada talla, con pelo rojo y tez pálida. Estos quizá fueron demonizados por las tribus hasta que la tradición oral acabó convirtiéndolos en caníbales salvajes, lo que provocó un gran enfrentamiento que

terminaría con la muerte de estos gigantes extranjeros. Esta leyenda provocó que muchas personas intentaran descubrir la verdadera ubicación de la cueva a la que se refieren los mitos. Allí debían de permanecer las pruebas físicas de ese enfrentamiento y puede que los restos de los gigantes. Algo que, al parecer, llegó a producirse.

En 1886, dos mineros, James Hart y David Pugh, descubrieron la importancia del guano como ingrediente para la pólvora y crearon una compañía para empezar a explotarlo en 1911. Al comenzar a extraer el guano, que en algunos puntos llegaba hasta los casi 2 metros de altura, los mineros

comenzaron a asegurar que, bajo este, habían hallado diferentes elementos como cestas, útiles de piedra, armas o huesos. A raíz de estos descubrimientos, se extendió la noticia de que también se habían encontrado los restos momificados de un hombre de 2 metros de altura de cabello rojo. A día de hoy, aún no hay prueba verificada de la existencia de la momia, lo que sí es real es que se extrajo gran cantidad de artefactos pertenecientes, supuestamente, a los nativos de la zona. En 1912 los mineros estaban tan cansados de extraer material entre el guano que decidieron llamar a la Universidad de California para que ellos hicieran un registro de

todo lo hallado. En este sentido, el Museo de Antropología Phoebe A. Hearst de la Universidad de California llegó a escribir un artículo en referencia a la cueva de Lovelock en los siguientes términos: «La cueva ha sido extensamente expoliada y muchos materiales permanecen en colecciones privadas. La cueva de Lovelock, a pesar de los años de destrucción, es uno de los sitios más importantes de la historia arqueológica norteamericana».



Sarah Winnemucca.

Al parecer, los artefactos hallados pertenecerían no solo a los nativos, sino también a otro grupo humano desconocido que era muy diferente a los paiutes cercanos. Estaríamos hablando de una tribu de personas actualmente desconocidas en el campo de la antropología.

Esta teoría se apoyó en las pruebas que un profesor de la Universidad de California, L. L. Loud, aportó cuando llegó a extraer desde abril hasta agosto de 1912 más de 10.000 elementos arqueológicos. Para conocer lo más posible de todos estos descubrimientos,

decidí ponerme en contacto con la propia Universidad de California, quienes, muy amablemente, me pasaron un detallado informe sobre los diferentes trabajos arqueológicos que se habían realizado en la cueva y las diferentes adhesiones de material que habían llegado al museo. Los restos arqueológicos hallados en esa cueva, según el informe, se contaban por miles. Desde 1907 hasta principios de los años setenta, el museo fue el depositario de miles de piezas extraídas de la cueva de Lovelock. Estas estaban bajo la friolera de más de 250 toneladas de guano, por lo que se estimaba que su datación debía de establecerse en épocas realmente

remotas. Incluso así, el museo me informaba de que muchos materiales se habrían perdido para siempre por la acción de la explotación minera, lo cual nos demuestra que el lugar tenía una importancia cuyo carácter desconocemos. Asimismo, el informe reflejaba lo siguiente: «Hemos intentado determinar el tipo de artefactos encontrados cuya procedencia es desconocida».

De dichos materiales se hicieron, con posterioridad, dataciones basadas en el radiocarbono. Cuando los científicos esperaban encontrarse con objetos de pocos siglos, descubrieron con asombro que los restos se

remontaban a casi cinco mil años de antigüedad, y concluyeron que algún tipo de cultura desconocida habitó la cueva hace miles de años.

Son muchas las leyendas que hacen referencia a estos gigantes de Lovelock, pero los únicos restos confirmados son los cráneos que los museos locales guardan en sus almacenes y que, aseguran, pertenecen a los gigantes de Lovelock. Estos cráneos tienen un perfil ligeramente más grande de lo normal, por lo que hablaríamos de una cultura superior en altura y tamaño a los nativos; algo que la leyenda se hubiera encargado de exagerar, ya que su transmisión oral seguramente

modificaría esta historia. Pero dejando a un lado la cuestión de si eran lo suficientemente grandes como para ser considerados gigantes, lo que es especialmente notable es que estos restos son un ejemplo de evidencia arqueológica sólida, presentada y científicamente analizada para confirmar que, en algún momento, tal como evidencian los mitos y confirman los hallazgos arqueológicos, una civilización antigua y desconocida habitó esa zona hace unos cinco mil años. Esto sería una elucubración más si no fuera porque el propio jefe de antropología del Museo del Estado de Nevada, el doctor Gene Hattori, hace

referencia a una cultura desconocida a la que denomina «cultura Lovelock». El antropólogo Robert Heizer, de la Universidad de Berkeley, fue el primero en darse cuenta, al estudiar los restos arqueológicos, de que había objetos que no concordaban con ningún tipo de cultura local. Muchos de ellos eran de piedra con grabados de antropomorfos, o piedras a las que habían tallado grandes ojos y bocas, pero lo que más sorprendió a Heizer fue el gran tamaño de algunas herramientas, cuyo manejo, si se quería hacer con destreza, solo podría ser realizado por una persona de gran corpulencia, mayor incluso que un hombre moderno. También se halló una

sandalia de gran tamaño cuyo estudio por radiocarbono determinó que tenía 10.000 años de antigüedad; este objeto está considerado como el calzado humano más antiguo jamás encontrado. Pero aún más desconcertante fue el descubrimiento que se hizo en una cueva cercana a la de Lovelock, en la llamada cueva del Espíritu. Allí se encontraron los restos humanos momificados más antiguos de Norteamérica, cuya datación se estima en unos diez mil quinientos años. Los hallazgos fueron publicados en el *Nevada Historical Quarterly* en 1997, y atrajeron la atención nacional de manera inmediata. Otro asunto aún no aclarado y que igualmente ha dejado a

muchos sin palabras fue el descubrimiento, por parte de M. K. Davis y Don Monroe, de una supuesta huella de una mano gigante en una de las paredes del interior de Lovelock, pero cuya autenticidad no ha sido confirmada.



Huella atribuida a un gigante en el interior de Lovelock.

La confirmación de las leyendas por parte de la ciencia, como este caso, es rara, pero nos dan una lección que no debemos olvidar y es el hecho de prestar mucha atención a todas esas historias encerradas en forma de cuento, porque estos parecen guardar las claves de elementos de nuestra historia que puede que obliguen a reescribirla. En cuanto a la cueva de Lovelock, se puede decir que, hace miles de años, una tribu desconocida de grandes humanos y cabellera roja se asentó al norte de Nevada y que allí permanecieron hasta que fueron erradicados en una guerra tribal. De dónde vinieron, nunca lo sabremos.

5

CUEVAS MILAGROSAS

Que llueva, que llueva, la
Virgen de la cueva.

Canción infantil

¿Quién no ha cantado alguna vez esa conocida canción infantil? Como si de una plegaria se tratara, son infinitas las veces que ha servido para implorar a la

Virgen que obre el milagro de la lluvia, bien porque había escasez o bien ante algún acontecimiento festivo, cuando se le pedía a la Virgen que hiciera llover, como un chaparrón si fuese necesario, antes de la fecha, para que así descargara el agua y no arruinase los preparativos, aunque con ello, tal como dice la canción, «se rompieran los cristales de la estación».

Casualidad o no, lo cierto es que si viajamos en el tiempo nos daremos cuenta de que los dioses asociados a la lluvia parecen tener un curioso denominador común: suelen vivir en cuevas o cavernas. Probablemente porque allí están guarecidos en el

momento en que deciden ejercer su poder, que sirve bien para ayudar a los hombres o para castigarlos. En el año 2011, en la famosa ciudad maya de Chichén Itzá, unos investigadores arqueólogos de la Universidad Autónoma de Yucatán descubrieron bajo las aguas de una cueva submarina huesos humanos y de animales, vasijas de cerámica, cuentas de jade y de conchas, cuchillos de pedernal y otros objetos que habían sido colocados de manera cuidadosa y selectiva en lo que parecía una ofrenda sagrada de petición de lluvia. Los investigadores calcularon que este ritual había sido realizado en honor al dios Tláloc, el dios maya de la

lluvia, justo cuando esta antigua civilización padeció dos periodos de sequía extrema y que provocó el llamado colapso maya. Su nombre completo es Tláloc-Tlachpanquiahtl, término de la lengua náhuatl que se traduce como «el camino debajo de la tierra o cueva larga». A este dios se le representaba con un labio superior muy pronunciado que simbolizaba la entrada a la cueva que comunica con el inframundo. En un estudio sobre los conceptos simbióticos de la religión practicada por los grupos tzotzil, el pueblo que habitaba en los Altos de Chiapas se dice: «Se piensa que los cerros y las montañas constituyen el

hogar del Ángel, Dios de la lluvia, señor de la vida animal y protector de nuestro sustento». Con respecto a las cuevas se dice que «son las entradas a la mansión del Dios de la lluvia» y que «las fuentes y manantiales son los dones que este ofrece al hombre». Si nos vamos a la cultura japonesa, nos encontramos a una deidad femenina, Ameonna, quien es capaz de atraer la lluvia solo con lamerse la mano. Para la mitología báltica una deidad llamada Perkunas, dios del trueno y la lluvia, tiene su hogar en el interior de las montañas. En la mitología griega, Urano era el dios primordial personificador del cielo, el hacedor de la lluvia cuya madre es Gea,

es decir, la Madre Tierra. En la mitología chol, las cuevas son los dominios de la deidad terrenal principal conocida como el Dueño del Cerro de los tzotzil, el dueño de todos los bienes. En la antigua cultura sumeria, Enki — nombre cuyo significado en la mitología arcadia y babilónica era «el señor de la tierra»— era representado con un gran manantial de agua. Lo mismo sucede en las deidades finlandesas, donde Ukko es el nombre que le da la mitología de ese país al dios de la lluvia, quien a su vez es esposo de Rauni, conocida como la Madre Tierra. Igualmente nos encontramos con la diosa celta Mari, cuya similitud con el nombre de María

no pasa desapercibida, y que representaría tanto a la lluvia como a la Madre Tierra. Por supuesto, en la religión cristiana existen varias «entidades» encargadas de que la lluvia y la tierra provean al hombre de una buena cosecha y de abundancia, mientras que la Virgen María, a la que la cristiandad considera metafóricamente como La Madre, coincidente con el concepto de Madre Tierra de otras culturas, es capaz de intervenir en asuntos de la naturaleza como el sol, el viento y, por supuesto, la lluvia.

Toda esta mezcolanza de creencias ha provocado que, en muchos lugares, el sentir popular hallara relación entre

ciertos enclaves cavernarios y la presencia, casi tangible, de algunas de estas deidades, y las cuevas han sido para muchas culturas puertas de manifestación divina.

¿Puertas del cielo?

No son pocas las culturas y tradiciones que nos hablan, siempre bajo el prisma de sus leyendas, de cavidades que eran antesala de mundos maravillosos donde el ser humano es eterno, donde se vive sin enfermedades ni penurias y donde el tiempo parece detenerse. Las cuevas ofrecen la posibilidad de adentrarse en

grandes palacios con salones de oro, jardines exuberantes con fuentes que emanan ambrosía o aguas cristalinas, al extremo de que su ingesta podría otorgar la inmortalidad. Lugares cavernarios, pero ampliamente iluminados bajo una fuente de energía desconocida, donde no solo habría humanos, sino que habitarían animales de características tan bellas como exóticas. Aquel que pudiera acceder a ese mundo sería recibido con todo tipo de agasajos por sus habitantes, seres de gran nobleza, espiritualidad y amabilidad, quienes invitarían al recién llegado a quedarse allí para siempre.

Sería lógico pensar que algunas cuevas alimentaran la idea de una entrada al cielo a consecuencia de sus características geológicas, y que ofrecerían al visitante de una época remota la irrealidad de estar en el interior de algún tipo de edificación construida por alguna deidad ancestral. Cuevas con amplias salas con gigantescas columnas de piedra y paredes que, por las características de la piedra, refulgieran como si el oro o la plata se hubieran fundido en la roca. Esto sería aún más evidente en cuevas como la de Sorbas, situada a unos 55 kilómetros de Almería. En 1967, el Grupo Espeleólogo Provincial

incursionó en ella; al salir, describieron su interior como todo un festival para los sentidos gracias a los destellos que desprendía la cristalina roca de yeso, que conseguía reflejar la luz con las más increíbles tonalidades. Tal como fue publicado en el diario *El País*: «Si los sentidos se mantienen despiertos, el visitante podrá admirar los más bellos rincones moldeados por el agua, palpar las rocas, sentir la agradable humedad del ambiente y, como el mayor de los premios, escuchar el silencio».

Si tal espectáculo puede maravillar al hombre moderno, ¿qué debemos pensar sobre el efecto que estas cavidades producían en épocas

anteriores? Es revelador el titular que acompañaba la noticia refiriéndose a esta cueva como «El paraíso en la tierra». Y es que la palabra «paraíso» proviene de la palabra persa *pardés*, que se traduciría como «jardín cerrado». Lugares donde todo era perfecto, aunque acotado y de acceso casi prohibido. En las culturas sumerias y egipcias, los pastores nómadas dejaron reflejado en sus mitos que en ciertos lugares la tierra emanaba leche y miel, albergando la idea de la existencia de algún mundo subterráneo de grandes abundancias. En la cultura celta se hace referencia a los *sidhe*; estos lugares serían montículos o cavidades en la tierra que servirían

como guarida para las hadas, seres muchas veces asociados a reinos fantásticos y paradisiacos ocultos bajo la tierra. También en esas mismas tradiciones celtas nos encontramos con el llamado *Paradisus Avium* (paraíso de las aves), situado en el inframundo, donde vivirían ciertas divinidades con forma de pájaro. Descubrimos en las tradiciones galesas el *Annwn*, un mundo paradisiaco subterráneo al que viajaría el propio rey Arturo para llevarse un caldero mágico capaz de producir comida en abundancia, y cuya entrada se situaría en una cavidad oculta en el otero de Glastonbury.

Lo cierto es que en estos paraísos siempre reina la abundancia y fluye el agua de manera permanente. Es por tanto lícito pensar que si el agua está íntimamente ligada al paraíso, esta pudiera contener algún tipo de propiedad divina de la cual el hombre podría aprovecharse; tan solo se debería localizar un lugar determinado donde el agua fluyera quizá de manera repentina o cuya procedencia fuera ignota. Aguas que fueran portadoras de la esencia del mismo paraíso, y, por lo tanto, que tuvieran la capacidad de transmitir, al menos en parte, alguna de las singularidades de tal idílico lugar:

desde la cura de enfermedades o la consecución de los deseos hasta la propia inmortalidad.

El milagro del agua

En este sentido, las cuevas y el agua están íntimamente ligadas a la consecución de los deseos y a las curaciones milagrosas. No hay más que darse una vuelta por la geografía española para darse cuenta de que, en las salidas de aguas subterráneas, junto a las bocas de las cuevas donde emanan, son muchas las personas que lanzan una moneda pretendiendo invocar una

especie de buena suerte. El agua y la cueva de donde surge serían un lugar sagrado o mágico que, por algún motivo, tendría la curiosa propiedad de conceder deseos. Esto también sucede en fuentes o nacimientos de ríos, algo que no es casual, ya que volvemos a encontrar el paralelismo de la unión del agua con el lugar de donde esta emana. Esta creencia sigue muy extendida en la actualidad, y no son pocos los que aseguran que, tras lanzar una moneda a un enclave determinado, se cumplirá su deseo. Otros quizá no crean en absoluto que esto pueda dar resultado, pero no son pocos los que, aun así, lanzan la moneda «por si acaso». Aunque sea de

manera simbólica, el ritual popularmente aceptado requiere darse la vuelta y lanzar la moneda por encima del hombro —algunos afirman que tiene que ser sobre el hombro derecho—, y dejar que la intangible deidad que concederá el deseo decida cuál es el sitio donde ha de caer la moneda para que aquel acabe consumándose. Pero esta práctica no es actual. El hombre la lleva realizando desde tiempos inmemoriales. Ya en el folclore más ancestral se hablaba de los pozos de los deseos para describir lugares ocultos bajo tierra donde brotaba el agua. Esto no es casual, ya que el agua, como elemento vital de subsistencia para el

hombre, era necesario tenerla cerca de las casas. Se encontraba agua excavando la tierra, no faltaba quien asociaba el descubrimiento a algún tipo de intervención divina, por lo que aquella podría contener algún tipo de propiedad mágica o incluso conceder de deseos. En la mitología nórdica nos encontramos con el Pozo de Mimir, también conocido como el pozo de la sabiduría. Según sus mitos, Odín arrojó al pozo su ojo para recibir, no solo la sabiduría y ver el futuro, sino la comprensión del porqué de las cosas. Pero más allá de los mitos, lanzar una moneda a un pozo quizá tuviera más que ver con el hecho de que las propiedades del cobre y la plata, los

dos materiales usados tradicionalmente en la elaboración de las monedas, podrían ayudar a eliminar algún tipo de bacteria en el agua de estos pozos —así, quienes la consumieran serían menos propensos a ser afectados por ciertas enfermedades— e incluso provocar algún tipo de curación, por lo que sería factible que se propagara la creencia de que las aguas de esos pozos tenían propiedades milagrosas, y la capacidad de atraer la buena fortuna. Así, se convertirían en legendarios y acabarían por convertirse en entradas a un mundo subterráneo mágico y sagrado.

En el mundo hay tantos pozos de los deseos, probablemente, como deseos en sí mismos. Así que me gustaría mencionar algunos de ellos realmente interesantes y curiosos. Este es el caso del Pozo de los Deseos de La Alhambra, cuya historia es realmente deliciosa.

Según este relato —recogido por don Gaspar Núñez de Arce y publicado en el Boletín del Ateneo de Madrid en el año 1892—, a principios de 1431, cuando Granada estaba a punto de ser reconquistada por los cristianos, Ismail Ibn Sarray, hijo del visir, estaba perdidamente enamorado de María de Luna y Pimentel, hija del condestable don Álvaro de Luna. Ambos se

correspondían mutuamente, pero también ambos sabían que su amor debía permanecer en el más absoluto secreto. Con la muerte de su padre, Ismail fue nombrado visir y encargado de repeler las embestidas castellanas sobre Granada; sin embargo, tanto Ismail como María de Luna seguían alimentando su amor en absoluto secreto. Para ello, se veían a escondidas en el Castillo de Salobreña. Ambos sabían que, si el reino de Granada caía en manos castellanas, no se volverían a ver jamás. María habló con su padre, el condestable de Castilla, pues sabía de las penurias económicas del rey después de tantas batallas contra Aragón y

Granada, y de los sueldos y rentas que debía pagar a sus soldados y nobles. A su padre comunicó que el rey nazarí de Granada estaba dispuesto a darle en secreto 5.000 monedas de oro a cambio de que no atacara su reino. Asimismo, Ismail habló con Muhammad IX de Granada con la propuesta de pagar aquel dinero por la paz con Castilla, pero este pago debía mantenerse en secreto, pues nadie podía llegar a enterarse jamás de aquel acuerdo. Muhammad, para justificar la repentina desaparición de las 5.000 monedas de oro y ante la imposibilidad de decir la verdad, reunió a su corte a sabiendas de que los contables llevaban un estricto control

del tesoro del reino. Explicó que había ordenado que se tiraran las monedas a un pozo mágico que había en la Alhambra de Granada, que concedía un deseo a todo aquel que las arrojara, y que él había deseado que cesara la guerra con Castilla. Todos le tomaron por loco, pero la guerra cesó, y hasta el más escéptico tuvo que reconocer el acierto del rey. Esto propició que Ismail y María de Luna se siguieran amando a escondidas durante todo aquel tiempo de paz, el cual duró hasta la muerte de ambos. El misterio de esta historia es que, por supuesto, Muhammad IX nunca reveló la ubicación de tan mágico y poderoso pozo, sabiendo lógicamente

que sus administradores querrían comprobar que las monedas estuvieran allí. Por eso cuenta la leyenda que si el visitante ve algún pozo en la Alhambra debe tirar una moneda y pedir un deseo, pues puede que resulte que ese sea el pozo mágico donde del rey de Granada Muhammad IX lanzó sus monedas y que, al igual que a este, se le cumpla el deseo.

En Toledo nos encontramos también con el conocido Pozo Amargo, cuya leyenda parte de épocas musulmanas y se asemeja casualmente a la anteriormente mencionada de La Alhambra, aunque con tintes mucho más dramáticos. En esta ocasión, la historia

narra el idilio amoroso entre un hombre cristiano y una mujer judía de nombre Raquel. Ambas religiones no escatimaban esfuerzos en atacarse la una a la otra, ni despreciarse en cualquier ocasión, lo que generaba la animadversión y el odio entre quienes profesaban ambos credos. El Pozo Amargo pertenecía a la imponente mansión propiedad del padre de la joven, un extremista religioso judío llamado Leví, cuya fortuna rivalizaba con la de cualquier rey. Dicen de Leví que tenía un rudo, agrio, áspero e indomable carácter. Pero tenía un punto débil, el desbordante amor, casi enfermizo, por su hija Raquel. Raquel

era delicada, y su aspecto y su fragilidad encandilaron a un joven cristiano, quien rondó la casa hasta que se fijó en él y encendió la llama del amor en ella. Durante largo tiempo, los amantes ocultaron a sus familias el romance, el cual hubiera sido prohibido de inmediato. Pero los secretos a veces no pueden guardarse por mucho tiempo. Según la leyenda, el padre de Raquel fue informado de las andanzas amorosas. En su infinito egoísmo, el anciano padre esperaba que Raquel se quedara con él para siempre, pero ahora veía cómo ese idílico futuro le podía ser arrebatado por las manos de un caballero, que para más vergüenza era cristiano, lo que

encendió en sus ojos el ancestral odio que profesaba a cualquiera que siguiera tales creencias. Mientras, los dos amantes utilizaban las sombras que proporcionaban los íntimos recovecos del jardín donde estaba construido el pozo para dar rienda suelta a su amor prohibido. Una noche, ambos quedaron para que esas mismas sombras fueran testigos de su romance. El joven llegó primero a la cita pero, junto a él, un testigo iba a ennegrecer el destino de la pareja. El anciano padre de Raquel esperaba en un extremo del jardín agazapado tras un robusto tronco a la espera de consumir su venganza. Este, sin poder aguantar más imaginando a su

hija en los brazos de un cristiano, se abalanzó sobre el joven ahogando un grito de rabia. Mientras el joven iniciaba la lucha contra esa sombra, un relámpago rojizo rasgó las tinieblas revelándole así el rostro de su agresor. En la lucha, otro relámpago restalló en el cielo revelando con su luz la afilada hoja de un puñal que, en el forcejeo, se hundió en el cuerpo del joven. Cuando Raquel llegó al lugar, contempló con horror cómo su adorado amante yacía con un puñal en el pecho, y reconoció el arma como una de las de su padre. Su alma se hizo añicos hasta convertirse en polvo, cegando la poca razón que le quedaba y sumiéndola en un dolor más

profundo que el pozo que había sido testigo de su amor. Desde ese día, la joven permaneció consumida por una locura que la hacía ver cómo su amado la llamaba constantemente desde el pozo de la casa de su abyecto padre. Raquel murmuraba palabras incoherentes mientras Leví sucumbía ante lo que sus actos habían llevado a su casa. Así pasaron los meses, hasta que un día la joven se acercó hasta la boca del pozo y allí creyó ver la imagen de su infeliz amado. Sin tiempo de que los sirvientes ni su propio padre pudieran detenerla, cuenta la leyenda que Raquel se inclinó hacia el abismo del oscuro pozo para no regresar jamás. Cuando por fin lograron

sacarla, la joven yacía muerta. Con el paso del tiempo, la fastuosa mansión fue destruida y solamente permaneció el pozo, cuyas aguas, antaño cristalinas y poseedoras, según dicen, de grandes propiedades, se tornaron amargas e imbebibles. Sin embargo, del pozo se cuenta que sus aguas aún conservan la energía del amor de aquellos amantes y concederá los deseos amorosos de todo aquel que se lo pida.

Historias como esta pueden ser la consecuencia de que alguien espere encontrar su particular pozo del deseo en algún pozo, fuente o río. Es más, si algunas de estas personas afirman que sus deseos se cumplieron o que bebieron

de sus aguas y se les curó algún tipo de enfermedad, puede que tengamos un lugar de peregrinaje que, si adquiere fama suficiente, quién sabe si incluso acabará con su sacralización bajo el influjo de algún santo o alguna Virgen.

Ejemplos de ello encontramos en muchísimos puntos en España, pero si tengo que nombrar alguno, desde luego, Aragón se lleva la palma en número de fuentes y manantiales milagrosos por kilómetro cuadrado, que, muy hábilmente, la Iglesia tuvo a bien apropiarse. La ermita de santa Elena, en las proximidades de Biescas, se incrusta en una gruta de donde brota una surgencia milagrosa conocida como La

Gloriosa. Todos los milagros atribuidos a la santa giran en torno a las aguas del manantial. Estas sanaban a los enfermos, combatían los «problemas con el demonio», pues no eran pocos los que decían estar poseídos por esta entidad maligna, la cual era expulsada gracias a la acción de santa Elena a través de las aguas de este manantial. El carácter intermitente de la surgencia dio origen a numerosas leyendas, y se consideraba que el momento en el que más propiedades milagreras tenía el manantial era justamente cuando brotaban de nuevo sus aguas. Por el contrario, cuando estas dejaban de manar, esto se atribuía a algún tipo de

vulneración de lo sagrado. En otro lugar de Aragón, nos encontramos con la ermita de san Juan de Abenilla; fue construida donde dicen que brotó el denominado Fontanón de san Juan, cuyas propiedades curativas fueron asumidas por la Iglesia. En el oscense pueblo de Matidero, la Iglesia edificó el santuario Virgen de los Palacios aprovechando la creencia de las gentes sobre las propiedades benefactoras de una surgencia en el lugar; lo mismo sucede con la ermita de santa María de Iguácel, estratégicamente ubicada junto a unas aguas que, aseguran, son capaces de sanar hasta los males endémicos o de nacimiento. En Aísa existe la llamada

fuelle de la Magdalena; esta era incluso capaz de remediar mejor unos males que otros. De ella se decía que podía curar el herpes y otras enfermedades cutáneas. Otro ejemplo lo encontramos en el santuario de Cillas, que tiene en propiedad las aguas de una fuente a las que se atribuye la cualidad de la curación de enfermedades, pero no solo eso, se dice que algunos vecinos se llevan el agua para sus peceras pues, al parecer, es capaz de prolongar la vida de los peces. En el Barranco de la Salud, nombre que ya nos va dando pistas de lo que allí nos encontramos, se encuentra la ermita de Jara, convenientemente edificada junto a las

fuentes de Marzal y de La Teja, cuyas propiedades curativas son conocidas por los lugareños. Pero, como decía, la lista de las fuentes milagrosas aragonesas es larga, muy larga. En la pequeña localidad de Liri, existía la costumbre de que las mujeres debían beber agua de nueve fuentes diferentes, una por cada mes de embarazo, para quedarse encinta. En Sopeira, las gentes acudían a cinco fuentes que se decían curativas. En Líneas de Brota, las aguas de un manantial curaban el bocio, pero solo si se bebían siete sorbos; lo mismo ocurría con las aguas en San Juan de Plan. Los vecinos de Escarrilla daban un paso más allá con las aguas de siete

fuentes que surgían de la montaña, rociando sus casas y corrales con ellas, ya que se creía que ofrecían protección ante cualquier mal. Algo parecido debieron de pensar los vecinos de Forada del Toscar; allí eran también siete las fuentes que emanaban de las entrañas de la tierra y que hacían desaparecer de manera milagrosa todo tipo de verrugas.

Según la tradición, otros manantiales surgidos de cuevas y grietas de la montaña lo fueron gracias al poder milagroso de un santo, como el caso de san Úrbez, considerado el abogado de la lluvia, de quien se decía que donde tocaba su cayado brotaba agua. En

Laspuña, junto a la ermita de Fuensanta, nombre que le viene al pelo, existen numerosos manantiales de los que, se cuenta, son milagrosos. Pero aquí no queda la cosa en cuanto a la prolífica manifestación de aguas milagrosas de Aragón, porque ante tanto lugar santo la Virgen no podía ser menos, y utilizando su gran capacidad para aparecerse ante los vivos, se dice que se apareció junto a la denominada Fuente del Milagro, en la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, en el término de Sariñena. Asimismo, volvería a aparecerse en Bielsa; aquí se conoce como la Virgen de la Pineta, precisamente por haber aparecido en un pino. Según dicen, la

Virgen se elevó y voló hasta asentarse junto a un manantial de la montaña de Alarri conocido como Fuensanta. Dicen que de él brota agua milagrosa consagrada por la Virgen y que su pureza es de origen tan divino que, si se echa «cosa inmunda», se seca, al menos según el relato del padre Faci.



Ermita de Santa Elena (Biescas).

Como se puede comprobar, parece que Aragón fue bendecido para contener una de las mayores colecciones de aguas benditas, curativas o milagrosas de España. Tanto es así que, incluso entre localidades vecinas, llegó a haber verdaderas disputas por determinar cuál de las poblaciones disponía del manantial o la fuente que dispensaba más y mayores curaciones o milagros, lo que provocó auténticos debates vecinales. Si salimos de Aragón, la lista de lugares con aguas milagrosas en el mundo es inabarcable; desde Hunza en el norte de la India a Vilcabamba en Ecuador, pasando por Montichiari en Italia o la actual y mediática Medjugorje

en Bosnia. Esta última es el más actual exponente de estas aguas milagrosas, aunque el lugar donde se produce la surgencia no es una fuente o un manantial en la roca, sino que estas aguas nacen de la mismísima pierna de Cristo. Este Cristo milagrero está íntimamente ligado a las supuestas apariciones marianas del lugar. Lo curioso en lo relativo al siempre enigmático fenómeno de estas apariciones es que no todos tienen su origen en el cielo, sino en un lugar mucho más oscuro y, a priori, poco adecuado para una Virgen, como una cueva.

Apariciones marianas en cuevas

Francisco de Zurbarán pintaba en 1655 un bello lienzo al óleo. En esa obra, el prolífico artista dibujó una Virgen coronada como una reina que viste una túnica de intenso color rojo, mientras dos ángeles sostienen en el aire, y a cada lado del cuadro, un gran manto cuyo exterior es de color celeste. Bajo este manto, se cobijan varios monjes cartujos. He de confesar que hay algunos motivos por los que este cuadro, lejos de mostrarme una Virgen cándida y protectora, me inspira una cierta sensación de inquietud. Explicaré por qué. La expresión facial de los monjes

parece determinar una gran devoción, pero basta con fijarse más detenidamente en sus rostros para darse cuenta de que, en realidad, algunos de ellos reflejan temor y hasta desconsuelo. Tampoco la mirada de la Virgen es tranquilizadora. Esta no mira a los monjes, sino al que contempla el cuadro, es decir, a usted o a mí, y he de confesar que lejos de ser una mirada bondadosa, parece más bien amenazante. Si tuviera que apostar qué está pensando esa Virgen, diría que sería algo así como «o estás conmigo o estás en mi contra». Su manto protector tampoco inspira confianza, bajo él solo hay oscuridad, que parece engullir a los monjes a los

que supuestamente protege, pero ¿de qué? Para mayor desconcierto, a los pies de la Virgen la tierra está yerma, seca y estéril, y varias flores aparecen caídas o muertas. Zurbarán tituló esta obra *La Virgen de las Cuevas*. Estas extrañas sensaciones cuando observo la obra de Zurbarán son las mismas que me producen esos lugares donde las cuevas han sido las protagonistas de la supuesta manifestación de la Virgen. Son personajes aparentemente divinos, de luz, pero asoman a este mundo al abrigo de la oscuridad y las sombras de las cavernas, y cuyas intenciones son, cuando menos, cuestionables.

El 13 de mayo de 1917, tres pequeños niños pastores fueron a realizar sus quehaceres a un lugar conocido como la cova da Iria o cueva de Iria. Junto a ella y sobre una encina, Lucia dos Santos y sus primos, Francisco y Jacinta Marto, aseguraron contemplar a una mujer a la que describieron como «más brillante que el sol», vestida de blanco y con un manto de bordes dorados. Los niños aseguraron que la aparición llevaba un rosario en las manos y que les pidió que regresaran cada mes el mismo día y a la misma hora. La supuesta Virgen se apareció durante cinco meses, hasta que los niños decidieron contárselo al

pueblo. Sin embargo, esta aparición, lejos de convertirse en una bendición para los pequeños, predijo la muerte de dos de ellos, en concreto de Jacinta y de Francisco. Algo que se cumplió cuando Francisco acabó muriendo al año de la predicción de una enfermedad que sería conocida en el mundo como «gripe española», mientras que Jacinta lo haría un año después por una infección bacteriana. Extraña profundamente que una divinidad como la Virgen utilice a unos niños para enviar su mensaje pero no evite su muerte. Lejos de eso, durante el tiempo en que los niños estuvieron con vida, los mensajes de esta aparición exhortaban al arrepentimiento y a la

penitencia bajo la constante amenaza de una gran catástrofe. Es interesante meditar sobre el proceso de adopción de devotos con la estrategia del miedo, lo que me hace recordar la mirada de *La Virgen de las Cuevas*, de Zurbarán; «o estás conmigo o estás en mi contra». Pero sigamos. El grado de compromiso que pedía esta Virgen era tal que los niños llegaron a realizar diferentes actos de penitencia e incluso de mortificación como atarse fuertes cordones alrededor del cuerpo hasta provocarse un gran dolor. Pero no solo eso, esta «bondadosa» aparición provocó el miedo entre sus devotos cuando, siempre a través de los niños,

presagiaba grandes guerras, cataclismos y calamidades a nivel mundial, lo cual remató el 13 de junio de 1917, con un supuesto último secreto, presumiblemente apocalíptico, que fue revelado justamente en la cova da Iria. Es interesante mencionar que la Virgen pareciese realmente entristecida por la falta de bondad humana, pero aún más por su supuesta falta de fe. Insistía tan fervorosamente en esto último, que más pareciese una comercial religiosa que una enviada por la divinidad; eso sí, no sin antes advertir del castigo que llegaría a aquellos que no siguieran los preceptos cristianos, «o estás conmigo o estás en mi contra». Entremedias,

tampoco faltaban los mensajes que alentaban al amor y el hermanamiento de la humanidad frente a conflictos, guerras, hambre o pobreza, hechos estos que parecían provocar en el corazón de la Virgen un gran sufrimiento. Sin embargo, a pesar de su aparente empatía hacia las desgracias del hombre, a la Virgen no pareció importarle en absoluto que los niños fueran secuestrados por mandato del propio alcalde de Vila Nova de Ourem y sometidos a todo tipo de castigos físicos con el objetivo de que revelasen el contenido de ese último y secreto mensaje. Eso sí, más que en la salud de los niños, o en la confraternización de la

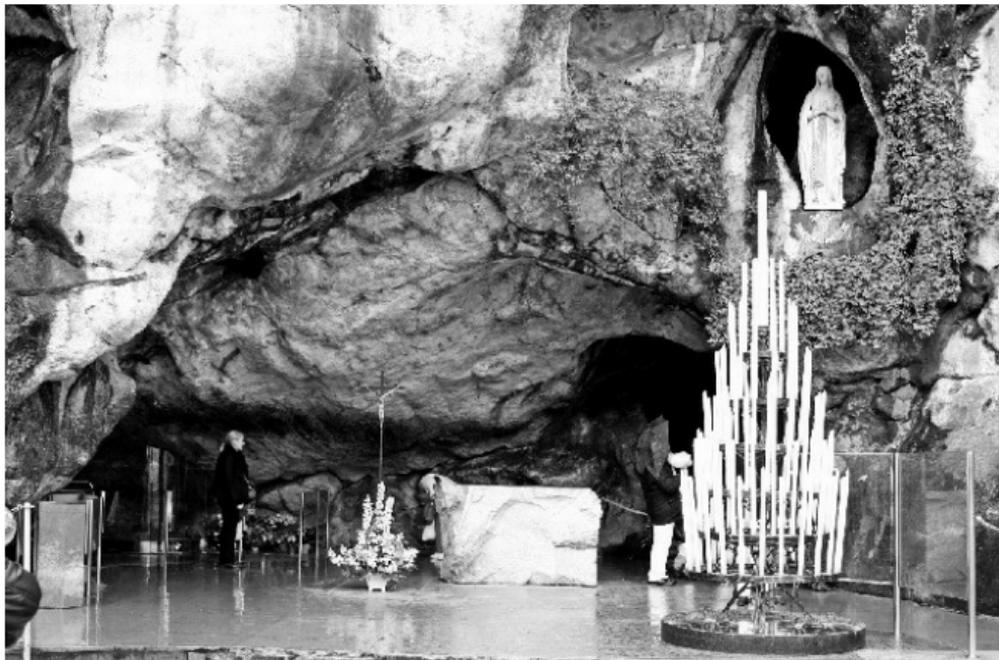
humanidad, la supuesta Virgen parecía estar mucho más interesada en que se construyera una capilla en el lugar para su adoración, algo en lo que había hecho bastante hincapié. Por último, el 13 de octubre de 1917 y ante unas setenta mil personas, se produjo lo que muchos calificaron como «el milagro del sol», en el que los testigos afirmaron que el astro rey se desplazaba de un lado a otro en una suerte de danza.



La Virgen de las Cuevas, Zurbarán.

Sin duda, curiosa Virgen esta que prefiere una capilla a salvar la vida de dos niños. Curiosa Virgen esta que parece estar encantada atemorizando con

sus mensajes a los hombres, viendo cómo se fustigan en su nombre. Curiosa Virgen esta que no impide la tortura a dos niños mientras se jacta de poder mover el sol. Curiosa Virgen esta que, en su último secreto, siempre bajo una interpretación posterior, parecía darle una importancia relevante a la supuesta amenaza comunista, pero que se saltó a la torera la confrontación más terrible de la humanidad: la Segunda Guerra Mundial.



Cueva de Lourdes.

Algo muy similar encontramos en las supuestas apariciones de Lourdes, en Francia, a mediados del siglo XIX, curiosamente también ocurridas en el interior de una cueva, en concreto en una gruta del paraje de Masse-Vieille. Allí,

la supuesta Virgen se le apareció a una niña pobre y analfabeta llamada Bernadette Soubirous, quien aseguró haber visto a la Virgen hasta en dieciocho ocasiones. Esta Virgen, al igual que la de Fátima, parecía estar más preocupada por que le se construyera una capilla para que todos la adoraran que de sacar de la pobreza a los lugareños, los cuales se empobrecieron aún más en pos de la construcción de dicha capilla. Junto a la gruta se dice que, por mandato divino, la vidente escarbó en el suelo hasta que comenzó a brotar una supuesta agua milagrosa capaz de curar cualquier tipo de dolencia, lo que propició que se

contaran por millares las personas que recalaban al lado de esa gruta para beber de sus aguas.

Bernadette acabaría recluida en el convento de las Hermanas de la Caridad de Nevers, cuya madre superiora jamás creyó en su testimonio y sus encuentros con la Virgen; la misma Virgen que obró el prodigio de hacer brotar aguas milagrosas y curativas junto a la gruta, pero a la que no importó ver cómo Bernadette acababa muriendo entre estertores, con ataques de asma que le provocaban vómitos de sangre, mientras una tuberculosis ósea extremadamente

dolorosa se sumaba a la aparición de un tumor que literalmente le había comido una pierna.

La cueva milagrosa de Alconchel

Los franciscanos, frailes seguidores del santo de Asís, adoptaron los principios de humildad y pobreza como vía de regreso a las esencias cristianas. Sin embargo, hasta las obras de un santo pueden ser alteradas por personas que no lo son tanto. Esta es una historia de franciscanos que deambularon por un espacio habitado siglos atrás por ascetas y místicos, hombres alejados del mundo

en busca de sí mismos, en un lugar apartado en la tierra más ignota de Badajoz.

Es necesario recorrer unos 10 kilómetros por caminos trazados entre dehesas para llegar al convento. Situado al suroeste de Alconchel, al norte de Villanueva del Fresno, sus restos se alzan junto a la rivera de Friegamuñoz, afluente del río Guadiana. Cuenta la leyenda que un pastor llamado Antonio Muñoz, que se encontraba fregando sus enseres en un riachuelo en la sierra, presenció una luz y oyó una voz que provenía de una cueva cercana que le decía: «Friega, Muñoz, friega». Temeroso pero valiente, se adentró entre

las rocas. Allí, encontró una talla que guardó en el morral creyendo que era una muñeca. Al día siguiente, la escultura no estaba en su zurrón. Intrigado por el fenómeno, fue en su busca. La encontró de nuevo en su cueva, desde donde volvió a trasladarla a su casa. Los hechos se repitieron una y otra vez durante los días siguientes. Clérigos de Alconchel, informados del acontecimiento, determinaron que la escultura era una representación de la Virgen, y las apariciones y evaporaciones, fruto de sus milagros. El riachuelo junto a la cueva pasó a denominarse Friegamuñoz.

A pesar de las malas comunicaciones existentes en la Baja Extremadura de fines del siglo XV, pronto se propagó la noticia por la comarca, y acudieron a los lugares devotos de Nuestra Señora y curiosos. Juan de Sotomayor, II señor de Alconchel, sufragó las obras de construcción de un pequeño santuario en el lugar de la aparición, santuario dedicado a la conocida desde entonces como Virgen de la Luz. El templo era semisubterráneo, pues en él se integraba la cueva en la que Muñoz encontró la imagen mariana y junto a él se edificaron dependencias de carácter monástico que, una vez erigidas, fueron

entregadas a los Franciscanos Descalzos en septiembre de 1499. Poco después, los Reyes Católicos ordenaron prender a fray Juan y obligaron a sus frailes a entregar los conventos a los Observantes. Esto provocó una ira y un odio impropios de seguidores del santo de Asís, que llegaron a cometer actos violentos para recuperar el convento.



Restos del antiguo convento de Alconchel.

Las guerras con Portugal del siglo XVII conllevan el abandono del convento de la Luz. El conflicto provocó la ruina. Fueron necesarias muchas restauraciones para hacerlo nuevamente habitable. La guerra de sucesión, a

principios del siglo XVIII, forzó un nuevo periodo sin actividad. A su finalización, volvieron los monjes, que realizaron trabajos de reparación y mejora del emplazamiento, pero el lugar acabó abandonado. Ante tales desgraciados acontecimientos, algunos se preguntan si realmente la aparición de la talla de la Virgen de Alconchel obró milagros, o fue la propiciatoria de una maldición sobre la zona y su convento, hoy en día en ruinas.

La Virgen de la cueva del Contadero

El salón de plenos del Ayuntamiento de Los Villares, en Jaén, fue el escenario elegido para presentar el libro *Flora y la Virgen del Contadero*, de Manuel Colmenero Armenteros y Manuel Rodríguez Arévalo. Manuel Colmenero explicó a los asistentes su faceta de montañero que le llevó en varias ocasiones hasta la cueva del Contadero, donde se encontraba a menudo a senderistas que le hablaban de los hechos que ocurrían en esa cueva y, en especial, de las virtudes de Flora Ruiz, vecina de Los Villares que desde hace más de treinta años sube a la cueva del Contadero el día 9 de cada mes para rezar a la Virgen Inmaculada, que se le

aparece, no solo en esa oquedad, sino en cualquier lugar de su casa. Sus vivencias en torno a este hecho, en los años noventa, causaron una gran conmoción en los medios de comunicación, que se hicieron eco de la noticia.

Todo sucedió en el año 1987 cuando a esta vecina, Flora Ruiz, se le apareció, según ella, la Virgen de la Inmaculada en el interior de la cueva del Contadero. Desde entonces, asegura, no ha dejado de manifestarse. La propia Flora lo cuenta así:

«Yo estaba cosiendo, después de comer, en una habitación donde nos reuníamos todas mis hermanas y mi

madre. Allí también rezábamos. En un momento dado observé que unas flores, que estaban en un pequeño altar, se movían y no corría aire ninguno. Una vez que subí la mirada contemplé un gran resplandor y la imagen de la Virgen, con una túnica azul y una especie de manto rústico blanco en la cabeza.»

Sigue relatando que la Virgen le sonrió y le habló para que pidiera por la paz del mundo, porque iban a ocurrir muchas cosas. «La Virgen tenía un rosario en la mano y me enseñó el texto que tenía que rezar para pedir por la paz del mundo y se me quedó en la cabeza a la primera, teniendo en cuenta que apenas sabía leer y escribir», dice

Flora. Esa aparición solamente la apreció ella, porque sus hermanas tan solo se percataron de que las flores de las macetas se movían.

A partir de ese momento se aparecía todas las tardes en la habitación de costura, en la misma casa donde Flora reside en la actualidad. Allí rezaba un grupo reducido de personas. En una de las apariciones, le dijo la Virgen que tenía que subir a la cueva del Contadero el día 9 de cada mes, y que se llevara un pañuelo y un tiesto para coger agua de la fuente que existe en la zona.

«Ese primer día 9 íbamos unas doce personas y nos paramos en la fuente. En un momento dado, observé

una luz azul muy fuerte y apareció la Virgen, la misma que había visto en mi casa pero más grande. Me dijo que era la Inmaculada Concepción y que pidiera por la paz del mundo.»

También le dijo que cogiera agua de la fuente y que muchos enfermos se curarían si hacían lo mismo. Así estuvo dos años hasta que se extendió la noticia, lo que provocó que visitara la cueva una gran cantidad de personas en busca de una cura para sus dolencias. Tanto es así que, quizá producto de la sugestión o quién sabe si de una realidad, han ido apareciendo muchos testimonios a lo largo de estos años señalando algún tipo de curación por

haber rezado en ese lugar o tomado sus aguas. Esto provocó un aluvión de peregrinos que pretendían acceder a esa cueva y beber de sus aguas.

La cueva se encuentra a unos 6 kilómetros de Los Villares y la devoción de Flora Ruiz no ha mermado; no ha faltado a la cueva ni un solo día. Sin embargo, bien porque los efectos curativos de las aguas no han dado los resultados esperados bien por la falta de fe, lo que antaño era fervor religioso por los supuestos milagros casi ha desaparecido. Ahora Flora acude a la cueva prácticamente sola, a excepción de unos cuantos devotos de la Virgen. Todos estos años, la Virgen, según Flora

Ruiz, ha seguido apareciéndose en la misma piedra en cada una de sus visitas, aunque, como suele suceder en este tipo de manifestaciones, solo la vidente es capaz de verla. Esto ha provocado la desconfianza entre muchos de los vecinos, quizá por eso se llegó a asegurar que un niño y una señora de la zona también habían sido testigos de la presencia de la Virgen en ese lugar.



Entrada a la cueva del Contadero.

Como podemos comprobar, son muchos los enclaves cavernarios donde la Virgen parece manifestarse; eso sí, como parece habitual, solo a unos pocos. Para rematar esta historia, la propia Virgen de la Inmaculada manifestó su deseo de que construyeran una ermita junto a la cueva, algo que los vecinos no pretenden llevar a cabo. Quizá por eso la Virgen no tiene tanto interés en obrar allí milagros.

La santa de los exploradores

El santuario de Nuestra Señora de la cueva Santa, en la Villa de Altura, en Castellón, está situado a 811 metros sobre el nivel del mar y a 12 kilómetros de altura. Este santuario rezuma espiritualidad proveniente del interior de una profunda gruta. Lugar de culto y peregrinación desde tiempos ancestrales, tomó especial significado para el cristianismo desde el hallazgo, en 1502, de una imagen de la Virgen a la que atribuyen infinidad de acciones milagrosas. La sima que lo acoge, de 20 metros de profundidad, era conocida desde antiguo con el nombre de cueva del Latonero, y en ella encontraban refugio los pastores y sus ganados, así

como los pocos caminantes que por allí pasaban. Así fue hasta que, en el siglo XVI, entre 1503 y 1508, fue hallada en el interior de la gruta la imagen, que con posterioridad se llamó Virgen de la cueva Santa, y se erigió la capilla que, con el paso del tiempo, se transformó en el actual santuario. Precisamente la historia de la cueva Santa se remonta al año 1410, cuando fray Bonifacio Ferrer creó el molde para la fabricación de las imágenes. Estas eran repartidas por el propio fraile a los pastores, para que le dieran culto en sus refugios durante sus ausencias del pueblo, pues su tamaño permitía llevarlas en el zurrón.

Uno de aquellos pastores se resguardó un día con su ganado en la espaciosa cueva del Latonero, pues sabía que allí había un manantial donde podrían beber y descansar tanto él como el ganado, y estarían resguardados de las inclemencias meteorológicas. Pero, un día, no se sabe el motivo, abandonó la cueva y no se llevó consigo la imagen que le había dado el fraile. Casi cien años tuvieron que pasar para que otro pastor de la vecina población de Segorbe, que también entró a pasar la noche con su rebaño, encontrase la imagen abandonada. Se cuenta que, cuando el pastorcillo ya empezaba a dormitar, vio aparecérsese la Virgen, la

cual le indicó dónde encontraría una imagen suya para que pudiera darle culto. El pastor fue a buscar en el lugar indicado, y allí, efectivamente, encontró la imagen fabricada por fray Bonifacio Ferrer. La trascendencia de aquel hallazgo, seguida de otros portentos atribuidos a la Virgen, fue atrayendo a muchísimos devotos de la comarca hasta aquella milagrosa cueva, que en los primeros tiempos quedaba bajo los cuidados de voluntariosos ermitaños. Sin embargo, no fue hasta el año 1574 cuando, en Jérica, al matrimonio formado por Isabel Martínez y Juan Monserrate se le desterró del pueblo, debido a que Juan había contraído la

lepra, enfermedad entonces maldita. En su largo y desolado camino, llegan a esta cueva, en la que habían oído que tenía su morada una Virgen que obraba milagros a los más necesitados. Isabel, al ver la Virgen, le pidió que curara a su marido, mientras iba lavando las heridas de este con el agua que destilaban las paredes de la gruta. Al noveno día de lavados y rogativas, Isabel contempló atónita cómo todas las llagas de su esposo habían desaparecido por completo, así como los dolores que estas le causaban.

Entusiasmados por la buena nueva, decidieron retomar el camino a Jérica con la esperanza de ser de nuevo

admitidos, pero los jurados de la villa tomaron la repentina curación por brujería y los repudiaron de nuevo. Con todas las ilusiones destrozadas, volvieron a la gruta, donde se encontraron a un fraile y una anciana en traje de luto. Al ver aparecer al matrimonio tan abatido, les preguntaron qué era lo que les causaba tal tristeza, y ellos les relataron emocionados los hechos. Al acabar el relato, el fraile extrajo un pergamino y escribió unas letras a los jurados de Jérica para certificar los hechos. El texto finalmente fue a parar a manos del párroco, que, tras leerlo, observó que tales palabras solo podían haber sido escritas por

mano santa, y tras escuchar las descripciones dadas por Juan e Isabel, ahora ya readmitidos, sobre quienes les habían entregado el pergamino, el cura no dudó en afirmar que había sido la mismísima Virgen. Para el siguiente domingo, organizó lo que fue la primera romería de acción de gracias a la cueva Santa.

Pero Altura, localidad a la que pertenece la cueva, vio cómo los cartujos se apoderaron de ella para su administración. Durante su estancia mejoraron las infraestructuras de la cueva. También pusieron una campanilla, la cual es conocida porque cuando sonaba era señal de que la

Virgen había realizado un milagro. Considerando que la imagen que había de yeso era demasiado pobre para recibir tanta admiración, subieron una imagen de alabastro de la Cartuja denominada «la Primitiva». Pero ni la feligresía de los alrededores ni la villa de Altura estaban conformes, y esto terminó con la expulsión de los frailes de la cueva, que se llevaron la Virgen que habían traído, y de nuevo fue colocada en su lugar la original y antigua de yeso. Aquella victoria en los tribunales provocó una mayor devoción entre el pueblo, de manera que, a partir de entonces, se comenzó a solicitar el traslado de la Virgen en romería a los

pueblos casi constantemente, lo que provocó disputas entre algunos por quererla tener en ellos. Esto derivó en varias confrontaciones locales e incluso en algunos aislados actos de violencia, pero se resolvieron en 1950 al acordar que fueran los pueblos los que acudieran al santuario a adorar a la Virgen, y no la imagen a aquellos.

El vandalismo ocurrido durante la Guerra Civil española también llegó hasta el santuario mariano; fue expoliado, y la imagen que desde el siglo XVI había permanecido presidiendo la Santa cueva, partida en varios trozos. La devoción de esta Virgen generó disputas y robos, así que

el verdadero milagro hubiera sido que esta talla desapareciera para evitar tales males. Finalmente, en el año 1965, fue nombrada patrona de los espeleólogos españoles.



El milagro de Les Coves

El risco de La Morería, en Les Coves de Vinromá, es un sitio impresionante, una magnífica atalaya sobre el río de Las Cuevas y gran parte de los paisajes circundantes, que tiene fuertes connotaciones históricas y culturales desde los primeros pobladores. Testigos de su paso son las pinturas rupestres en uno de los abrigos del risco y los restos de viviendas de los moriscos, de donde le viene el nombre popular. Pero, sobre todo, La Morería ha quedado en la

memoria colectiva por el llamado milagro de Les Coves en la cueva de La Campana. La historia es tan fabulosa que es curioso que no se haya convertido en el símbolo por excelencia de lo que el fervor religioso, la superstición y, probablemente, el mayor de los equívocos pueden llegar a gestar.

La pequeña Raquel Roca, de apenas ocho años (según otras fuentes tenía diez), dispensaba una gran devoción religiosa, por lo que acostumbraba a ir a rezar al interior de unas cuevas cercanas a su casa. A pesar de que en el seno familiar no había gran tradición cristiana, algo curioso para la época, la niña había heredado, no se

sabe muy bien de quién, la necesidad de profesar un constante culto a la Virgen. Raquel creía que la soledad de las cuevas le proporcionaría el espacio perfecto para que sus plegarias fueran escuchadas por el Altísimo. Según relata el investigador José Calvo Segarra, Raquel se despertó sobresaltada un día afirmando que la Virgen se le había aparecido nada más despertarse. Su madre se quedó atónita cuando la niña concretó que había visto a una mujer vestida con una túnica y cuyo pecho estaba atravesado por varias espadas y cuchillos. La madre de Raquel exclamó: «¡Es la Virgen de los Dolores!». Este hecho podría haber quedado en el

olvido de no ser porque, a finales de noviembre de ese año de 1947, Raquel llegó presurosa a su hogar contándole a su padre, nada más y nada menos, que la Virgen María había hecho acto de presencia ante sus ojos, justamente en una cueva del paraje de La Morería. Su padre la acompañó a la llamada cueva de La Campana, pero no divisó milagro ninguno, lo cual no impidió que la niña fuera pregonando a los cuatro vientos su encuentro con la Santísima. Esta historia llegó a oídos del párroco de Vinromá, quien no dudó un momento en calificar como cierta la historia de la niña, lo que provocó que la noticia de la aparición de la Virgen trascendiera de manera

virulenta y desmesurada. Para avivar más la llama milagrera, la pequeña Raquel Roca aseguró recibir varios mensajes, pero no solo de la Virgen, sino incluso de otras entidades que supuestamente se le aparecían en la cueva, como santos y santas. Estos mensajes vaticinaban que el 1 de diciembre, justamente a las tres de la tarde, ocurriría un acontecimiento extraordinario en el que el día se volvería noche y se producirían un sinfín de milagros. El cura del pueblo dio por ciertas estas premoniciones y apariciones, lo que terminó de convencer a los vecinos de lo milagrero de la situación. Su padre, un hombre

descreído de la fe religiosa, llevó a Raquel a varios médicos, incluso puso a su hija en manos de Marco Mereciano, un afamado psiquiatra de Valencia. Este concluyó que la niña no padecía ninguna enfermedad mental más allá del hecho de ser más inteligente de lo usual en aquella época, y determinó que no existía ningún atisbo de montaje premeditado o manipulado por la niña.



La pequeña Raquel Roca.

Ya fuera porque la sociedad de la posguerra en España, que vivía reprimida en grado extremo, necesitara de tales magníficos eventos para aplacar el temor, el hambre y la pobreza, o bien por el fervor religioso reinante, estos hechos tuvieron mucha resonancia, casi hasta provocar la histeria. En esa época, tanto los medios de transporte como las comunicaciones entre los pueblos distaban mucho de lo que son ahora. Aquel 1 de diciembre, la mayoría se desplazaba a pie, otros en carreta o en burro, algunos lo hacían en bicicleta, los

menos tenían una moto propia y los más privilegiados tenían automóvil. A pesar de estos inconvenientes, la promesa de un evento milagroso en la cueva llegó a congregarse más de 300.000 personas. El pueblo y los alrededores estaban desbordados. En los caminos y las paupérrimas carreteras, se hacían los peregrinos, que se veían obligados a caminar a través del monte para conseguir avanzar por la auténtica riada humana dispuesta a ser testigo del milagro profetizado por la niña. La multitud no solo se agolpaba en la entrada de la cueva, sino que millares de personas pretendían acceder a la casa de la vidente para, supuestamente, ser

bendecidos por su ya indiscutible santidad. Y, por supuesto, como Raquel Roca había vaticinado un gran número de milagros, no faltaban los tullidos, los enfermos o los inválidos. La cantidad de gente fue tal que la propia Guardia Civil tuvo que escoltar a los peregrinos para que no se produjeran incidentes mientras se iban personando a la entrada de la cueva de La Campana, e incluso tuvo que proteger a la propia Raquel, la cual se vio rodeada por miles y miles de personas que pretendían, siquiera, cruzarse con su mirada.

Apenas había espacio para más almas y la gente se agolpaba cubriendo los montículos adyacentes y

permaneciendo ansiosa a las orillas de un río cercano, al cual no tardaron en atribuirle propiedades curativas, por lo que no fueron pocos los que se lanzaron a sus aguas para beber, o para mojar con ella brazos o piernas inútiles o amputados. Otros vaciaban sus botellas llenándolas del agua milagrosa. Lo que pocos sabían era que parte de esas aguas provenían de los desagües y del lavadero de la Font de Company, así que el milagro estaba, en realidad, en que nadie enfermara tras su ingesta. Frente a la cueva, permanecían millares de personas expectantes, esperando a que llegara la hora señalada. Tanto fue así que, en Valencia, la compañía de

distribución de electricidad había hecho que se encendieran las luces, temiendo que lo que había dicho Raquel se cumpliera.



Más de 300.000 personas quisieron ver el milagro.

Llegó la hora, pero nada; nada de nada. El frío comenzó a conquistar la zona mientras, con el inexorable paso del tiempo, las esperanzas de ver un prodigio o algún milagro se fueron truncando. El clero y la Iglesia, que en un principio habían defendido la aparición de la Virgen, desacreditaron el acontecimiento, aduciendo fantasías de la pequeña a consecuencia del visionado de una película que relataba un acontecimiento similar. Esto, unido al fervor de la niña, desembocó en una avalancha de peregrinos. Entre el gentío se oían voces que decían: «Solo los devotos de la Virgen verán el milagro». «Aquel que se marche no será testigo.»

Tal fue la terquedad de los allí presentes que el propio gobernador civil de Castellón ordenó a la Guardia Civil que prohibiese el acceso a la cueva. Sin embargo, cuatro meses después, la gente seguía acudiendo al pie de la misma. Entre los peregrinos, se alzaron los que aseguraban que, efectivamente, se había obrado el milagro, y que varias personas que habían llegado al lugar en muletas lo habían abandonado sin ellas. Aunque el verdadero milagro, si se puede denominar así, es que, con tanto gentío no se produjera ningún percance el 1 de diciembre de 1947. Decía el *ABC* el 2 de diciembre:

«Los fenómenos anunciados repetidamente por la citada niña días pasados no se han producido. Se asegura que han ocurrido varios fenómenos de curación aparente, que están bajo control de varios médicos dirigidos por el jefe provincial de Sanidad. Dichos fenómenos han sido: un ciego que ha recuperado la vista, un enfermo de tuberculosis ósea que se siente bien y un mudo que ya habla.»

Días después, fueron desmentidos por la prensa pero, durante meses, mucha gente seguía acudiendo al pie de la cueva esperando curación.

Tras estos acontecimientos sus padres tuvieron que esconder a Raquel, pero no por vergüenza o por la inquina vecinal fruto de la frustración. Tuvaron que aislarla porque la procesión de personas que acudían a su casa para verla y tocarla era casi diaria. Finalmente, decidieron trasladarse a vivir a la localidad de Barbastro y nunca volvieron a su pueblo. Aunque esta historia les acabó pasando factura. La madre de Raquel murió, lo que rompió la familia y la sumió en la tragedia. Dicen que tras la muerte de su padre, vieron a Raquel fugazmente por Les Coves en la cueva de La Campana rezando a la Virgen, la misma que el 1

de diciembre de 1947, en el último momento, decidió dar la espantada por respuesta.

6

CUEVAS MALDITAS

Mas Lucifer, en el tartáreo
abismo, sonó la voz y retumbó
en las hondas y ardientes
cuevas del opaco infierno.

*Poemas españoles épicos,
sagrados y burlescos*

¿Puertas del infierno?

El cielo está arriba y el infierno está abajo. Cuántas veces hemos escuchado esa letanía una y otra vez, o alguna similar. El cielo es el ascenso, el camino elevado, el que hace trascender el espíritu al cual vuelan las almas. En el cielo está lo inalcanzable y por ser inalcanzable también es anhelado, deseado y codiciado. El cielo religioso es intangible e inmaterial, y en él, almas igualmente inmateriales flotan y se desplazan con elegante fluidez en un aire liviano donde todo es etéreo, vaporoso y nebuloso. Sus habitantes, muchas veces, han sido representados como entidades semitransparentes desprovistas de toda carne, lo que les evita sufrir dolor físico

alguno y, al mismo tiempo, les permite atravesar cualquier materia. De hecho, en el cielo no hay rastro de esa materia que nos recuerda de qué estamos hechos. Mientras, el infierno está abajo, al nivel de las criaturas que se arrastran, reptan y excavan. El infierno nada tiene que ver con el espíritu. Allí habita lo material, lo tangible, lo humano y lo terrenal, quizá demasiado terrenal para ser un lugar que, en el fondo, nadie ha visto jamás. El infierno religioso de muchas culturas dibuja almas encarnadas que viven torturas físicas terribles en las que el cuerpo es el máximo protagonista y el conducto directo para causar dolor al alma del condenado. El infierno es

sombrío y oscuro, solamente iluminado por las fraguas que, constantemente, con sus vapores sulfurosos y el calor intenso de sus emanaciones, culminan la masacre de los condenados. En el universo griego se nombra el inframundo, situado en un lugar indeterminado, pero cuyo nombre nos indica que, al menos, está debajo del mundo. En las culturas nórdicas antiguas, el infierno se llamaba Helheim; este era un mundo subterráneo donde vivía la diosa Hela, que infligía terribles tormentos. Para el budismo, el infierno es el reino de Narakas, un vocablo sánscrito que significa «inframundo». Para el sintoísmo, en

Japón, este mundo es conocido como Yomi, y es similar al inframundo. Según los creyentes de este culto, este reino tiene una continuidad geográfica con el nuestro, es decir, una entrada física en algún punto indefinido de la tierra. Esa puerta sería algún tipo de oquedad que, a modo de pasadizo subterráneo, llevara a ese infierno.

Así pues, tras lo expuesto anteriormente, es evidente que, si el infierno existe de verdad, no solo puede estar debajo, sino que debe estarlo por fuerza, enterrado y oculto a nuestra vista. Como citan muchas tradiciones, los demonios dispondrían de cavidades determinadas en la tierra por donde

almas impuras, efluvios mortales, criaturas terribles y todo tipo de tentaciones podrían salir y campar a sus anchas por nuestro mundo terrenal, llevando al pecado, la locura o la muerte a los hombres.

El volcán Masaya y su puerta del infierno

Cuando en el siglo XVI los españoles llegaron a las faldas del volcán Masaya en Nicaragua, creyeron que estaban ante la mismísima puerta del infierno, llegaron a documentar cómo los indígenas realizaban sacrificios

humanos porque pensaban que así aplacarían a la bruja que habitaba en el interior de la montaña. Para los españoles, los vapores, el olor a azufre, el calor reinante y su inmenso cráter eran pruebas más que suficientes para que frailes como Gonzalo Fernández de Oviedo, el llamado primer cronista oficial de las Indias, determinaran sin ningún género de duda que aquel lugar era una puerta al averno. Este fraile llegó a redactar una carta, con fecha de 17 de julio de 1539, a su Sacra Cesarea Católica Real Magestad Carlos I de España. Los citados documentos revelaban lo siguiente: «A esta Cibdad de Santo Domingo de la Isla Española a

venido una carta de un fraile dominico que me dicen que ydo a España a dar notycia Vuestra Magestad e a su Real Consejo del ynfierno que llaman de Massaya».

Por otro lado, el letrado especialista en derecho canónico Tomás López Medel visitó el lugar tiempo más tarde. Este dejaría documentada su elocuente impresión al acercarse al volcán de Masaya de la siguiente forma: «En aquella boca y abertura segunda el hondo de ella está tan lleno de fuego tan terrible y espantoso que parece un infierno representado en la tierra, y no habrá hombre alguno que, mirándolo a

deshora y la primera vez, especialmente de noche, no se resuelva en grande pavor y espanto».

Pero continuando con Gonzalo Fernández de Oviedo, este quiso ir más allá, y se decidió a entrar en ese lugar atravesando una cueva que, según los indígenas, conectaba directamente con lo que él consideraba la misma entrada al infierno. Gonzalo quiso hacerlo en solitario; como buen cristiano de la época, creía que solo un hombre de Dios como él podía enfrentarse a semejante aventura sin que los demonios le arrastraran. De esta forma, avanzó con tiento a través de la caverna aguantando como podía los aires sulfurosos y el

calor que poco a poco iba inundando la cavidad. Lo que vio segundos más tarde le causó tal espanto que no pudo por menos que salir huyendo mientras rezaba para que los demonios no le persiguieran. Allí, según documentó, dijo haber sido testigo de la existencia de una ciudad bañada por lagos y ríos de fuego, una ciudad horrenda destinada al castigo de las almas de los hombres, con puentes y edificios de los que salían sonidos aberrantes, seguramente producidos por las almas de los condenados. El religioso había oído de lugares como el volcán Etna, que san Isidro derivaba de Gehenna, que quiere decir infierno. Sabía por las fuentes

documentales del siglo XVI que el fuego, el humo y el azufre se asociaban directamente con Satanás, a pesar de la oposición de algunos, como el padre dominico Bartolomé de las Casas, contrario a la extendida creencia de que los volcanes eran puertas al inframundo, que afirmó: «Pues el fuego que sale de los volcanes mata hombres vivos y destruye la tierra y todo lo que en ella halla, luego no es del infierno. Porque como las ánimas sean incorpóreas, no tienen necesidad que el infierno tenga bocas».

Evidentemente, todas estas elucubraciones fueron realizadas en una época muy marcada por la religiosidad y

las supersticiones de los siglos anteriores, que ya barajaban la idea de un submundo bajo tierra conquistado por demonios para la tortura de las almas. Pero continuando con la historia de nuestro protagonista, Gonzalo Fernández de Oviedo, llevado por sus propias creencias y tras esta terrible visión, conminó a todos los presentes a que ese lugar fuera bendecido por la mano de Dios para que las fuerzas demoniacas que allí habitaban pudieran ser contenidas. Para ello se colocó al borde del cráter una voluminosa cruz que, con su poder, debía servir de barrera intangible entre el infierno y la tierra. Sin embargo, no son pocos los que

vieron en esto una estratagema para ahuyentar a los más impresionables de un lugar donde se creía que había gran cantidad de oro fundido; de hecho, Masaya fue un poderoso atractivo para algunos españoles que, superando los miedos y las leyendas, estaban convencidos de que el material que originaba el fuego del volcán era oro fundido. Esto se deriva de la misma carta que Gonzalo Fernández de Oviedo envió a Carlos I: «Su invencion no es ques, pero sospecho que si oro o plata o otras cosas de valor ay en Massaya, seran cortes escondidas en aquella socarrena questa debaxo de la peña desde donde miran aquel hoyo e fuego

los que allí van, lo qual por miedo de los xpianos pueden alli aber recogido e escondida los yndios».

En cualquier caso, entre la fe religiosa y la superstición, aquellos españoles quisieron enterrar para siempre el pretendido poder que pudiera ejercer el infierno en ese lugar del mundo y clausurar su puerta con el divino aliento de la cruz colocada en su borde. Lo que los españoles desconocían era que a unos 650 kilómetros de Masaya se erigía un lugar de similares características, no para el mundo cristiano, sino para la cultura maya. Una caverna que daba paso, para esta civilización, al inframundo. Un

mundo subterráneo regido por unas divinidades que producían la enfermedad y la muerte. La localización de la caverna está rodeada de cierta polémica, ya que son varias las cuevas que, como griales, cruces de Cristo o sábanas santas, dicen ser la verdadera puerta al inframundo maya conocido con el nombre de Xibalba.



Cráter del volcán Masaya (fotografía de César Pérez).

En ese mismo siglo, al parecer, los mayas ubicaban la entrada al Xibalba en una caverna cercana a la localidad de Alta Verapaz, en Guatemala. Otras fuentes apuntan a que, en realidad, la

caverna estaría ubicada en las inmediaciones del pueblo maya de Kantunilkin, al norte del Estado de Quintana Roo, en México. Otra afirma que la caverna está situada en el centro de Yucatán, también en México, donde, en 2008, unos arqueólogos encontraron una red de cuevas y ríos que, sospechan, funcionó hace siglos como una recreación de la entrada a este inframundo. Otros apuntan a que la verdadera entrada se encuentra en Belice, de nuevo en Guatemala. Otros estudios, como el llevado a cabo por el arqueólogo alemán Marcus Eberl, no dudan en relacionar ese infierno con las cuevas que pudo explorar en la región

de Aguateca, una vez más en Guatemala. Otra localización es la conocida como cueva de Naj Tunich, en El Petén y las Verapaces guatemaltecas.

Lo cierto es que la lista es larga y el número de puertas incluso puede ser mayor, ya que hay una crónica de 1562 que nos cuenta la persecución que los frailes españoles hicieron a los mayas que seguían conservando sus tradiciones. El texto menciona que había diecisiete cuevas donde los indios realizaban sus ritos, y que algunos asociaron estas entradas al inframundo.

Como podemos comprobar, las puertas al mundo de los muertos o al infierno están asociadas en diferentes

culturas a la creencia de la existencia física y real de estas entradas. Tanto fue así, que algunos incluso buscaron la manera de cerrarlas para siempre, no simbólicamente con una energía invisible como la cruz de Masaya, sino de manera literal.

En este sentido, ya en la mitología griega y romana se hablaba de una de estas puertas infernales, la conocida cueva de Sibila. Este nombre hace referencia a la antigua leyenda griega sobre una sacerdotisa, de la cual se decía que se sentaba sobre grietas del terreno con el propósito de inhalar vapores volcánicos y así entrar en estado de trance para poder ver el

futuro. Esta cueva fue ubicada en la orilla norte de Nápoles junto a la caldera del volcán cercano a la prácticamente desaparecida antigua colonia griega de Cumas. Aunque es cierto que, a través de los años, se han señalado varios puntos, el más conocido se encuentra cerca del lago Averno, cuyo nombre, en contra de lo que pudiera parecer, no tiene nada que ver con la idea de infierno, sino que la palabra «averno» toma su verdadero origen del término griego *a-ornis* (sin pájaros).

Cerca de allí, en el año 1960, una oquedad llamó la atención al arqueólogo americano Robert Paget. Esta gruta parecía haberse tapiado de manera

deliberada, lo cual acrecentó aún más la curiosidad sobre lo que se escondía tras ella. Lo cierto es que Paget no sabía que, en realidad, se había topado con una de las puertas del infierno de la Antigüedad, una puerta que estaba a punto de abrir sin conocer las terribles consecuencias de tal acto. Con un grupo de voluntarios se adentró en la oscuridad, tan solo rota por la tenue luz de sus linternas. Lo primero con lo que se toparon fue con un pasadizo que las tinieblas se encargaban de hacer eterno. Este parecía haber sido moldeado por la mano del hombre, ¿o quizá por la del diablo? La humedad ambiental inundaba los pulmones de estos exploradores, lo

que provocaba ciertos mareos y sensación de asfixia. A pesar de esto, el grupo avanzó hasta descubrir una bifurcación cuyo segundo pasadizo se hacía aún más tenebroso, un adjetivo que, a tenor de lo que descubrieron en él, se quedaría corto. Paget encabezaba la comitiva por un resbaladizo e inseguro suelo que provocó más de una caída, mientras el techo de la galería se cerraba cada vez más sobre sus cabezas. Los nervios afloraron en el grupo cuando percibieron un sonido sumamente extraño. Un borboteo lejano recordaba al sonido del agua en ebullición, pero con un matiz más denso y viscoso. Al poco, un calor intenso

empezó a envolver al grupo. Según Paget, era como un aliento fétido y repulsivo, casi masticable, mezclado con un aire tan caliente que abrasaba la garganta. Todos debían contener el aliento y evitar llenar sus pulmones de aquella abrasante pestilencia. En ese aire denso y parcialmente envenenado, sus ojos escocían y lagrimeaban. Cada paso se hacía insostenible, algunos miembros del grupo eran casi incapaces de respirar, ya que el aire se había convertido en una neblina que calentaba y ahogaba los pulmones de los allí presentes. A duras penas avanzaron haciendo un descenso que los llevó hasta el final de la galería. En ese punto,

se encontraron con algo insólito. Fue lo que describieron como un embarcadero subterráneo que acababa en unas aguas densas y sulfurosas. Inmediatamente, Paget creyó ver en esa escena lo que durante mucho tiempo había oído como una leyenda: la laguna Estigia, el embarcadero que lleva a las almas al inframundo a través de las puertas del Hades, el lugar donde Caronte traslada a los muertos a la eternidad a cambio de una moneda. En ese instante, recordaba que la tradición afirmaba que la laguna separa dos orillas, en una el cielo y en otra el infierno. Para Robert Paget y su equipo, aquella sin duda era la orilla del infierno. Tras esto, la pregunta era

obligada: ¿quién habría realizado tal sistema de túneles y galerías para construir un embarcadero en semejante lugar? Según el grupo de arqueólogos, habían descubierto lo que resultó ser, en su opinión, una serie de túneles contruidos por sacerdotes para imitar la visita al inframundo griego. Estaríamos, pues, ante una obra creada con el único fin de simular el infierno, algo que en el fondo era cierto, pero no para el hombre, sino para las aves. La apertura de la puerta por parte de Paget y su equipo tuvo consecuencias desastrosas. Las emanaciones sulfurosas que durante siglos habían sido encerradas en ese lugar cavernario

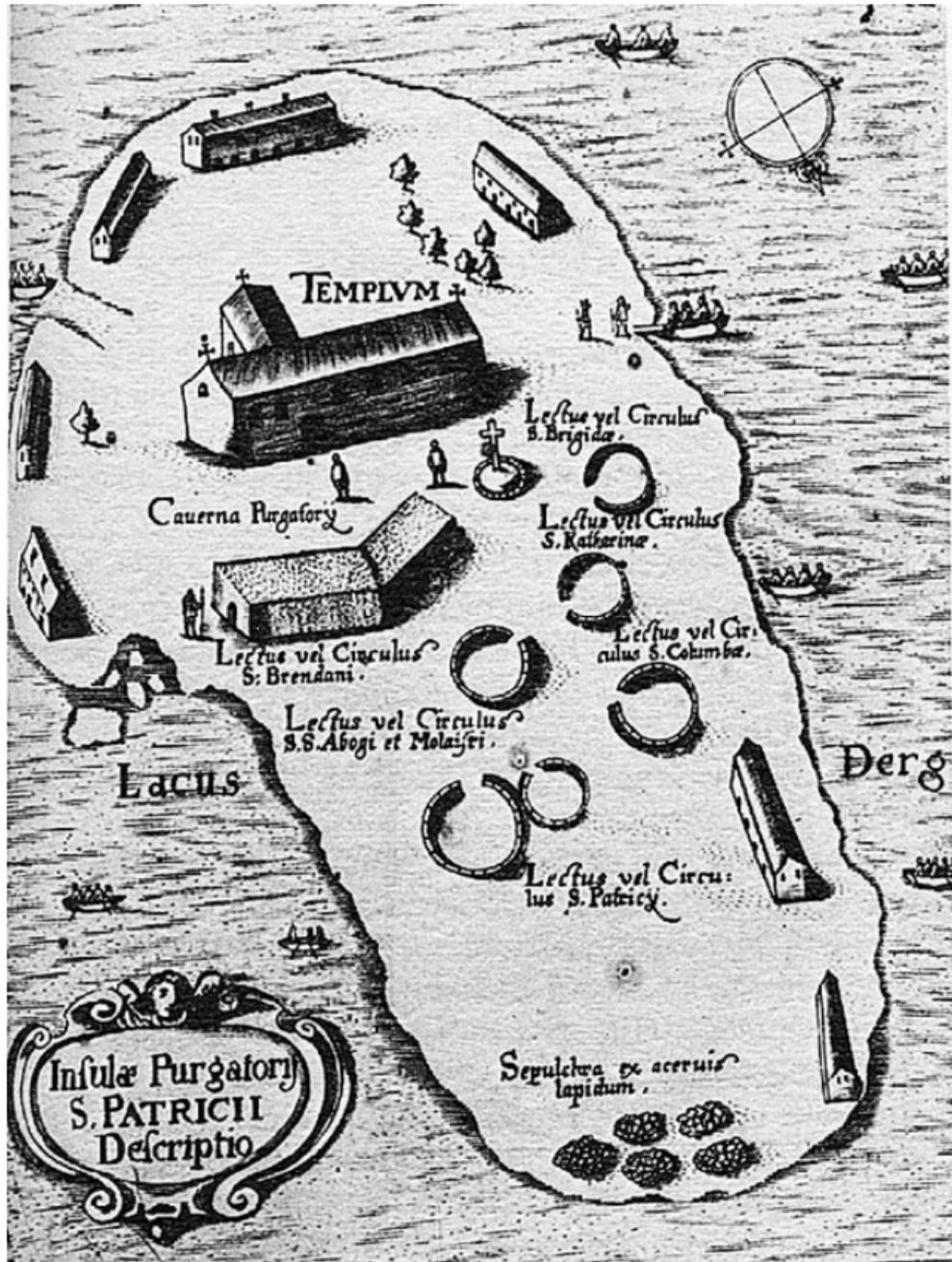
fueron liberadas, lo que provocó la muerte de decenas de pájaros, que ante los ojos de los investigadores caían en pleno vuelo. Algo que, desde luego, debían saber aquellos supuestos monjes que tapiaron su entrada. Si nos ponemos en su lugar, estos debieron de creer que, si abrir esa cueva mataba a los pájaros, la gruta debía de ser, sin duda, una de las entradas al infierno, justamente al lado del lago Averno, o «lago sin pájaros».

El purgatorio de san Patricio

Lo cierto es que casi cualquier país dispone de alguna cueva como su entrada al infierno particular, ya que en algún momento de su historia alguien ha querido ver en ciertos lugares algún elemento propicio a tal creencia. Este es el caso de la fascinante historia que nos revela que incluso el purgatorio tiene su puerta en este mundo, por supuesto en forma de cueva. Es el conocido como Purgatorio de san Patricio, situado en la irlandesa isla del lago Derg. Según narra esta milenaria leyenda, san Patricio, cansado de que los lugareños no le creyeran cuando mencionaba la existencia de estos lugares para las almas atormentadas, recibió una

revelación por parte de Dios. En la visión, Dios mostraba al atónito religioso la entrada, nada más y nada menos que al mismísimo purgatorio, y para más inri, esta estaba situada en esa misma isla. Todo ello con la encomienda de que enseñara a sus feligreses el lugar para que creyeran en su palabra y se arrepintieran de sus pecados. Lo cierto es que desde el año 1185 ya se hacía referencia a una cueva que tradicionalmente los peregrinos, algunos incluso criminales, utilizaban como marco donde purgar sus pecados. Para ello no bastaba con rezar o recibir la comunión; la cueva era verdaderamente un lugar de expiación donde el pecador

debía ser liberado de sus pecados con algo más que su simple arrepentimiento. Tras los convenientes rezos y plegarias, al pecador se le sometía a un ritual que consistía en ser encerrado en su interior durante 24 horas sin comida ni bebida. Entonces sí, los pecados eran perdonados. Pero lo cierto es que la ubicación de dicha cueva no apareció en un mapa hasta el siglo XV. Posteriormente, en 1666, volvería a aparecer en otro mapa en el que se hacía referencia a ella como La caverna del purgatorio, y se la situaba por fin en un punto concreto de la isla.



Insulae Purgatorij
S. PATRICII
Descriptio

TEMPLVM

Cauerna Purgatorij

Lectus vel Circulus
S. Brendani.

Lectus vel Circulus
S. S. Abogi et Molayfi.

LACUS

Lectus vel Circulus
S. Brigidae.

Lectus vel Circulus
S. Katharinae.

Lectus vel Cir-
culus S. Colimbae.

Lectus vel Circu-
lus S. Patricij.

Sepulchra ex aceruis
lapidum.

Derg

Mapa situando la entrada al purgatorio, año 1666.

Lo que se sabe de la cueva, a pesar de la escasa documentación, es que se cerró definitivamente el 25 de octubre de 1632. Los documentos que describen este lugar antes del cierre hablan de una gruta, con una entrada de unos 60 cm de ancho por 90 de alto, que se dividía en dos partes con la altura justa para arrodillarse. Para sacralizar el lugar y librarlo de todo mal, se erigió una capilla a muy pocos metros de su entrada, dedicada precisamente a san Patricio. Pero temiendo que ni verjas ni

capillas pudieran contener los efluvios del purgatorio, se clausuró la entrada a la cueva de una forma realmente peculiar. La torre del campanario de la capilla fue construida independientemente de la misma y a unos pocos metros de ella, situándola justo encima de donde los mapas marcaban la entrada de la cueva.

Desde entonces, no ha habido ningún plan para la exploración de la cueva, ya que esto supondría derribar la torre de la iglesia, ni tampoco parece haber disposición para arriesgarse a comprobar si la leyenda es cierta, bajo el temor de que las almas que purgan en

ese lugar salgan a la superficie y maldigan a quienes allí las han encerrado.

Salamanca y su cueva del Diablo

Existen historias cuyo origen hay que buscar en archivos y viejos legajos perdidos de alguna biblioteca venida a menos, las cuales son poseedoras, quizá sin saberlo, de auténticas reliquias de lo extraño y lo prodigioso. De esta forma, conocí viejas historias hispanoamericanas que hablaban de brujas y demonios, de hechiceros, adivinos y nigromantes. Mitos sobre

lugares legendarios y tenebrosos donde estos personajes realizaban sus rituales y sus invocaciones. Por eso, cuál fue mi sorpresa cuando descubrí, entre las sombras de una biblioteca y casi de casualidad un pequeño libro titulado *Las salamancas de Lorenza* y bajo ese título se podía leer: *Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial*. En dicha obra, la escritora Judith Faberman recogía diferentes expedientes judiciales del Tucumán (Argentina) del siglo XVIII que registraban las persecuciones y los procesos judiciales llevados a cabo contra mujeres indígenas en el noroeste argentino. Estas persecuciones no eran sino las

referentes a acusaciones de brujería o hechicería por parte de los ciudadanos del Tucumán sobre estas mujeres, cuyos juicios, como digo, fueron recopilados en ese libro. Pero no solo eso, también realizaba un estudio detallado de los elementos de las tradiciones populares hispánicas y, en general, de la demonología europea. Por otro lado, identificaba los montes como lugares mágicos y propicios para algo que me llamó la atención y que en el libro la autora denominaba *salamancas*. Al indagar un poco más en esta historia, descubrí que las salamancas eran antros cavernarios y secretos, solo conocidos por los iniciados en las artes de la

brujería, donde en las noches de los sábados, hechiceros, adivinos, brujos y brujas en compañía de animales y espíritus se convocaban para divertirse y planear diferentes tareas. Quienes afirman haber entrado en una salamanca la describen como un mundo oscuro solamente iluminado por candiles de aceite humano, donde la algarabía de los asistentes resuena entre conjuros, hechizos y maldiciones. Cavernas donde el diablo es el anfitrión y, al mismo tiempo, vigilante de que las prácticas realizadas por sus invitados sean las adecuadas. A este lugar oculto dicen que solo es posible entrar si se dispone de una contraseña. Una vez traspasado su

umbral, un pasadizo serpenteante y tortuoso es el camino hasta llegar a la galería donde estos personajes realizan su festín mágico. Al nuevo miembro de estas sociedades hechiceras se le llamaba «estudiante». Este debía entrar y permanecer desnudo durante el transcurso del ritual de iniciación. Allí le esperaban los «salamanqueros», es decir, aquellos hechiceros y hechiceras que ya formaban parte de este grupo de malditos. Desnudo y ante ellos, el estudiante, con la guía de un cuervo negro, debía renegar de Dios y escupir al crucifijo que para tal acto se había colocado en una puerta. Una vez culminada la herejía, el estudiante tenía

que realizar el camino inverso hacia la salida, donde uno de los brujos lo esperaba para tapar su desnudez con nuevos ropajes. Se dice que esta cueva subterránea solo se abre cuando algún estudiante o salamanquero desea entrar. Los estudiantes son aquellos que se dirigen allí para aprender alguna destreza u adquirir algún don en el que quieren sobresalir. Estudiantes, salamanqueros y mujeres no deben permitir que se les siga cuando se dirigen a la salamanca, y, sobre todo, no deben ser vistos cuando están a punto de entrar a la cueva. Si eso sucede, si son descubiertos en ese momento, se pierden, se desorientan totalmente y

enloquecen. Las salamancas son, por lo tanto, cuevas solo franqueables por iniciados.

Lo cierto es que esta descripción podría ser producto de la demonización por parte del cristianismo de todas aquellas sociedades que profesaban otro tipo de pensamientos ajenos a la Iglesia o a las órdenes políticas. Es muy probable que estos grupos tuvieran que realizar sus reuniones en secreto, en lugares invisibles para las autoridades de la época y, como ocurre en muchas de estas sociedades, incluso hoy en día, una contraseña, una forma de estrechar la mano, o una frase o palabra determinada, daría la clave para poder

acceder a estar reuniones clandestinas. Los nuevos miembros, al igual que en la actualidad, deben «desnudarse» ante el grupo y desterrar o abandonar lo que son para convertirse en alguien nuevo, alguien elevado y, como un buen estudiante, alcanzar el conocimiento.

En mis manos cayó un libro no muy voluminoso, sus tapas de color marrón no ofrecían ningún tipo de atractivo a primera vista y su aspecto denotaba que el tiempo le había maltratado: *Mitos y supersticiones recogidos en la tradición oral chilena*. Tras leer las palabras «mitos» y «supersticiones» del título mis ojos se agrandaron. El autor de la obra, Julio Vicuña Cifuentes, un

escritor, filólogo y folclorista chileno que vivió entre los siglos XIX y XX. En sus páginas, cuya edición marcaba 1915, descubrí la clave para, tiempo más tarde, conseguir adentrarme en una de estas salamancas; de hecho, esta obra me llevó a adentrarme en la auténtica y verdadera Salamanca. Según la documentación de esta obra, Julio Vicuña afirma lo siguiente: «[...] los Brujos se reúnen en la Salamanca de la región a que pertenecen, estas Salamancas son en Chile innumerables y [...] que se encuentran siempre ubicadas en alguna cueva de la montaña».

El texto continuaba diciendo: «[...] pero hay otros que afirman que la cueva de Salamanca es una sola, que abarca subterráneamente toda la extensión del país, y que lo que el pueblo llama Salamancas en las diversas regiones, no son sino puertas que dan acceso a la única Cueva de Salamanca verdadera».

Esa última frase resonó en mi cabeza, quizá producto de una nueva casualidad «[...] la única Cueva de Salamanca verdadera». ¿Acaso se refería a Salamanca en España? Era una pregunta que intentaré responderles a continuación.

Hay que decir que la palabra «salamanca», la referente a estas cuevas de artes mágicas, podría derivar del vocablo aimara *sallamanca* que significa «piedra-abajo», aunque algunos han querido referirse a la palabra *manca* como la traducción de «infierno», pero la mayoría asegura que la etimología original podría tener origen hispano. Aquí es cuando la etimología nos vuelve a dar una nueva sorpresa y es que, en tiempos pretéritos, Salamanca, en este caso la ciudad, era llamada Helmantike, cuyo significado en griego es «tierra de adivinación». Quizá esta denominación fue dada por la situación geológica de la misma ciudad.

Salamanca está totalmente horadada en el subsuelo, por lo que las cuevas y los túneles siempre estuvieron presentes en su paisaje. Algunas fuentes afirman que fueron utilizadas para ritos de magia negra y otro tipo de actividades no menos diabólicas. Esas cuevas han sido tema de debate durante décadas, ya que de ellas apenas se sabe nada. Algunos afirman que fueron fundadas por Hércules, otros consideran que tiene más relación con los árabes o, incluso, con los celtas y un mitológico dios llamado Helman. No obstante, la teoría más aceptada hoy por hoy es que se trataba de la entrada a un laberinto de túneles y pasajes que se extendían por

todo el subsuelo de la ciudad y que era utilizado por sus habitantes para diferentes tipos de actividades. Es, a mi entender, totalmente lícito pensar que estos grupos humanos previos a la cristianización les hubieran dado un uso ritualístico, donde las ofrendas a sus deidades o los rituales de iniciación o conocimiento pertenecientes a sus creencias hubieran sido una constante. Tampoco sería de extrañar que algunos grupos de poder, a lo largo del tiempo, las hubieran utilizado para impulsar ciertas sociedades secretas o discretas. Allí compartirían seguramente información y conocimiento, para posteriormente aplicar esta sabiduría a

diversos fines quizá contrarios a los preceptos de las autoridades de la época. No es de extrañar, por tanto, que estas mismas autoridades vieran en las cuevas y a los que allí se reunían como una auténtica amenaza y tacharan estos lugares de malditos y de usos infernales en los que el diablo enseñaría a hombres y mujeres todo tipo de artes mágicas contrarias a la palabra de Dios. De hecho, desde el siglo XIV hasta nuestros días, se ha narrado la historia de que el mismísimo diablo se encargaba de impartir clase a siete estudiantes durante un periodo de siete años, tras lo cual, uno de ellos debería quedarse allí para siempre a modo de tributo por las

enseñanzas. Tal como escribió el padre Feijóo, en su discurso sobre «Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España», él no creía en la existencia de tal diablo y planteaba la idea de que, en realidad, todo era producto del gran poder de persuasión que ejercía el sacristán sobre los crédulos jóvenes, quienes, finalmente, eran engañados con el mundanal fin de poder sacarles unas cuantas monedas. Es conocido que el padre Feijóo era un enconado opositor a las creencias en duendes, elfos o criaturas sobrenaturales, y en su obra hizo especial hincapié en desmentir buena parte de estas historias proponiendo que fueron las gentes las

que adornaron la historia del diablo de Salamanca con exageraciones y embustes. Sin embargo, la opinión vertida por el autor no fue suficiente para descreer a una población que ya daba por cierta la existencia del maligno en dicha cueva.

El hecho es que la leyenda también deja clara su ubicación, y no solo eso: nombra personajes asociados a esta historia que fueron absolutamente reales, por lo que podemos llegar a la conclusión de que nada de esto se produjo al azar. Entremos en detalles. La leyenda sitúa la ubicación de la cueva de Salamanca en la cripta de la, ya prácticamente en ruinas, iglesia de san

Cebrián situada en dicha ciudad. Esto pudo no ser fruto de una casualidad. San Cebrián es el nombre popular de san Cipriano de Antioquía, que antes de convertirse al cristianismo fue mago. En el siglo XVI, alcanzó gran fama el *Libro de San Cipriano*; en él se encontraba toda clase de conjuros e invocaciones al diablo, y el propio Cipriano afirma: «Declaro que este libro me ha mostrado la verdadera sabiduría logrando con su estudio un dominio absoluto de todo lo creado», y firma la cita como Cipriano, *El Mago*. Pero aún más inquietante es la dedicatoria que aparece en el libro junto

con esa cita: «Dedicamos este libro al nuevo adepto de las ciencias desconocidas. Firmado Lucifer».

Nada más y nada menos. Cuesta pensar que el propio Cipriano, de cuyas obras parece ser partícipe el propio Lucifer, llegara a convertirse al cristianismo y ubicarse en un lugar del santoral. Lo cierto es que, antes de su conversión, Cipriano dejó escritos infinidad de libros de hechicería producto de sus muchos conocimientos y, según cuentan, también producto de las propias maravillas que ejecutó en su época de mago, y que causaron la admiración de todas las gentes. Además, Cipriano ejercía un poder formidable

sobre los espíritus infernales que le obedecían en todos los mandatos. Según su biografía, parte de la cual es recogida en ese libro, tuvo dominio absoluto sobre las personas y los elementos, y llegó a efectuar sorprendentes encantamientos. Todo esto hasta que un día sus poderes fueron requeridos por un joven llamado Aglaide para que una bella dama llamada Justina se enamorase de él. A pesar de todos sus encantamientos, Justina parecía inmune a los sortilegios, dicen que por la intercesión de la Virgen y la devoción cristiana de la doncella. Ante este fracaso, Cipriano, el Mago, se enfrentó a Lucifer en estos términos:

«—¿En qué consiste, ¡oh gran genio del Averno!, que todo mi poder se vea humillado por una tan débil mujer? ¡No puedes tampoco con tanto dominio como posees, someterla a mis mandatos!»

Entonces Lucifer, obligado por orden divina, le contestó:

«—El Dios de los cristianos es Señor de todo lo creado, y yo, a pesar de todo mi dominio, estoy sujeto a sus mandatos.»

«—Pues siendo así —dijo Cipriano—, desde ahora mismo reniego de ti y me hago discípulo de Cristo.»

Esta conversación, si lo vemos desde el punto de vista actual, nos dice que Cipriano no se convirtió al

cristianismo por fe o devoción, sino por algo mucho más mundano como es el interés. Directamente dejó plantado a Lucifer, porque había encontrado a alguien con más poder de quien sacar beneficio. Se podría decir en tono más coloquial que Cipriano se arrimó al sol que más calentaba. Alguien debió de pensar que solo una persona que hubiera conocido al mismísimo diablo, con quien hubiera mantenido una estrecha relación de colaboración en las artes oscuras, y lo hubiera tenido como maestro, podría contener el terrible poder de Lucifer entre las paredes de esa cueva. Sin embargo, a esta historia

del converso Cipriano se añade un personaje más, el nombre de uno de esos «estudiantes».

La cueva de Salamanca está situada junto a una de las pocas secciones que quedan en pie de la Cerca Vieja, la antigua muralla de la ciudad de Salamanca, y también junto a la torre del marqués de Villena. Esta recibe el nombre del mencionado protagonista de la historia, aunque realmente nunca habitó en ella. Lo cierto es que la torre del marqués de Villena es el único resto arquitectónico que queda del palacio Mayorazgo de los Albendea. Este marqués respondía al nombre de Enrique de Aragón, un personaje un

tanto incómodo a tenor de lo que descubrimos de su biografía. Lo que sabemos es que cultivó gran variedad de ciencias: la medicina, la teología, la astronomía o incluso la poesía, pero por lo que realmente fue reconocido, fue por su faceta de astrólogo y nigromante, cuestión esta que fue aprovechada para acusarle de hechicero y brujo. Lo cierto es que Enrique de Aragón ejercía una poderosa influencia incluso en la Corona, ya que era pariente directo de los reyes de Castilla y León. De hecho, se crio en la corte a cargo de su abuelo Enrique II y, después, a cargo de su tío Enrique III. Su vida la pasó entre libros y estudios que lo llevaron a interesarse

profundamente por la ciencia y llenaron desde bien joven su pequeña cabeza de los conocimientos científicos de la época, pero también de los otros saberes populares, los que hablan del influjo de los astros y las energías invisibles de nuestro mundo. En resumen, tenemos a un miembro directo de la realeza con amplios conocimientos en diferentes materias científicas y mágicas, lo que le proporcionó una sabiduría incómoda para una corte donde muchos de sus miembros apenas sabían leer o escribir. La pregunta era si a alguien con un gran interés por las ciencias se le debería permitir ejercer su influencia sobre la corte o incluso sobre el mismo rey. Así

que sus enemigos orquestaron una campaña que propagaba el bulo de que sus conocimientos le habían sido otorgados por el diablo. Uno de los instigadores de esta propaganda fue el obispo de Cuenca Lope de Barrientos, quien quiso ver en Enrique de Aragón una piedra en el camino de la cristiandad y, de paso, un rival en su carrera por la influencia en la Corona. Este obispo, aprovechando un viaje de Enrique de Aragón a Valencia en 1417 y viéndolo alejado de la corte, no dudó en acusarlo de nigromante y hechicero, mandó quemar todos sus libros y manuscritos en el claustro del convento de Santo Domingo del Real, y

excomulgarlo. Solo el parentesco de Enrique de Aragón con la Corona lo salvó de una muerte segura, ya que el obispo tenía una gran actividad como inquisidor, en la que gustaba de quemar obras literarias que consideraba heréticas. Finalmente, Enrique de Aragón moriría en Madrid en 1434 víctima de unas fiebres, pero también víctima de los bulos de quienes afirmaban que el diablo llegó a instruirlo personalmente en ciertas mancias, y que era uno de los estudiantes que se adentraban en la cueva del Diablo de Salamanca.



Entrada a la cueva del Diablo.



Torre del marqués de Villena.

Hoy en día, hay quien asegura que el diablo sale de su cubículo disfrazado de sacristán para engañar a los estudiantes que por allí se dejan caer y atraerlos a su morada para enseñarles las viejas y antiguas magias perdidas, mostrarles el mundo de los sueños y del conocimiento a través de ritos de iniciación, y mostrar las energías invisibles y los encantamientos más secretos capaces de manipular la mente de los hombres. Dicen que en esa cueva no se queman los libros, sino que se embeben hasta transformarlos en

sabiduría, una sabiduría solo apta para algunos iniciados. Hoy, Salamanca es tierra de estudiantes, enclave y referencia de lo académico en España. Le recomiendo, querido lector o lectora, que, si un día la visita o si es oriundo del lugar, se fije bien en las noches de verano, en las calles y recovecos de la ciudad; quizá un sacristán se acerque para ofrecerle ese conocimiento tan perdido como supuestamente maldito. Deberá entonces decidir si quedarse en el mundo que conoce o adentrarse en esa cueva con la esperanza de que los libros de sus estanterías aporten más luz de lo que jamás hubiera imaginado, la luz del conocimiento y de la sabiduría, porque,

al fin y al cabo, quien ejerce de maestro es Lucifer, cuyo nombre significa «portador de luz».

La cueva maldita de Sablinskaya

En 1941, Hitler planeaba borrar de la faz de la tierra a Leningrado, la actual San Petersburgo. Era la cuna de la revolución y el símbolo de la cultura rusa. Allí se encontraba la única fábrica productora de tanques pesados, coches y trenes blindados del mundo. Era la fábrica de Kirov, que tan solo en ese año produjo más de 700 tanques KV-1 y KV-2. La evacuación de los habitantes

de la ciudad comenzó en el mes de junio, cuando Alemania atacó a la URSS. La mayoría de los ciudadanos se negaba a dejar Leningrado, confiando en que supieran defenderla, así que no hubo ningún plan especial para la evacuación, por lo que quienes la abandonaban lo hacían de manera caótica, sin organización ni ayuda. En el verano de 1941, evacuaron a cerca de 500.000 personas, pero posteriormente 175.000 de ellas se vieron obligadas a regresar.

A principios de septiembre, el ejército alemán se acercó a la ciudad de Leningrado. La estrategia era clara, cercarla y tomarla eliminando por completo a toda la población, que en ese

momento era de unos tres millones de personas. Pero no solo eso, Hitler quería acabar con el mayor símbolo del comunismo en el mundo, con la ciudad que llevaba el nombre del propio Lenin. Así que, lejos de terminar su asedio con el exterminio absoluto de la población, su siguiente paso sería bombardear todo el territorio para posteriormente inundarlo. La premisa era clara, había que borrar la ciudad, literalmente, de la faz de la tierra. Lo que los alemanes desconocían era la férrea defensa que los habitantes de Leningrado estaban dispuestos a realizar. Durante los momentos más críticos, cuando el ejército alemán rodeó la ciudad y el

destino de Leningrado pendía de un alfiler, Iósif Stalin ordenó al comandante Gueorgui Zhúkov organizar la defensa. Este supo en pocos días movilizar a los habitantes de la ciudad. Los ancianos, mujeres y niños elevaron fortificaciones, produjeron armamento y tecnología en las fábricas. Harían todo lo necesario para evitar la masacre y realmente lo consiguieron. Con esfuerzos increíbles, los habitantes defendieron Leningrado y la ofensiva alemana fue detenida. Hitler, profundamente contrariado ante la resistencia de sus habitantes, llevó a cabo un plan para convertir la ciudad en un auténtico infierno en la tierra. He de decir que lo consiguió con creces; es

más, si la historia tiene que situar un lugar en el mapa donde se hicieran realidad las representaciones artísticas tantas veces vistas del infierno, ese lugar sería Leningrado, porque lo que ocurrió en sus calles durante los casi tres años que duró el cerco alemán, es propio de la peor de las pesadillas.

El plan de Hitler era sencillo, matar de hambre a Leningrado con un férreo candado militar que impidiera, costara lo que costara, el abastecimiento de todo tipo de productos, cortar toda comunicación y energía, y evitar cualquier posibilidad de que alguien saliera de allí con vida. Además, su plan

incluía bombardeos constantes con la ayuda de la aviación nazi, la temible Luftwaffe.

Con todo el territorio dominado por los nazis, los meses de verano fueron dando paso al otoño y, posteriormente, a un invierno frío y terrible. Sin electricidad, sin calefacción y sin transporte, tres millones de personas vivían en una ciudad sitiada. Unos caían agotados, otros se congelaban sin fuerzas para levantarse y seguir. Los cadáveres se empezaban a acumular en las calles, el hedor a putrefacción y muerte se estaba convirtiendo en una constante. Ese mismo invierno se consiguió abrir, a

través de un lago congelado cercano, el que fue denominado El camino de la vida, por donde consiguieron evacuar a cerca de 600.000 personas y proporcionar algún suministro, pero estos, sin duda, eran insuficientes para toda la población que aún quedaba en Leningrado, la cual convivía con los cadáveres en plena calle. Los ciudadanos describían detalladamente en sus diarios los miles de muertos. En uno de ellos se apuntó:

«Hoy, cuando pasaba por la calle, una persona caminaba por delante. Movía sus pies con mucho esfuerzo. Al adelantarla, me fijé sin querer en que tenía una cara siniestramente azul. Pensé

que probablemente moriría pronto. Después de unos pasos, me di la vuelta, me paré y seguí observándola. Se estaba desvaneciendo, sus ojos se le pusieron en blanco, empezó a caer despacio al suelo. Cuando me acerqué, ya estaba muerta. La gente se hizo tan débil por el hambre que ya no ponía resistencia a la muerte. Morían como si fueran a dormir. Las personas semivivas que los rodeaban no les hacían caso.»

Los más cinéfilos quizá recuerden una famosa escena de la película *La quimera del oro*, donde el prolífico Charlie Chaplin realizaba una cómica escena mientras guisaba, y posteriormente comía, un zapato. Esa

escena que tantas risas provocó en el gran público era una realidad infernal para los cada vez menos habitantes de Leningrado. Empezaron a encerrarse en sus casas, los muertos inundaban las calles y nadie los enterraba porque cada esfuerzo de más podía suponer la diferencia entre vivir o morir.



Leningrado, 1941.

Fueron miles los que se quedaron en sus apartamentos con los cadáveres de sus familiares, sin fuerzas no solo para enterrarlos, sino hasta para cerrarles los

ojos. Llegó un momento en que la mortalidad pasó de 3.000 a 25.000 personas diarias. La gente comía hierba, cola de carpintero, hervía papel de las paredes o cinturones de cuero, se comía el papel de los libros, el poco pan que había se adulteraba con serrín. Ya no quedaban gatos ni pájaros ni perros en la ciudad; se los habían comido todos. Las alucinaciones provocadas por la inanición llevaban a la locura y, como bien sabemos, la locura puede convertir a las personas en verdaderos monstruos.

Bien, antes de continuar quisiera advertir al lector que lo que va a descubrir a continuación puede herir su sensibilidad; es mi deber poner en

preaviso que lo que está a punto de leer, lejos de ser una fantasía o un relato perteneciente a alguna serie de televisión o película de terror, es algo que ocurrió de verdad, documentado ya no solo por los que finalmente consiguieron entrar en la ciudad tras romper el cerco alemán, sino también por los propios habitantes que sobrevivieron. Continuar, pues, desde este punto es exclusivamente su responsabilidad.

¿Qué se puede hacer cuando la muerte avanza inexorable sobre la vida de los hombres? Posiblemente nada o, por el contrario, realizar lo inimaginable

para sobrevivir. Este es el relato del filósofo Dimitri Likhachov, quien sobrevivió a la barbarie:

«Las madres, padres, mujeres, niños dejaban de alimentar a los que ya no tenía sentido alimentar; escogían entre sus niños a quién iban a salvar; buscaban oro en los cuerpos de muertos, les arrancaban los dientes si eran de oro, les cortaban los dedos para quitarles sus anillos de boda, desvestían los cadáveres en la calle para conseguir ropa para los vivos. Las madres cortaban los restos de la piel de los cadáveres para cocer sopa para los niños y cuando no había llegaron a cortar trozos de carne de sus propios

cuerpos para alimentar a sus hijos. Escribían diarios y notas para que después alguien supiera cómo morían millones. Si eran terribles los bombardeos y ataques de la aviación alemana, ¿a quién podían asustar? Solamente el que muere de hambre puede hacer una gran infamia o un gran sacrificio de sí mismo, sin temer a la muerte.»

¿Quién podría llegar a cortarse trozos de su propia carne y mutilarse para dar de comer a sus hijos? El canibalismo se había implantado en la ciudad de la muerte; de hecho, Leningrado se había convertido en un infierno en la tierra. Muchos testimonios

fueron recogidos por el doctor en Historia Michael Jones y publicados en su libro *El sitio de Leningrado (1941-1944)*, con relatos espeluznantes. Valentina Rothmann, de doce años, relata que los cadáveres se amontonaban en diferentes partes de la ciudad, como las zonas aledañas a las iglesias, y cómo las personas que acudían al oficio religioso tenían que entrar, literalmente, pisando los cuerpos de los que allí habían sido abandonados. En uno de sus macabros paseos, observó con horror cómo a muchos de los cadáveres alguien les había arrancado las nalgas o parte de las piernas; otros habían sido vaciados de vísceras intencionadamente y a otros,

los de las mujeres, les habían arrancado los pechos. Testimonios vivos como el del escritor Daniil Granin —que acudió al Bundestag berlinés el 27 de enero de 2014, para pronunciar allí un memorable discurso— ponen los pelos de punta:

«Una mujer pierde a su hijo de tres años, que muere de hambre. Coloca el cadáver entre las ventanas, hace mucho frío. Y cada día corta un trocito para alimentar a su hija y lograr así salvarla. La hija viva tenía doce años y no sabía con qué se alimentaba. La madre no se permitió ni morir ni volverse loca y la niña sobrevivió. Hablé con ella. Lo supo todo después de muchos años.»

Sin embargo, el nivel de salvajismo por la supervivencia pasó de comerse la carne de los muertos a comerse la carne de los vivos. Jones señala que había bandas organizadas, grupos de hasta veinte caníbales que se dedicaban a interceptar a cualquiera que se topara en su camino para comérselo. Distritos enteros fueron invadidos por grupos de antropófagos. Por ejemplo, en la conocida calle de Zelenaya se atacaba con hachas a quienes pasaban por allí para que les sirvieran de alimento. Vera Rogova recuerda cómo fue perseguida por un caníbal con ojos extraviados de hambre y un hacha. María Ivanovna se sorprendió al ver que, en medio de la

carestía, unos inquilinos cocinaban carne; le dijeron que era cordero pero, al levantar la tapa de la olla, entre el caldo asomó una mano humana. El propio comisariado del pueblo ruso, la NKVD, llegó a afirmar que en los mercados se vendía carne humana y que «cruzar la ciudad era peligroso, y costaba confiar en los demás».

Por otro lado, pasear por la ciudad no solo representaba un auténtico peligro; también dejaba escenas grotescas y terribles. Entre los cadáveres, caminaban los que el escritor Javier Cosnava llama «los Masticadores», personas que llevaban tanto tiempo consumiendo tan solo 100,

200 calorías o ninguna, que de hecho eran casi muertos vivientes. Personas que solo buscaban la muerte o, como publica en su novela:

«En muchos casos, los Masticadores esperan quietos en un portal cualquiera, calladamente, aguardando a que unos vecinos, o uno de los otros Masticadores, muera para consumir en crudo, a dentelladas si es preciso, unas calorías. Leningrado en el año 1942 es uno de los escenarios más terribles de la historia de la humanidad.»

Cuando por fin se rompió el cerco de Leningrado tras novecientos días, es decir, tras casi tres años, las autoridades

reconocieron más de 600.000 ciudadanos muertos, aunque las cifras llegaron a ascender a 1.200.000. La realidad es que nunca se sabrá a cuánta gente barrió la muerte durante ese periodo porque la Unión Soviética suprimió deliberadamente toda la información sobre este particular. Archivos de la policía secreta revelaban que, tras la liberación de la ciudad, más de 1.400 personas fueron arrestadas acusadas de canibalismo y más de 300 fueron ejecutadas.

Pero ¿qué ocurrió con los que consiguieron escapar durante ese periodo de horror? Hay que decir que el cerco alemán no se limitaba

exclusivamente a la ciudad; la presencia germana era constante en toda la región. He de recordar que los nazis, en su invasión a Rusia, llegaron a quedarse a tan solo 60 kilómetros de Moscú, ciudad que había sido prácticamente rendida a la imparable maquinaria nazi. Por eso, los recovecos y las cuevas eran el lugar perfecto para poder mantenerse alejado de la amenaza alemana. Pero no solo para aquellos que huían de la guerra, sino para cualquier persona de dudosa reputación.

Uno de esos lugares eran las cuevas de Sablinskaya, un complejo cavernario situado a tan solo 40 kilómetros de Leningrado. Ya desde el

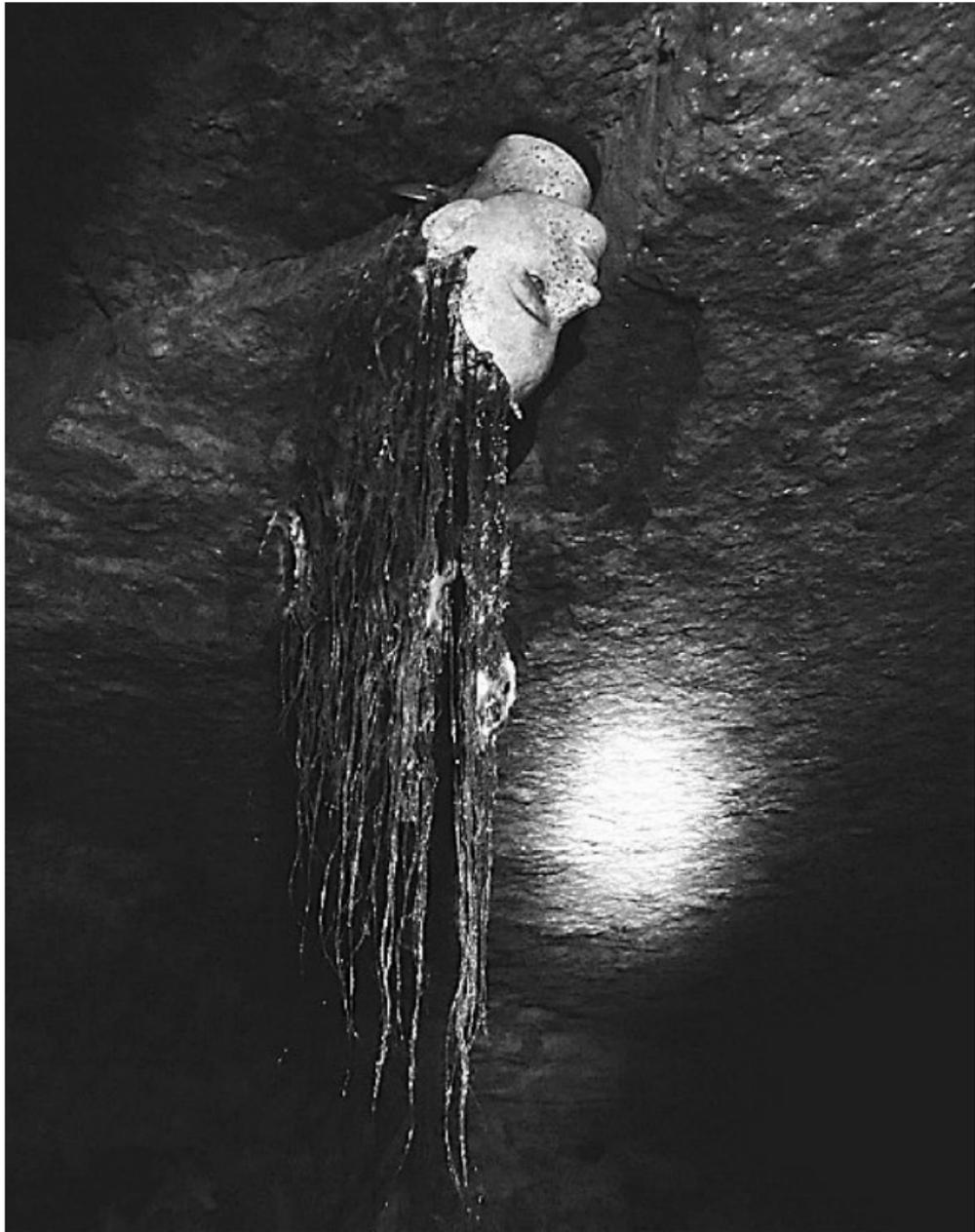
siglo XIII sirvió de refugio e incluso de vivienda para todo tipo de personajes, incluidos artistas y escritores locales que se inspiraban en la naturaleza circundante para crear sus obras. En ese mismo siglo, el príncipe Alexander Nevsky utilizó ese lugar para preparar a sus tropas y enfrentarse a los suecos en singular batalla, la cual sembró de tumbas toda la zona, cuyos montículos todavía son visibles hoy en día. Aunque el verdadero interés por parte de las autoridades hacia estas cuevas se produjo 150 años atrás, durante el reinado de Catalina II de Rusia, ya que se descubrió que las cuevas poseían una gran cantidad de arena de sílice, que era

utilizada para la composición de vidrio. Fueron muchos los que murieron en ese lugar a consecuencia de una minería desprovista de todo tipo de humanidad para sus trabajadores. Los mineros morían por la inhalación de la arena de sílice, que se incrustaba en sus pulmones convirtiéndolos literalmente en piedra. La falta de medios y equipos provocó que otros trabajadores desaparecieran entre los intrincados pasillos y galerías que se abrían durante varios kilómetros en el subsuelo. Esta actividad minera llevó a las cuevas a convertirse en un intrincado subterráneo que actualmente supera los 7 kilómetros con lagos inundados y decenas de grandes salas

conectadas por pasillos de varios metros de altura que, asimismo, conectan con otras tantas galerías y salas tanto naturales como artificiales. Entre los mineros empezaron a surgir leyendas de seres intraterrestres que vivían en ese lugar y que hacían desaparecer a sus compañeros. También describían la presencia de una dama vestida de blanco con el rostro envuelto en un sudario y una vela en las manos, de la cual decían que lloraba constantemente por los mineros muertos. Otros afirmaban encontrarse con un anciano de barba gris que advertía a los trabajadores que no entraran en ciertas zonas que, posteriormente, se derrumbaban y

acababan con la vida de aquellos que no habían hecho caso de la advertencia. Estas inquietantes historias se repetirían hasta que en el año 1924 se detuvo la extracción de la arena. Tras esto, las minas y las cuevas fueron abandonadas, por lo que sirvieron durante décadas de refugio para presos fugitivos, delincuentes de todo tipo y condición, gente sin hogar..., y durante el periodo del cerco a Leningrado proporcionaron refugio a aquellos que huían de una ciudad plagada de caníbales, e incluso a alguno de ellos. En la década de los setenta del siglo XX, cuando las autoridades fueron a rehabilitar el lugar, descubrieron que aún permanecían allí

cerca de 200 personas que se habían organizado por equipos con nombres tan selectos como «los Sádicos», «los Palos» o «los Kamikazes».



Detalle de una de las salas.

A pesar de su desalojo y la rehabilitación de la zona, lo cierto es que desde entonces son muchas las voces que sugieren que algo extraño sucede en su interior. Como si las leyendas de los mineros hubieran pervivido a lo largo del tiempo, no son pocos los que aseguran que allí habitan «seres» que como fantasmas aparecen y desaparecen de entre las rocas. De hecho, los vecinos no dudan en ponerles nombres y apelativos de lo más inquietantes. En este lugar dicen que habitan los «espeleólogos blancos», que los locales describen como criaturas

incorpóreas capaces de llevar a la perdición a los incautos que penetran en sus galerías. Los relatos son para todos los gustos, pero los habitantes de la zona los dan todos por ciertos. Como el caso de dos jóvenes que penetraron en la cueva con la ayuda de una cuerda; esta se rompió y dejó atrapado en su interior a uno de ellos. Su amigo decidió dejarlo allí con suficientes víveres hasta que regresara con ayuda. Al volver, el joven había desaparecido y los víveres estaban intactos. Hay quien afirma que la cueva es capaz de conceder deseos a quienes allí van y en su interior existe una suerte de árbol creado con las notas escritas de aquellos visitantes que

buscan que la cueva los ayude a cumplirlos; incluso hay quien asegura que la cueva ayudó a la selección rusa de hockey sobre hielo a convertirse en campeona del mundo en el año 2008. Pero la parte más siniestra y real de este intrincado cavernario es que muchos han perecido en su interior en lo que parecen desafortunados accidentes, además de la extensa documentación sobre personas que directamente han desaparecido sin dejar rastro. Timor Ivanov, que es el responsable de una de las empresas dedicadas al turismo de la zona, relató al canal de noticias *La voz de Rusia* lo siguiente:

«El abuelo de mi amigo fue uno de los disidentes que se escondieron de las autoridades en las cuevas de Sablinski. Él me contó que entre ellos corría la leyenda de que las cuevas estaban en cierta manera “vivas”, que era un ser viviente y que daba cobijo a los inocentes y castigaba a los que iban con malas intenciones. [...] Después de que desaparecieran siete personas locales, la mayoría de los fugitivos se fueron de la cueva. Nosotros visitamos las cuevas de manera responsable, pero puedo decir que quedarse una noche ahí es muy desagradable, y eso que yo conozco bastantes sitios tenebrosos.»

No son pocos los que aseguran que los descendientes de los antiguos habitantes de Leningrado viven en esa cueva esperando el descuido de algún explorador. Pero el caso es que las autoridades rusas, poco proclives a desclasificar documentos, han revelado una realidad tan aterradora como extraña. Los servicios de policía confirmaron aquello que solo las leyendas habían dado por cierto hasta entonces y revelaron que, cada año, varias decenas de personas desaparecen en el intrincado de cuevas y galerías mineras de Sablinskaya. Estas desapariciones habían sido ocultadas durante largo tiempo por las

autoridades, o resueltas como fugas, abandonos del hogar o desapariciones sin resolver, pero nunca se había sacado a la luz que se hubieran producido en el interior de la cueva. Pero no solo eso, las autoridades llevan varias décadas recopilando casos de desapariciones. Los informes incluso recogen casos de grupos de espeleólogos o visitantes de los cuales algunos miembros desaparecen sin dejar rastro. La cifra que ha dado la policía rusa sobre el número de desaparecidos en esas cavernas es estremecedora: unas 20 personas al año. El revuelo ha sido de tal magnitud que la región de Leningrado puso en marcha a todo un equipo de

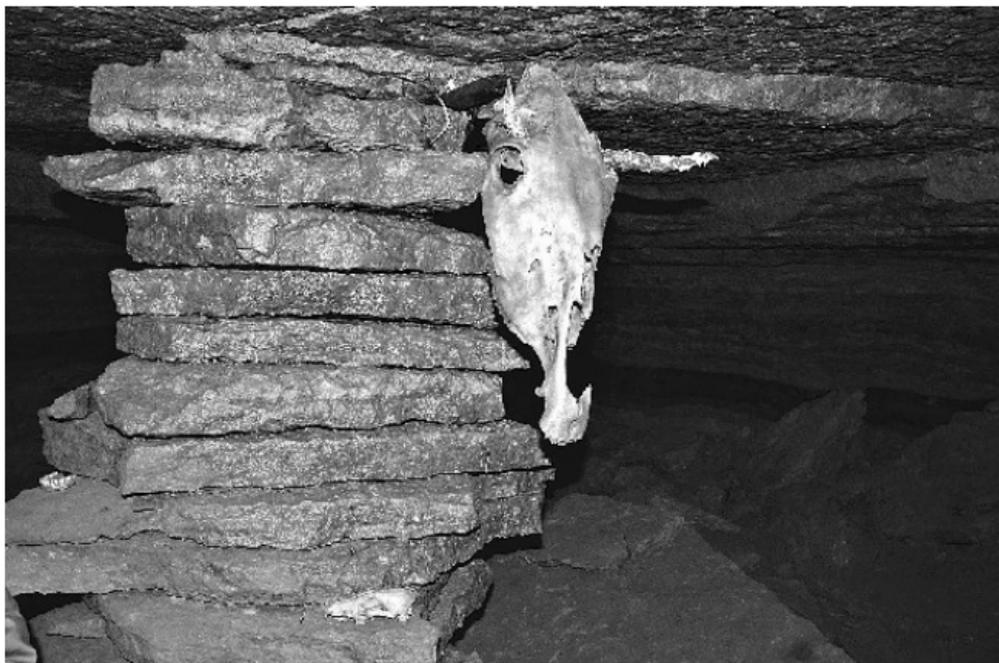
espeleólogos para intentar descubrir qué está ocurriendo allí. Varios grupos de expertos apuntan que la causa podría encontrarse en las zonas inundadas de la cueva, pero lo cierto es que ningún cadáver se ha hallado en sus aguas. Otros apuntan a las zonas de arenas movedizas, las cuales podrían haberse convertido en trampas mortales que, además, explicarían por qué no se ha encontrado resto alguno de los desaparecidos. Los equipos policiales y de seguridad proponen una posibilidad aún más siniestra: antiguos habitantes de las cuevas que durante décadas habrían conseguido permanecer allí alejados de las miradas de turistas, espeleólogos y

policías serían los responsables. Tanto es así, que ya se han realizado varias batidas para localizar a estos inquietantes moradores subterráneos, cuyos resultados han sido siempre infructuosos. Según las autoridades policiales, las cuevas de Sablinskaya, unidas a las galerías artificiales producto de la minería, son tan extensas e intrincadas que atrapar a alguien allí es una misión imposible. Desde luego, esta versión explicaría por qué las desapariciones han sido atribuidas a seres o criaturas intraterrenas, quizá confundiendo a alguno de estos habitantes con algún tipo de ser venido de algún mundo subterráneo. Sin

embargo, los que un día vivieron en ese enredado cavernario afirman que ellos también empezaron a desaparecer, lo que aumenta el rumor de que en las cuevas se había asentado el mal. Alexey Gurevich, miembro del grupo de «los Peregrinos» uno de esos «equipos» que en los años ochenta del pasado siglo vivían allí, afirmaba a la prensa local:

«Cuando vivíamos en las cuevas a veces alguno desaparecía sin dejar rastro. Inicialmente lo atribuíamos a los servicios policiales y de seguridad, pero pronto se hizo evidente que este no era el caso. Cuando alguien desaparecía había rumores sobre algún tipo de poder

que mataba todo a su paso; algunos hablaban de criaturas que viven debajo de la tierra.»



Inquietante interior en Sablinskaya.

Lo cierto es que, actualmente, de los habitantes de la cueva no se sabe nada, pero las personas siguen desapareciendo con tanta frecuencia como antes, por lo que, a la vista de estos acontecimientos, a las autoridades solo les ha quedado una opción, y ha sido la de acotar la zona donde las cuevas son visitables a lo que han denominado la «zona segura». Siempre bajo estrictas normas de seguridad y la premisa de no abandonar nunca el grupo ni explorar zonas no autorizadas.

Pero aún falta una última leyenda. Quizá todo sea producto de la casualidad, quizá las historias vividas en la ciudad de Leningrado durante el

cercos alemán también alimentaran la creencia de que no todos los que se refugiaron en Sablinskaya y que escaparon de los alemanes eran supervivientes de los grupos de caníbales que allí moraban, pero lo cierto es que una de esas zonas no autorizadas tiene un inquietante nombre, es conocida como la Sala de los caníbales. El nombre fue puesto por aquellos grupos de personas que vivieron en las cuevas como alimañas durante décadas. La sala, muy poco transitada, está profusamente decorada con cráneos de animales como si esto determinara algún tipo de advertencia. El lugar es realmente inseguro, porque

las autoridades afirman que el techo amenaza con un derrumbe inminente y se desaconseja el acceso. En ese mismo techo, uno se encuentra una escena realmente horrenda, una muñeca colgada y siniestramente decorada que parece advertirnos que el lugar no es seguro; a escasos metros, la cabeza decapitada de un maniquí de mujer cuelga del techo bocabajo en una escena digna de la película de terror más truculenta. A la salida de la Sala de los caníbales, una macabra sorpresa aguarda al viajero: una tumba. En ella reposan los restos de una de las personas que murieron en el interior de ese lugar en extrañas circunstancias. Nadie sabe quién la

enterró y dejó una cruz de hierro en su túmulo. Para algunos, los caníbales de Leningrado aún permanecen vivos en la cueva, al margen del mundo y esperando la oportunidad de atacar a aquellos que deciden salirse de las galerías principales. Quizá vivan como leyendas, como fantasmas, como criaturas del inframundo o puede que como una realidad terrible y censurada por las autoridades, pero si usted, querido lector o lectora tiene algún tipo de inquietud por estos extremos, he de decir que el precio de la visita a esta cueva para cualquier turista es de 550 rublos, unos 8,5 euros. Una cantidad bastante asequible pero que cada año, y

a tenor de la documentación oficial desclasificada, se cobra un mayor precio: la vida de algunos que allí entran y que jamás salen.

ISLANDIA

Skessudrangar, Landdrangar y Langhamrar habían salido de sus cuevas durante la noche y estuvieron arrastrando un barco de tres mástiles hacia la orilla. El trabajo les tomó mucho más tiempo del que habían previsto

y se vieron sorprendidos por el sol. Con la llegada del día, fueron convertidos en piedra.

Leyenda popular islandesa

Cuevas, dioses y monstruos

Me gustaría comenzar con un pequeño ejercicio de imaginación que, a buen seguro, les va a sorprender. Imaginemos que el ministerio de fomento de un gran país europeo decide utilizar una prominente cantidad de dinero público para la construcción de una larga autovía. Para dicha obra se desvía el tráfico, se instala gran cantidad de maquinaria pesada con su

correspondiente equipo electrógeno, se contrata a decenas de operarios que trabajan día y noche, se traslada y se utiliza gran cantidad de material de construcción y, en consecuencia, se generan los consabidos inconvenientes para quienes tienen que utilizar su coche o los que viven en las proximidades de la obra al tener que tomar desvíos y caminos secundarios. Imaginemos que pasan los meses y la construcción de la autovía se encuentra a más del cincuenta por cien, cuando, de repente, el ministerio decide paralizarla. Ante este panorama, sería lícito pensar en una falta de presupuesto o tal vez en un tejemaneje político. Pero continuemos.

Imaginemos que no solo se detienen, sino que se propone cambiar el trazado asumiendo, de nuevo con dinero público, el traslado de todo lo anteriormente mencionado a una nueva ubicación. Maquinaria, equipos, materiales de construcción, nuevo reordenamiento del tráfico y, por supuesto, nuevo quebradero de cabeza para los vecinos. Podría aventurarse que quizá un trazado erróneo, un presupuesto elevado o quizá fallos estructurales fuesen la causa. Sin embargo, como este es un juego de imaginación, imaginemos que el responsable de la construcción revela que el verdadero motivo de la paralización de la autovía, lo que ha

provocado el coste de cientos de miles de euros al ciudadano ha sido lo siguiente: «Hemos paralizado la obra porque hay personas que afirman que el trazado de la carretera pasa por una zona donde viven duendes». Imaginemos que en este despropósito la ciudadanía respondiera no solo con cierta credulidad, sino que llegara al punto de que hombres mujeres y niños fueran a ese lugar para encadenarse a las rocas, tumbarse delante de los equipos de construcción y enfrentarse a quien hiciera falta con tal de proteger una zona porque les han dicho que allí viven duendes. Pero vayamos más allá en este loco juego e imaginemos que esas

mismas personas fueran con tan extravagante argumento nada más y nada menos que al tribunal supremo de su país para que admitiera a trámite la queja y paralizara la obra. Y, ahora, déjese llevar por su imaginación más desbordante y conciba que el resultado de tal descabellada propuesta a este organismo judicial, lejos de ser desestimada, fuera admitida sin ningún tipo de vacilación para que un equipo de jueces, fiscales y abogados dirimieran si de verdad debía paralizarse la construcción de esa autovía con el argumento de que en la zona podrían vivir esos seres y su mitológico hogar podría ser destruido. Pero no contentos

con esto, imaginemos que la principal testigo de la defensa de esta idea fuera una vidente que afirmara que es capaz de comunicarse con estos seres. Y, puestos a imaginar, imagine usted que el tribunal supremo diera por ciertos estos argumentos y finalmente consintiera desviar las obras de tan costosa autovía en pos de la preservación de un supuesto hogar de duendes. A toda esta historia, querido lector, no le dé muchas vueltas porque, al fin y al cabo, esto ha sido un ejercicio de imaginación, ¿verdad? Bien, pues deje de imaginar porque lo que acabo de describir ocurrió de verdad.

El pueblo escondido

A principios de diciembre del año 2013, en Islandia, se paralizaron las obras de la autovía que conectaba la península de Álftanes con el extrarradio de la capital, Reikiavik, porque un nutrido grupo de personas de una asociación llamada Amigos de la Lava protestó ante las autoridades porque, según su creencia, la autovía iba a destruir una zona donde habitan los elfos islandeses. Una autoproclamada vidente, llamada Ragnhildur Jonsdottir, afirmó ser capaz de comunicarse con esos pequeños seres y transmitió la inquietud de los elfos por ver destruido su hogar. A pesar de lo

inverosímil de la propuesta, la noticia caló tan profundamente en el pueblo islandés que decenas de personas no dudaron en presentarse en el punto indicado por la vidente para impedir que la autovía pasara por allí. Islandia se había convertido en un auténtico clamor para que los duendes de la zona y su hogar fueran respetados. A tal defensa se sumaron miles de personas, incluidos profesores de la propia Universidad de Islandia como Terry Gunnell, experto folclorista que llegó a afirmar que «todo el mundo es consciente de que la tierra está viva, y se puede decir que las historias de personas ocultas son ciertas, por lo que

la necesidad de trabajar cuidadosamente con ellos refleja el entendimiento de que la tierra exige respeto».

Esas personas ocultas a las que alude Terry Gunnell son las conocidas en Islandia como *huldufólk*, cuyo significado es «el pueblo oculto». La situación fue tal que el propio responsable de la Administración de Carreteras y Costas Islandesas, Petur Matthiasson, tuvo que ceder ante la avalancha generada por la ciudadanía para defender el hogar de estas personas, y llegó a asegurar que intentarían ubicar la construcción de la autovía en una nueva localización. Además, Petur no solo dio credibilidad

a la existencia de estas criaturas, sino que llegó a sospechar que los duendes habían causado daños en la maquinaria de construcción y provocado una serie de accidentes entre los trabajadores. Se asegura que hay ejemplos de ello a lo largo de la reciente historia islandesa. Por ejemplo, a finales de 1930, la construcción de una carretera que debía atravesar el pueblo de Kópavogur disponía de un trazado donde un pequeño montículo de terreno debía ser destruido para dar paso al asfalto. Para los habitantes del pueblo, este montículo era un *alfholl* (lugar de duendes). La construcción fue como estaba previsto hasta que llegó el momento de demoler

parte del alfholl. El taladro utilizado se rompió en pedazos. Los operarios lo sustituyeron por otro que tuvo igual suerte. Tras esto, fueron varios los trabajadores que sufrieron diferentes accidentes cerca de ese lugar, por lo que se negaron a trabajar con cualquier herramienta cerca del montículo de roca. Finalmente, el trazado final de la carretera se estrechó para poder esquivarlo. Pero hay más casos. En 1982, 150 islandeses fueron nada más y nada menos que a la base de la OTAN en Keflavík para buscar, según ellos, elfos que pudieran estar en peligro por los aviones. En el año 2004, la Corporación de Aluminio de América

(ALCOA) debió contar con un experto gubernamental que certificara que el lugar donde iba a iniciar unas obras para construir una fundición de aluminio estaba libre de restos arqueológicos, incluidos aquellos lugares relacionados con «el pueblo escondido». En 2011, algunos creyeron que los elfos fueron los responsables de un incidente ocurrido en el pequeño pueblo de pescadores de Bolungarvik, donde las calles comenzaron a verse inundadas por una auténtica lluvia de piedras y rocas. Esta sucesión de incidentes nos lleva hasta diciembre de 2013, a la anteriormente mencionada autovía. En este caso, para los Amigos de la Lava,

el hecho de que los islandeses e incluso algunas instituciones se volcaran con su causa no era suficiente, así que llevaron el asunto hasta el Tribunal Supremo islandés y presentaron una demanda contra la construcción de la autovía alegando el impacto ambiental y el efecto negativo para la cultura de los elfos. En dicha demanda se incluía que la vidente había ratificado, mediante contacto mental, que en ese lugar existía incluso un templo élfico que debía ser protegido. Con estas premisas aparentemente tan alocadas, la sorpresa fue que el Tribunal Supremo islandés

admitió a trámite la demanda para que elfos y duendes fueran defendidos por las leyes de los hombres.

¿Cómo es posible que esto ocurriera? La explicación la encontramos en las creencias profundamente arraigadas de un pueblo, el islandés, cuya vida está íntimamente ligada a la tierra y cuyos habitantes, apenas 320.000 en todo el país, dependen los unos de los otros, y se protegen y ayudan mutuamente, a tal punto que los delitos son prácticamente inexistentes. Según el informe global de homicidios de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés), la

tasa de homicidios en Islandia no subió ningún año por encima de 1,8 por cada 100.000 habitantes. La policía no va armada y los únicos agentes que pueden portar armas de fuego son una fuerza especial llamada Escuadrón Vikingo, que actúa en muy pocas ocasiones. Por otro lado, las increíbles fuerzas naturales que se manifiestan en ese país han provocado que, a lo largo de la historia, los islandeses busquen no alterar el equilibrio natural de una tierra inmensamente poderosa, con lagos de lodo hirviendo, fumarolas sulfurosas, géiseres, volcanes, poderosas cascadas o glaciares gigantescos que alimentan la

creencia en una tierra viva que los huldufólk se encargan de mantener a raya para proteger a los hombres.



Desvío de carretera para respetar las rocas donde viven los elfos.

Uno puede no creer, pero ¿quién sabe la verdad absoluta de las cosas? El que fuera presidente de Islandia hasta 2016 llegó a afirmar: «Los islandeses son pocos en número, así que en los viejos tiempos doblamos nuestra población con cuentos de elfos y hadas». A pesar de todas estas creencias (o realidades) paganas, hay que decir que los islandeses llevan mil años siendo cristianos. Una mezcla que se ve claramente representada en la historia que cuenta el nacimiento de los huldufólk. En ella, Adán y Eva fueron visitados por Dios, quien pidió ver a sus hijos. Eva, presurosa ante la importante visita, no había tenido tiempo de lavar a

todos sus hijos, por lo que decidió esconder a dos de ellos para no sentir la vergüenza o el reproche de Dios. Sin embargo, este sabía del engaño de Eva. Al aparecer en la casa, Eva no dudó en presentar solamente a los niños limpios, ante lo cual Dios la interpeló preguntándole si esos eran sus únicos hijos. Eva, temerosa de la reprimenda en caso de que viera a sus hijos sucios, negó su existencia, ante lo cual Dios dictaminó: «Que todo lo que se oculte a mí también sea ocultado a los hombres». Dicho lo cual, sus hijos escondidos se volvieron invisibles y tuvieron que refugiarse en el interior de la tierra.

Esta historia sería la génesis del pueblo escondido, pues los descendientes de esos hijos ocultados por Eva serían los que actualmente habitan colinas, rocas y cuevas. Y los humanos seríamos los descendientes de aquellos niños que sí fueron presentados ante Dios. Aun así, se mantiene la creencia de que el pueblo escondido es capaz de manifestarse a voluntad delante de los humanos siempre que lo considere oportuno. En Islandia pude encontrarme con más de una decena de personas que afirmaban sin ningún tipo de duda que habían visto a alguno de estos moradores de las cuevas y las rocas. De hecho, a finales de 2015,

National Geographic publicó un estudio donde confirmaba que el 54% de los islandeses creían en elfos, pero más sorprendente es que, desde que estos sondeos se realizan, la cifra de «creyentes» ha ido aumentando con el paso de las décadas. Es el caso que recogía el investigador británico Richard Williams sobre un extraño encuentro ocurrido a un maestro de escuela, su primo y varios de sus alumnos, cuando pretendían pasar unos días de acampada en lo alto de una colina cerca de uno de estos alfholl o lugares de duendes.

Tras una noche entre música, juegos y charla, su primo propuso al grupo bajar desde el campamento hasta la base del río en un tractor de grandes dimensiones. Sin duda, para los pequeños, que apenas contaban diez años, eso se convertiría en toda una aventura, por lo que diez de ellos se animaron a la improvisada excursión. Con la lógica animación del momento, iniciaron la ruta descendiendo por la colina. Ante ellos podían divisar un gran descampado de varios kilómetros de extensión que terminaba en el horizonte junto a la base de unas montañas. La inmensa llanura dominaba todo el territorio, no había rastro de presencia

humana más allá de los improvisados aventureros y su tractor. Ni vallas ni edificios ni siquiera zanjas que pudieran indicar que en la zona pudiera vivir alguien, al menos humano. Un gran campo se imponía ante ellos.

Sin embargo, según el relato de los presentes, justo delante de ellos, apareció lo que describieron como una «enorme casa verde» de tales proporciones que llegaron a asegurar que si lo que veían era cierto, estaban ante la casa más grande construida en Islandia. Las ventanas, los marcos, incluso las manecillas, les parecían incomprensiblemente desmesuradas para un ser humano. Estupefactos ante tan

colosal construcción, advirtieron que una inusual luz parecía rodearla. El profesor, junto con alguno de los alumnos, decidió bajarse del tractor para acercarse a la desproporcionada vivienda. Caminaron tímidamente colina abajo mientras se preguntaban cómo era posible que semejante estructura se hubiera construido en mitad de la nada y qué tipo de «gigantes» podrían vivir en su interior. Algunos niños llegaron a asustarse y decidieron dar la vuelta, mientras que los más atrevidos continuaron colina abajo. En ese momento y ante el absoluto estupor de los presentes, la casa desapareció ante sus ojos. Tal como describieron los

testigos: «Estábamos a poco menos de cien metros de aquella casa y, de repente, ante nuestros ojos desapareció, se desvaneció».

Jamás supieron dar una explicación racional a esa extraña experiencia, por lo que solo les quedaba pensar que aquellas historias que les contaron de los huldufólk podrían ser ciertas. Historias que hablan de hasta trece razas diferentes, de entidades que podían tener desde el tamaño de una pequeña hierba hasta varios metros de altura. Historias como las que se cuentan en Hafnarfjörður, la tercera ciudad más grande de Islandia, también conocida como «la ciudad de los elfos». Allí, las

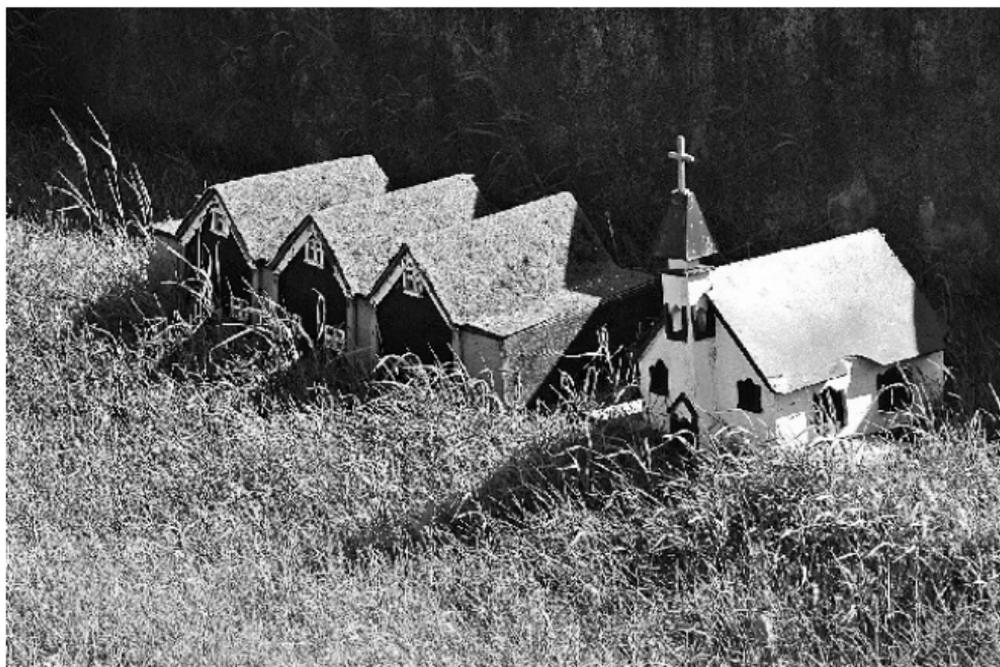
figuras de elfos y duendes decoran muchos de los rincones de la ciudad, pero no solo los elfos artificiales parecen vivir en el lugar. En un parque a las afueras de Hafnarfjörður existe una cueva que, según sus habitantes, es la entrada a ese mundo invisible y de cuyos moradores han sido testigos numerosas personas. Uno de los casos más nombrados fue el ocurrido casualmente a una chica española cuando, junto con un guía local, se adentró en ella. El suceso, ocurrido en el año 2012, es utilizado para reafirmar el convencimiento de que el pueblo escondido es mucho más que una simple tradición popular. Según Sibba

Karlsdottir, una guía local, la chica española estaba realmente interesada en penetrar en la cueva, según sus palabras, quería comprobar si realmente allí existía algún tipo de criatura que pudiera asemejarse a las descritas en las creencias islandesas. La gruta, cuya entrada no es demasiado grande y que solo permite el paso de una persona, fue atravesada por la chica en busca de estos seres. Los que se quedaron fuera aseguran que escucharon un grito aterrador. El lógico desconcierto se hizo notar en el grupo, que se preguntó de inmediato y con temor si le habría ocurrido algo. Cuando se disponían a entrar en la cueva, la chica española, de

la cual no recuerdan el nombre, salió despavorida, con rostro desencajado y temblando. Esta aseguró a los presentes que su linterna había alumbrado a unos grandes ojos que la observaban fijamente, una mirada que, afirmaba, pertenecían a un ser de baja estatura de rostro humano pero dotado de unos ojos desmesuradamente grandes para su tamaño. En ese instante, todos los presentes enmudecieron con el relato, que, lejos de animarlos a comprobar su veracidad, los hizo abandonar la entrada de la cueva contagiados por el estado de nervios de la española. Este hecho se suma al que, aseguran, sucedió en un abrigo de roca que bordea el parque

infantil de la ciudad. En ese punto, narran que una mujer, de la cual tampoco facilitan datos, comenzó a escuchar el desconsolado llanto de un niño. Abrumada por el desgarrador lloro, comenzó a buscar al pequeño entre las rocas. Sin embargo, a pesar de escucharlo claramente, parecía ser incapaz de ubicar el punto exacto donde el niño se encontraba. Desconcertada, estuvo varios minutos intentando aclarar el misterio hasta que decidió acercarse a la misma pared de roca, y allí, con estupor, comprobó que los llantos provenían directamente del interior de la piedra, como si alguien habitara en ella o como si la propia piedra tuviera un

alma que se manifestaba como el llanto de un niño. Tras este descubrimiento, la mujer, lejos de asustarse, pidió con voz dulce a quien escuchaba que se calmara y dejara de llorar, algo que al parecer tuvo el efecto deseado.



Casa para elfos.

Lo cierto es que muchos islandeses han afirmado tener experiencias similares a las descritas, tanto es así, que Islandia puede presumir de tener un mapa oficial en una página web donde los usuarios pueden reportar y marcar el lugar exacto donde han tenido el encuentro con una de estas criaturas. Un proyecto fundado nada más y nada menos que por el Concilio de Ciencias de Islandia bajo el título de *Sagnagrunnur* y promovido por la propia Universidad de Islandia y el Real Instituto de Tecnología, también conocido como Kungliga, cuya sede se

encuentra en la Universidad de Estocolmo, además de estar apoyado por la Universidad de Rannis. Un mapa que recoge no solamente el encuentro con los huldufólk, sino con otro tipo de criaturas como trölls, sæbúar (sirenas), skrímslis (monstruos malignos), afturgöngur (fantasmas), kölski (demonios), draugar (no muertos). Un mapa que tiene miles de entradas y puntos marcados donde se señala, no solo el emplazamiento exacto, sino el tipo de criatura que fue observada.

Esto, sin duda, me lleva a una reflexión. El mundo moderno que vivimos nos aparta poco a poco de las tradiciones, de las leyendas y los mitos,

para decirnos que ese tipo de historias no son ciertas, que no hay que creer en ellas. Los miembros de ciertas tribus del Amazonas afirman que en la selva habitan espíritus tan protectores como vengativos y que arrasarla es romper ese equilibrio que une al hombre con el mundo de esos mismos espíritus. De hecho, para algunas tribus, destruir la selva es como quitarle la piel al mundo. Vivimos en una sociedad excesivamente tecnificada y globalizada donde solo lo empíricamente demostrable tiene validez, y nos expulsa del mundo mágico y de las historias que navegan en las aguas de lo sobrenatural. El pensamiento ortodoxo nos dice que esas cosas no

existen, que son cuentos para niños, que las criaturas de la naturaleza son invenciones de una época llena de ignorantes y supersticiosos. Nos dicen que la magia ya no es magia, sino supercherías y engaños. Los responsables de este planeta globalizado nos dicen que olvidemos ese mundo invisible, que no creamos en su existencia. Querido lector, ya no queda espacio para la fantasía, ni queda espacio para imaginar que lo fantástico pueda ser una realidad. Parece que hemos olvidado que la creencia en estas historias nos proporcionó consciencia, y nos obligó a conservar y proteger aquello que nos da la vida como el agua,

la tierra y el aire. Todos ellos son elementos que antaño disponían de un alma y una personalidad propias. Sin embargo, ya no es tiempo de creer. En las escuelas se imparten conocimientos, se enseñan al alumno las partes de un árbol o una flor, pero no se les enseña que las antiguas tradiciones hablaban de seres que habitaban bajo ellas, por lo que era nuestra obligación respetarlos. Ahora, ya no es tiempo de creer en leyendas y seres ocultos que viven en la tierra. ¿Qué nos impide, pues, quitarle la piel al mundo?

Snæfellsjökull. La entrada al centro

de la tierra

«—Sígueme por la costa occidental de la isla. ¿Ves su capital, Reykiavik? Bien; pues remonta los innumerables fiordos de estas costas escarpadas por el mar, y detente un momento debajo del grado 75 de latitud. ¿Qué ves?

»—Una especie de península que semeja un hueso pelado y termina en una rótula enorme.

»—Pues ese es el Sneffels.

»—¿El Sneffels?

»—Sí, una montaña de 5.000 pies de elevación. Una de las más notables de la isla, y, a buen seguro, la más

célebre del mundo entero, si su cráter conduce al centro del globo.»

Si hablamos de Islandia y los misterios que se ocultan bajo tierra, es inevitable remitirse al momento en que los protagonistas de la afamada novela de Julio Verne *Viaje al centro de la Tierra*, publicada en 1864, observan por primera vez el lugar donde un enigmático criptograma señala la entrada al mismo centro de la tierra. Un glaciar a las faldas de un volcán dispensaba la cueva que ocultaba un mundo plagado de animales creídos extintos, vegetaciones exuberantes, seres

semihumanos gigantescos, iluminado por un fenómeno eléctrico desconocido y bañado por ríos y un gran mar interior.

Lo cierto es que la entrada a ese mundo tan solo se encuentra a unos 120 kilómetros de la capital, Reikiavik, en la conocida península de Snæfellsnes. Esta fue creada hace miles de años, cuando de las entrañas de la tierra surgió el volcán Snæfells, cuya última erupción los expertos datan sobre el año 200. Con una altitud de 1.446 metros sobre el nivel del mar, es una de las montañas más altas de la península, con la característica, incluso, de poseer un glaciar en su cima en donde se situaría la conocida y literaria entrada al centro

de la tierra. Para los islandeses, el volcán es todo un icono y ha provocado que muchas personas amantes del misterio creen que es el centro de un campo de fuerzas especial, el epicentro de algún tipo de poderosa energía telúrica capaz de dotar a la península donde se asienta de las más variadas propiedades. Esto solo sería una leyenda más de no ser porque a lo largo y ancho de la península de Snæfellsnes existen gran cantidad de lugares mágicos, sagrados o terribles. Las particularidades geológicas, las aguas que emanan de la tierra, los cráteres inundados de agua o la costa más abrupta y salvaje han sido objeto de las

más diversas historias relacionadas con cavidades y mundos subterráneos donde habitan desde seres etéreos y diminutos hasta grandes gigantes semihumanos. ¿Es posible que Julio Verne hubiera sido conocedor de tales leyendas? A tenor de lo que expondré a continuación, parece indicar que quizá pudo ser así.

Lo cierto es que, para los islandeses, la península Snæfellsnes está protegida por un guardián, un ser de proporciones gigantescas que viviría en un mundo subterráneo bajo ese mismo lugar. Esta leyenda afirma que existe una criatura llamada Bárður Snæfellsás. Su padre, el rey Dumbur, era un titán, pero su madre era humana. Cuentan las sagas

islandesas que esta criatura llegó a la península en el siglo IX y allí comenzó a explorar la zona hasta que encontró una gran cueva mágica donde los sonidos y las voces rebotaban en sus paredes dando la sensación de que la cueva llegaba a «cantar» por la multitud de ecos que se producían. Hay que decir que, lejos de ser una leyenda, esta cueva existe; es la denominada Sönghellir Cave (cueva que canta), un lugar que realmente impresiona por el extraordinario comportamiento de los sonidos en su interior. Hoy sabemos que esto es producto de las peculiaridades geológicas de la cueva; sin embargo, no es de extrañar que hace siglos se

pensara que esos ecos provenían de algún tipo de entidad que vivía en lo más profundo de la caverna, quizá en un mundo subterráneo lejos de la vista de los hombres. En este sentido, hay que decir que aún hoy en día hay personas que creen en este extremo. Tanto es así, que en las propias paredes de la cueva existen nombres e inscripciones rúnicas de más de quinientos años. Según las sagas, este ser medio humano llegaría a vivir largo tiempo en la zona. De hecho, la tradición nos dice que fue su propio apellido, Snæfellsás, el que dio el nombre definitivo a la península. De este gigante se dice que solía bañarse en un punto conocido como «la piscina de

Bárðarlaug», que es, en realidad, un gran cráter producto de la explosiva actividad volcánica de la zona. Dicho cráter, inundado ahora por aguas permanentes en verano y hielo en invierno, es el lugar donde la leyenda cuenta que Bárður desapareció, adentrándose en sus aguas y penetrando en alguna cavidad más allá de su fondo. Este cráter sería, pues, la puerta al inframundo desde donde esta entidad protegería toda la península. ¿Podría ser esta puerta la verdadera entrada al centro de la tierra de Julio Verne? Lo cierto es que las maravillas que se cuentan en la novela sobre ese mundo bajo tierra bien pudieran tener su propio

reflejo en la superficie. Es tanta la cantidad de agua que emana de la tierra en diferentes puntos de la península, que no extrañaría pensar que bajo la tierra se encuentra un auténtico mar, tal como describe Julio Verne. Algunas de ellas llegan carbonatadas a la superficie, y su pureza es tan extrema que la gente la puede beber directamente del suelo. Quizá por esta razón son muchos los que afirman que el agua que emana alrededor del volcán tiene propiedades curativas y casi milagrosas. Esto ha hecho que, durante más de cien años, los agricultores la hayan utilizado asegurando que, con sus enigmáticas propiedades, la cosecha aumenta en

cantidad y calidad. Pero si tenemos que hablar de aguas milagrosas, hay que decir que la península de Snæfellsnes ha tenido incluso su propia aparición mariana. Un hecho tan poco conocido como sin precedentes en el país. No muy lejos del volcán, a apenas seis kilómetros al sur y pegado a la costa, un punto llama la atención. Sobre la loma de un monte, aguas subterráneas emanan en forma de manantial. Lo sorprendente es lo que nos encontramos custodiando sus aguas: la blanca talla de una Virgen nos revela uno de esos acontecimientos extraordinarios donde lo sobrenatural es llevado al terreno religioso. Según esta historia, el obispo Guðmundur el Bueno,

un influyente religioso en la Islandia medieval, tuvo una visión en el año 1230. Según su relato, se dio de bruces con una figura blanquecina y resplandeciente que parecía levitar encima de las aguas de un manantial. Como buen religioso, el obispo creyó ver, sin duda, la imagen de la Virgen María, a la que acompañaban lo que describió como dos seres pequeños y luminosos. Antes de que pudiera reaccionar, las entidades se dirigieron al obispo y le ordenaron consagrar las aguas de ese manantial. Él, temeroso de la supuesta Virgen y de sus dos acompañantes, tomó su cruz e inmediatamente consagró las aguas. Tras

esta experiencia, la saga narra cómo el obispo utilizaba el líquido del manantial para curar a sus feligreses enfermos, y recoge varias curaciones milagrosas con el simple contacto de unas gotas sobre la piel. Desde entonces, se dice que el manantial jamás se ha secado y que sigue conteniendo esas propiedades curativas. ¿Qué fue lo que vio realmente el obispo? ¿Una verdadera aparición mariana o algún otro tipo de entidad de origen desconocido? Los que creen en los huldufólk afirman que pudo ser la manifestación de estas entidades, cuyo reino está bajo la tierra.



Monumento a Bárður.

Este no es el único lugar sagrado en torno al volcán. Muy cerca de él se encuentra el monte Stapafell. Allí, de nuevo, las creencias en fuerzas sobrenaturales y elementos energéticos se dan cita como otro gran lugar de

poder, algo que parecía ser reconocido por los antiguos vikingos, quienes colocaron en su cima una piedra llamada Fellskross, a la que se atribuyen grandes poderes sagrados. Pero no solo eso, este monte tendría en algún lugar una entrada, grieta o cueva hacia el mundo del «pueblo escondido». Como vemos, las referencias a diversos lugares como puertas a un lugar oculto bajo tierra son constantes, como la colina Svalþúfa, en cuyo interior se cree que viven elfos. De hecho, hay que decir que las autoridades han prohibido expresamente cortar la hierba en ese lugar para no importunar a estos seres invisibles. Pero sigamos. Otro punto clave en esa lengua de tierra

es el monte Helgafell. Se dice que en tiempos remotos los islandeses de edad avanzada se retiraban a ese lugar cuando veían próxima su muerte. A día de hoy, se asegura que a quien corone su cima, a tan solo 73 metros, y camine tres veces en el sentido contrario a las agujas del reloj alrededor de una vieja tumba situada en lo alto, se le podrá conceder un deseo, pero a cambio deberá bajar el monte sin hablar con nadie, sin mirar atrás y sin tener malos pensamientos. Si se consigue, los elfos se lo concederán. Pero no solo este lugar está habitado por supuestos seres que tienen su mundo bajo la tierra, sino que también ha sido visitado por personajes históricos bien

conocidos como Cristóbal Colón. Se cree que durante el invierno de 1477 a 1478 Colón arribó a sus costas, en concreto a la zona de Ingjaldshóll, donde recabó información sobre los vikingos y según parece mostró un profundo interés por Leif, *el Afortunado*, de quien se dice que ya había llegado a América.

Como podemos comprobar, los enclaves mágicos que aseguran poseer puertas a un mundo subterráneo en la península de Snæfellsnes son numerosos. Tanto es así, que el anteriormente mencionado mapa oficial de avistamientos insólitos en relación a los habitantes de este mundo oculto

recoge más de 300 testimonios. En ese mismo mapa están registrados numerosos casos de encuentros con algunas figuras diabólicas. Fantasmas, monstruos e incluso el mismo diablo, del que dicen fue visto en lo más alto del volcán; criaturas que viven en el subsuelo; lagartos gigantes, monstruos marinos, de ríos y lagos... También se recogen testimonios de la presencia de hombres que parecieran haber viajado en el tiempo desde una época prehistórica hasta la nuestra. Todo ello justificaría que los protagonistas de la novela de Verne se toparan con grandes lagartos y saurios marinos que incluso lucharían en ese hipotético mar

subterráneo. Pero si existe una figura que destaca entre todas por su crueldad, ese es el draugr: un ser tan terrible como real para los islandeses. De hecho, se cree que un draugr fue el responsable de que Islandia tuviera el primer y único asesino en serie de su historia, y es precisamente en la península de Snæfellsnes, una vez más, donde encontramos los vestigios de este asesino.

Una gran pila de piedras amontonadas que alcanza varios metros de altura, situada muy cerca del balcón del cráter del Snæfells, guarda un oscuro secreto. Quizá pudiera representar algún tipo de enclave esotérico o de poder; sin

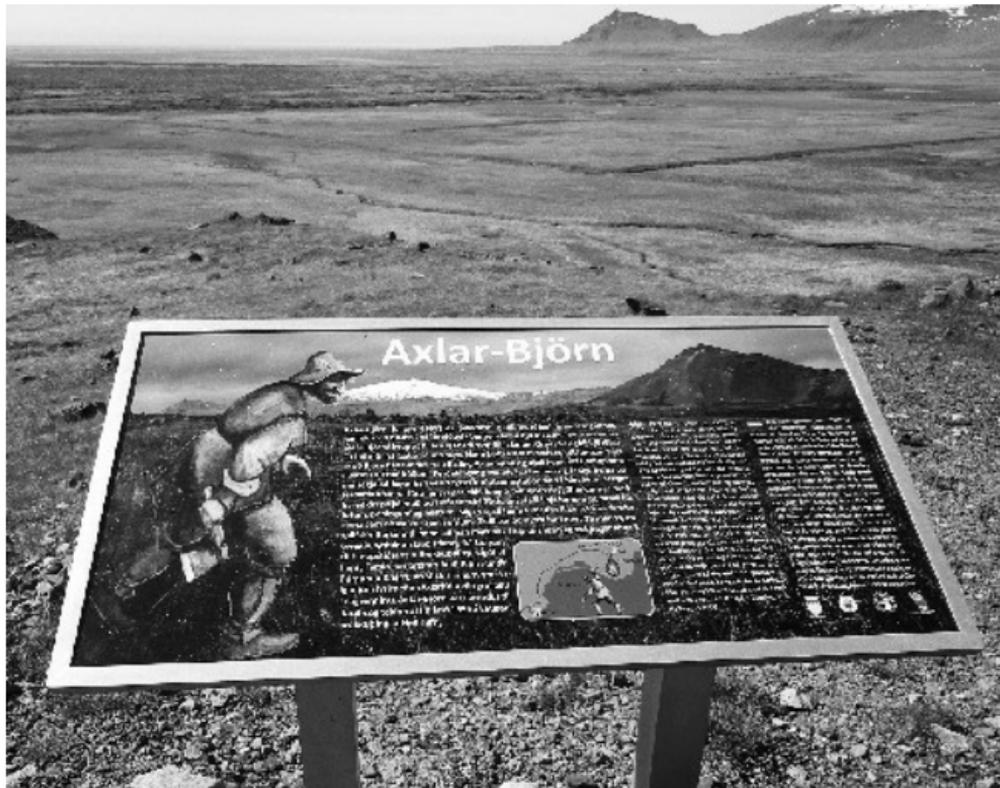
embargo, las piedras esconden algo que recuerda a un pasado oscuro, siniestro y diabólico, ya que bajo ellas están depositados los restos mortales del asesino en serie más notorio (y único) de toda Islandia. Axlar-Björn fue conocido también como «el hombre oso», un nombre sacado de un personaje del folclore islandés cuya naturaleza demoniaca dicen que poseyó a Axlar desde su nacimiento, aunque otros afirman que, en realidad, fue poseído por un draugr, un ser cuya realidad desvelaré más adelante. Sus fechorías se remontan a finales del siglo XVI, cuando este granjero nacido en 1555 aprovechaba el paso de turistas o

viajeros por su granja para acabar con su vida a hachazos. Su modus operandi siempre era el mismo: sabía que el lugar representaba serias dificultades para aquellos que no conocían el terrero; los caminos tortuosos y la falta de conocimientos de la zona por parte de los turistas hacían que, al final, su granja fuera el lugar adonde muchos de estos desorientados viajeros acudían para que algún morador local los guiara. Lo apartado de su vivienda hacía que no hubiera miradas indiscretas que inoportunamente pudieran ser testigos de lo que Axlar entendía como «ayuda» al viajero. Siempre con engaños, el granjero invitaba a los que llamaban a

su puerta a pasar con la excusa de ofrecerles la información que solicitaban. Lo que no sabían estos incautos era que jamás volverían a salir. Cuando Axlar cerraba la puerta cogía inmediatamente su hacha, dicen algunos que una poderosa fuerza lo poseía en ese instante, al menos así lo afirmó su propia esposa, Pórdís, a la que posteriormente acusaron de cómplice de los asesinatos. Ya con su arma en la mano, atacaba de manera cruel y despiadada hasta acabar con la vida de su invitado. Según parece, la idea era robar a estos viajeros y, posteriormente, arrojar los cadáveres a un lago cercano a su granja. Sin embargo, también

buscaba en estas muertes algo mucho más siniestro e inquietante, algo que si continúan leyendo terminarán por descubrir. El número de muertes atribuidas a Axlar varía, según las fuentes, entre nueve y dieciocho personas. Hombres, mujeres y niños cayeron bajo el afilado golpe de su hacha hasta que su sangría fue descubierta en 1596, cuando unos viajeros consiguieron huir de sus garras. Estos dieron aviso a las autoridades, las cuales, al presentarse en su granja, pudieron comprobar cómo el asesino ni siquiera se había molestado en esconder los cuerpos de las víctimas anteriores, que flotaban en estado de

descomposición en el cercano lago. Axlar fue descubierto y enjuiciado, y en el proceso confesó haber matado a su primera víctima a los catorce años. Tras esto, fue condenado a muerte. Þórdís, su mujer, aunque fue condenada por complicidad, se libró de la pena capital por estar embarazada, detalle este que, aunque no parezca relevante, ha marcado la vida de los islandeses. De nuevo, algo que usted descubrirá si sigue adelante con la lectura.



Axlar-Björn.

La ejecución de Axlar consistió en romperle primero los huesos con un martillo, posteriormente ser decapitado y colgado bocabajo para después cortar

su cuerpo en pedazos. Tal castigo no solo era consecuencia de haber acabado con la vida de aquellos infortunados que se paraban en su granja, sino que Axlar, tal como citaba anteriormente, tenía un motivo realmente oscuro más allá del robo: una irrefrenable pulsión sexual por beber la sangre de sus víctimas, a las cuales prácticamente desangraba para alimentarse, lo que al mismo tiempo le producía una profunda excitación. Eso hizo que sus contemporáneos llegaran a pensar que había sido poseído por una entidad maligna y profundamente poderosa. Una entidad que utilizaría el cuerpo de Axlar para saciar su sed de sangre. Para los

islandeses, Axlar era en realidad un draugr, un auténtico vampiro, el cual debía ser atado para siempre bajo tierra. El castigo no solo terminó con la destrucción de su cuerpo, sino que parte del mismo fue enterrado bajo cientos de piedras para que sus restos no pudieran volver de entre los muertos y seguir saciando su sed de sangre. Allí, no solo estaría enterrado, sino también custodiado por el guardián de la península, Bárður, quien se encargaría de llevárselo a su mundo subterráneo y encarcelarlo para siempre en caso de que se le ocurriera regresar de entre los muertos. Pero por si esto no fuera suficiente, el profundo miedo a que este

personaje saliera de su tumba fue tan extremo que otras dos partes de su cuerpo fueron enterradas en lugares diferentes y alejadas entre sí, también bajo centenares de piedras. Sin embargo, su sangriento legado, lejos de terminar en esa misma tierra, ha conseguido llegar hasta nuestros días casi quinientos años después de su ejecución. Un legado del que muchos islandeses son portadores.

Si ha llegado hasta aquí en la lectura, es buen momento para desvelar la importancia del aparentemente insignificante detalle del perdón a la mujer del asesino por estar embarazada. La mujer de Axlar alumbró a un hijo al

que llamó Sveinn Skotti Björnsson, el cual, de alguna manera, heredó la naturaleza criminal de su padre, y llegó a convertirse en un ladrón, violador y quien sabe si en portador de uno de esos draugr. Sveinn terminaría su vida ejecutado, en este caso en la horca, en 1648, tras ser detenido cuando estaba a punto de consumar una de esas violaciones. Pero el legado criminal de Axlar también saltó a la siguiente generación, ya que Sveinn también tuvo un hijo, llamado Gísli Hrókur Sveinsson, el cual, curiosamente, acabó su último día colgado de una soga por diferentes crímenes en los que muchos quisieron ver la mano ejecutora de un

draugr. Esta oleada de actos perpetrados por padre, madre, hijo y nieto en un país donde la delincuencia incluso hoy en día es casi inexistente, derivó en la preocupación popular de si el posible trastorno que llevó a cometer estos actos delictivos a esta familia estuviera ligado a algún tipo de propensión genética. Una preocupación que fue en aumento al conocerse que la mujer de Axlar no fue la única persona con la que tuvo relaciones el asesino. Antes de ser capturado y ejecutado, tuvo una prolífica vida sexual; se dice que llegó a tener 313 hijos. Esto llevó a un estudio genético en el que se descubrió que cerca de 20.000 islandeses, en la

actualidad, son descendientes de Axlar-Björn. La preocupación ante estos datos llegó a tal extremo que el Gobierno facilitó una página web a través de la cual, rellinando una serie de datos personales y familiares, se informaba al usuario de si realmente era un descendiente de este asesino en serie. Teniendo en cuenta la demostrada creencia por parte de los islandeses en las criaturas de su mitología, la pregunta era más que justificada: ¿podría alguno de sus descendientes actuales albergar la semilla del terrible draugr en su cuerpo? Una leyenda recogida por el folclorista del siglo XVI Jón Árnason, contemporáneo de este asesino, reveló

en un escrito que la verdadera causa de que Axlar se convirtiera en este «hombre oso» o en ese draugr, estaría oculta en el hacha con la que mataba a sus víctimas. El hacha tenía la terrible capacidad de transformar en un asesino a quien la poseyera. Jón Árnason llegó a señalar el paradero del arma en el interior de una gruta en el monte Axlarhyrna, situado justamente por encima de la granja donde cometió sus crímenes, aunque lo cierto es que jamás llegó a descubrirse tal gruta. Para los que creen en esta historia, esta herramienta maldita aún permanece oculta en el interior de alguna cueva o grieta y produce en el alma de sus

defensores el temor de que algún día alguien la encuentre y decida sujetarla de nuevo. En relación a esto, hay que decir que actualmente existe una granja llamada Öxl justo en el lugar donde ocurrieron estos terribles asesinatos. Quizá sus dueños guarden entre sus herramientas, sin saberlo, el último legado de Axlar, el único asesino en serie documentado de la historia de Islandia, pero no por ello el único draugr que ha conocido esta tierra de hielo.

Draugr. Los que caminan de nuevo

Thorhall Grimson era dueño de un gran número de ovejas en la pequeña localidad de Forsaeludal, en la Islandia del siglo x. Desesperado, era incapaz de retener durante mucho tiempo a los pastores que trabajaban para él. Aquellos que no desaparecían de manera misteriosa, se despedían de su oficio sin decir palabra ni cobrar y, cuando no era así, renunciaban al trabajo porque aseguraban que, mientras estaban en pleno monte cuidando del ganado, algo había intentado atacarlos. Thorhall, invadido por el desconcierto, pidió consejo al hombre de leyes del pueblo, Skapti Toroddsson, el cual, no dudó un instante en decirle estas

palabras: «Tiene que haber algún espíritu maligno si los hombres ya no están dispuestos a cuidar tus rebaños. Ahora bien, puesto que has llegado a mí en busca de consejo, voy a conseguirte un pastor. Su nombre es Glámr, ha venido de Sylgsdale, en Suecia. Es un hombre grande y fuerte».

Aquel día poco sabía el desdichado de Glámr del infortunio que le esperaba, pero menos aún podía imaginar que su historia permanecería escrita para siempre en las sagas islandesas, cuyos analistas han decretado como los documentos

históricos más fiables sobre los acontecimientos acaecidos en ese país desde antiguo.

El mismo día que Glámr fue contratado, comenzó su labor de pastoreo de ovejas por los deshabitados montes de la localidad de Forsaeludal sin que nada perturbara su trabajo, nada que pudiera indicar una amenaza lo suficientemente poderosa como para abandonar una labor tan calmada como esa. Glámr se había parado a contemplar las vistas de la localidad desde un pequeño abrigo de montaña situado a escasos kilómetros del camino por donde tenía previsto su regreso. Ese lugar no era habitual para el pastoreo,

pero a Glámr le pareció una buena zona desde donde contemplar una vista inmejorable de casi todo el valle. Tras él, en el abrigo de montaña, una pequeña oquedad se abría entre las rocas en lo que parecía la estrecha entrada a una cueva. Se decía que, de vez en cuando, alguna cabeza de ganado se adentraba en ella y no conseguía salir, perdiéndose para siempre, por lo que la estrategia era que el pastor se mantuviera frente a la boca de la cueva, dándole la espalda y, así, controlar que ninguna res se aventurara en su interior.

Glámr, dando la espalda a la entrada de la caverna, casi podía notar en su nuca la humedad y el fresco

ambiente que emanaba del interior. Sin embargo, entre las tinieblas de la cueva, algo estaba acechando al infortunado pastor sueco. Era un draugr, una criatura que la propia mitología islandesa describe como un ser de una fuerza sobrehumana, capaz de crecer a voluntad, de aspecto más parecido al de un cadáver en putrefacción que un ser humano y cuyo hedor lleva consigo el mismo aliento de la muerte. Glámr percibió ese hedor cuando ya era tarde. En un rápido movimiento, «aquello» se colocó tras la espalda del pastor, a quien atrapó entre sus potentes brazos. Glámr, a pesar de su imponente físico, no pudo rebatir la embestida del draugr,

que, con su poderosa fuerza comenzó a apretar el torso del pastor. La presión produjo el crujido sordo de sus costillas, la rotura de su húmero izquierdo y la dislocación inmediata de su hombro derecho. Los huesos se clavaron en sus pulmones atravesando la pleura como si fuese mantequilla, mientras una leve tos inundada de sangre sobresalía de la boca del pastor. Glámr ya estaba condenado, su pecho implosionó al partirse el esternón debido a la poderosa presión, y su corazón, ya sin escudos, se licuó prácticamente en su pecho. En ese último latido antes de morir, Glámr pudo girar la cabeza y observar los terribles

ojos del draugr. Unos ojos sin iris ni pupilas, totalmente blancos, que aun así parecían disfrutar de su último aliento. Los ojos de esa extraña figura serían lo último que este pastor vería en su vida, y su mirada se clavaría en su mente con la misma fuerza que la mandíbula de ese extraño atacante llegó a clavarse en su cuello.

Las ovejas no habían sido encerradas y la noche acechaba en el valle, por lo que Thorhall Grimson, el dueño del ganado, temeroso de que Glámr hubiera huido como los anteriores pastores, contrató a algunas buenas gentes de Forsaeludal para ir en su busca. No tardaron mucho en hallar el

cadáver de Glámr, negro, hinchado como un buey y totalmente desangrado; parecía haber sufrido un tormento inimaginable. Las huellas no dejaban ningún tipo de duda de que el pastor había sido arrastrado hasta ser introducido en la cueva, al menos en parte, ya que, por alguna razón desconocida, la mitad de su cuerpo sobresalía al exterior como si quien hubiera realizado tal acto hubiera abandonado el cadáver.

Ante tan horrible escena, las gentes de Forsaeludal aceleraron las gestiones para su enterramiento, el cual fue realizado lejos del camposanto. Una persona que había sido atacada por un

espíritu, un demonio o cualquier criatura maléfica no podía ser enterrada en lugar sagrado. Entre supersticiones y creencias ancestrales, el cuerpo de Glámr fue hendido en la tierra casi como un animal. ¿Qué terrible y siniestro poder había acabado de aquella manera con la vida del pastor? La respuesta a esta pregunta llegaría al tercer día del entierro de Glámr. Porque fueron precisamente tres días lo que tardaron los vecinos en asegurar que, en mitad de la noche, una figura de extrañas características había sido vista por el pueblo. Algunos incluso habían querido ver en ella el rostro del infortunado pastor, pero dueño de un cuerpo

hinchido y deforme. En los siguientes días, los vecinos afirmarían que esa misma criatura había intentado atacarlos, aseverando que efectivamente aquel que les importunaba era el propio Glámr. Diferentes testigos dijeron que Glámr era capaz de elevarse y caminar por los tejados de las casas, romper las ventanas y causar el terror a sus moradores. La escalada de terror fue en aumento, día tras día aparecían cadáveres de personas y animales que habían sido desmembrados. Sus piernas, cabezas o brazos eran arrancados por «algo» con una poderosa fuerza. El temor era evidente, nadie en el pueblo se sentía seguro ni en sus casas ni fuera

de ellas, los entierros se multiplicaron y las gentes de las localidades cercanas temían viajar hasta Forsaeludal por si eran atacados por ese terrible ser. Los vecinos que quedaban vivos decían que Glámr no era un hombre, sino que había poseído el espíritu de un demonio, un draugr, cuyo significado en islandés es «el que camina de nuevo».

Tiempo más tarde, llegaría un visitante al lugar, su nombre era Grettir Sterki Ásmundarson, aunque la historia lo conocería como Grettir, *el Fuerte*. Este personaje absolutamente real fue un guerrero vikingo de Tunga, quien ya desde niño mostraba un perfil autoritario y desafiante. Su biografía nos dice que

mató a su primer hombre a los catorce años como venganza por la muerte de su hermano. Este guerrero, que murió en el año 1031, afirmarí­a antes de su muerte que la desgracia lo persiguió desde el día en que aceptó el encargo de liberar Forsaeludal de las maléfic­as garras del draugr.

Grettir había oído de los diabólicos prodigios que el draugr podía realizar, conocía su descomunal fuerza y, según la tradición, también sabía que el hierro de su espada podía herirlo, pero nunca matarlo. Los vecinos de la localidad pidieron de manera desesperada la ayuda de Grettir, quien era bien conocido por su decisión en el

combate, a lo que él accedió bajo promesa de una buena suma de dinero. Grettir ascendió la colina donde se encontraba la caverna que había sido escenario de la muerte del pastor. Sin pensarlo dos veces, con la luz de una antorcha en una mano y la espada en la otra, encaminó sus pasos al interior de la cueva. Las tinieblas se rompían tímidamente por la luz del fuego mientras la mezcla de humedad y hedor putrefacto se hacía cada vez más evidente, hasta el punto de casi hacer vomitar al guerrero. No tendría que caminar mucho para que una intensa luminosidad lo envolviera. Según lo que se narraba sobre esta criatura, esa

luminosidad era la prueba evidente de que el draugr se encontraba cerca, ya que la luz formaría una barrera entre la tierra de los vivos y la de los muertos. Allí, bajo un alero de roca, vio al draugr cobijado entre las sombras. La criatura, el que antes fue Glámr, se abalanzó sobre el guerrero, que, al mismo tiempo, lanzó un mandoble casi instintivo hacia el cuerpo del monstruo. Su espada cumplió el cometido para el que había sido creada, rasgando la ya putrefacta carne del no muerto, quien a pesar del envite se lanzó sobre Grettir. Monstruo y humano se enzarzaron en una lucha donde cada golpe de espada debilitaba a la criatura impidiéndole ejercer su

poderosa fuerza. Finalmente, el vikingo lanzó un último golpe de espada que tomó contacto directo con el cuello del draugr y lo decapitó en el acto. A pesar de su poderosa fuerza, la carne del draugr, debilitada por la podredumbre, se separó de su cuello con un leve sonido licuado, lo que acabó por hacer que su cuerpo se desplomara de inmediato. Grettir había vencido al monstruo, pero aún nadie estaba a salvo, había que cerciorarse de que el draugr no caminara de nuevo por la tierra de los vivos. La saga de Eyrbyggja nos cuenta que la criatura fue arrastrada en un carro por dos bueyes, que, imbuidos por la latente maldad de su carga,

murieron nada más llegar al punto donde sería enterrado, incluso algunos animales que se acercaron al sepelio se volvieron locos y aullaron hasta morir.



Grettir el Fuerte.

Tras el enterramiento, Grettir abandonó Forsaeludal, no sin antes escuchar historias similares de aquellos que «caminan de nuevo» y que al parecer habían llegado a importunar a los vivos en diferentes partes de Islandia. Un guerrero que, como relataba anteriormente, fue real y sufrió diferentes desgracias en su vida que atribuyó a que la lucha con el draugr lo había maldecido, justo hasta el día de su muerte en 1031.

Esta es la historia de Glámr, el pastor sueco que llegó a tierras islandesas en el siglo X y que tiene el dudoso honor de convertirse en el primer vampiro del cual se tienen referencias escritas, no como leyenda, sino como un suceso tildado de realidad cuatrocientos años antes de que el mundo conociera a Vlad Drăculea o Vlad Tepes, en el cual se inspira el mito del vampiro moderno. Un suceso recogido en las conocidas como sagas islandesas que fueron escritas como relatos bastante realistas de acontecimientos que tuvieron lugar entre los siglos X y XI en Islandia.

La curiosidad sobre este terrible personaje y esta historia, que según algunos fue real, me llevó a buscar a esta criatura, no a través de los relatos de los libros, sino a través de las montañas de Islandia. Me gustaría en este momento que me acompañara en el viaje que hice a la tierra del hielo para poder encontrar y adentrarme en una de las cuevas donde la tradición afirmaba que había vivido uno de estos draugr.

La cueva del Draugr

Viajar a Islandia no es solo hacerlo en distancia sino también en el tiempo. Bastan unas pocas horas para darse cuenta de que uno se encuentra en un lugar único en la tierra, con una orografía imponente y un paisaje tan cambiante que, de manera literal, por la mañana, puedes estar en mitad de un glaciar donde el hielo llega hasta donde alcanza la vista y, por la tarde, en un auténtico desierto de piedras volcánicas y ceniza. Sus montañas y valles están plagados de fumarolas sulfurosas que nos advierten de que la actividad geotermal está viva. Donde un día se podía observar una de estas eclosiones de vapor, al día siguiente desaparecía

para asomar a decenas o incluso cientos de metros más alejados del primer punto. Sus volcanes, lejos de estar extintos, permanecen en una latencia inquietante donde los habitantes se mantienen en tensa espera hasta que a uno de ellos le dé por activarse de nuevo. De hecho, el volcán más temido es precisamente uno que permanece oculto bajo el hielo del glaciar más grande de Europa, el Vatnajökull. Si algún día este monstruo geológico despertara, el inmediato derretimiento del hielo que lo cubre, más la consabida expulsión de piedras, ceniza y lava, provocaría uno de los mayores desastres jamás conocidos por el hombre. Pero el

verdadero espectáculo natural llega durante la noche, cuando en el cielo surge una de las maravillas más imponentes de las cuales he sido testigo. Como si de un río celeste se tratara, el cielo nocturno es capaz de regalar algo único en el mundo: la inmensa, abrumadora y desorbitante belleza de las auroras boreales. Un espectáculo hipnótico en el que las luces del norte aparecen para extender su poderosa magia sobre nuestras cabezas. En Islandia, como en otros lugares del mundo, algunos creen que las auroras son espíritus que se manifiestan a los hombres; en otros, son temidas y son signo de malos augurios, pero nadie

niega el absoluto asombro que producen. Descubrimos lugares donde el agua hierve y es disparada a gran altura, y cráteres de lodo burbujeante que rezuman los minerales licuados del interior de la tierra, o cómo aparentes aguas cristalinas son en realidad charcas ácidas a altísimas temperaturas donde solo pueden vivir bacterias extremófilas que nos invitan a soñar que si en ese entorno se puede generar vida, podría ocurrir lo mismo en cualquier parte del universo. Allí, entre volcanes, lagos cubiertos de icebergs, aguas sulfurosas o abrumadores espectáculos nocturnos, las cavernas y cuevas nos transportan a lugares que, desde luego, fueron el

refugio de quienes aquí moraron hace milenios, y puede que también el cubículo para ciertas criaturas sobre cuya pista nos pusimos. Para ello, un equipo de nueve personas —entre ellos Ricardo Gutiérrez, experto en equipos nucleares, Pablo Font, experto espeleólogo y adiestrador de perros de rescate, y la psicóloga Rocío Gandarillas— nos pusimos en marcha. Nuestro destino era un inhóspito lugar justo en el extremo sur del país, llamado Hjørleifshöfði, un promontorio de roca que, a modo de pequeña montaña, se eleva sobre la piedra negra que conforma las playas de la costa sur de Islandia. Un lugar que hace miles de

años era una isla, y cuyas cavidades, a las que pretendíamos acceder, ahora al descubierto, fueron en otra época inundadas por las aguas. Las viejas leyendas aseguran que el interior de esa montaña fue la morada de una de esas temibles criaturas, y su acceso solo podía hacerse bajo nuestra estricta responsabilidad. Ningún seguro pagaría lo que allí nos pasara a no ser que se hubiera contratado previamente. En caso de un eventual rescate, nos advirtieron que los costes de toda la operación, por muy fácil que fuera, correría de nuestra cuenta. Algo que terminamos por asumir. Como imaginamos, las advertencias no eran en vano. Necesitábamos un

vehículo especialmente adaptado al terreno por el que íbamos a desplazarnos; salirse de las carreteras establecidas en Islandia sin un vehículo adecuado puede suponer la diferencia entre llegar a tu destino o pasar largo tiempo a la espera de que alguien te saque del atolladero. La gran abrasión del terreno volcánico en unos neumáticos convencionales podría resultar fatal en según qué circunstancias. Si a esto añadimos que la cobertura para móviles es inexistente en muchos puntos, nos estábamos enfrentando a una situación en la que para volver solo cabía caminar durante varias horas, eso sí, sin desorientarse en

mitad de un desierto de piedra negra, hasta alcanzar la carretera más cercana. Por si esto no fuera suficiente, debíamos acceder a una cueva en donde cualquier imprevisto o accidente, por pequeño que fuera, podría dar al traste nuestra búsqueda. Tras ser advertidos por las autoridades, emprendimos camino a Hjörleifshöfði, donde, supuestamente, tras cruzar con nuestro vehículo un auténtico paraje lunar de varios kilómetros, llegaríamos a la entrada de la guarida del draugr. He de decir que en ese instante, en esa cueva, descubrimos que los monstruos existen.

En nuestro recorrido, la casi inexistente carretera había desaparecido en varios tramos por poderosas lenguas de agua, lo cual nos obligó literalmente a desviarnos del camino marcado para buscar, en mitad de ese terreno baldío, una ruta totalmente improvisada por la que acercarnos a nuestro destino. He de decir que, de haber tenido algún contratiempo en esa ruta alternativa, la aventura hubiera finalizado irremediablemente. Afortunadamente, los Ases —o dioses islandeses— debían de estar de nuestra parte porque fueron varias las ocasiones en las que embarrancamos entre las piedras y el agua, pero pudimos finalmente salir

airosos. Nuestro destino, la cueva del draugr, se presentaba cercano. En el horizonte, podíamos observar el gran promontorio de roca donde supuestamente estaba la cavidad, hasta que por fin lo alcanzamos.

Tras equiparnos con ropa, casco, frontales, guantes y baterías de reserva, penetramos en la boca de la cueva, al final de la cual, sin que aún lo supiéramos, nos estaba esperando un monstruo ancestral. La cavidad había sido formada por la lava hace miles de años y su puntiagudo suelo hacía que, en las zonas de arrastre o gateras, nuestras piernas, pecho y brazos fueran «apuñalados» por cientos de

puntiagudos salientes que sobresalían bajo nuestro cuerpo. Por encima de nuestras cabezas, el aspecto del techo era absolutamente hipnótico; como en pequeñas olas, las ondas de lava se habían solidificado creando una imagen de absoluta irrealidad en la que nuestras luces, unidas a las sombras, formaban espejismos en las paredes. Cada paso, cada sonido, reverberaba en la cavidad recordándonos las historias sobre cuevas que cantaban y criaturas subterráneas que, atrayendo con su voz a los exploradores, acababan llevándolas a su mundo para siempre. Quizá todo aquello, unido a la confusión en uno de los pasadizos de la cueva, hizo que una

persona del grupo entrara en un profundo estado de ansiedad. Literalmente, quedó paralizada por el miedo. Las sombras, las figuras que nos rodeaban, los sonidos, los ecos de cada paso, el sentir abrupto del suelo, la absoluta sensación de irrealidad y el desatino en nuestra marcha hicieron que fuera atenazada por una parálisis absoluta, un miedo ancestral y atávico, una sensación que, como nos relató más tarde, jamás había sentido, quizá producto de algún resorte extremo de supervivencia en el que nuestro instinto más primario nos dice que para sobrevivir lo mejor es no moverse, no arriesgarse, no avanzar en la oscuridad;

en definitiva, evitar perderse en las tinieblas. Poco a poco, salió de esa parálisis y atravesamos la zona. Fue allí donde nos encontramos con la primera sorpresa. En una de las paredes hallamos unos símbolos de incierto significado; podría ser que algún otro explorador quisiera dejar su legado en esa roca, aunque si pretendía dejar algún mensaje, su significado se nos escapaba. Este hecho solo sería la antesala de lo que estaba por llegar.

Tras más de hora y media en el interior de la cueva, llegamos a una galería donde, por fin, conseguíamos ponernos de pie, momento en el que decidimos apagar unos instantes nuestras

luces y, en silencio, dejarnos envolver por la oscuridad. En esos dos minutos, recordamos las historias que conocíamos del lugar. Nos habían dicho en el pueblo que dos irlandeses se adentraron en la gruta para nunca jamás ser encontrados; puede que solo nos lo dijeran para amedrentarnos y que no cumpliéramos nuestro cometido, aunque ellos aseguraban que la historia era real. En esos dos minutos recordé cómo en un momento dado, metros atrás, me había tropezado con restos de un animal, posiblemente una oveja. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Acaso pudo adentrarse sola cientos de metros por esa intrincada cavidad en plena

oscuridad? ¿Pudo ser víctima de algún animal que la arrastrara hasta allí? Ante este pensamiento y en pleno silencio, la imagen del draugr arrastrando a las ovejas y posteriormente al pastor Glámr al interior de su gruta aparecía en mi mente de manera inevitable. Las leyendas sobre ese lugar como antigua morada de uno de estos no muertos pusieron la guinda al estado de sugestión en el que me encontraba. Lo que no sabía en ese instante era que parte de esos pensamientos se iban a convertir en realidad.



Extraños símbolos en el interior de la cueva.

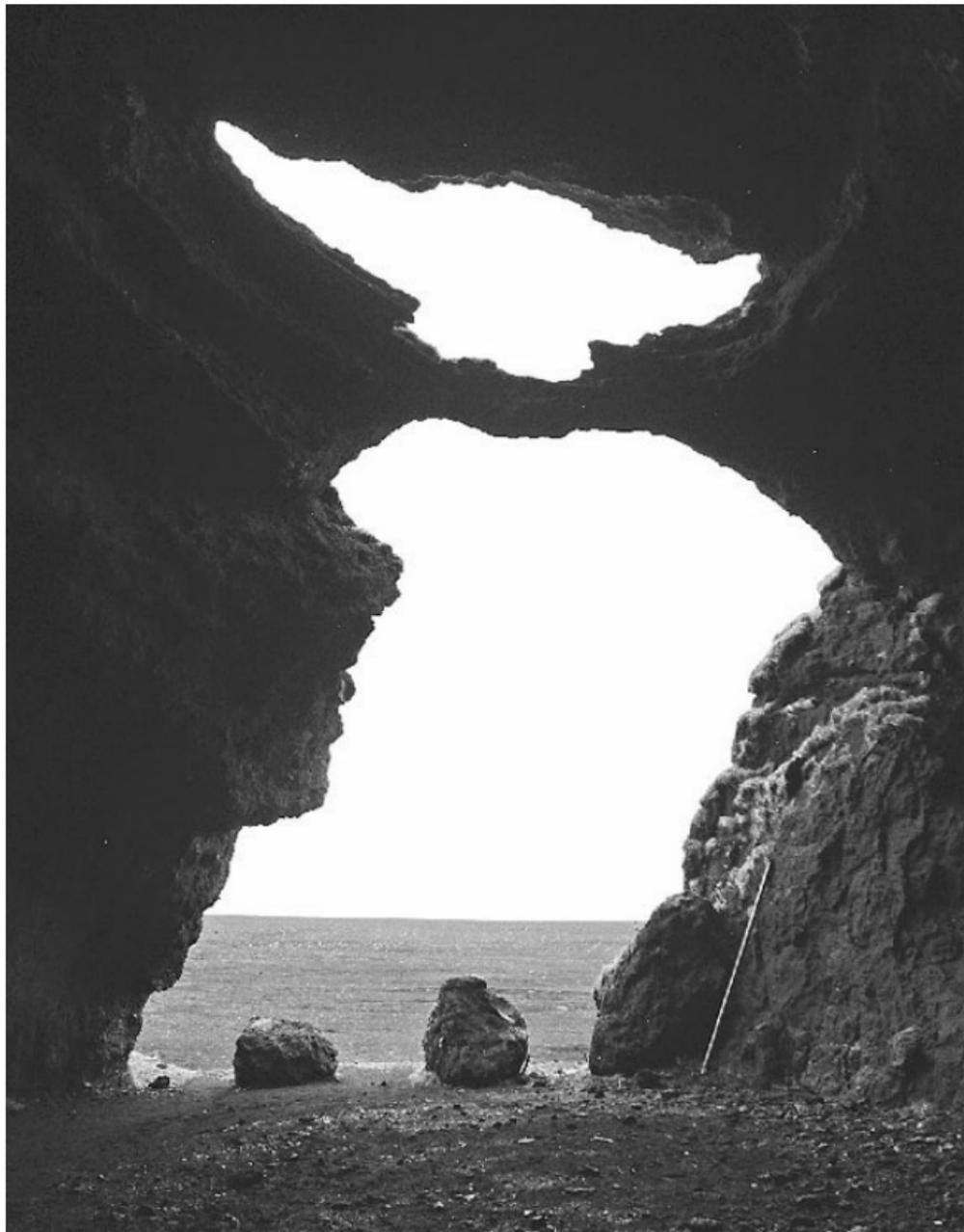
Tras la «inolvidable» experiencia, dirigimos nuestras luces hacia lo que parecía el último tramo de la cueva, la parte final, el cubículo de la bestia donde se encontraría esperando entre las sombras. De repente, una prominente luz

comenzó a iluminar ese último tramo. Huelga decir que recordé en ese instante la intensa luminosidad que envolvió a Grettir, *el Fuerte* antes de encontrarse con el draugr, tal como afirmaba la supuesta historia real. Tras sortear una pequeña zona ligeramente angosta, el pasadizo nos llevaba hacia la izquierda, hacia el origen de esa luz. Al llegar, descubrí que todo lo que contaban era real; allí estaba el monstruo, el draugr, imponente, con su enorme y gigantesco cuerpo. Estaba inmóvil, aguardando a que nos acercáramos. Instintivamente, todos dimos un paso atrás sin dejar de observar aquello que teníamos delante. Si el draugr existía, para los antiguos

debía de ser justamente tal como se revelaba ante nuestros ojos. La pared que conformaba la última galería se abría dejando pasar la luz del exterior. Una enorme pared cuya abertura formaba lo más parecido a un gigante, a un monstruo, a un draugr o al mismísimo diablo. El cuerpo inmenso, corpulento y deforme estaba coronado por una cabeza de la cual emergían unos gigantescos cuernos. En su centro, el perfil parecía reflejar la pelambreira de su cabeza, y su barbilla puntiaguda conformaba un rostro grotesco y amenazador. La cabeza parecía haber sido decapitada, separada del cuerpo por un puente de roca y, tal como aseguraban los escritos, la luz que

emanaba formaba la barrera entre el mundo de las tinieblas, donde nos encontrábamos, y el mundo de la luz. Para llegar a este, había que atravesar al draugr. Esta visión fue absolutamente impactante para todos. ¿Cuál sería el efecto que habría producido a los habitantes de siglos anteriores? Pero la sorpresa no se quedó ahí. En mitad de la galería, frente al gran draugr que custodiaba la salida, alguien había realizado algún tipo de ritual. Allí permanecían los restos de una hoguera y las huellas de que había sido utilizada para algo más que para calentarse. Quizá solo el draugr conozca el verdadero significado de todo aquello, y

esté esperando a ser despertado para volver a importunar a los vivos. Con ese pensamiento decidimos avanzar, atravesar el umbral, pasar por mitad del monstruo y romper la barrera entre la luz y la oscuridad. Al hacerlo, reconozco que tuve cierta sensación de alivio. La misma que quizá también tuvieron los habitantes de Forsaeludal cuando, por fin, enterraron a la bestia.



Cueva del Draugr (fotografía de Juan Gómez).

RITUALES Y SOCIEDADES SECRETAS EN CUEVAS

Cuando Mitra llegó a la cueva, un cuervo enviado por el Sol le avisó que debía realizar el sacrificio, y el dios, sujetando al toro, le clavó el cuchillo en el flanco.

Relato mítico del mitraísmo

El mundo subterráneo ha sido el caparazón con el que nuestra, físicamente débil, especie se ha protegido. Ese reducto de seguridad propició que en su interior la mente del hombre dejara de pensar casi en exclusiva en su supervivencia para convertirlo en un lugar donde esa misma mente podría alcanzar el mundo trascendente. Ese mismo entorno protegido proporcionó al hombre el escenario perfecto para el desarrollo de rituales y actos de índole privado, por lo que es lógico pensar que en estas cuevas tales rituales alcanzarían un alto grado

de importancia. Estas denominadas cuevas-santuario serían testigos de la evolución cultural del hombre, pero también de las jerarquías y el papel de cada uno de los participantes. Tales rituales debían ser oficiados por un guía, presuponemos que alguien de mayor rango en la tribu o de mayores conocimientos. Aquel que quisiera participar en el ritual o adquirir cierto rango en la jerarquía, cuando menos, debía demostrar sus conocimientos y su disposición a utilizarlos; comenzaría, en ese instante, el primer ritual de iniciación de la historia, y quién sabe si la primera sociedad secreta de la humanidad.

En muchas de las leyendas de la antigua Grecia, las cuevas eran escenarios habituales en los que los héroes griegos tenían que enfrentarse a ciertas pruebas que demostrarían su valía en una determinada misión. Por ejemplo, el primer trabajo que Euristeo mandó a Heracles fue el de acabar con el león que destrozaba los campos de Nemea. Heracles averiguó que el león se refugiaba en una cueva y se escondió para poder atacarle cuando regresase de su cacería. El león, a ver al intruso, atacó a Heracles y este respondió con la maza. Tan fuertes eran los golpes que el león se metió en su cueva. Heracles tapó la entrada con su red y entró en la cueva

por un agujero para finalmente acabar con el león. En los mitos que rodean al semidiós Perseo, este, guiado por la diosa Atenea, tenía la encomienda de dirigirse a la cueva de Las Grayas, tres seres de siniestro aspecto, hermanas de la aún más terrible Medusa, quien era capaz de convertir en piedra a cualquiera que se cruzara con su mirada. Las Grayas obtenían su poder de la cueva, al igual que su hermana Medusa, a cuya cueva viajó Perseo cercenándole la cabeza y cumpliendo así uno de sus objetivos.

Pero más allá de los mitos, las cuevas, quizá por ser lugares generalmente de abrupto acceso, donde

la oscuridad mora eternamente y no todos se atreven a atravesarla, han sido utilizadas para diferentes fines ritualísticos, lo que las ha convertido en lugares de gran importancia para ciertas prácticas. Al menos, esto es lo que algunos autores declaran en cuanto a la importancia de las cavernas como lugar iniciático:

«La caverna, símbolo del útero materno, daba una significación especial y obvia a este volver a nacer. La iniciación es un nuevo nacimiento» (Moreau, 1992).

«La Iniciación trata de superar la condición humana y alcanzar un cambio total en la existencia del “Iniciado”,

haciéndole un ser superior, sobrehumano que se identificaba con los dioses. Su destino tras la muerte no sería sufriente como el de los no iniciados» (Eliade, 1984).

«El culto subterráneo implica un ritual secreto, destinado a conseguir un estatus mayor dentro del grupo social al que pertenece un individuo: un nivel de guerrero, para salir de la adolescencia, un nivel de chamán o de sacerdote, un nivel, en suma, distinto al que tenía un miembro de la colectividad antes del proceso denominado iniciación que es, en definitiva, un rito de paso» (Genep, 1986).

En algunas cuevas del Mediterráneo, se han hallado diferentes objetos que demuestran que no solo se practicaban rituales de iniciación bajo algún tipo de enmienda que hoy desconocemos, sino que, al parecer, se pretendía escenificar de la forma más fiel posible la muerte del neófito. Allí, dentro de la cueva, moriría para dar paso a un nuevo ser adaptado a las exigencias de la orden. Según los expertos, estas cuevas mediterráneas sirvieron para que el iniciado, identificado como un ser medio hombre medio animal, se despojara totalmente de su parte salvaje. Muchas veces, esa parte salvaje se identificaba con un

lobo, por lo que al iniciado se le adornaba con pieles e incluso con una máscara de lobo. Sin entrar en terrenos más complejos, tan solo apuntar que existen muchas teorías que dicen que este tipo de vestimenta ritualística podría ser uno de los gérmenes del posterior mito del hombre lobo. Pero continuemos. En ese ritual, en el que el medio hombre tiene que abandonar su parte animal para poder evolucionar, el iniciado se ofrecía en sacrificio, palabra cuyo significado real en latín es «hacer sagrado». Entendamos la palabra «sagrado», no bajo una motivación religiosa, sino como un concepto de purificación. Algo sagrado sería la

esencia que quedaría tras eliminar las impurezas del individuo, y este individuo debía alcanzar su condición de sagrado mediante algún tipo de acción o encomienda que le liberara de su parte animal. Las ceremonias de iniciación solían desarrollarse en cuevas escogidas por sus características, muchas de ellas asociadas a corrientes de agua o lagos. En estos rituales mediterráneos, los neófitos se desvestían y, agarrados al tronco de un árbol, se sumergían en el agua de uno de estos lagos subterráneos. Tenían que cruzarlo a nado para, una vez que llegaban a la otra orilla, sufrir la metamorfosis que les proporcionaría el

cambio necesario para formar parte del grupo, bajo algún tipo de credo o quién sabe si sociedad secreta arcaica. Pero no hace falta alejarse mucho en el tiempo para encontrar cuevas donde las gentes se adentraban para realizar sus ignotos ritos.

La cueva de Yedra y la congregación secreta

En Toledo, nos encontramos con la cueva de Yedra, situada para ser más exactos en Villarrubia de Santiago, en la comarca de Mesa de Ocaña. Lo sorprendente de esta cueva es que no

está en la falda de ninguna montaña, ni al abrigo de piedras y rocas alejadas de la civilización. La cueva está situada en pleno centro del pueblo, justamente en la calle Santiago con la calle Amargura, junto a la iglesia de la localidad. Lo cierto es que desde el exterior no se aprecia la existencia de tal oquedad, ya que el acceso a su entrada está en el interior de un solar cerrado. En dicho solar existía una antigua casa cuyos dueños, muy probablemente, serían los únicos que podrían revelar el misterio del verdadero uso de la cueva. Aunque, en este caso, más que una cueva, hablamos de todo un templo construido bajo tierra y cuya función, como digo,

nos es esquiva. Su pasillo de entrada se encuentra jalonado en sus laterales con arcos de piedra tallada de corte neoclásico (siglo XVIII), de buena realización. Pero la sorpresa llega al atravesar este pasillo y encontrarnos de frente con la llamada Sala de las Columnas. Esta sala circular está rodeada en su perímetro por nueve columnas más una central. Todas tienen una tosca realización, pero lo que sorprende aún más es que ninguna de ellas cumple el fin para el que se supone que fue construida, ya que, en realidad, no sujetan el techo de la cueva. Son un mero artificio escenográfico usado con una función especial pero igualmente

desconocida. Da la sensación de que todo el espacio se dispuso para ser un lugar de reunión, y ha quedado definitivamente descartado su uso, tal como se especuló en su momento, como bodega, debido a la ausencia de restos de tinajas, sujeciones en la pared para las mismas o cualquier otro tipo de objeto que lo relacione con el uso vitivinícola. Para qué se utilizó esa cavidad es un misterio, por lo que son muchas las teorías que se alzan para dar explicación a este lugar secreto de Toledo. Su uso como lugar de reunión de alguna sociedad o logia es una de las hipótesis principales y es defendida por Antonio Martín, autor del libro *Guía*

Mágica de la Mesa de Ocaña. En él, el autor nombra a una sociedad denominada la Congregación de la Nueva Restauración, que ya habría hecho proyectos para estructurar cuevas y convertirlas en templos para fines de tintes apocalípticos. En esa tarea se empeñaría, incluso, el mismo Juan de Herrera, el arquitecto de Felipe II, escogiendo como lugar principal de esta sociedad un lugar indeterminado que respondería al nombre de cueva de Sopeña, situada en las proximidades de Toledo. El motivo de su construcción sería la interpretación de un sueño premonitorio que habría tenido una oscura e iletrada dama de la corte

llamada Lucrecia de León. En esa cueva, los fieles de esta extraña congregación guardarían armas, municiones y víveres, pues estaban convencidos de que una especie de apocalipsis azotaría a la Corona española. Según el vaticinio de Lucrecia de León, el año para la caída de la Corona sería 1588. Se pensaba que, en una acción conjunta y coordinada por todos sus acérrimos enemigos, España sería asolada: los franceses desde el norte, los ingleses por la fachada atlántica, y los moros desde el sur y levante, aterrarían el suelo ibérico. En definitiva, la península sería otra vez perdida y estragada. Felipe II caería en esta conflagración, y

con él toda la dinastía de los Austria sería borrada de España. Según la profecía de Lucrecia de León, solo unos cuantos podrían salvarse, pero, a pesar de su número, llegarían a conseguir expulsar a los enemigos de España, siempre y cuando pusieran los medios adecuados. Estos consistían en buscar un escondite en las entrañas de la tierra y allí aguardar la hora propicia para restaurar de nuevo el reino perdido.

Los mensajes de Lucrecia llegaban a los miembros de la congregación a través de fray Lucas de Allende, un nombre que no debemos olvidar en esta ecuación. A él encomendaron la dirección espiritual de la muchacha, y se

convirtió en su confesor y en transcriptor de sus sueños proféticos. Pero Lucrecia no solo vaticinaba la caída del imperio, sino que incluía la extinción completa de toda la progenie del rey. Era, pues, inevitable que tales palabras llegaran a oídos de la Corona, que vio a Lucrecia y a la congregación como potenciales enemigos de España. ¿Quién en su sano juicio podría atacar de esa manera el honor de la Corona y la estirpe del rey? Pero, por otra parte, las predicciones también llegaban a un amplio sector de la corte que daba credibilidad a sus profecías. Juan de Herrera, al parecer, fue uno de los impulsores de la Congregación de la

Nueva Restauración, ayudó con su experiencia profesional como arquitecto y no escatimó en esfuerzos ni donativos para financiar los proyectos que esta organización tenía entre manos. También fue miembro de la Sociedad Secreta de Canteros de la Trasmiera cántabra, que curiosamente trabajaron en la catedral de Toledo. Además, fue el autor de la cercana Fuente Grande de Ocaña. Esta es considerada, por autores heterodoxos, uno de los templos del agua por excelencia y uno de los recintos sagrados más importantes de la península. Ni que decir tiene que también fue el insigne arquitecto del monasterio de El Escorial, del que se

dice que fue construido para tapar una de las bocas del infierno. Además, la cercanía a Madrid haría posible el traslado rápido desde la capital hacia la Mesa de Ocaña de materiales y demás enseres para la construcción, lo cual no llamaría la atención a tenor del ingente trabajo que Juan de Herrera realizaba para la Corona.



Interior de la cueva de la Yedra.

Todos los miembros de esta seudosociedad secreta no solo acumulaban armas o víveres; llegaron a redactar el nuevo sistema de gobierno que tendría que venir tras la caída de

España en el año 1588. Todo este revuelo no tardó en llegar a oídos del propio Felipe II, que se percató de los vuelos que estaba tomando esta congregación y los extraños rituales que, al parecer, realizaban en el interior de la cueva, por lo que lanzó al Santo Oficio a averiguar qué era lo que se traían entre manos. Perseguidos, algunos fueron prendidos en el interior de la misma cueva de Sopeña, en la que buscaron un último refugio, y dieron con sus huesos en los calabozos de la Inquisición a finales de 1589, pasado ya un año del supuesto fin de la Corona española.

Para esta congregación, todos sucumbirían salvo aquellos que se refugiaran en la enigmática cueva de Sopena, aunque ante tan terrible apocalipsis parece claro que una sola cueva no sería suficiente para proteger a los cristianos de sus enemigos.

¿Serían acaso los miembros de la Congregación de la Nueva Restauración también los constructores de la cueva de Yedra?, o más aún, ¿podría ser la cueva de Yedra la original a la que llamaban Sopena? Lo cierto es que hay quien asegura que algunos de los miembros de la congregación eran de Villarrubia de Santiago, donde se encuentra la cueva de Yedra, pero a día de hoy no se ha

encontrado ninguna documentación sobre ello. Lo curioso de todo este asunto es que, cuando intentamos ubicar la cueva de Sopeña, al rebuscar en el Archivo Histórico Provincial de Toledo, no encontramos ningún tipo de referencia a su existencia o su ubicación exacta. Sin embargo, se sabe que Felipe II llegó a visitarla en uno de sus viajes desde Madrid a Toledo, lo que hace creer que esta estaría cerca del camino real, y probablemente en el término de Villarrubia de Santiago, localidad esta donde la familia de fray Lucas de Allende —recordemos, el transcriptor de los sueños premonitorios de Lucrecia—, disponía de gran cantidad de

propiedades. ¿Pudo acaso fray Lucas Allende utilizar una de las casas de su propiedad y donar el terreno donde se sustentaba, para la construcción de la cueva donde esperar el fin del mundo cristiano? Por desgracia, toda documentación relacionada con la propiedad de la casa donde se sitúa la cueva de Yedra desapareció durante la Guerra Civil, aunque otras fuentes, como el escritor Antonio Martín Asperilla, albergan la posibilidad de que fuera el propio Felipe II el que hubiera mandado quemar toda documentación de la congregación, en la que se incluirían los documentos referenciales a la casa donde hoy en día encontramos ese

enigmático templo subterráneo. Esto, asegura el autor, confirmaría que la cueva de Yedra, con sus pasillos, muros e intrigantes columnas, era en realidad la referenciada cueva de Sopeña. A esta elucubración se le suma el hecho de que muy cerca de Villarrubia de Santiago existe un cortijo a modo de convento de frailes dominicos, cuya relación con la Inquisición era de sobra conocida, que está situado en un monte que lleva casualmente el nombre de Sopeña. Quizá igualmente casual sea el hecho de que en ese monte nos encontramos con la cueva de Villacampa, que cruza por debajo del monte de Sopeña hasta el ruinoso castillo de Oreja, el cual no solo

servió en épocas pasadas para encomiendas defensivas, sino que en la actualidad es lugar de investigación para los amantes del misterio. Por si esto fuera poco, a la cueva de Villacampa se le suman en la zona diferentes oquedades artificiales producto de la minería de época romana, que conforman un intrincado abanico de pasadizos y galerías, muchas de ellas de complicado y peligroso acceso, pero que en el siglo XVI podían servir para los intereses de la congregación.

Lo cierto es que, a pesar de la amplia documentación en la que se hace referencia a la cueva de Sopeña, ninguna menciona su ubicación exacta, lo que ha

atraído a numeroso público a recorrer algunas de estas oquedades con el fin de dar con la consabida caverna. Algunos, en la cueva de Yedra, han ofrecido teorías cabalísticas en función del número de columnas que se encuentran en su interior; otros, con varas de zahorí, han pretendido averiguar puntos energéticos que tendrían que ver con una disposición no aleatoria de las mismas; otros tantos han recorrido las galerías de las antiguas minas romanas y otras oquedades circundantes en busca de restos o algún tipo de utensilio olvidado por esta congregación, para así dar constancia de la verdadera ubicación de la cueva de Sopeña. Lo único que se

puede dar por sentado es que el templo erigido bajo tierra en la denominada cueva de Yedra tenía una función más ritualística que de cobijo para un ejército que fuera a salvar el mundo. Aun así, lo que se vivió entre las columnas de esa cueva y su función real sigue enclavado en el más absoluto de los misterios. De momento, no son pocos los que quieren rescatar de la memoria este lugar y reacondicionarlo en pos de averiguar cuál fue su verdadera función. Quizá algún día se resuelva. Mientras, me gustaría terminar con un último misterio.

¿Qué fue de Lucrecia de León, la profetisa que predijo el fin de la Corona española? La suerte de Lucrecia iría unida a la de los miembros de la congregación y acabó juzgada por la Inquisición y siendo finalmente condenada a llevar el conocido como «sambenito», una cuerda atada alrededor del cuello, y portando una vela encendida. Se la halló culpable de blasfemia, sedición, falsedad, sacrilegio y pacto con el diablo, por lo que fue condenada a 100 latigazos y a ser recluida en una casa religiosa. Pero la casualidad quiso que no se encontrase un verdugo para ejecutar los latigazos, ni tampoco una casa religiosa que

quisiera acoger a una dama con tales dotes adivinatorias auspiciadas por el diablo. Ante la imposibilidad de ejecución de condena, finalmente fue liberada y desapareció sin dejar el más mínimo rastro. Tanto es así que, en la actualidad, aún no se ha hallado ningún documento que explique cuál fue el destino de esta mujer. En lo que respecta a la historia, a Lucrecia de León la tierra se la tragó sin dejar ningún tipo de huella. Cuál fue su último destino parece que quedará en el más absoluto de los misterios.

La cueva del olvido

Al norte de la provincia de Burgos, en el conocido Puerto del Escudo, que hace de barrera natural y frontera con Cantabria, el pequeño pueblo de Escalada vivió durante la Guerra Civil su propio vía crucis de terror. Durante el mes de agosto de 1937 toda la zona fue asaltada por el bando franquista en lo que sería una de las campañas más cruentas de la guerra. Esta fue denominada la Batalla de Santander, una de las muchas que se entablarían para aniquilar a las tropas republicanas, que, por entonces, eran hegemónicas en el norte de España. Durante varios días, las tropas franquistas, unidas a la Luftwaffe, la temida aviación alemana, y

varias divisiones de soldados italianos acabaron con todo vestigio republicano en el Puerto del Escudo. En esos días, las gentes del aislado pueblo de Escalada —cercano al Puerto de Carrales y que apenas contaba con un centenar de vecinos—, se resistieron hasta el punto de recibir el apelativo de «el Moscú del norte», aunque finalmente acabaron en manos del ejército nacional. Escalada tiene además su particular unión etimológica con el misterio. Muchos —como el investigador y escritor Javier Sierra— atribuyen a los pueblos con estas etimologías como Escalada, Escalante o Escalona, una posible y antigua relación con visiones

pastoriles de escaleras que ascendían a los cielos. De hecho, no son pocos los lugares a los que los monjes jacobitas hacían referencia en la Antigüedad con el sobrenombre de *Scala Dei* ante historias de pastores que afirmaban que, en lo alto de un cerro o una montaña, habían visto cómo el cielo se abría para que unos ángeles ascendieran a través de una escalera de luz. No es menos cierto que en Escalada encontramos portaladas con antiguos símbolos solares protectores del hogar que nos demuestran las creencias de sus antiguos moradores en el mundo mágico.

Otra de las cosas que llaman la atención de Escalada son sus incontables escudos, en los que aparecen tres gallos. Pero lejos de ser el emblema de la localidad, aunque algunos ya lo consideran así, en realidad el escudo hace referencia a una antigua familia conocida como «los Gallos», a la que el pueblo debe buena parte de su historia. De entre ellos destacaba Manuel Gallo Díez, quien, tras emigrar a Perú y conseguir riquezas en diferentes negocios relacionados con el comercio y la minería, acabó regresando al pueblo, donde invirtió parte de sus ganancias en recomponer Escalada. Esta familia se convirtió en vital, pues su caudal

monetario era bienvenido por los vecinos. Con el paso del tiempo, Escalada se convirtió en uno de los enclaves republicanos del norte de España, al que llegó a estar vinculado el propio Manuel Azaña, el que fuera presidente de la Segunda República.

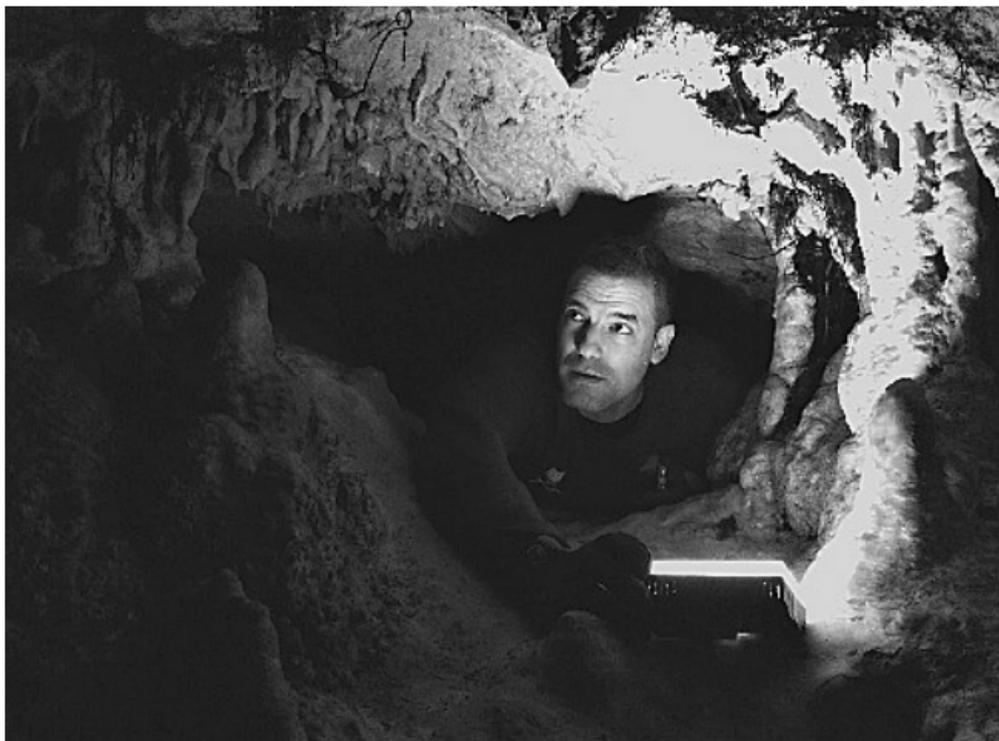
Pero más allá del contexto histórico o el misterioso origen lingüístico de esta recóndita población burgalesa, los vecinos conviven con otro misterio que no mira precisamente hacia el cielo, sino que está situado bajo tierra a unos pocos kilómetros de Escalada y en mitad de un páramo desolado. Allí, un minúsculo agujero en el suelo nos anticipa que quizá las altas

personalidades de la zona —como los Gallos y los Díez, y quién sabe si hasta el propio Manuel Azaña— entraron en esa oquedad para esconderse o tramar algún tipo de acción ante la inminente persecución que sufrían ciertas ideas políticas. ¿Acaso esta idea es una locura? He de decir que después de lo que pude descubrir en su interior no me queda más que la duda, la cual ahora pretendo transmitirle.

Los descubridores de la cueva me pidieron que fuera lo más discreto posible sobre la ubicación de la misma, ya que como pudieron comprobar su interior había sido utilizado como un auténtico vertedero, por lo que temían

que su localización exacta produjera un efecto llamada que acabara por destruir el secreto que alberga. Cuando me guiaron hasta su entrada, y tengo que decir que hubiera sido imposible hallarla de no ser por los expertos que me acompañaban, descubrí que me encontraba ante un agujero literalmente excavado en el suelo, de apenas metro y medio de diámetro. Allí, mientras contemplaba el pequeño hueco por donde debía deslizarme, las palabras del especialista Miguel López Cadavieco, presidente de la Asociación Amigos del Museo de Prehistoria y

Arqueología de Cantabria, resonaron de una manera poderosa: «Eso más que una cueva, parece una tumba».



Una de las angostas galerías.

Junto con el espeleólogo Javier Martínez Presmanes, auténtico redescubridor de la cueva, y la colaboración de Saúl Fernández, me adentré en el minúsculo agujero para intentar dar respuesta a las incógnitas que estoy a punto de revelar. Tal como me habían informado, la primera de las salas era un vertedero, pero tras pasar la primera línea donde se había depositado la basura, llegamos a una pequeña gatera de 15 metros de largo donde apenas había 80 centímetros entre el suelo y el techo. Enfangados de barro la atravesamos para acceder a una sala donde, al parecer, nadie había puesto los pies desde hacía décadas. En ella

apenas podíamos incorporarnos, pero sí lo suficiente como para contemplar con estupefacción lo que teníamos ante nuestros ojos. Todas las estalagmitas habían sido escritas minuciosamente con una fina y delicada caligrafía. Línea por línea, trazo a trazo estaban escritos los nombres de decenas de personas, nombres y apellidos, donde cada estalagmita se había convertido en improvisado papiro de piedra; eran identidades de personas que, seguramente, ya estarán muertas.

Comenzamos a clasificar las estalagmitas por números cuando nos percatamos de que en la 3 y la 4 había nombres con el famoso apellido Gallo y

Díez (Albina Gallo, Fidel Gallo, Josefina Gallo, Victoria Díez, Mercedes Díez, Algelillo Díez) con fechas anteriores y posteriores a la Guerra Civil. Teniendo en cuenta que en esa época la mayoría de la población era analfabeta, ¿por qué personas versadas, de evidente nivel cultural, tal como refleja su caligrafía, se adentraban en ese lugar? Para contestar a esta pregunta se llevó a cabo una minuciosa investigación intentando averiguar quiénes eran esas personas y descubrimos algunas pistas al respecto. Albina Gallo resultó ser la sobrina de un conocido dirigente burgalés de la izquierda republicana llamado Fidel

Gallo, que también estaba en la lista de nombres. Ambos se adentraron en esa cueva junto con más personas con un fin que desconocemos. Descubrimos que Albina había sido fusilada el 13 de diciembre de 1933 junto con su madre, Hilaria de la Canal Gallo, en la carretera entre Sedano y Escalada. Tras la muerte de ambas, Fidel Gallo fundó el Partido Nacional de Izquierda Republicana de Burgos, en el que participaban, entre otros, Toribio de la Canal Gallo como vicesecretario, que, curiosamente, era otro de los nombres aparecidos en una de las estalagmitas. Este último acabaría su vida exiliado en Chile, algo que de nuevo resulta de lo

más casual, ya que en otra de las estalagmitas pudimos hallar dos nombres: Paquita Santamaría y Argimiro Rodríguez y, bajo ellos, escrito: Chile 1953. ¿Estas personas pudieron usar la cueva para algún tipo de actividad secreta? Lo cierto es que las sorpresas no habían hecho más que comenzar.

Tras documentar minuciosamente los escritos que el tiempo había conservado legibles, partimos hacia otra galería de la caverna. Allí, el espeleólogo Javier Martínez señaló algo en el suelo que para mi ojo inexperto hubiera pasado del todo inadvertido:

—Al suelo le falta tierra.

Su frase nos hizo mirar a todos hacia abajo. Lo cierto es que allí estaban dos grandes agujeros en forma cuadrada casi perfecta que habían sido excavados de manera artificial. Según Miguel y Javier, estaba claro que en ese lugar alguien había enterrado algo que posteriormente desenterró.

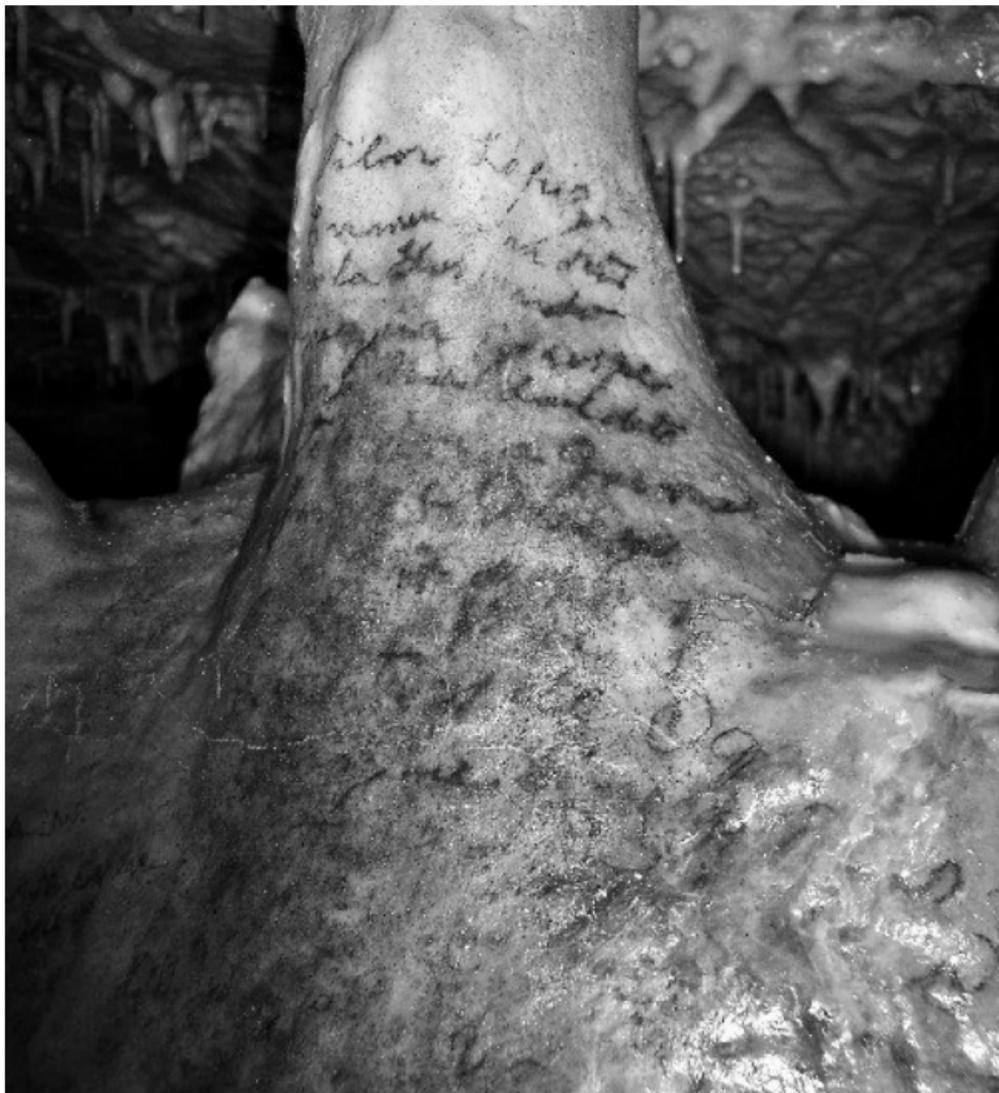
—Pudieron haber enterrado armas o, quién sabe, puede que algún cadáver.

Mi asombro iba en aumento; quienes decían esas palabras eran nada más y nada menos que un experto espeleólogo y un reconocido investigador en historia y arqueología. Quizá más que en una cueva nos halláramos en una tumba. Fue justo

después cuando pudimos leer en una estalagmita cercana la frase «Descoyuntamiento de huesos» y otra aún más tétrica y enigmática: «Aquí murió el aspirante Bonfoz». ¿Qué había ocurrido exactamente en el interior de esa cueva? Puede que la clave estuviera en alguna de las inscripciones que se habían documentado; quizá una frase, un nombre o un texto al cual no dimos importancia podrían darnos alguna clave del uso que se le pudo dar a esa caverna y el porqué de aquellos nombres. Volvimos sobre nuestros pasos recordando uno de los escritos que ahora parecían recobrar cierto sentido.

Era una poesía que, sin poder ser descifrada en su totalidad, decía lo siguiente:

Huyendo de lugar espinoso
Nos metimos en aposento puntiagudo
Salirnos será un reto forzoso
Porque el estómago está desnudo.
24 mayo 1933



Detalle de una de las estalagmitas.

La conexión masónica

Según uno de los ritos de iniciación, para poder entrar a formar parte de una de las logias masónicas —tal como explica el que fuera miembro de esta sociedad Sebastián Vázquez—, una de las pruebas que debían pasar los neófitos era enclaustrarse en una cueva durante tres días, sin poder comer ni beber, para demostrar su capacidad de sacrificio. Este sería uno de los pasos en los que el aprendiz llegaría a una muerte metafórica y cuyo objetivo sería el nacimiento de un hombre nuevo. Esto podría concordar con la frase citada anteriormente, «Aquí murió el aspirante

Bonfoz»; puede que no hiciera referencia a una muerte física, sino espiritual. Cabría la posibilidad de que el tal Bonfoz fuera aspirante a entrar en la orden y que tuviera que pasar la prueba de permanecer en la cueva varios días y, tras conseguirlo, haber dejado constancia de su muerte o renovación espiritual. Otro de los detalles que nos encontramos en la cueva fue la gran cantidad de calaveras atravesadas por dos tibias a modo de bandera pirata. Un símbolo frecuente en la iconografía masónica, que pretende indicar el tránsito hacia la muerte y el resurgir del conocimiento. Por otro lado, «Descoyuntamiento de huesos» quizá

hiciera igualmente referencia a algún aspecto de la simbología masónica o al reiterado interés por morir simbólicamente. El gran maestro masón provincial de Madrid Javier Escalada —inevitable hacer paralelismos con el pueblo protagonista de estas líneas— afirma que, actualmente, ya no se realiza esta práctica, pero que en sus rituales existe una pequeña sala a la que llaman «la cueva», una especie de gruta o lugar oscuro que representa el vientre de la madre para volver a salir, porque la iniciación supone morir como profano para nacer como masón. ¿Pudieron los miembros del Partido Nacional Republicano haber pertenecido a algún

tipo de sociedad como la masónica?, ¿o utilizaron ese lugar para sus reuniones políticas? Tras estas elucubraciones y las pesquisas posteriores, decidimos acercarnos hasta Escalada por si alguien tenía conocimiento de la cueva y su posible uso. Pero, por desgracia, nuestras preguntas cayeron en saco roto; los vecinos apenas sabían de su existencia. Los más ancianos la situaban bien en el mapa, pero negaban saber si alguien la utilizó para algo más que no fuera echar basura en su interior. Cuando les mostraban fotografías del interior y sus desconcertantes textos de hace casi cien años, hallábamos el silencio como respuesta. Un silencio que, nos daba la

impresión, era forzado. El mismo que quizá antaño guardaron los creadores de tan enigmáticos escritos y que alimentan nuestras teorías respecto al secreto uso de la cueva.

La cueva de Sedequías

Decenas de hombres de todos los rincones del globo, vestidos con ropas ceremoniales y festivas pero con el rostro serio, marchan hacia una oscura entrada que se abre bajo el muro de la ciudad vieja de Jerusalén. Sus pasos resuenan en las oscuras sombras de una enorme caverna, añadiendo una nueva

dimensión a la misteriosa atmósfera de la mayor cueva cavada por la mano del hombre en Israel. De ella se asegura que se extrajo la piedra para construir el primer templo de Salomón e incluso la propia Ciudad Santa. El 2 de abril de la primavera de 2008, ciento cuarenta años después de la primera ceremonia celebrada por los miembros de la orden masónica en esta antigua caverna y casi cuarenta años desde que el último ritual tuvo lugar, los masones regresaron a la cueva de Sedequías para consagrar al venerable maestro de la logia Jerusalén.

Pero para conocer la historia de la cueva debemos remontarnos siglos atrás y descubrir el origen de su nombre.

Sedequías fue un personaje bíblico del que se dice fue el último rey de Judá. Nabucodonosor le nombró rey a la temprana edad de veintiún años. Se cuenta que Sedequías se enfrentó a Nabucodonosor al negarse a seguir sus mandatos, por lo que este sitió la ciudad de Jerusalén y Sedequías huyó con sus nobles de la ciudad, que no duró mucho, y finalmente fue apresado y obligado a contemplar cómo sus captores degollaban a sus propios hijos. Tras esto, Sedequías fue llevado a uno de los pasajes de la mencionada cueva, mientras las tropas de Nabucodonosor destruían el gran templo de Salomón y el palacio real. Actualmente, en un rincón

de esta caverna, existe un pequeño manantial conocido como Las lágrimas de Sedequías. Se dice que, cuando el monarca fue apresado, derramó sus lágrimas, y estas, al alcanzar el suelo de la cueva, obraron el milagro de la aparición del actual manantial. Este fluye prácticamente gota a gota, por lo que se dice que, desde entonces, las lágrimas no han cesado de brotar. Nabucodonosor, al ver al rey Sedequías llorar, lo castigó sacándole los ojos y sumiéndolo en la misma oscuridad que hoy invade su caverna.

La cueva se extiende por debajo del barrio musulmán de la Ciudad Vieja y abarca una superficie estimada de

9.000 metros cuadrados, y la razón por la que los masones utilizan esta cueva para sus rituales es que estos consideran al rey Salomón como el fundador de la Orden y su primer Gran Maestro, por lo que la cueva de la que, se dice, se extrajo la piedra para la construcción de tan sagrado templo, sería un lugar más que adecuado para sus grandes ceremonias. El 13 de mayo de 1868, se llevó a cabo la primera ceremonia para consagrar la primera logia masónica en la tierra de Israel. El resultado de los esfuerzos realizados por el doctor Robert Morris, un talentoso masón de Estados Unidos, y el famoso arqueólogo británico sir Charles Warren, uno de los

investigadores más importantes de la ciudad de Jerusalén, fue la fundación de la logia Recuperación de Jerusalén. En alusión a los versos de los Salmos: «La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular» (118: 22).

En el curso de sus excavaciones, Charles Warren descubrió una magnífica sala de la época del Segundo Templo, cerca del muro occidental, que fue llamada la Sala de los Masones.

Su cavidad central, donde los masones desarrollan sus ceremonias, se conoce como «Freemason Hall». Durante el periodo del gobierno jordano de Jerusalén (1948-1967), las

ceremonias se celebraron allí, incluso acudía el más famoso de todos los masones jordanos, el rey Hussein. En 1969, los ritos en la cueva se reanudaron, pero se interrumpieron poco tiempo después, hasta que en la mencionada fecha de 2008 la logia la utilizó de nuevo.

Actualmente, la cueva de Sedequías ha sido renovada y reabierta al público, y entre aquellos que han contribuido a la reforma y funcionamiento diario se encuentran gran número de masones. Durante esa renovación, era muy difícil que una caverna de unos 9.000 metros cuadrados y con tan peculiar historia no diera lugar

a alguna sorpresa arqueológica y a algunos descubrimientos interesantes, como que su piedra fue utilizada para la construcción del Segundo Templo de Salomón, construido por Herodes. Incluso se ha confirmado que las piedras de la cueva de Sedequías se utilizaron para edificar la propia Jerusalén generación tras generación. Por ejemplo, en 1907, la torre del reloj de la puerta de Jaffa, en la Ciudad Vieja, fue construida con su piedra. Hace ochenta años, las piedras de la cantera pudieron haber sido utilizadas en la construcción del edificio de la YMCA, en la calle Rey David de Jerusalén, en honor de las tres religiones. El empresario de la

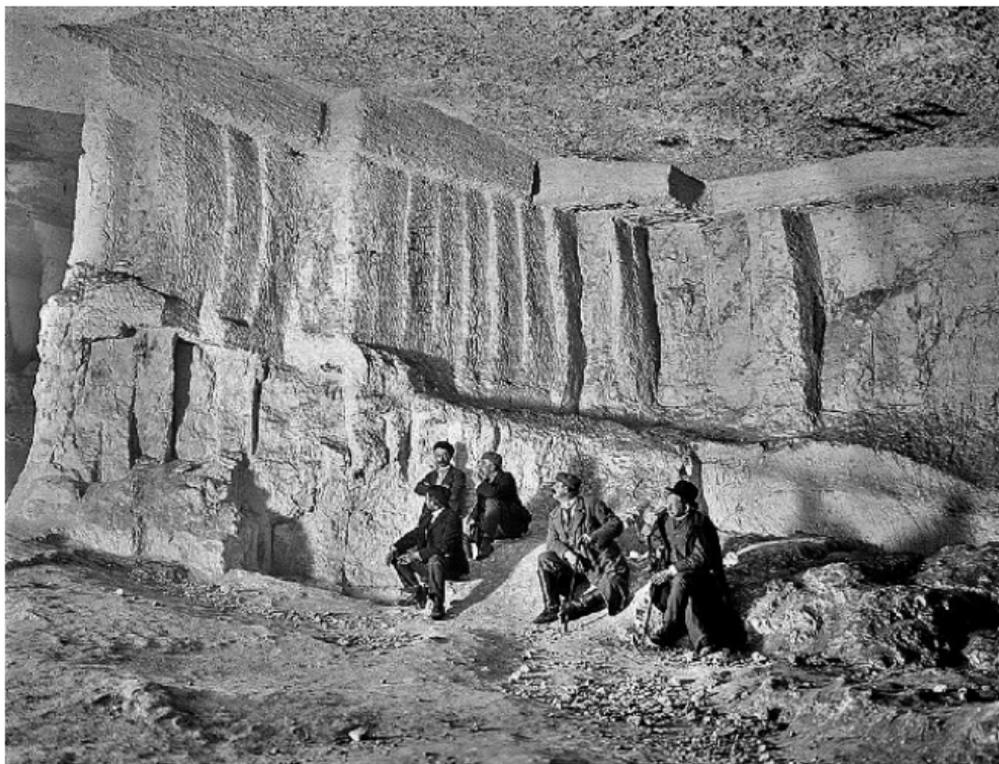
construcción, Baruch Katinka, era masón y miembro de la logia Mizpah de Jerusalén. En sus memorias, recuerda que el arquitecto del proyecto, Arthur Quinton Adamson, buscaba piedras adecuadas para esta obra. Katinka le propuso que pidieran a la Autoridad de Antigüedades la autorización para extraerlas de la cueva de Sedequías, que, según la tradición, el propio Salomón había utilizado para construir su gran templo. El poeta Yehuda Amijai (1924-2000) escribió al respecto: «De sus profundidades, Salomón extraía sus piedras como oraciones provenientes del abismo». Así que si el propio

Salomón había utilizado la piedra de la cueva para construir el templo, qué mejor piedra para construir su edificio.

Entre los escultores que participaron en la construcción del edificio de la YMCA estuvo Zeev Rabán, de la Academia Bezalel de Arte, también francmasón. Sus dibujos simbólicos adornan hoy las logias masónicas en Israel. Tallada en la parte frontal de la torre de la YMCA se puede ver la imagen de un serafín gigante de 5 metros de altura, basado en la descripción de Isaías y que fue esculpido en 77 piedras después de haber sido colocadas en su lugar, con lo que no dejaba ningún margen para el

error. La gran logia del Estado de Israel, que une a todas las logias en Israel, fue consagrada en el edificio de la YMCA —construido con las piedras de la cueva de Sedequías—, en octubre de 1953. Esas piedras llegaron a impresionar al autor estadounidense Mark Twain, quien, a pesar de no tener ningún reparo en burlarse de los lugares santos o la alegría de sus peregrinos, se sintió profundamente impresionado por los enormes pilares que encontró en las cuevas descubiertas bajo la mezquita al-Aqsa, que describió como «preciosos restos del Templo de Salomón [...] que apenas insinúan una grandeza que a

todos nos han enseñado a considerar como principescas y jamás vistas en la tierra».



Las grandes tallas de la cueva de Sedequías,
principios del siglo xx.

La caverna descubierta debajo de la mezquita al-Aqsa, que tanto impresionara a Twain, se conoce como los Establos de Salomón. El nombre tiene su origen en el periodo de las Cruzadas y de los Caballeros Templarios, que construyeron allí su puesto de mando, y le dieron el nombre de Templum Solomonis (Templo de Salomón). Este fue también el origen del nombre de su orden: los templarios. Se dice que los miembros de esta orden encontraron en esa cueva los tesoros del templo y que estos les sirvieron para iniciar su expansión. Los templarios ya han desaparecido, pero los masones han dejado su marca en Jerusalén y sus

secretos susurran entre sus piedras, donde se pueden identificar las huellas de la logia.

Todas estas cuestiones forman parte de las leyendas más universales del misterio. Templarios, tesoros perdidos, rituales, sociedades secretas. Leyendas, o quién sabe si hechos reales, que van unidas a algunos de los pasajes más atrayentes de la historia del hombre, sobre todo para autores de gusto heterodoxo.

Si comenzamos a analizarlas, nos damos cuenta de que muchos de estos misterios históricos tienen como telón de fondo una oquedad, una gruta, una cueva o un pasadizo subterráneo donde

se albergaría la solución a todos estos enigmas. Sin embargo, otros usos de las cuevas no fueron tan románticos. Muchos rituales fueron crueles y terribles, y eran precisamente las cuevas las que, con impávida mirada, eran testigos de escenas realmente macabras. Permítame, pues, que le presente algunos ejemplos.

Ritual de cabezas cortadas

Según un estudio publicado por Susana de Luis Mariño —del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid—, el norte de

España, durante la Edad del Hierro, se convirtió en un auténtico reguero de sangre y fuego debido al uso de las cuevas para rituales de enterramientos y sacrificios humanos. Según este estudio, tres de ellas estarían en Asturias, 14 en el País Vasco y nada más y nada menos que 76 en Cantabria, donde se habría realizado algún tipo de ritual funerario o de sacrificio humano, último extremo nada descartable puesto que las fuentes escritas informan acerca de esta práctica entre los pueblos del occidente y el norte de la península ibérica para sellar pactos, practicar la adivinación o como sacrificio a los dioses por parte de los montañeses. Además, han sido

localizados restos de posibles sacrificios humanos en otras cuevas de la Europa occidental del mismo periodo, como en la cueva del Trou de l'Ambre (Éprave, Bélgica), Trou de la Coupe (Charente, Francia) o la cueva de Býčiskála (Bohemia, República Checa). En España, en las cuevas de Ojo Guareña (Burgos), y La Graciosa I y La Graciosa II (Cantabria) fueron hallados restos que parecen evidenciar que puede tratarse de un sacrificio humano ofrecido a alguna divinidad subterránea, ya que los individuos hallados en ellas no parecían haberse introducido en la cueva por propia voluntad, como

mantienen investigadores como Ruiz Vélez, sino que habrían sido conducidos por los oferentes de forma obligada.

Poco debían de imaginarse los investigadores que se adentraron en las mencionadas cuevas de La Graciosa I y II en Cantabria para explorar cada una de las salas que componen estas dos oquedades. Allí ya se habían encontrado restos celtíberos y alguna que otra pieza de cerámica, pero lo que nunca imaginaron fue el macabro secreto que escondían ambas cuevas. Estas están situadas en el conocido Pico Castillo de la localidad de Solares —no confundir con el Monte Castillo situado en Puente Viesgo, donde están las afamadas

pinturas rupestres—. Este pico, situado prácticamente de manera solitaria en un amplio paraje verde, destaca por su forma piramidal, que, al igual que Monte Castillo de Puente Viesgo, produce cierto poder hipnótico al visitante. Quizá por ello, en la tardía Edad Media, los habitantes de la zona vieran en él el hogar de alguna clase de deidad, por lo que no sería impropio interpretar que era necesario algún tipo de ritual para aplacar a esa deidad o realizar alguna ofrenda cuando se culminara una gesta bélica. Sea como fuere, el hallazgo en las cuevas de La Graciosa I y La Graciosa II en Monte Castillo de Solares, dejó perplejos a los

investigadores. En La Graciosa I se quedaron impactados cuando, en una de sus lúgubres salas, se hallaron los esqueletos de varios individuos a los que se les había cercenado la cabeza. Estos, muy probablemente, fueron arrastrados al interior de la caverna para ser los protagonistas de un ritual de cabezas cortadas, las cuales, por cierto, nunca han sido encontradas. ¿Podría ser acaso el escenario de un simple asesinato y no de un ritual o sacrificio humano? En este sentido, alguien, quizá acertadamente, podría pensar que entre asesinato y sacrificio no existe ninguna diferencia. Pero, si era un ritual, los que oficiaron tan macabro acto se llevaron

las cabezas probablemente como trofeo e incluso como elemento decorativo o amuleto. Pero, lejos de quedarnos solo con estos datos, el asombro volvería a aflorar en los rostros de los investigadores cuando se adentraron en la cueva de La Graciosa II. Entre pasadizos, gateras y salas de diferentes dimensiones, alguien encontró una pequeña abertura en una pared de roca por la cual no podía entrar un adulto. Sin embargo, las linternas descubrían que al otro lado existía una sala que parecía contener restos de actividad antigua. Cuando por fin accedieron a ese habitáculo, descubrieron ocho cráneos humanos. Inmediatamente se pensó que

se habían encontrado las cabezas de los individuos de La Graciosa I pero, después, se determinó que eran cráneos de un periodo más antiguo, tanto, que muchos se habían cimentado prácticamente con la propia piedra, lo que hacía imposible su extracción. Algunos de ellos pudieron sacarse de la cueva, pero otros permanecen allí. Quienquiera que colocara las cabezas lo hizo en una disposición muy determinada, bajo un aparente orden y pulcritud que revelaría algún tipo de significado. ¿Acaso era una ofrenda?



Cabezas descubiertas en la cueva de La Graciosa (Cantabria).

Los rituales de cabezas cortadas eran una práctica habitual cuando se conseguía vencer a los enemigos o a alguna tribu con la que se tuviera rivalidad. Los autores clásicos nos dejaron documentada esta práctica de cortar la cabeza del enemigo caído en combate. Nos dicen que los pueblos celtas conservaban los cráneos de los enemigos muertos a modo de trofeo. Para ellos, la cabeza era el lugar donde residía el alma, la sustancia del ser humano. Es por ello que los celtas consagraban a los dioses las cabezas y los miembros del cuerpo. Se creía que solo aquellos guerreros a quienes no se les hubiera cortado la cabeza o

alcanzado gravemente la médula o el cerebro podrían alcanzar la inmortalidad. Hay autores que afirman que este culto a la cabeza tiene su origen en la Cultura de los Campos de Urnas y en la temprana Edad del Bronce europea, donde la cabeza era usada como símbolo solar. Los jóvenes guerreros eran iniciados a través de este rito de paso a la vida adulta: salían en busca de una cabeza enemiga y retornaban con ella colgada de su caballo. Esta era la señal de su madurez militar; a partir de ahí se les empezaba a considerar adultos, y podían casarse y formar una familia. Estrabón nos relata que, al salir a combate, del cuello de sus

caballos colgaban las cabezas de los enemigos muertos, y las llevaban consigo para fijarlas como divertimento en los vestíbulos o para reutilizarlas como vasos para los banquetes. Añade que esta costumbre la mantenían la mayor parte de los pueblos nortños.

Las cabezas eran utilizadas como talismanes protectores, por lo que podían colocarse o colgarse en lugares estratégicos, a la entrada de las viviendas o en lo alto de las murallas. Creían que así el castro —que era como se denominaba a los antiguos poblados semifortificados— sería protegido de las fuerzas invasoras, malos espíritus y seres diabólicos. Al mismo tiempo, sus

habitantes eran bendecidos por el influjo mágico de estas cabezas-talismán. Tras la muerte del cuerpo, creían que la cabeza seguía teniendo vida y podía moverse, hablar y cantar. Podía rechazar el mal, profetizar el futuro e incluso contar cuentos e historias. Hay que decir que aún hoy pervive el lejano recuerdo de aquellas tradiciones. Es en la noche de Todos los Santos cuando las cabezas —en muchos lugares en forma de calabazas terroríficamente sonrientes— vuelven a nosotros. Como en el Samhain celta, las puertas que separan el mundo de los vivos del de los muertos se abren y las luces de las calabazas alumbran,

como ya lo hicieron las antiguas calaveras, el camino a los espíritus de los difuntos hacia la vida.

Lo encontrado en La Graciosa II parecía una ofrenda a la montaña, y la sala donde se hallaron, una suerte de arcaico santuario donde officiar el ritual.

Cuevas, sepulcros y santuarios de la Antigüedad

A lo largo y ancho del mundo, hay suficientes vestigios arqueológicos como para dejar claro que las cavernas eran el lugar propicio para que el alma del difunto realizara el viaje hacia el

otro lado. Los ejemplos son tan abundantes que nos invitan a pensar que la antigua creencia paleolítica de que las paredes de las cuevas eran un portal hacia otro mundo —tal como aseguran las teorías aceptadas— podría haberse transformado con los milenios hasta darle a las cuevas en su totalidad, y no solo a una pared en concreto, el poder para que las almas de los difuntos pasaran al otro lado.

Hace más de un siglo que se conoce en La Rioja la utilización de cuevas como lugar de enterramiento. Las pioneras investigaciones de L. Lartet (1866) en cueva Lóbrega, situada en el término de Torrecilla de Cameros, en el

valle medio del Iregua, documentaron la existencia de restos antropológicos. En su interior, se encontraron restos humanos cuyas características hicieron pensar a los investigadores que estaban ante lo que se denomina «desmembramiento ritual». Algo verdaderamente macabro a tenor del proceso que se debió de llevar a cabo para tal efecto. El fallecido, a falta de un método mejor, debía ser expuesto a unas condiciones determinadas para acelerar el proceso de putrefacción, y debía ser vigilado para que ningún animal tuviera la oportunidad de llevarse los restos del cadáver. No podemos imaginar qué desagradable tarea, vista desde nuestra

perspectiva, debía ser el hecho de velar un cadáver hasta que acabara tan corrompido que su carne se separara del hueso sin ofrecer gran resistencia. En esta cueva, se encontró una docena de individuos: hombres, mujeres, niños e incluso un recién nacido cuya datación los situaba a finales del siglo XIV. Pero la zona del río Iregua y, sobre todo, sus cuevas, parece haber sido el enclave perfecto para que los difuntos encontraran su camino hacia el mundo de los espíritus. Muy cerquita de cueva Lóbrega se descubrió otro enterramiento en una esquiua caverna llamada cueva de Los Niños. En relación a esta existen varios misterios aún no resueltos. Según

parece, su descubridor halló dos cráneos humanos que podrían revelar la existencia de rituales de cabezas cortadas en la zona. Estos fueron llevados en 1965 a Pamplona para su estudio. Sin embargo, los cráneos desaparecieron sin dejar rastro y nunca más se supo de su paradero. Lo mismo ocurre con esta misteriosa cueva de Los Niños, la cual, a pesar de haber sido documentada, parece como si la tierra, nunca mejor dicho, se la hubiera tragado. Han sido muchos los arqueólogos e investigadores que han querido hallar su boca, pero no han sido capaces hasta la fecha de determinar

dónde se encuentra. Si la cueva de Los Niños alberga algún secreto más, mucho nos tememos que tardará en averiguarse.

La cueva del Tejón es otro de esos enclaves riojanos que sirvieron para enterramientos rituales pero cuyo significado real nos es desconocido. Está enclavada en una ladera del paraje conocido como El Robledal, en Ortigosa de Cameros, al pie del camino que parte en dirección a El Rasillo. En su interior, se hallaron los restos de un individuo que había sido enterrado junto con un clavo de hierro, dos fragmentos de vidrio y una fíbula de bronce, así como abundantes restos de cerámica. Igualmente, se encontró un vaso y varios

trozos de cerámica de barro negro sin cocer. También fueron descubiertos restos humanos en la conocida como cueva Destruída, en la cueva de san Jorge, en la sima de La Muela o en la cueva de Los Lagos. Y, junto a los cadáveres, diferentes materiales como vasijas, pequeñas tinajas, vasos de cerámica y otros útiles que bien pudieran servirle al muerto para su estancia en la otra vida.

Son cuevas que han sido tumbas desde las épocas más remotas hasta casi nuestros días. En Francia, tal y como he mencionado en un capítulo anterior, se encontraron restos de un yacimiento funerario de origen neandertal en

Chapelle-aux-Saints. Más conocida y cercana en el tiempo es la época romana, en la que merecen mención aparte las conocidas catacumbas distribuidas por media Europa; claros ejemplos de cuevas artificiales cuyo uso funerario y sagrado se confunde y se mezcla. En Oriente Próximo, se encuentran sepulcros igualmente excavados en roca que tienen una curiosa similitud con el más famoso de todos los tiempos: el que describen los Evangelios como el sepulcro de Jesús. Según los textos bíblicos, este fue construido exprofeso para Jesús de Nazaret, y era sellado con una gran piedra redonda, curiosamente del mismo

tipo que los sepulcros que se encuentran en Siria, por cierto, a centenares. Quizá por este motivo algunos eremitas de gran devoción religiosa decidieron utilizar algunas cuevas-tumbas como lugares donde pernoctar de manera habitual. Esta práctica fue documentada por primera vez en la vida de san Antonio escrita por san Atanasio, que deja bien claro lo extremo de la conducta de este santo. ¿Acaso esta práctica le otorgaba al devoto una cercanía mayor a Dios? Aún más extraño fue el uso por parte de algunos eremitas de utilizar esas tumbas como viviendas.

Hay que decir que las cuevas no solo servían de cementerio, sino también de santuario para officiar ritos. E, incluso en España, algunas de ellas se llegaron a utilizar para la celebración de bodas religiosas cristianas. Estas cuevas-santuario suelen estar situadas en parajes montañosos e incluso escarpados, algo que no era producto del azar, ya que muchos de los ritos que se realizaban y los que los ejecutaban eran perseguidos por sus beligerantes ideas o sus heréticos rituales. En otros casos, la cueva era un lugar sagrado de ofrendas a una determinada deidad o deidades que, al parecer, tenían su morada en lo profundo de las montañas;

estas ofrendas nos han permitido diferenciar cuáles de estas cuevas servían para fines rituales y cuáles eran utilizadas como mero refugio. En otras ocasiones, el santuario era literalmente excavado en la roca de manera artificial; el mejor ejemplo en este sentido son las llamadas iglesias rupestres, nombre que se le da a aquellas iglesias cristianas que, bajo la persecución musulmana, fueron excavadas en la propia piedra de las montañas para poder realizar el culto cristiano de manera clandestina. Pero a pesar de que estas iglesias son las más reconocidas por encontrarse en muchos lugares de España, las llamadas «cuevas artificiales», creadas para cultos

sagrados, existen en otras partes del mundo.

Se tiene constancia de que en la época romana ya se horadaba la roca para crear cuevas artificiales donde officiar diferentes ritos. Estas han sido ampliamente estudiadas gracias a su documentación pictórica y epigráfica. Aunque lo que muy poca gente sabe es que la gran mayoría de estas cuevas fueron realizadas por los romanos en Oriente. Esto fue consecuencia del afán de cristianizar todo el territorio posible. Tanto es así que se llegaron a crear cuevas artificiales desde Mesopotamia

hasta Siria; incluso se tiene constancia de que en algunas se realizaron rituales de secularización.

Las cuevas-santuario son tan numerosas que incluso hay autores que afirman que, antes de la llegada de Roma, en España existía una religión de la cual ya no tenemos más que vestigios, con deidades de nombres tan extraños como Endivelicus, Ataecina o Erudino. Una religión cuyo culto ancestral pasaría por la invocación de estos dioses a través de los sueños. Estas divinidades tenían la propiedad de navegar entre el mundo oscuro y el de la luz, y eran invocadas para la protección, curación y la buena suerte o, por el contrario, para

infligir algún tipo de mal cuyo resultado podía ir desde pequeñas aflicciones hasta la muerte. Esta religión está rodeada de gran misterio, ya que quienes la profesaban no dejaron explicación alguna del origen, procedencia o cosmogonía de estas deidades. Lo que sí se sabe es que eran adoradas en cuevas, como la cueva de La Lobera en Jaén; allí se encontraron múltiples restos de figuras antropomorfas de características, cuando menos, singulares. Una religión desconocida con unos dioses que parecían tener el mundo subterráneo como morada.

Nombrar todos los ejemplos de ello sería una obra ingente la cual me veo en la obligación de amputar; sin embargo, es necesario reflexionar sobre el paralelismo dioses-cuevas-hombres. Curioso es que muchas religiones hacen referencia a las cuevas como lugares sagrados. Jesús nació en una cueva que la historia se ha encargado de transformar en un establo, igual que la diosa egipcia Isis-Meri. Esto podría ser producto de la casualidad de no ser porque Mitra, el dios principal del mitraísmo, también nació en una oscura cueva, al igual que Dionisio, dios griego, al cual se le suma el simpático Krishna, también nacido en una cueva;

por no hablar de la cueva de Dikteon, cuyas paredes vieron alumbrar al mismísimo Zeus, o Hermes, quien nació en una cueva en el monte Cilene. También una caverna fue testigo del alumbramiento de la diosa Amaterasu en la religión sintoísta. Esto por no mencionar las diferentes deidades mitológicas de origen celta o del norte de Europa, donde la lista de nacimientos en cuevas, recovecos y abrigos de montaña es igualmente incontable.

A tenor de estas evidencias, parece casi cómico el empeñamiento del hombre por separar lo divino de lo terrenal. Parece que estemos empeñados de manera casi obsesiva en decirnos que

el cielo es pureza, y la tierra es un lugar impío y de sufrimiento. Algo que resulta chocante e incluso divertido cuando descubrimos en las tradiciones cómo los dioses no paran de bajar una y otra vez de su mundo perfecto a la tierra. Si su mundo es el ideal y la tierra es un valle de lágrimas, no parece lógico el empeño de los dioses en presentarse en ella, aparecerse a los humanos, darles conocimientos, mantener relaciones sexuales, tener hijos e incluso encarnarse en hombres. Tradiciones que aseguran que muchos de estos dioses nacen en cuevas, viven en la tierra, en los ríos y oquedades. Bien, parece que la tierra pudiera ser el parque de juegos

o el lugar de divertimento que los dioses no tendrían en su paraíso perfecto, por lo que a la conclusión a la que llego es que si hasta los mismos dioses insisten una y otra vez en tocar tierra firme cuando no meterse dentro, quizá lo mejor que podamos hacer los humanos para alcanzar el paraíso sea seguir su ejemplo y meternos en una cueva.

9

NECROFOBIA

Entonces un suspiro recorrió la creación y el pez volvió a sus aguas y los animales a sus prados y los muertos a sus cuevas en las tinieblas.

WILLIAM HEINESEN

Historias de dioses que mueren y posteriormente resucitan están presentes en la mitología de medio mundo y, por supuesto, estas entidades divinas también tienen su contrapunto maléfico o demoniaco. Esos personajes malvados procurarían el sufrimiento y la desesperación de los hombres, que, al igual que los seres divinos, podrían manifestarse en la tierra para influenciarlos, para arrastrarlos a la locura o para utilizarlos como marionetas que sirvieran a sus fines. Las causas por las que una persona era poseída por algún tipo de entidad maligna podían ser muy diferentes, pero básicamente mantenían un mismo patrón:

el propósito final de esta posesión estaría ligado a generar sufrimiento o desgracia al poseído, o bien a utilizarlo con el fin de importunar al resto.

Ya en el siglo X se hablaba del denominado *modus vivendi* o modo de vida. El diablo o diferentes espíritus malignos podían llegar a adueñarse de los cuerpos de aquellas personas que hubieran tenido una vida desordenada. Personas que, por lo general, acababan su vida de manera abrupta, bien por un acto violento o por un accidente o alguna enfermedad propia de su deshonesto estilo de vida. Este era el denominado *modus moriendi* (modo de morir). Todas las personas que cumplían

con estos requisitos podrían ser presas de lo que era conocido como «la muerte negra» —no confundir con la peste negra—. La muerte negra haría acto de presencia cuando algún demonio tuviera la oportunidad de poseer a alguno de estos infortunados difuntos. Estos demonios podrían «animar» al fallecido para que su cuerpo sirviera a sus oscuros y tenebrosos propósitos. Para ello, poseían al difunto penetrando por su boca. Una vez «acoplado» al mismo, el demonio sería capaz de manejarlo a su antojo, conminándolo a salir de su tumba y, así, utilizar su cuerpo como una marioneta.

Para deshacerse de estas terribles criaturas y terminar para siempre con el martirio de su maligna amenaza, los que padecían sus ataques, es decir, los vivos, tenían que destruir el cuerpo del poseído, por lo que la demoniaca naturaleza que lo habitaba tendría que abandonarlo y buscar otro huésped al que utilizar. Si había suerte, el demonio se marcharía lejos de la zona y no volvería a importunar a los vecinos.

Mucho antes del concepto del vampiro moderno creado en el siglo XIX o la figura del zombi, las antiguas creencias, sobre todo del norte de Europa, ya nos hablaban de estas criaturas devorahombres, como el

mencionado draugr islandés, casi mil años más antiguo que el vampiro actual. Pero incluso hay evidencias de que estos seres ya importunaban a los vivos desde tiempos más remotos, al menos desde el siglo V, durante la Alta Edad Media, lo que nos indicaría que posiblemente el mito de «los que caminan de nuevo» es muy anterior. Pero no solo eso, es muy probable que la creencia en la resurrección de los muertos se hubiera trasladado a través de las diferentes culturas y civilizaciones e incluso que hubiera nacido de manera espontánea como un arquetipo cultural. Si nos adentramos en las creencias árabes, ya en el siglo VI se decía que en el cuerpo

humano residía algo llamado *al-yawhar al-dujani* (sustancia fumosa) y también el *yism bujari* (sustancia vaporosa), que junto con el *al-nafs al-hayawaniyya* (espíritu vital) daban la vida al ser humano. De este último se creía que se encontraba en el cuerpo como una especie de refinada sustancia invisible que confería a los órganos la energía y la temperatura suficientes para que funcionaran correctamente. Los efectos de su existencia estarían en las sensaciones corporales asociadas al calor, al frío o las emociones. Hay textos que incluso reflejan que esta sustancia podía ser vista en las lágrimas. Esta antigua creencia árabe afirmaba

que, tras la muerte, si de alguna manera esa sustancia era regenerada o animada de nuevo mediante algún tipo de arte médico, el muerto podría volver a la vida.



Una mala vida podría hacer que un diablo poseyera el cuerpo del difunto.

Estas creencias fueron viajando por toda la antigua Europa hasta incorporarse en las leyendas y tradiciones de los diferentes países que la componían, y llegó a generalizarse la idea de que la existencia de los no muertos pudiera ser algo absolutamente real. El historiador inglés Guillermo de Newburgh contaría en 1196, en su obra *Historia Rerum Anglicarum*, el caso de Sally, el cadáver errante de Buckingham que atemorizaba a los vivos para regresar posteriormente a su tumba. De Sally escribió que incluso cuando

alguien se aproximaba a su féretro, esta abría la tapa para atacarlo y seguir saciando su inagotable sed de sangre. También narra el caso de Berwick, un noble inglés que, tras su muerte, aparecía por las noches sembrando el terror entre la población y provocando que los perros aullaran ante su maligna presencia. El historiador inglés cita el caso de otro noble que, tras morir al caer desde una azotea, era visto vagando por las calles y dejando un auténtico reguero de sangre a su paso. Este noble resucitado, tras ser descubierto, fue llevado a su tumba, donde, dicen, los lugareños lo desmembraron y lo quemaron para evitar que volviera a

salir de ella y atemorizar a los vecinos. En este sentido, Guillermo de Newburgh escribió: «[estas historias] difícilmente pueden ser aceptadas como verdaderas si no hubiese tantos ejemplos al alcance de la mano desde nuestro propio tiempo, y si los testimonios no fueran tan abundantes». En otro pasaje totalmente inquietante de su obra, afirmaba: «Si yo escribiera todas las instancias que de este tipo he comprobado y que han ocurrido en nuestros tiempos, la empresa sería más allá de una labor costosa y problemática».

Este historiador inglés llegó a recoger el caso de un hombre que, huyendo de la justicia hacia la ciudad de

York, falleció en un accidente. El rufián, a pesar de recibir cristiana sepultura, se levantó de su tumba días más tarde para perseguir a los vivos y acabó con la vida de varias personas. Ante tales hechos, los vecinos se congregaron en su tumba para desenterrarlo. Según este relato, el cadáver estaba hinchado, tenía una enorme envergadura, su piel estaba ennegrecida y había sangre en su boca. Llevados por la ira, los jóvenes atravesaron a la bestia con una estaca; de su herida comenzó a rezumar gran cantidad de sangre, en lo que muchos vieron una prueba de que había ingerido tal líquido de sus víctimas. Ante tan hedionda escena, arrastraron su cuerpo

hasta una pira funeraria, donde, tras extraerle el corazón, fue consumido por las llamas. Pero hay más testimonios, como los que recogieron los abades de Burton en Stanffordshire. Estos cuentan que en el año 1090 dos campesinos murieron de manera repentina por causas desconocidas y fueron enterrados en la localidad. Según dice este escrito, el mismo día en que fueron enterrados aparecieron al anochecer, llevando sobre sus hombros los ataúdes de madera en los que habían sido enterrados. Durante toda la noche caminaron por los senderos y campos de la aldea, transformándose en seres similares a osos, perros u otros

animales. En ese momento, los aldeanos comenzaron a enfermar y morir. Finalmente, los cuerpos de los *campesinos* fueron exhumados, sus cabezas cortadas, y sus corazones extraídos y quemados, lo que hizo que cesaran las enfermedades. Pero es que los relatos se suceden. El cronista Walter Map llegó a escribir en el siglo XII que había un hombre perverso en la localidad de Hereford que resucitó de entre los muertos y vagó por las calles de su aldea llamando a las puertas de ciertas casas. Quienes allí habitaban morían de manera repentina a los tres días. Los vecinos tomaron la determinación de llamar al mismísimo

obispo Gilbert Foliot, quien se encargó personalmente de cortar la cabeza al cadáver con una pala y rociarla posteriormente con agua bendita. Estas historias se trasladaron aún más en el tiempo, y lo hicieron con la premisa de ser ciertas, tanto es así que el propio rey de Gran Bretaña, Jacobo I, en el siglo XVI llegó a escribir una disertación de demonología donde introducía la idea de que una entidad demoniaca podía poseer un cadáver y tener relaciones sexuales. Todos estos casos fueron admitidos como reales por las gentes de la época que, alentada por la superstición, creyó a pie juntillas en su veracidad. Historias que cruzaron fronteras como la de

Francia, donde las autoridades del siglo XII ya las daban por ciertas. Tanto es así, que el propio obispo de París Guillaume d'Auvergne hizo referencia en sus escritos a «hombres muertos que matan otros hombres vivos». Asimismo, Rudolf von Schlettstadt, dominico de la iglesia de Colmar, en Francia, narraría el inquietante suceso ocurrido a un hombre llamado Henry. Según su relato, este le aseguró que mientras caminaba por la zona fue atacado por tres hombres y golpeado salvajemente; entre sus atacantes aseguró que pudo reconocer a un hombre que había fallecido días antes. De hecho, en la Francia del siglo XII ya se conocían historias referentes a

estas criaturas, que ya se contaban siglos atrás. Unas criaturas que en el país galo serían bautizadas como *revenats* (retornados). Estos eran cadáveres animados por una entidad diabólica cuyo único fin era sembrar la destrucción y la muerte de manera absolutamente visceral y salvaje, una imagen bien alejada del sobrio, educado y elegante porte del vampiro moderno. Más tarde, el monje benedictino Agustín Calmet reflejaría en su obra *Traité sur les apparitions des esprits et sur les vampires ou les revenans de Hongrie, de Moravie* (Tratado de las apariciones de espíritus o fantasmas y vampiros de Hungría, Moravia) que griegos y

egipcios ya invocaban desde antiguo las almas de sus difuntos para que estos volvieran al mundo de los vivos, muchas veces con nefastas consecuencias. Por lo que los que creían en estas cuestiones también contaban con sus métodos de protección contra lo que consideraban que era una absoluta realidad.

Iniciando el ritual

¿Podríamos plantear la posibilidad de que alguien hubiera ideado algún método para intentar curar a estas criaturas? Para curar el alma del difunto y así evitar que los espíritus se

apoderaran de su cuerpo, se dejaban objetos que se creía podían sanar al fallecido. Estos objetos iban desde cuero, cera, vegetales, monedas y bulas hasta piedras de río. De estas últimas, se creía que su íntima vinculación con el agua les otorgaba un extraordinario poder para purificar el alma y así curar al muerto. La idea era tan simple como, obviamente, poco efectiva. Si el agua podía limpiar, purificar y arrastrar la suciedad física; si el agua, además, siendo bendecida podía incluso evitar toda mácula en el alma de los vivos, era lógico pensar que también podría liberar el alma de los muertos. Obviamente, el agua no permanecía durante mucho

tiempo debido a su poca consistencia, por lo que las piedras de río, cuya durabilidad era mayor, proporcionarían a la larga los mismos beneficios que el líquido elemento. Otras de las herramientas para la purificación eran las bulas eclesiásticas. Se creía que su poder llegaría a hacer resucitar al muerto totalmente sano y libre del mal que lo llevó a la tumba. Estas bulas se convirtieron en auténtica moneda de cambio para la Iglesia, que, en muchos casos, las utilizó como un nuevo e imaginativo sistema de negocio con el que aumentar el contenido de sus arcas. De hecho, llegó a existir un auténtico mercado de bulas utilizadas para curar a

los fallecidos, algo que como imaginará nunca llegó a ocurrir. Pero, en este mundo de creencias y rituales, siempre han existido casos que han llevado al investigador por el terreno de lo incomprensible. Quizá precisamente por esos casos tan extraños, se mantiene viva la duda respecto a estas prácticas e invitan a imaginar que en algún momento pudieron ser efectivas. Uno de los más documentados y sorprendentes en relación a estas sanaciones post mórtem lo encontramos en el monasterio de Ely, en Inglaterra. Se decía de santa Eteldreda, o Etheldreda, su abadesa y fundadora, que fue bendecida con el don de la adivinación y que llegó incluso a

predecir años antes su propia muerte, así como otros sucesos de relevancia; incluso se dice que dijo la cifra exacta del número de fallecidos por la peste en ese monasterio. Santa Eteldreda falleció el 29 de junio del 679 a consecuencia de un tumor en el cuello y fue enterrada en un ataúd de mármol blanco de Cambridge. Tras dieciséis años, sus restos fueron exhumados, a cuyo acto acudió san Beda, quien dejó documentado el momento en que su hermana y sucesora, la abadesa Sexburga de Ely, abrió la tumba: «Ante la sorpresa de todos, su cuerpo permanecía incorrupto y su tumor había sanado de manera inexplicable».

Dicho acontecimiento provocó que el sepulcro donde se encontraban sus restos se convirtiera en un gran centro de devoción en el que los feligreses llegaban a afirmar que se producían milagros. Los restos de santa Eteldreda desaparecieron del monasterio en una fecha indeterminada y de manera igualmente misteriosa. A cambio, y para rendir homenaje a este extraordinario suceso ocurrido en el siglo VII, hoy en día, podemos encontrar su sepulcro, eso sí, vacío, en el monasterio de Ely.

Sabemos de algunas de estas prácticas gracias a fuentes literarias antiguas. Pero, sobre todo, es el *X Declamatio Maior* —escrito por

Quintiliano en el siglo IV d. C. y titulado *Sepulchrum incantatum*—, la fuente literaria más completa disponible sobre las prácticas funerarias mágico-rituales realizadas contra los no muertos. En este texto, se describe el ritual realizado por un hechicero sobre los restos ya cremados de un joven soltero que había muerto de enfermedad y que, según este relato, se le aparecía a su madre todas las noches para consolarla en su pérdida, hablar con ella y abrazarla. Al parecer, el esposo, y padre del joven fallecido, se dio cuenta de estas fantasmales visitas, por lo que decidió contratar a un mago para que, mediante el llamado *revocator animorum*, se

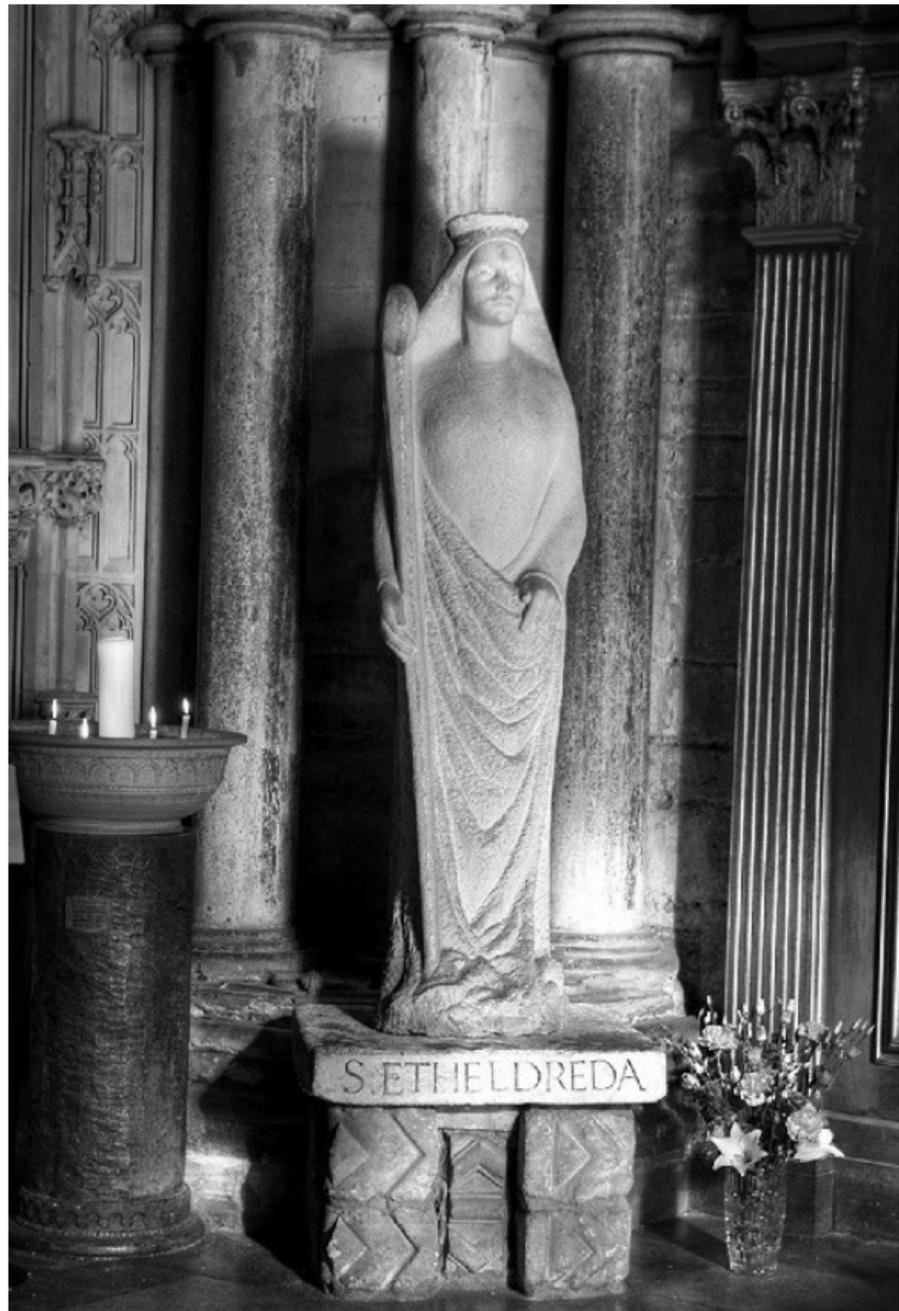
dispensara una segunda muerte al joven para que este permaneciera confinado para siempre en la tierra de las sombras. Según este texto, si el primer ritual no era efectivo, las prácticas sucumbían a una escalada de violencia contra el propio cadáver dependiendo, evidentemente, de la reticencia del fantasma a abandonar definitivamente el mundo de los vivos. El mago comenzaba con la recitación de fórmulas mágicas, el llamado *murmulo de barbarum*, *horridum Carmen*, una letanía que se pronunciaba mientras se realizaba el *circumdatum*, es decir, caminar en círculos alrededor de la tumba del difunto. Si la palabra no tenía el efecto

deseado se pasaba entonces a la acción, realizando la *catenae*, en la que se encadenaba la tumba del muerto. También se utilizaban grandes piedras para contener al difunto o el llamado *ferro mágico*: el hierro de los clavos del ataúd, que se utilizaban para fijar los restos del muerto a la propia tumba. En estos rituales, para contener a los espíritus, también se utilizaban unas vasijas de hierro que eran depositadas junto al cadáver y cuyo contenido solía componerse de los más variados objetos, puntas de lanza, cuchillos, grano quemado, madera, monedas y piedras. Y es que, al parecer, nada evitaba que los difuntos salieran de

nuevo de sus tumbas. Hay que decir que, en un contexto mucho más amable, hay quien asegura que, en el fondo, algunas de estas prácticas lo que pretendían era enmascarar casos de infidelidades, en los que los amantes visitaban a las mujeres por la noche mientras se ausentaba el marido. Esto propiciaba que, por un lado, la mujer, al ser descubierta, pusiera como excusa la visita de un fantasma y, por otro, que el marido mantuviera la honra; incluso que se convirtiera en salvador de la comunidad al protegerla de un supuesto no muerto. Lo cierto es que nuestro protagonista, según parece, consiguió confinar definitivamente al fantasma del

joven, eso sí, no sin utilizar las técnicas más expeditivas, con las cuales el fantasma dejó de manifestarse cada noche. Unas prácticas que no solo se usaban con aquellos que supuestamente se habían levantado ya de su tumba, sino también con aquellos que eran susceptibles de hacerlo. Por eso es buen momento para conocer algunas de estas prácticas, cuya poderosa magia parecía atar a los fallecidos al más allá y que fueron utilizadas para todo tipo de enterramientos, inclusive en el interior de cuevas y cavernas, lugares estos que, lejos de pretender ser utilizados para el

reposo de los muertos, quizá fueron utilizados para que estos jamás encontrasen la tierra de los vivos.



Estatua de santa Eteldreda de Ely en el lugar donde supuestamente reposó su cuerpo incorrupto.

El ritual de las cenizas

La ceniza es lo que queda tras la muerte, es el último vestigio de lo material ante su destrucción o consumición final; la ceniza es el resto, la última prueba de que algo generalmente vivo existió en algún momento. La ceniza tiene un poder simbólico mucho más interesante que el que la religión ha querido dejarnos. La ceniza también sirve de alimento, de abono para la tierra, de nutriente para la

nueva vida que germinará bajo ella. Por lo tanto, está íntimamente ligada a la muerte y a la vida. Es ese elemento que, totalmente muerto y vacío de todo lo que representa la vida, es capaz de proporcionar lo necesario para su creación. La ceniza, así pues, es un vínculo, un puente entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. En definitiva, sería el estado más puro de la materia, sin nada ya en su interior que pudiera ser pasto de las llamas, sin nada que tuviera que ser purificado. Estaríamos, pues, ante un material que con su contacto podría curar el alma. En la tradición cristiana, es símbolo de purificación y de unión con Dios, y solo

los puros de corazón serán llamados al reino del Señor; de hecho, durante la Cuaresma, el miércoles tiene en la ceniza su fundamental protagonista. Todo va unido a la purificación; la propia Cuaresma es el tiempo litúrgico destinado a la preparación espiritual, es un tiempo de purificación e iluminación que se consuma en el Miércoles de Ceniza, ungiendo en la frente de los cristianos este elemento tan simbólico. Posiblemente, esta tradición fuera la consecuencia de la cristianización de algún culto ancestral asociado a este material. Los griegos, los egipcios, los judíos y los árabes, entre otros pueblos de Oriente Próximo, acostumbraban a

cubrirse la cabeza de ceniza en señal de duelo. Los ninivitas usaban la ceniza como gesto de arrepentimiento profundo y, para los cristianos, la ceniza utilizada es consecuencia de la quema de los ramos del Jueves Santo, justo cuando se celebra la pasión y muerte de Cristo. Es esa unión con la muerte y con la vida, a través de un elemento purificado, lo que quizá debieron de ver aquellos que usaron este elemento como uno de los imprescindibles a la hora de evitar que el difunto volviera de entre los muertos para atacar a los vivos. Para ello, las cenizas debían ser colocadas a modo de cama bajo el cadáver o rodeándolo para que su fuerza purificadora sirviera de

barrera en caso de que el no muerto quisiera salir de su confinamiento. Una costumbre de cuya existencia también se encuentran registros en algunos penitenciales británicos del siglo VII.



Esqueleto enterrado en una base de cenizas,
Somerset.

Otra de las pruebas ineludibles que nos demuestran que el rito de la ceniza es muy anterior a la cristiandad es el hecho de que la quema de granos de cereal en presencia de cadáveres, con el fin de asegurar el bienestar de los vivos, fue prohibida por la Iglesia ya desde la Alta Edad Media. Prohibición que, por cierto, se mantiene a día de hoy, así que cuídese, querido lector, de no quemar ni un solo grano de nada en ningún camposanto; si llegase a ser descubierto por algún representante de la cristiandad, quizá pueda interpretar que está usted invocando algún tipo de poder pagano contra el alma de algún difunto. Ante esta situación, lo más probable es

que pase de largo y no haga comentario alguno a su acción, pero no se fie. Hace siglos, tras la prohibición de esta práctica, a quien era sorprendido realizándola le esperaba la excomunión, la tortura y quién sabe si incluso la muerte. Así que mejor evitar este tipo de asuntos, a no ser, claro está, que crea realmente estar delante de la tumba de alguien que pueda volver para devorar a los vivos. En ese caso, quemé todo lo que tenga a mano, por si acaso.

Sit Tibi Terra Gravis

El rito de los romanos en los enterramientos daba realmente importancia a la posible trascendencia del alma del difunto y al trato del cuerpo durante el sepelio. En las lápidas de los enterramientos romanos era muy común añadir un grabado con las siguientes siglas: S. T. T. L., las cuales procedían de la frase *Sit tibi terra levis* (que la tierra te sea ligera). Dicha frase quería reflejar la angustia y la opresión que se debía de sentir al notar el peso de la tierra sepulcral oprimiendo el cuerpo del difunto. Esta inscripción también implicaba el deseo de permanecer poco tiempo en la sepultura aguantando el peso de la tierra antes de pasar a una

vida mejor. Pero el ritual tomaba un cariz bien distinto cuando los enterramientos tenían como protagonistas a personas fallecidas prematuramente o en circunstancias violentas. Tal como afirma el profesor Desiderio Vaquerizo —del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Córdoba—, los romanos tenían un miedo atroz a los muertos. Sobre todo, a los niños y a las mujeres fallecidas durante el parto. Consideraban que, al haber muerto prematuramente, estaban irritados, por lo que podían volver y vengarse de los vivos por su desgracia. Pero también tenían mucho miedo a los

suicidas, ajusticiados, criminales, locos y portadores de enfermedades contagiosas, como lepra o tuberculosis. Pero por encima de cualquiera de ellos los niños eran los muertos más terribles, por eso era frecuente incorporar al sepulcro del niño una serie de tablillas de plomo con maldiciones realizadas por un mago, escritas de derecha a izquierda, de tal forma que solo podían ser leídas si se reflejaban en un espejo. A los niños se les enterraba de noche y muchas veces en el interior de las propias casas.

Una de las formas que tenían, sobre todo los familiares, de asegurarse de que su difunto no renaciera era velarlo

día y noche durante varias semanas. Si realmente era cierto que un cadáver putrefacto no sería nunca poseído, tan solo se debía esperar el tiempo suficiente para que la naturaleza hiciera su trabajo. Una vez pasado un tiempo prudencial de espera y vigilancia, el cadáver se exhumaba para ofrecer a familiares y vecinos la prueba definitiva de que no existía peligro alguno, descartando al difunto como un posible no muerto, no solo para alivio de los vecinos, sino principalmente para alivio de sus familiares. Estos vivían con gran inquietud la exhumación, ya que un cuerpo sin descomponer equivaldría no solo a confirmar las sospechas, sino que

automáticamente los familiares serían señalados y estigmatizados y, en muchos casos, tenían que abandonar la comunidad para no ser el centro de la ira del pueblo, por lo que en ocasiones la vigilancia de la tumba se alargaba lo más posible. Esto entraba en conflicto con las prisas de los lugareños por averiguar si sus vidas corrían peligro, por lo que la tensión, en algunas ocasiones, llegaba a ser palpable. Así que ¿qué se podía hacer? La solución a tal dilema alcanzó, una vez más, derroteros insólitos.

Se llegó a extender la creencia de que cierto tipo de tierra aceleraba el proceso de descomposición de los

cuerpos, lo cual parecía reducir considerablemente el tiempo de espera hasta la exhumación del finado. Corría el rumor de que las tierras de los cementerios de París tenían unas propiedades inigualables para tal efecto, por lo que de manera asombrosa se llegó a generar un auténtico mercado negro de supuesta tierra de camposantos parisinos. Otros, sin embargo, no querían arriesgarse, no fuera a ser que ni la putrefacción acabara con el deseo de sangre del muerto. En este caso se utilizaba una técnica mucho más expeditiva, directa y desagradable. Consistía en el descarnamiento del difunto, previo hervido; así no habría

ningún género de duda de que el cadáver no sería poseído por ningún tipo de entidad vampírica. Una práctica que se extendió durante más de quinientos años; tanto es así que, en España, Felipe I de Castilla, más conocido como El Hermoso, se refirió a la costumbre de desmembrar el cuerpo antes de su enterramiento como «las prácticas de sus antepasados».

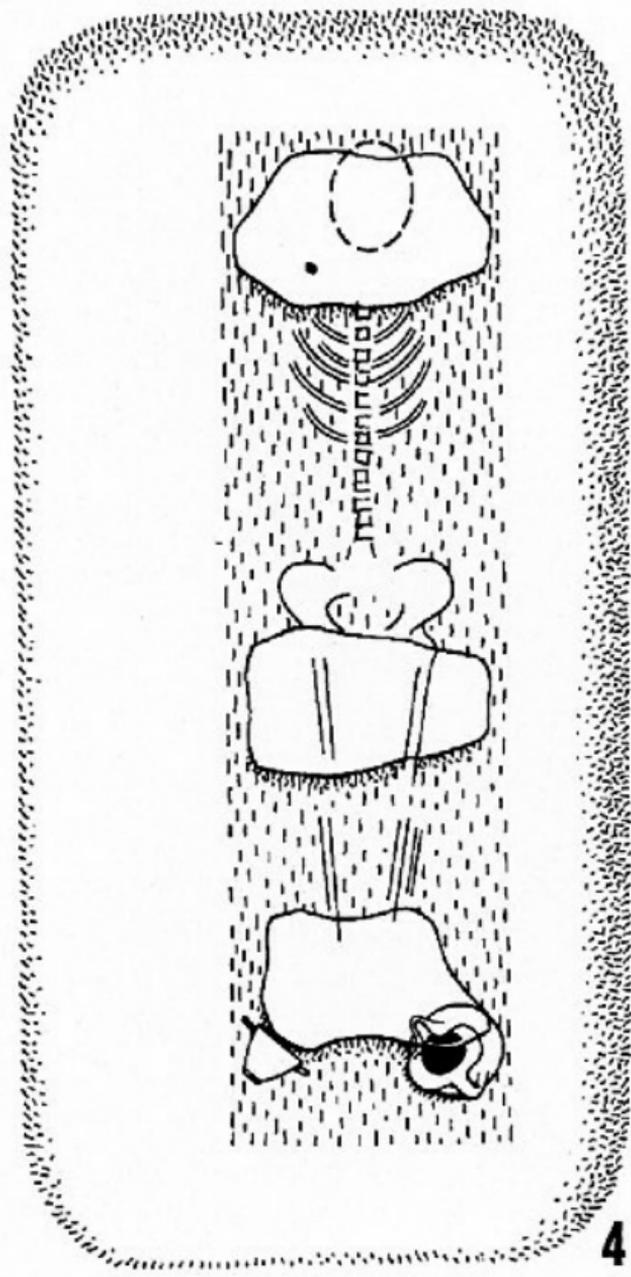


Ilustración de una tumba encontrada en Francia.

Pero siempre había temerosos de si esto sería suficiente para paralizar al muerto. En este sentido, encontramos las declaraciones «seudo-Quintilianas» — denominadas así por ser falsamente atribuidas a Marco Fabio Quintiliano—, en las que se dice que, para fijar definitivamente el fantasma del muerto a su sepulcro, se debía incluir la colocación de grandes piedras sobre su tumba, o directamente sobre el cuerpo, lo cual cumplía dos funciones fundamentales: si se colocaban las grandes losas sobre la tumba, esta sería

más compleja de abrir y ser ultrajada, y, si se colocaban encima del finado, su función era claramente la de contener al posible *revenat*. Estas piedras se erigían como una barrera física intransitable entre el muerto y el mundo de los vivos, lo que impedía tanto su escape como su profanación. De hecho, a lo largo de la historia, muchas tumbas han sido blindadas con múltiples técnicas para que no fueran profanadas ni por ladrones ni por violadores, algo que era una práctica más habitual de lo que imaginamos. Ya en el antiguo Egipto, a las mujeres y a algunos hombres que fallecían solo se les enterraba cuando su cuerpo presentaba cierto grado de

putrefacción, ya que, antes del embalsamamiento, si el cadáver tenía buen aspecto, los que realizaban tal tarea llegaban a utilizarlo para desfogar sus apetencias sexuales.

Pero anécdotas históricas aparte, lo cierto es que los hallazgos de cuerpos con grandes losas sobre ellos son muy numerosos. En la tumba romana 104 de la necrópolis de Pithekoussai (Ischia), un montón de piedras de 75 cm de alto fue colocado sobre las piernas de un cadáver. En una tumba del mismo cementerio, datada en el siglo V a. C., se colocaron dos grandes piedras sobre el pecho y el fémur de la joven enterrada allí. Las islas británicas también ofrecen

numerosos ejemplos de confinamiento de cadáveres con pilas de piedras. Por ejemplo, en el cementerio romano del este de Londres, utilizado principalmente durante los siglos III y IV d. C., un gran número de piedras en bruto se dispusieron en la tumba B733, entre las cuales se colocó deliberadamente una llave, cuyo significado y función son un misterio; quizá tuviera por objeto simbolizar aún más el confinamiento del muerto en su sepulcro. En la misma necrópolis, dos grandes piedras fueron arrojadas sobre la parte posterior de otro individuo enterrado en posición prona, en la denominada tumba B459. En idénticas

circunstancias fue hallado el individuo que fue enterrado bocabajo en el cementerio romano de la avenida Arlington (Dorchester), el cual había sido «castigado» con la colocación de un gran número de piedras sobre su cuerpo. Pero la lista continúa, en las tumbas VI, X, XVII y XVIII de la necrópolis galorromana de Gratte Dor (Côte-d'Or), se colocaron piedras sobre las rodillas, la cabeza, el estómago y los miembros de los cuerpos enterrados. Si nos vamos a Italia, una disposición similar está documentada en numerosos entierros de la necrópolis de Pithekoussai. Quisiera señalar que de

esta práctica tampoco se salvaban los niños, cuyas almas, como hemos comprobado, eran las más temidas.

Llegados a este punto, quizá alguno de los asistentes hubiera querido inscribir en su tumba las siglas antes mencionadas: S. T. T. L. *Sit tibi terra levis* (que la tierra te sea ligera). Aunque solo bajo la subjetiva elucubración de este que suscribe, puede que algún otro miembro de la corte funeraria, temiendo incluso que las piedras no pudieran contener al demonio, recitara la siguiente frase mientras el sepulturero dejaba caer las losas sobre sus restos: *Sit tibi terra gravis* (que la tierra te sea pesada).

Clavados a la muerte

Entre las numerosas prácticas que se tenían como eficaces para evitar el regreso de los muertos, quizá la más sencilla, rápida y expeditiva sería aquella que realmente mantuviera al vampiro fijado a su sepulcro. Esto no era otra cosa que el uso de clavos, a veces en gran cantidad, para sujetar de manera más física el cuerpo a la tumba. Esta herramienta formaría parte de la variedad de armas afiladas que tendrían el poder suficiente para contener a estas criaturas. Desde luego, la más conocida es la estaca pero, a tenor de las pruebas, los clavos también eran una herramienta

muy utilizada por el «verdugo» encargado de acabar con estos seres malignos. De hecho, estos objetos, en el mundo antiguo, tenían un valor simbólico incuestionable. Se cree que su uso pudo surgir del relato de la Grecia antigua en el que Layo, rey de Tebas, atravesaba con clavos los pies de Edipo para posteriormente abandonarlo; de hecho, Edipo significa «pies hinchados».

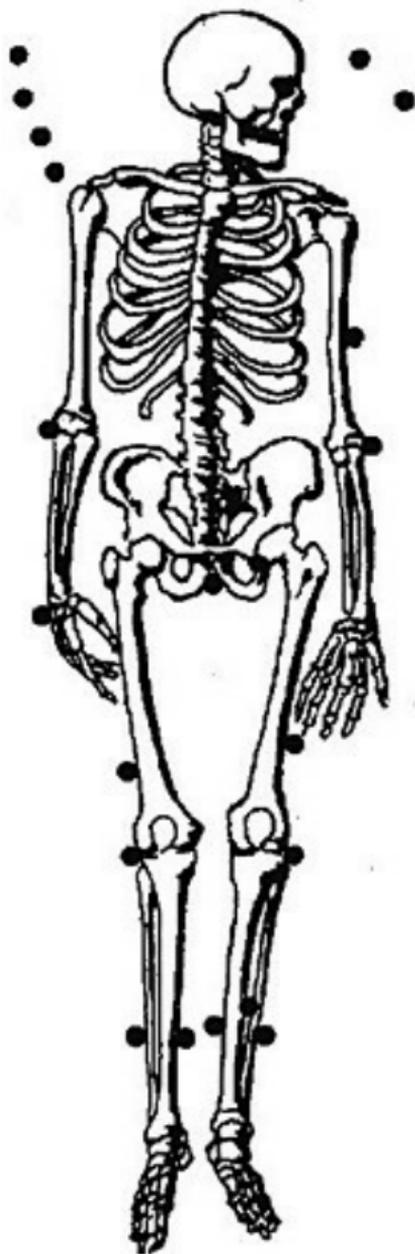
Los clavos podrían servir como elemento mágico, no solo para su uso directo sobre el cadáver, sino también como posible fuerza protectora de naturaleza profiláctica; es decir, evitar que el demonio accediera al cuerpo del

difunto para poseerlo. Hay que decir que muchos expertos, como el arqueólogo francés F. Blaizot, creen que la presencia de estos clavos podría deberse a la descomposición de las tumbas, que, con el paso del tiempo, colapsarían dejando los clavos que la sustentaban alrededor del difunto. Esta descomposición, unida al conocido rígor mortis, podría haber provocado en los cadáveres macabras posiciones dentro de ese espacio cerrado, confundiendo a los arqueólogos con lo que parecería un enterramiento ritual. Asimismo, la presencia de clavos en los pies no tendría por qué significar que el muerto hubiera sido clavado de manera

deliberada, proponiendo como teoría que las sandalias de los difuntos, una vez descompuestas, también dejarían la herrumbre de los clavos entre los huesos de los pies, lo que haría parecer que fueron clavados con ellos. Todas son interpretaciones que varían sustancialmente dependiendo de si pensamos que el cadáver fue clavado *ante mortem* (antes de la muerte) o *post mortem* (después de la muerte). Sin embargo, la inmensa mayoría de los expertos —como Silvia Alfaye, de la Universidad de Oxford—, afirman que lo más probable es que hubieran sido clavados en vida. Esto nos ofrece desde luego una imagen realmente dantesca,

porque ya no estaríamos hablando de una persona muerta que es fijada a la tumba ante el temor de que vuelva entre los vivos, sino que directamente se clavaba en la tumba a la persona cuando aún respiraba. ¿Podría ser que estuviéramos ante una nueva forma de tortura nunca antes conocida? Lo cierto es que la revisión de las antiguas fuentes no revela que esta fuera una forma de ajusticiamiento, pero puede que sí se hubiera utilizado para tales fines en algún momento. La pena capital en lo que el latinista francés Jean Pierre Callu llamaba «El jardín de los suplicios». Tal suposición se basa en el hallazgo a finales del siglo XIX de esqueletos cuyos

cráneos fueron traspasados por clavos. Pero no solo eso: también fueron rellenos con plomo líquido. Hallazgos de los cuales hablaré más adelante, y que estoy seguro van a sorprenderle como sorprendieron al que suscribe esta obra. Pero continuemos.



Representación de enterramiento con clavamiento del cadáver.

Gracias al *Codex Theodoiaunus*, escrito en el siglo IV d. C., sabemos que el vertido de plomo líquido en la boca del condenado fue un método de castigo capital destinado a aquellos acusados de inducir a vírgenes a cometer actos pecaminosos. De hecho, los clavos son uno de los elementos icónicos de la religión; incluso existen imágenes donde el clavo es el atributo de mártires como santa Engracia de Zaragoza, cuya cabeza fue presuntamente clavada por interceder por los cristianos y cuyos

restos se conservan en la iglesia basílica que lleva su nombre en esa ciudad. Aun así, no parece razonable atribuir la explicación martirial o de castigo penal a todos los entierros en los que el difunto era clavado. No sería, pues, de extrañar que nos encontráramos con esqueletos y cráneos clavados a los cuales se les vertía plomo líquido para que, entre el clavo y el peso del metal, nunca jamás pudiera volver. Ejemplos de ello los encontramos en otros lugares como la tumba X de la necrópolis galorromana de Gratte Dor. Allí, un individuo fue enterrado bocabajo, con piedras sobre sus extremidades, rodillas y cabeza, y un clavo en el muslo derecho

en lo que parece ser un intento incuestionable de inmovilización. En ese mismo cementerio se encuentra la tumba XVIII; la persona allí enterrada fue clavada por su rodilla derecha y enterrada bajo dos grandes y pesadas piedras. Pero aún hay más, en Francia, en la necrópolis merovingia de Audun-Le-Tiche, en la tumba número 120, se exhumó el cadáver de un niño de entre tres y cuatro años que tenía el cráneo perforado con un clavo, y sobre sus pequeñas piernas una gran losa de piedra. Tiempo más tarde se descubrió que fue enterrado reutilizando la tumba de un adulto que también había sido inmovilizado con grandes piedras, lo

que llevó a los investigadores a plantearse si estos dos individuos habrían pertenecido a la misma familia, que parece ser, fue estigmatizada por la comunidad. En ese mismo lugar, aparece en la tumba 158 una persona que fue enterrada de rodillas y cuyo cráneo fue rodeado de tres clavos, además de colocarse sobre el cuerpo numerosas piedras. Llegamos a la tumba 178; los investigadores identificaron los restos de un adolescente al cual le habían colocado tres grandes piedras terminadas en punta alrededor de su zona pélvica. Todas estas prácticas funerarias recuerdan, por su agresividad, a los actos realizados con

las muñecas vudú, las tablas de maldición o los conocidos papiros mágicos, también de origen griego, que servían para inmovilizar al sujeto mediante hechizos.

Lo que parece demostrado es que en la mayoría de las ocasiones esta práctica se hacía con el cuerpo aún vivo, algo que solo imaginarlo provoca un verdadero espanto.

La decapitación

Desde luego, si tuviéramos que tomar una práctica considerada clásica para acabar con la «no vida» de un «no

muerto», esa sería la decapitación. Cercenar la cabeza del monstruo, acabar con su parte pensante, anular el cuerpo al retirar de los hombros el centro de control. Este, sin duda, es uno de los supuestos métodos más efectivos. Fue el utilizado por Grettir, *el Fuerte*, para acabar con Glámr, el draugr islandés, y es el utilizado en la mayoría de la iconografía existente al respecto. Supongo que el pensamiento recurrente de cercenar la cabeza para acabar con cualquier tipo de criatura sobrenatural también fue considerado como algo eficaz en la realidad de la antigua Edad Media. De hecho, cercenar la cabeza fue y sigue siendo un recurso para propagar

el terror y el miedo. Antiguamente, las cabezas o los cráneos separados de sus cuerpos eran apostados en caminos y fronteras para atemorizar, o directamente ahuyentar, a posibles enemigos con un mensaje nada subliminal de «esto te puede pasar a ti». Así que, si esto era una práctica habitual entre los vivos, qué mejor motivo para usarla con los muertos. Y si estos tenían la incontrolable manía de reaparecer y vagar buscando víctimas por las calles de los pueblos, la decapitación, sin duda, estaba más que justificada. Pero, como decía antes, dicha práctica no debía tomarse a la ligera. El cuerpo necesitaba estar bien presentado y

colocado para evitar su futura resurrección; por lo tanto, nada se podía dejar al azar. Tras la decapitación, la cabeza debía colocarse en una ubicación determinada, generalmente entre las piernas o en los pies. De este ritual he de decir que no se libraban ni niños ni ancianos. Según expertos como R. Philpott, la base original del ritual de la decapitación pudo tener su origen en viejas creencias tradicionales indígenas de los pueblos bárbaros que habitaban el norte de Europa y que utilizaban la decapitación a modo de castigo, pero sorprendentemente, también a modo de «beneficio» destinado a liberar el espíritu de los muertos. Otros autores

como S. Chadwick y Van Doorselaer señalan que los rituales de decapitación de ancianas serían realizados ante la creencia de que la persona fuera una bruja o hechicera. Sin embargo, la mayoría apunta en una única dirección, la que nos lleva a una creencia ancestral y atávica que, como podemos comprobar, provoca las pesadillas del ser humano: el regreso de los muertos y su predisposición para causar el caos y la muerte entre los que aún permanecen vivos.

El historiador E. O'Brien recogía un caso en un texto del siglo XII. En él se narra la historia que acontece en una ciudad inglesa cuando dos extranjeros

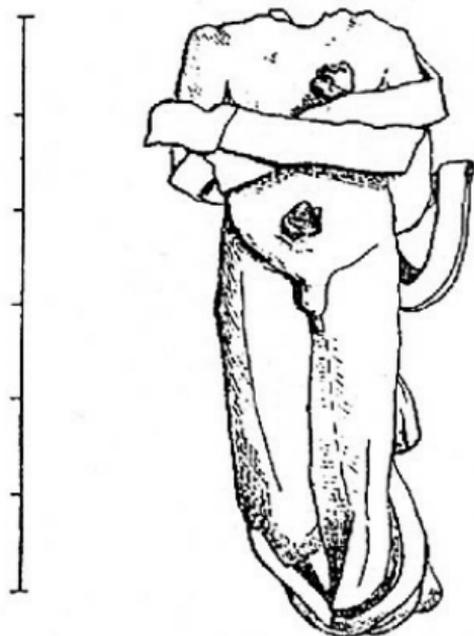
pisaron sus calles. Al parecer, de manera fortuita y lamentable, fueron alcanzados por un rayo y murieron al instante. Al no poder ser identificados, fueron enterrados en el cementerio local, lo que según este relato fue una decisión terrible. Al cabo de un breve tiempo, los habitantes empezaron a sufrir una grave epidemia que diezmó a la población. La preocupación fue en aumento y muchos señalaron a los extranjeros como los culpables de tal desgracia, por lo que, para detener la imparable y extraña enfermedad, los vecinos pidieron permiso al obispo para abrir las tumbas de los fallecidos. Al hacerlo decapitaron los cadáveres, pusieron sus

cabezas entre sus piernas, les arrancaron el corazón y posteriormente los cubrieron con tierra. Pero hay más casos recogidos en lugares como Gotland. Esta isla perteneciente a Suecia sufrió el acoso de varios criminales. Para impedir que regresaran a la vida se les decapitó y fueron enterrados con la cabeza entre las piernas. Otro caso similar a los anteriores fue registrado en el siglo XIX en la ciudad de Connecticut, donde se cuenta que una persona que sufría tuberculosis fue decapitada en el momento de su funeral para que, según la creencia, dejara de propagar la enfermedad. Es, pues, la decapitación una acción mágica utilizada como

medida de precaución o para detener algún tipo de maldición asociada al difunto, aunque en muchas ocasiones no solo se decapitaba, también se le practicaban varias formas de inmovilización dentro de la tumba. Pero entre todas las prácticas que incluían la decapitación había una solamente reservada a aquellas personas que, según sus coetáneos, eran irrefutablemente y sin ningún género de dudas «no muertos», yo incluso añadiría: y de los peligrosos. Para ellos estaba especialmente reservada la que me he atrevido a bautizar como «la mortaja antivampiros». Era lo que conocemos como una camisa de fuerza

pero que llegaba hasta las piernas. Se introducía el cuerpo en la mortaja y los brazos se metían en unas mangas que se ataban a la espalda con una serie de correajes; acto seguido, se rompían las piernas del infortunado y se ataban también en la espalda con sendas correas. En la parte frontal de la mortaja, a la altura del pecho y del abdomen, se realizaban dos agujeros creados expresamente para atravesar con dos grandes estacas el corazón y el estómago. Una vez ensartado con la madera, era finalmente decapitado y enterrado bocabajo. ¿Quiénes podrían ser los moradores de esas mortajas?, ¿qué clase de males podrían haber

infligido para ser enterrados bajo tantas medidas de seguridad? Desde luego, es algo que no sabemos, lo que sí podemos asegurar con total certeza es que quienes enterraron a estas personas con esta mortaja realmente creían que podía tratarse de auténticos no muertos.



Mortaja anti no muertos.

Nada es suficiente contra el no muerto

No me gustaría terminar este repaso por los rituales necrofóbicos, tal como atestigua la antropología y la literatura medieval y moderna, sin nombrar unas cuantas técnicas más, como el hecho de enterrar el cadáver en un contexto acuático o fuera de las fronteras comunitarias. O, por ejemplo, la extraña tumba que está en la necrópolis de Camesa, en Cantabria. En ese lugar, se encuentran más de 150 tumbas pertenecientes a enterramientos

cristianos. Según la cristiandad, los muertos debían enterrarse en posición este-oeste, con la cabeza mirando hacia la salida del sol, algo que encontramos en todas las tumbas de esa necrópolis menos en una, que mira norte-sur. Se cree que algún tipo de maldición o quizá el vínculo con alguna religión pagana llevaría a sus enterradores a no situarlo en las mismas coordenadas que los demás.

Pero incluso hoy en día estas prácticas se siguen manteniendo. El uso del agua para bendecir el espíritu del fallecido, dar la absolución cristiana para que el alma esté libre de ataduras y sea acogida en el más allá... Tampoco

es extraño incinerar al fallecido para lanzar las cenizas al mar en un último viaje de purificación. Todavía se mantiene la creencia y muchos están dispuestos a hacer lo que sea necesario para que el cuerpo de un familiar o un amigo sea enterrado en un lugar concreto; de no ser así, es común entre los allegados el pensamiento y la angustia de que el alma del fallecido se mantendrá inquieta y no descansará hasta entonces.

Tras conocer todas estas historias, leyendas, mitos o realidades, de lo que nos damos cuenta es de que, en el fondo, todo tiene una base o una raíz común de la que parten las que a posteriori se

convertirían en historias de vampiros. Desde los egipcios con Osiris, el dios de la muerte —que era capaz de generar vida, tenía el poder de convertir a un faraón en inmortal y que nos muestra la resurrección de los muertos—, hasta los dioses griegos o las tradiciones romanas, pasando por las historias de la mitología nórdica de origen precristiano —que nos lleva a conocer dioses que resurgen de la muerte o bien que pueden llegar a ser inmortales—. Esta última nos muestra también espíritus capaces de poseer a los difuntos para sus malvados fines, lo que indica, a pesar de

parecer reiterativo, que el miedo a la vuelta de los difuntos es más antiguo de lo que podemos imaginar.

Arqueología del miedo

Es inevitable preguntarse hasta dónde hay que remontarse para encontrar el primer enterramiento de estas características. En este sentido, hay una auténtica arqueología del miedo. Investigadores en antropología y folclore han estudiado durante mucho tiempo las posibles y más remotas evidencias de este tipo de miedo social, lo cual también nos lleva al posible

origen del mito y, por supuesto, a aventurar cuál sería la cultura primigenia de la que partiría el ancestral miedo a los no muertos. He de decir que en este sentido mi sorpresa fue mayúscula. Gracias a unos documentos que recalaron en mis manos, estoy en condiciones de aventurar que, quizá, el origen primero y más ancestral del mito del vampiro esté más cercano culturalmente de lo que creemos.

En mi trabajo de investigación y documentación a este respecto, como acabo de citar, llegó a mí un documento realizado por la osteoarqueóloga irlandesa Eileen M. Murphy, en el que mostraba las pruebas más recientes y las

dataciones más antiguas conocidas sobre enterramientos necrofóbicos. Son tan solo tres casos cuyas fechas no pueden más que asombrarnos y que tendrían que hacernos replantear todo lo que creemos saber sobre estas criaturas bebedoras de sangre.

Mis manos apuraban cada página del documento hasta que llegué a la número 11. Allí estaba lo que podía significar el origen de este malévolo ser: Capo Colonna Trani, Italy, siglo VIII o IX a. C., es decir hace 2.800 años. Los arqueólogos habían encontrado un área considerada sagrada donde se habían enterrado varias personas: dos adultos y un adolescente. A uno de ellos le habían

arrancado los dientes y le habían causado un importante traumatismo facial. Tras esto, había sido colocado bocabajo con el cuerpo flexionado, no sin antes ser golpeado salvajemente en la cabeza. ¿Se trataba de un enterramiento ritual o de las pruebas de un asesinato de 2.800 años de antigüedad? He de decir que las dudas al respecto y, sobre todo, lo que leería después me dejarían estupefacto. Unas líneas más abajo, se documentaba el hallazgo de una tumba de carácter necrofóbico con una datación asombrosa. La primera datación de un «vampiro» era nada más y nada menos que del periodo neolítico, esto es entre

3.900 y 4.500 años antes de nuestra era. Es decir, estaríamos ante vampiros, zombis, draugrs o revenants de 6.500 años de antigüedad desde la época actual. La siguiente pregunta era obligada, ¿dónde se habían encontrado esas tumbas?, ¿podría ser ese lugar la tierra donde se inició el mito? Bien, cualquier suposición sobre este aspecto no era comparable con lo que estaba a punto de descubrir, porque la realidad de lo que conocemos, de lo que creemos conocer y de lo que las pruebas indican que deberíamos conocer realmente, nos situaba en una necrópolis nada más y nada menos que en la isla de Chipre.

¿Sería Chipre el lugar de nacimiento de las creencias relacionadas con los no muertos? Es cierto que esta isla siempre ha estado habitada; su prehistoria se remonta a 10.000 años. Sin embargo, el primer contacto con otras culturas se estableció, según los historiadores, alrededor de 1.600 años antes de nuestra era, lo cual deja patente, a tenor de las pruebas arqueológicas, una realidad asombrosa y un enigma por resolver. Si las tumbas a las que hacía referencia Eileen Murphy fueron datadas sobre el 4000 a. C. y, como aseguran, pertenecen a rituales de miedo a los muertos, ¿cómo es posible que casi tres mil años antes de que los

habitantes chipriotas tuvieran contacto con otra civilización pudieran gestar la creencia en el no muerto? ¿Quizá algún grupo humano pudo llegar a sus costas e inculcarla? Si esto es así, de nuevo deberíamos reescribir la historia de esa parte del mundo e incorporar una civilización de origen desconocido que navegó por el Mediterráneo hasta las costas chipriotas hace más de seis milenios. Quizá esto sea mucho aventurar, pero lo cierto es que, creamos o no que el origen de la historia de ese vampiro ancestral se encuentra en Chipre, tengo que decir a modo de curiosa casualidad que, en Grecia, a los vampiros se les llama de varias formas

y, casualidad o no, una de ellas tiene su origen en un vocablo chipriota: *anaikazoúmenos*, «el que se sienta sobre su tumba».

Los vampiros españoles

Tras este periplo en busca de los no muertos, es obvio preguntarse si estos también pudieron llegar a España. Y la respuesta es un sí tan contundente que parece imposible que la documentación que ahora mismo va usted a conocer no haya sido expuesta nunca al gran público. Muy pocos son conscientes de que España está plagada de vampiros,

de norte a sur y de este a oeste. Aunque esto se preste al chiste fácil, no, no hablo de políticos, sino de verdaderos vestigios de enterramientos o rituales funerarios en necrópolis, cuevas y grutas donde los posibles vampiros encontraron su morada final. Estos documentos fueron muy amablemente proporcionados por el doctor Enrique Gutiérrez Cuenca —de la Universidad de Cantabria y ganador del premio de Historia Manuel Teira— y por José Hierro Gárate —licenciado en Historia y máster en Arqueología por la Universidad de Cantabria—. Los documentos, que proceden directamente de los archivos de la Universidad de

Oxford y la Universidad de Reading, en Inglaterra, dejan a las claras que España vivió su particular fiebre contra el no muerto, y aportan, junto con el texto, un material gráfico de primer nivel donde se deja patente que, aunque los vampiros no existieran tal y como los interpretamos, sí había personas que creían firmemente en ellos y estaban dispuestas a hacer todo lo necesario para que no se levantaran jamás de su sepulcro. Se trata de informes con material inédito que revelan que España, literalmente, era tierra de vampiros.

Guadalajara, Cádiz, Cataluña, Soria, Zaragoza, Valencia, Cantabria, La Rioja, Sevilla... La lista de lugares

donde los informes reflejan que se han descubierto tumbas o cuevas de enterramientos contra el no muerto es casi interminable, pero aún más sorprendentes son las siniestras imágenes de los restos de aquellos infelices que murieron o fueron enterrados como vampiros. Al conocer los detalles y el material gráfico de estos informes, es interesante descubrir cómo el hallazgo de alguna tumba, en lugares como Polonia o Rumanía —con cadáveres ensartados con una estaca o «adornados» con una guadaña en el cuello—, ha sido portada en muchos medios de comunicación en España como algo extravagante propio de esos

países, y nunca se haya sacado a la luz la ingente cantidad de enterramientos de estas características en España.

El material gráfico que acompaña a esta documentación es perturbador. Cráneos ensartados con decenas de clavos que los atraviesan de parte a parte, cuerpos machacados y aplastados hasta hacerlos añicos, bebés despanzurrados por grandes losas de piedra, fosas comunes donde los cuerpos aparecen bocabajo, cuevas con decenas de cadáveres muertos en algún tipo de ritual, y un sinfín de espeluznantes imágenes que se hubieran perdido si estas dos universidades

británicas no hubieran realizado los informes a los que tuve acceso. Estos son algunos ejemplos.

En Guadalajara, el marqués de Cerralbo, don Enrique de Aguilera y Gamboa, descubrió en el cementerio de Luzaga un cuerpo cuyas características funerarias eran sobrecogedoras. En una de las tumbas se hallaron los restos óseos de un individuo cuyo cráneo había sido, literalmente, clavado al ataúd con más de diez grandes puntas de hierro. Ante este descubrimiento, el propio Enrique de Aguilera afirmó: «Sin duda alguna se clavaron sobre la carne del muerto».

Muchos de estos documentos pertenecen a enterramientos hallados a principios del siglo XX, incluso anteriores a la Guerra Civil, por lo que este material gráfico es prácticamente inédito. En 1933, en Soria, se hallaron en el cementerio medieval judío de Deza dos esqueletos que presentaban más de treinta clavos repartidos por todo su cuerpo. ¿Qué debieron de hacer en vida aquellos hombres para ser merecedores de semejante brutalidad? Sin duda, algo menos grave de lo que debió de hacer la persona que fue enterrada en la necrópolis de Aguilar de Anguita, en Guadalajara, cuyo cuerpo contenía más de cincuenta clavos. Igualmente,

desconocemos qué clase de maldad realizó el individuo que fue desenterrado en 1928 en Santa Coloma de Gramanet (Barcelona) por el paleontólogo Hugo Obermaier, y cuyo cráneo había sido fuertemente fijado a la tumba con una gran punta de hierro. Similar destino tuvo un individuo encontrado en Sevilla cuyo cráneo también fue atravesado de una sien a otra por un gran clavo. Pero una de las imágenes más impactantes es la de otra tumba, de nuevo en Aguilar de Anguita, a cuyo cadáver se le amputaron prácticamente los pies, al ser atravesados por más de veinte puntas. Estaba claro que quien o quienes se

dedicaron a tal faena no querían que esa persona volviera a caminar entre los vivos.



Cráneo atravesado con un clavo, Barcelona.

En la calle del Quart, en Valencia, se halló toda una necrópolis que, más que un cementerio, parecía una auténtica fosa común de no muertos. Todos habían sido enterrados bocabajo, algunos en posiciones casi imposibles, retorcidos y con las extremidades deshechas. Algunos especulan con la idea de que estaríamos ante algún tipo de masacre medieval, ya que los cuerpos fueron enterrados sin ataúd, pero los expertos del área de servicios arqueológicos de la Universidad de Reading que realizaron la investigación afirman en los documentos que bien podría tratarse

de rituales de necrofobia. Lo sorprendente de este descubrimiento es que se realizó en el año 2002, pero a pesar de la cercanía en el tiempo, parece que nadie dio importancia al hecho de que Valencia tuviera su propio cementerio vampírico. Otra de las siniestras imágenes de estos informes inéditos la encontramos en una tumba de Aguilar del Río Alhama, en La Rioja; allí, varios cuerpos separados tan solo por pequeños muros de piedra parecen seguir sufriendo el martirio que en vida les dispensaron. Uno de los individuos tiene su cabeza literalmente aplastada por una gran piedra, mientras sus esqueléticos brazos parecen haber sido

atados al cuerpo. De este tormento no se libraban ni los niños. En Vall de Sant Miquel, en Cataluña, se descubrió en 1982 el pequeño esqueleto de un bebé de apenas unos meses de vida, al que alguien había enterrado bajo una piedra tan grande que le aplastó el cráneo y buena parte de su cuerpo. De igual manera, en el cementerio de Badajoz, la tumba A19 desvelaría el esqueleto de un niño de menos de tres meses que había sido sepultado con una piedra de tamaño medio sobre las rodillas y las piernas. Los estudios dirigidos por el arqueólogo J. Martínez confirmaron la intencionalidad de tal enterramiento afirmando lo siguiente: «Los individuos

menores de tres meses no tienen aún tono muscular en el cuello para poder mantener las piernas y los brazos estirados, y la posición natural es la fetal, así en algunos casos como la A19 se fuerza la posición de las piernas colocando cantos rodados sobre las rodillas».

Viajamos hasta Cantabria, porque justamente a los pies de la iglesia de san Pedro de Escobedo, en la localidad de Camargo, se halló una tumba cuyo morador tenía un siniestro complemento en su mandíbula. Este fue enterrado con una piedra en la boca intencionadamente colocada. El oscuro significado de esta práctica fue publicado en una obra

titulada *Masticatione Mortuorum In Tumulis* (La masticación de los muertos en las tumbas). Este tratado de vampirismo elaborado en 1725 proponía como medida de precaución contra el vampiro la colocación de una piedra en su boca. La creencia consideraba que aquellos vampiros que fueran enterrados, al despertar, primero masticarían su propia mortaja; tras ello, se dedicarían a devorar la carne de los difuntos que tuvieran más cerca y, cuando esta carne les faltara, se levantarían para atacar a los vivos. La piedra serviría de elemento defensivo, de modo que si el vampiro cobraba vida mordiera la piedra. De igual manera,

una piedra, pero utilizada como arma, fue lo que sirvió para acabar con la vida de tres personas en el interior de la cueva de La Garma en la localidad de Ribamontán al Monte, en Cantabria. Al menos, eso es lo que defienden como posibilidad muchos arqueólogos, quienes vieron en su hallazgo una escena digna de una película de terror. En el interior de esa cueva, cuyo acceso requiere bajar por tres simas de varios metros de altura, fueron encontrados los restos de tres personas que presumiblemente habían sido asesinadas en época visigótica. El lugar tiene tan complejo acceso que parecía haber sido elegido para esconder las pruebas de un

asesinato múltiple. Sin embargo, esas mismas pruebas demostraron que, tras la muerte de los tres individuos, alguien regresó tiempo después para machacar sus cráneos reduciéndolos prácticamente a polvo. Esto llevó a los expertos a pensar que, más que un lugar donde se pretendía esconder un asesinato, lo que se buscaba era que esos individuos no salieran de allí jamás. Otro ejemplo terrorífico fue el que se encontraron los expertos José Hierro Gárate y Enrique Gutiérrez Cuenca en la discreta cueva de Las Penas, también en Cantabria. En esa oquedad el espectáculo era dantesco. Más de treinta cadáveres —hombres, mujeres y niños— se apilaban en una

parte de esa gruta. Todos ellos habían sido presumiblemente asesinados. Quienes realizaron tal masacre también se encargaron de practicarles un ritual contra el no muerto. Los expertos encontraron gran cantidad de ceniza y grano quemado alrededor de los cuerpos, lo que indicaba claramente que se encontraban ante los restos de lo que algunos creyeron que eran vampiros en la tardía Edad Media. Quizá menos espectacular pero más extraño fue el hallazgo en la conocida cueva del Mirón, en Ramales de la Victoria, Cantabria. Fue un hallazgo sin precedentes de un auténtico enterramiento ritual de una mujer cuyos

huesos fueron rociados con tinte de color ocre, por lo que fue denominada la Dama de Rojo. Muchos han querido ver en estos restos el enterramiento de una mujer relevante dentro del grupo humano que utilizara esa cueva, pero advierten que para bañar unos huesos en ocre o cualquier otro pigmento, antes deben ser descarnados o bien esperar a que la carne se pudra. Muchos se preguntan si se trataba de una persona de importancia o temida por algún motivo. Sea cual sea la respuesta, ambas generan muchas preguntas y misterios, porque la datación de esta dama es de más de diecinueve mil años, por lo que prueba de manera irrefutable que ya en tiempos

paleolíticos el culto a la muerte llevaba consigo extrañas prácticas. Si esta mujer era querida o temida es algo que puede que nunca lleguemos a averiguar.



Luzaga (Guadalajara).

La lista es prácticamente infinita; cuevas, cementerios, necrópolis, fosas... Todas ellas tumbas sin nombre que revelan una realidad tan sorprendente como desconocida y cuyos ejemplos llevarían muchas más páginas que las que contiene este libro. Tantos que parece imposible que, a nivel general, no se sepa que hubo una época en la que España era una verdadera tierra de vampiros.



Resto al que se le ha colocado una piedra en la boca, Camargo (Cantabria).

10

CUEVAS SUMERGIDAS.
FANTASMAS BAJO EL
AGUA

Y Neptuno eligió el mar como morada y en sus profundidades existe un reino de castillos dorados.

Leyenda romana

La tierra es capaz de asombrarnos con increíbles paisajes donde ríos, cascadas, cataratas, saltos de agua o torrentes casi imposibles recorren los intrincados vericuetos que la orografía ofrece. El agua es la auténtica fuente de la vida tal y como la conocemos. De hecho, los ríos son, en muchos casos, la auténtica columna vertebral de la mayoría de las grandes ciudades del planeta. Sus aguas transportan alimento y nutrientes, no solo para la tierra, sino para el propio ser humano. Es justo decir que no hubiéramos sobrevivido sin su presencia, de la misma manera que es justo decir que en la actualidad pagamos con nuestros desechos e inmundicias el

milagroso regalo de la vida. Triste pago y envenenada moneda de cambio es la que ofrecemos en la actualidad a las aguas que, sin rencor, nos dan su necesario aliento vital. Sin embargo, existen lugares donde el hombre apenas ha mancillado su hogar, ya que el agua no solo fluye por la superficie, sino que en su camino es capaz de adentrarse en lo más profundo de la tierra, horadar su interior y crear increíbles cavidades donde solo la piedra es testigo mudo de su existencia. De hecho, durante millones de años son precisamente estas aguas subterráneas las que se han encargado de crear muchas de las magníficas cavidades que nuestros

antepasados utilizaron para diversos usos. Aun así, es evidente que muchos de estos lugares permanecen todavía inundados e inalterables por el tiempo y por el hombre. Cavidades sumergidas que guardan sus poderosos secretos entre rocas, pasadizos y recovecos donde el agua apenas deja espacio al aire. Muchas de estas cuevas sumergidas han alimentado durante generaciones las leyendas, los mitos y también las maldiciones. Probablemente, todas estas historias fueron producto de la imposibilidad por parte del hombre de adentrarse en estos lugares, lo que generaba todo tipo de especulaciones, por no hablar de los extraños

comportamientos o prodigios que sus aguas aparentemente realizaban o de cómo desaparecían aquellos que, de manera imprudente, pretendían averiguar sus secretos. Esto, a su vez, ha propiciado la creencia de criaturas que raptaban a los humanos o, por otro lado, las historias sobre palacios de oro y tesoros de gran valor custodiados por entidades mitológicas.

¿La entrada a otro mundo?

Si ya de por sí adentrarse en una cueva en superficie es una aventura que dispara todos los sentidos y nos hace

perder el concepto del tiempo y la realidad, estas sensaciones se acrecientan de manera exponencial cuando nos decidimos a penetrar en las profundidades de una caverna situada bajo el agua. Ya no se trata simplemente de entrar en un espacio, que en muchos casos es angosto y realmente difícil de atravesar. Hay que añadirle que además nos situamos en un medio, el acuático, para el cual el hombre no ha sido diseñado. Dentro del agua somos una especie torpe, débil y vulnerable; nuestra resistencia natural no nos permite sumergirnos durante largo tiempo. Es tal nuestra falta de adaptación al medio submarino que

necesitamos «extras» que nos permitan manejarnos en él. Para empezar, nuestros ojos no están diseñados para ver bajo el agua; en las profundidades, dejamos de percibir los sonidos que nos rodean para empezar a escuchar los de nuestro interior, el latido del corazón, la respiración, e incluso cada pensamiento, resuenan con mucha más fuerza que la que algunos pueden llegar a soportar. Conociendo nuestras debilidades dentro del agua, no queda otra opción que acoplarse todos los extras posibles para la supervivencia. En algunos casos, son necesarios trajes especiales para soportar las bajas temperaturas, uso de aletas para aumentar la velocidad de

desplazamiento, gafas para mejorar la visión, luz para compensar el déficit lumínico y, por supuesto, botellas de aire comprimido para respirar. Aun así, el ser humano no puede adentrarse en el agua y salir de ella a su antojo. En inmersiones cercanas a los 30 metros, es necesario realizar una descompresión o compensación; esto es fundamental si se pretende salir sin que el resultado sea fatal. Si esta compensación no se produjera, la reacción podría llegar a ser mortal, el nitrógeno saldría de golpe de nuestro cuerpo, incluso por la piel, y produciría la tremenda estampa de ver cómo de los poros rezuman burbujas de gas dañando los tejidos. Por otro lado,

si un humano desciende con aire comprimido más allá de los 65 metros, podría producirse la llamada narcosis por nitrógeno, un efecto producto de la acumulación de este gas en el cuerpo que, si no se controla, puede llevar a la muerte incluso al más experto. Sin embargo, como sabemos y ha demostrado nuestra historia, el fervor del ser humano por adentrarse en lo desconocido y por explorar los rincones más secretos del planeta siempre ha sido más fuerte que estos impedimentos; estos retos alimentan la determinación de conquistar lo ignoto en entornos que se convierten en verdaderas trampas y llevan a muchas personas a la muerte.

Aquel que penetra en estos lugares es conoedor de que tiene un alto porcentaje de sufrir algún percance, por eso el material utilizado generalmente es el doble de una inmersión convencional. Las aristas y rocas afiladas son capaces de producir un profundo corte en los trajes y causar un serio problema al buceador, en cuestión de segundos un movimiento exagerado con las aletas o una corriente en el interior de estos lugares es capaz de levantar los sedimentos del interior de la caverna y enturbiar las aguas de tal manera que avanzar o retroceder se hace prácticamente imposible. Por desgracia, no es el primer caso en que

espeleólogos submarinos se han encontrado con los restos de algún incauto que quedó atrapado en alguno de estos angostos lugares. Estas inmersiones no se pueden realizar sin el elemento más importante de todos, un cable-guía que, como si de un cordón umbilical se tratara, es lo único capaz de llevar al buceador por el camino de regreso. Si se cumplen estas premisas, al explorador le espera un mundo tan mágico como imprevisible.

Muchas de estas cavidades se han ido asociando a lo largo de la historia con ciertas entidades que aparecen en la mitología de gran cantidad de culturas. Es significativa la coincidente aparición

de figuras femeninas que parecen demostrar a los humanos que puede existir un mundo sumergido. Entidades que muchas veces parecen buscar equilibrar los entornos acuáticos usando sus extraordinarios, y al mismo tiempo sutiles, poderes. Esto no es producto de la casualidad, el agua es considerada un elemento de fertilidad, es capaz de dar la vida, al igual que la mujer. Es posible que este vínculo se haya visto reforzado por el hecho de que la mujer alumbró a sus hijos «desde el agua», el líquido amniótico del útero. Por esto se cree que muchas culturas asocian el agua a diosas, espíritus de la naturaleza en forma de hadas o ninfas. Pero la

mitología hace algo más que relacionar el agua con la mujer. En muchos casos y, tal como plasmaré, los lugares donde emana el agua también pueden ser un lugar de muerte.

Estas leyendas recurren a la naturaleza sensual del agua para narrar sus historias: en algunos casos, lo sensual se personifica con el espíritu de una ninfa que adquiere la forma de una joven y bella mujer. Por ejemplo, las melíades, ninfas de los fresnos; las náyades, ninfas de las fuentes y de los ríos; las nereidas, ninfas del océano; las oréades, ninfas de las colinas y las montañas; las dríades, ninfas de los árboles... Todas estas figuras femeninas

han viajado por el mundo hasta anclarse en el acervo cultural de numerosas civilizaciones y llegar a convertirse en auténticas diosas. En Cuba y en Brasil nos encontramos a Yemaya. Ella es la guardiana de todas las riquezas, pero no en forma de oro, plata o piedras preciosas, sino que su tesoro son nuestros desperdicios. Los restos son recogidos y custodiados por esta diosa, cuya acción simboliza la purificación y la preservación de la vida en las aguas. El Ganges es considerado un río sagrado para los hindúes, y sus aguas, bendecidas por Gana, tienen la facultad de purificar a todo aquel que se baña en ellas. También en la India encontramos a

Lakshmi, la diosa de la riqueza y la prosperidad, que según la tradición surgió del mar. O Venus, la diosa romana de la fertilidad, es decir, de la vida, a la cual Botticelli representó quizá de manera no casual sobre una concha y transportada por las aguas. Esta imagen que plasmó el pintor está íntimamente ligada a la diosa griega Afrodita, la cual, cuenta la tradición, surgió de la espuma del mar.

Pero no todos los espíritus acuáticos son tan bien intencionados como estas diosas o ninfas. Las mitologías galesas, irlandesas y nórdicas hablan de desagradables espíritus acuáticos, todos ellos niñas o

mujeres jóvenes que seducían a sus víctimas hasta conducir las a su morada ahogándolas en sus aguas, y que convierten estas cuevas en verdaderos portales hacia otros mundos, lugares donde solo unos pocos pueden adentrarse y donde es tan fácil perderse como no salir nunca con vida. Cuevas sumergidas que se mantienen prácticamente intactas y que tienen a buen recaudo sus secretos. Es justo allí donde dicen las gentes que habitan entidades fantasmagóricas o seres imposibles. Las mismas gentes que aseguran que, en esas cavidades, existen grandes riquezas, palacios de oro o

incluso espíritus malditos. Es momento de adentrarnos en algunos de estos lugares.

La leyenda maldita de la Fuentona de Riente

La Fuentona de Riente es uno de esos lugares que aúnan tradición, leyenda, mitología, maldición y misterio geológico. Situada en la pequeña población de Riente, muy cercana a la más conocida villa de Cabezón de la Sal, en Cantabria, sus aguas guardan un secreto no desvelado por la ciencia y la buceo-espeleología moderna. Lo

primero que debemos aclarar es que su nombre de «fuentona» es engañoso. Lejos de ser la fuente o vía de agua de poco caudal que imaginamos, estamos ante un verdadero río que atraviesa la pequeña localidad con más de dos mil litros de agua por segundo. La Fuentona nace del interior de una cueva subterránea enclavada en la montaña que sirve de abrigo a la población de Riente. Sus aguas, casi como si se obrara algún tipo de milagro, parecen emanar de la nada, como si de repente la roca de la montaña se transformara, cual ignota reacción alquímica, en agua. Todo aquel que se acerca a su nacimiento queda tan hipnotizado por el caudal de

este auténtico río como sobrecogido ante el misterio que encierra su, hasta ahora inexplicado, origen.

El primero de los enigmas asociados a este lugar es el extraño comportamiento de su caudal, ya que la Fuentona de Riente es una de las conocidas como fuentes tamáricas, llamadas así por la existencia de una ancestral tribu cántabra conocida como tamáricos o camáricos. Estas aguan también son llamadas intermitentes, es decir, caudales que, sin aparente explicación, desaparecen como si nunca hubiera pasado por el lugar una sola gota. Plinio, el Viejo, naturista y geógrafo romano, ya dejó reflejadas en

su obra *Naturalis Historia* estas extrañas fuentes o ríos que desaparecían sin dejar rastro para, al cabo de unos minutos u horas, reaparecer como si algo gobernara el grifo donde se originan. El geógrafo romano también dejó escrito que las fuentes tamáricas o intermitentes fueron consideradas en tiempos remotos auténticos santuarios de oráculos, vaticinios y augurios de todo tipo, generalmente asociados a infortunios o desgracias cuando dejaban de manar. Así describía esta maldición en sus páginas:

«Las Fuentes Tamáricas en Cantabria sirven de augurio. Son tres, a la distancia de ocho pies. Se juntan en

un solo lecho, llevando cada una un gran caudal. Suelen estar en seco durante doce días y, a veces, hasta veinte, sin dejar ninguna señal de agua, mientras que otra fuente contigua sigue manando sin interrupción y en abundancia. Es de mal agüero intentar verlas cuando no corren, como le sucedió poco ha al legado Larcio Licinio, quien, después de su pretura, fue a verlas cuando no corrían, y murió a los siete días.»

Sirva de ejemplo que en la localidad de Velilla del río Carrión, lugar de frontera entre Palencia y Cantabria, nos encontramos con uno de estos lugares de aguas intermitentes en donde una inquietante placa advierte al

visitante en los siguientes términos: «La intermitencia irregular del brote de las aguas de estas fuentes tiene el don de profetizar la pronta muerte de todo aquel que al visitar por primera vez la fuente la encuentre en su fase seca».

Aunque cueste creerlo, son muchos los que aún comparten que esta maldición es real y los que advierten que tal mortal premonición se ha cumplido en varias ocasiones. Así que no es de extrañar que en la localidad de Riente la conocida Fuentona esté llena de mitos y leyendas de lo más sorprendente e inquietante. Es por eso que no podemos obviar la angustiada experiencia que vivieron unos expertos

en espeleobuceo de Sabadell, cuando, atraídos por este fenómeno geológico, quisieron averiguar lo que provocaba las conocidas «secas». Al no poder prever cuándo ni tampoco durante cuánto tiempo el agua deja de fluir en ese lugar, los expertos decidieron adentrarse en la cavidad rocosa cuando sus aguas brotaban. Según me narraría Mario González, un vecino de la localidad y antiguo alcalde, los dos exploradores entraron en las ignotas aguas en busca de su origen y del porqué de sus repentinos cortes de caudal. Tras cerciorarse de que todo su equipo estaba en perfecto estado, se adentraron en la primera de las inundadas salas. Allí, de

repente, el mundo se transformó para ellos. Sabían que, como en cualquier otra gruta anegada, la fatalidad podría llegar en cualquier momento, por lo que decidieron marcarse una zona de no retorno, es decir, sus reservas de aire les indicarían en qué momento deberían regresar; en ese instante deberían decidir si continuar o darse la vuelta.

Tras un largo y costoso trecho, su exploración los llevó a una gran sala conocida como la Sala de las Anjanas; para ese instante, sus indicadores de aire estaban cerca del llamado punto de no retorno. Sin amilanarse, decidieron ascender por la cavidad con la esperanza de encontrar algún tipo de

recodo no inundado o simplemente el final de dicha sala. Sin embargo, las cosas no salieron como esperaban. Lejos de encontrar el final en la ascensión o una burbuja de aire, contemplaron cómo, sin darse cuenta, habían sobrepasado el punto de no retorno y debían tomar una decisión. Si ascendían quizá pudieran encontrar una burbuja de aire, pero el riesgo era demasiado alto; aun así, sabían que iban a tener serias dificultades para salir con vida del lugar. Por suerte, la tranquilidad que les proporcionaban sus años de experiencia jugó a su favor, redujeron al mínimo el gasto de aire y

consiguieron salir, eso sí, a duras penas y con leves síntomas de asfixia, de la conocida Fuentona de Ruento.

El misterio real de por qué se desvanecen sus aguas no pudo ser resuelto. Sin embargo, donde la ciencia no tiene respuesta la tienen los mitos, las leyendas y, también, las maldiciones. Una respuesta que en algunos casos es tan extraña como inquietante.

Una de estas explicaciones, que raya lo tenebroso e incluso lo fantasmagórico, es una leyenda que recogería el escritor de principios del siglo XX Manuel Llano, en su obra *Mitos y leyendas de Cantabria*, un auténtico glosario de lo extraño, e incluso lo

paranormal, que este escritor fue recogiendo por pueblos y villas de la comarca.

En ella nos habla de la llegada al lugar de unos caballeros templarios que, lejos de ser los monjes guerreros protectores de caminos y veredas, dejarían su impronta en forma de villanías de todo tipo: «Aquí también hubo templarios. Tenían una casa, dice la leyenda, con trazas de convento, en la ribera, cerca del molino viejo».

Y, a continuación, nos da una pista de esas presuntas actividades alquímicas que se atribuyeron a los frailes: «Hacían oro de hierro y piedras preciosas de los morrillos del río». Y,

seguidamente, encontramos una de esas visiones populares que sobre ellos hizo circular seguramente la Iglesia hasta que el pueblo se la acabó creyendo: «Luchas intestinas en el corral del monasterio. Maullidos de gatos negros. Apariciones espeluznantes. Hurto de mozas bellas. Orgías y penitencias. Sortilegios. Metamorfosis. Secretos peregrinos [...]. No había altar en el convento [...]. No tenían de monjes más que el hábito...».

Manuel Llano prosigue la leyenda: «Fueron los que taparon un día las bocas de las fuentes para vengar los agravios de los hombres de Brañaflor».

Se decía de estos templarios que robaban, violaban e incluso asesinaban a sus congéneres en dicho lugar de Cantabria para, acto seguido, esconder su botín en un lugar donde el agua «corre intermitente». Dice la leyenda recogida por Manuel Llano que las gentes de Ruate y alrededores, hartas de los vaivenes de tales templarios criminales, maldijeron a estos monjes con la profecía de que un día las aguas de su cubil los arrastrarían a ellos junto al dinero y sus proscritas posesiones. Dicen que tal fue la energía de la maldición que, en una ocasión, mientras estos templarios se encontraban en el interior de la gruta, el agua rugió con tal

fuerza que arrastró a estos criminales acabando con su vida y extraviando su tesoro para siempre. Pero no solo eso, los vecinos de Riente aseguran que su maldición sigue vigente y que los templarios siguen penando sus terribles actos. Esta conclusión es la que sacan muchos vecinos a raíz de los extraños sonidos que salen del interior de la gruta en los momentos previos a cuando el agua está a punto de manar tras una de esas conocidas «secas». Los vecinos describen ese sonido como si fueran potentes golpes de martillo, otros como el sonido del golpeteo de un tren que estuviera recorriendo la cavidad. En cualquier caso, todos, vecinos y

visitantes, han podido constatar cómo ese sonido previo a la llegada del agua llega a oírse a más de doscientos metros de distancia. Algunos lo asocian a estos templarios malditos, cuyas almas siguen atrapadas en el interior de la Fuentona de Ruento para siempre, y cuya maldición los obliga a revivir una y otra vez el momento de su muerte. Hay quien afirma que ese golpeteo poderoso e incesante es en realidad el sonido de estos templarios golpeando las piedras con las monedas de su infame tesoro, justo antes de que las aguas vuelvan a llevarse sus almas al infierno.



Cueva de la Fuentona de Riente (Cantabria).

Esta historia enlaza con otra que sitúa supuestos y misteriosos tesoros en las vísceras de la cavidad de la que mana la Fuentona de Riente. Se trata de leyendas atribuidas a seres elementales, y que hablan de la intervención de una

anjana, una dama de las aguas y los bosques, un hada de la naturaleza que, según cuentan, concedió riquezas a un vecino del lugar. Según esta historia, el hombre, vecino de Ruento, había emigrado a Sevilla en busca de un porvenir. Tras largo tiempo en la capital hispalense, nuestro protagonista decidió regresar, internándose en su viaje por sendas, veredas y bosques. Fue precisamente en uno de estos bosques, poco antes de llegar a su destino, donde se encontró con una extraña mujer de avanzada edad con la cual mantuvo una breve conversación. La anciana le habló de la Fuentona y una hija que estaba *encantada* en sus aguas.

—Sevillano, sevillano, si eres hombre leal, he de darte todas las noches una peseta y un real, pero ha de ser con una condición, de que a ninguno digas na.

Así que el buen mozo hizo caso a la bella dama y, puntualmente, cada noche, acudía al nacimiento de la Fuentona y allí encontraba las monedas debajo de las piedras. Sin embargo, pronto su ritmo de vida, el derroche y los caprichos que se daba llamaron la atención de las gentes del pueblo, que no se explicaban cómo alguien a quien no se le conocía trabajo ni labor alguna disponía siempre de tal cantidad de dinero. Así que entre unos cuantos

urdieron un plan para desentrañar el misterio y que el mozo confesara el origen de la riqueza que atesoraba. Fue por ello invitado a la tasca del pueblo, donde varios vecinos decidieron emborracharlo hasta que, eufórico por los efectos del vino, confesó su secreto. La leyenda cuenta que el mozo contó toda la historia a los habitantes de Riente sin sospechar lo que pasaría al día siguiente. Cuando despertó de la moña resultante, se dirigió hacia la Fuentona para recoger el regalo prometido por la dama del agua. Sin embargo, lo que se encontró fue a medio pueblo rebuscando entre las piedras del río y esquilmando todo lo que allí se

podiera encontrar. Esto hizo que la anjana desconfiara de la avaricia de los hombres y desapareciera para siempre en las aguas de la Fuentona de Ruento.

También se habla de la misteriosa desaparición de una niña en la misma caverna donde emanan las aguas de la Fuentona. La historia es confusa y ha pasado de generación en generación. Este terrible relato nos cuenta lo que pudo ser un desgraciado accidente o incluso el asesinato de la niña, cuya historia edulcorada acabó llevando el espíritu de esa desdichada a un palacio de oro, dicen que ubicado en el interior de la gruta. Sin embargo, desde su palacio dorado, su espíritu urde cada

cierto tiempo su particular venganza contra los hombres. Según la leyenda, la niña, convertida ya en una anjana, angustiada por las tropelías que hace el hombre con su entorno natural y la falta de respeto hacia los bosques, las montañas y todos sus habitantes, lo castigaría haciendo que el agua, elemento esencial para la vida tal y como la conocemos, dejara de fluir.

En todo este entramado de mitos y realidades, hay que decir que solo las leyendas dan respuesta a la pregunta que la ciencia se plantea desde hace décadas. ¿Por qué desaparecen las aguas de la Fuentona de Ruento? Algunos estudios con colorantes han resuelto que

parte de ellas pertenecen al cercano río Saja, sin embargo, ese mismo colorante empezó a brotar por diferentes manantiales repartidos por la montaña. Quizá en alguno de ellos se encuentre la entrada al mencionado palacio de oro habitado por una niña o una anjana dispuesta algún día a volver de las aguas para compartir sus tesoros con los mortales.

La dueña de la cueva Orda

La verdad es que la cantidad de cuevas subterráneas con leyenda es tan grande que recorrer sus historias una a una

requeriría unas cuantas obras literarias. Muchas de ellas tienen historias comunes o curiosamente similares. La mayoría hacen referencia a algún tesoro o a alguna entidad que las habita, y en otras tantas ocasiones ambas cosas, tesoros y entidades guardianas se dan cita en la misma gruta, tal como quedaba reflejado en la Fuentona de Ruento y, como suele suceder, las historias comunes se cuentan a pesar de estar separadas geográficamente por miles de kilómetros. Es por eso por lo que la historia de la cueva Orda, a pesar de la distancia, bien pudiera pertenecer a algún lugar mucho más cercano que en el que realmente se encuentra.

La cueva Orda es la cueva subacuática más larga de Rusia y la subacuática de yeso más larga del mundo, con un recorrido de más de 4.000 metros. Sus cavidades aún no han sido exploradas en su totalidad. Este lugar tiene otro apelativo, La Novia Blanca, debido al color blanco tiza de la roca de yeso que conforma sus paredes. Lo cierto es que, durante la mayor parte de su historia natural, la cueva Orda permaneció secuestrada dentro de las entrañas de la tierra y escondida de la humanidad. No fue sino a mediados del siglo XX que fue descubierta accidentalmente por dos jóvenes escolares que encontraron una entrada

en el fondo de un pozo. Lo que hallaron era algo que antes se pensaba que no existía, y que asombraría tanto a la comunidad científica como al público: un enorme complejo de cuevas de yeso, como ninguna otra en la tierra, con pasajes que conducían en todas direcciones hacia lo desconocido.

Aunque era obviamente una maravilla natural única, pocos estaban dispuestos a aventurarse en el elaborado sistema de cuevas de pasajes sinuosos y temperaturas mordazmente frías. Durante décadas, la cueva Orda permaneció inexpugnable, así como la extensión de la inmensidad de este misterioso mundo subterráneo

desconocido. No fue hasta 1994 que el buceador ruso Viktor Komarov se aventuró en estos reinos desconocidos y logró explorar los primeros 100 metros. De hecho, la exploración en la cueva Orda no tiene hasta hoy un mapeado completo del sistema cavernoso ni se ha encontrado su final. Podrían ser posiblemente muchos kilómetros más los que penetran en la tierra. Desde estas primeras exploraciones, la cueva Orda se ha catapultado como uno de los lugares de buceo más famosos del mundo, aunque con la torsión de sus paredes, intrincados pasajes y un agua que puede ir desde los 4 °C hasta los -22 °C, es un lugar tremendamente

peligroso si no se es un experto. De hecho, muchos buceadores han hecho sus últimas inmersiones en este mundo de la cueva Orda, que se ha cobrado varias víctimas. Sin embargo, para aquellos con habilidad suficiente, el equipo y nervios de acero, las maravillosas vistas esperan. Cada rincón de este lugar es pura magia en sí mismo, sus aguas destilan la más increíble de las transparencias, y dan al explorador una extraña sensación de ir «volando» por su interior. Un mundo etéreo donde las paredes son propensas a moldearse con el mismo movimiento del agua, e incluso con las burbujas que se elevan de las máscaras de buceo, haciendo que cada

rincón sea un entorno cambiante donde nuevos pasajes se abren para cerrar otros antiguos, siempre en metamorfosis, como un auténtico organismo vivo. Así que no sorprende que este espectacular lugar, casi de otro mundo, haya inspirado leyendas. Una de ellas es la historia de un espíritu o fantasma que se conoce como la Dama de la Cueva. Una dama de piel igualmente blanca con rostro sereno y pelo de color dorado de la que se dice que adopta la forma de una bella doncella que es capaz de adquirir apariencias tan etéreas como hipnotizantes. Una dama que, lejos de

ser una entidad maliciosa, se dice que protege y guía a los buceadores que viajan por las cuevas.



Recreación de la Dama de Orda en la misma cueva.

Aunque todo esto se conforme dentro de una leyenda, es inevitable recoger testimonios de aquellos que dicen haberse topado con esta enigmática figura. Quizá una alucinación por narcosis o el efecto de ese entorno cambiante, unido a las luces de los buceadores, los hicieran ver a una dama que los acompañaba. O quizá a un fantasma, no solo dueño de esa cueva sino de un mundo más profundo al que muchas culturas hacen referencia. ¿Qué otras maravillas permanecen bajo nuestro mundo? ¿Cuántos fantásticos reinos subterráneos más allá de lo que podemos imaginar se extienden bajo nuestros pies, aislados durante millones

de años y que tal vez sigan así para siempre?

Las ondinas de Muriel

Quizá este enclave ubicado en la provincia de Soria sea de los que más leyendas y misterios albergan y, al mismo tiempo, más atractivo provocan en todos aquellos que buscan la experiencia de adentrarse en un mundo totalmente desconocido. Porque, en plena meseta castellana, se encuentra una surgencia que durante siglos ha sido fruto de leyendas que la han envuelto en el misterio. Durante más de veinte años,

grupos de espeleólogos y espeleobuceadores se han dedicado a explorar una cavidad única en la península ibérica. La conocida como Fuentona de Muriel. Los adelantos técnicos y la capacidad de innovación de los exploradores han permitido ir ganando cotas de conocimiento, liberando de la oscuridad un espacio en buena parte desconocido incluso en pleno siglo XXI. La Fuentona, situada en Soria, forma parte de lo que ha sido llamado «la cercanía de lo desconocido», un espacio tan inexplorado como muchas zonas de la luna o el interior de la Antártida.

Este lugar tiene el añadido del aire misterioso y la envolvente soledad de los bosques que lo rodean. Muriel de la Fuente es el pueblo, casi olvidado, más cercano a la Fuentona. Hoy, sus apenas cien habitantes acogen a los numerosos buceadores que se acercan hasta las desconocidas aguas. La laguna donde aflora la Fuentona es un embudo de origen cárstico que conecta con corrientes subterráneas, y el agua que emana da origen al río Abión. Los que allí se sumergen deben atravesar una gran boca que se abre a una de las oquedades submarinas más profundas de España. Atravesarla es sentirse engullido como por una gran ballena,

supone cruzar el umbral de la luz, de lo conocido, de la seguridad y de lo razonable. Son los momentos de mayor incertidumbre para los espeleobuceadores, cuando surgen dudas, cuando la mente se alimenta de un miedo que puede resultar fatal. En ese instante, es inevitable pensar en las leyendas que navegan en las profundas aguas de la Fuentona de Muriel y es allí, en lo más recóndito y oscuro de ese lugar, donde la imaginación parece jugar una mala pasada a las personas más predispuestas. Una leyenda que hace referencia a esos elementales, esos seres de la naturaleza que, en forma de mujer, son capaces de atraer a los hombres a su

reino. Allí, en lo más inexpugnable de su morada, dicen que habitan unas criaturas llamadas ondinas que, como sirenas, embrujan con sus cantos a cuantos osan asomarse a las cristalinas aguas que rodean su misterioso y mitológico mundo. Descritas con cuerpo azulado o verde, con dedos de manos y pies ligeramente palmeados, de orejas puntiagudas y cabellos largos azules, amarillos o verdes, y que pueden respirar tanto en el aire como en el agua, de ellas se comenta que son realmente perversas, que se divierten jugando con los humanos y provocando que las corrientes de agua lleguen a ahogar a quien entre en su mundo acuático. Dicen

que la primera ondina era una mujer a la que las hadas otorgaron cualidades excepcionales, entre ellas la de la perseverancia. Dicen que, tras ser secuestrada por un noble, esta ondina se enamoró perdidamente de él y dejó atrás toda su vida y su familia, por lo que las hadas la castigaron transformándola en esta perversa ninfa de las aguas.

Esta fascinante historia acompaña a la Fuentona de Muriel desde hace siglos, pero hay otras. Se dice de ella que en sus aguas desaparecían gallinas, cerdos e incluso mulas para, posteriormente, aparecer en algún otro lugar misterioso de Soria. Se asegura que sus galerías pueden llegar hasta las mismas cuevas

del cañón del río Lobos, donde se encuentra la conocida ermita de san Bartolomé, erigida entre los siglos XII y XIII por la orden de los templarios. Pero esta Fuentona no solo conectaría con este enclave templario, sino que hay quien asegura que llegaría incluso a comunicar con el mar, por lo que muchas personas que conocen la Fuentona de Muriel y creen firmemente en esta posibilidad, han decidido bautizarla con el sobrenombre de Ojo del Mar.

El caso es que bien por leyenda, exageración o realidad, hay grupos de personas que cada cierto tiempo se reúnen alrededor de sus aguas porque aseguran que allí, realmente, se

encuentra la entrada a otro mundo. Hasta la Fuentona viajan también numerosas personas que dicen ser capaces de canalizar las energías que allí se manifiestan y ser testigos de ese otro mundo que se oculta bajo sus aguas. Del interior de la Fuentona se ha llegado a afirmar, por parte de estos autodenominados sensitivos, que existe una ciudad de luz a la que no pueden acceder los humanos y cuyas calles son recorridas por aguas purificadoras. Estos «canalizadores» son, incluso, capaces de asegurar que una entidad llamada Agamenón, uno de los más destacados héroes de la mitología griega, custodia esa ciudad oculta. La

creencia en la existencia de esta ciudad es tal que cada vez son más los que se acercan a su orilla para meditar, asegurando que un estado mental acorde a la vibración del agua y su entorno puede traer imágenes, como fotografías, de ese lugar y sus habitantes que, como no podía ser de otra forma, son esas ondinas, capaces de atraer a los hombres a su reino de luz.

Burgos y su Pozo Azul

Covanera, que etimológicamente podemos traducir como «cueva negra», es la población burgalesa guardiana de

una de las cuevas más largas del mundo, conocida como el Pozo Azul; todo un referente internacional en actividades acuáticas y de espeleobuceo, situado en el Parque Natural Hoces del Alto Ebro y Rudrón. Esta cavidad sumergida tiene la nada desdeñable longitud de casi 14 kilómetros y su interior reserva una serie de galerías, algunas incluso exentas de agua, a todo aquel que con el equipo y la preparación adecuados la quiera explorar. Un territorio absolutamente desconocido donde año tras año, las campañas de exploración descubren nuevas cavidades y galerías. La última incursión para intentar descubrir hasta dónde llega esta inmensa

cavidad se realizó en el año 2011 por parte de dos buceadores británicos, Jason Mallison y John Volanthen, quienes, tras superar sifones, galerías, cascadas y grietas, llegaron hasta el último punto conocido del Pozo Azul.

Los habitantes de Covanera cuentan que, en el interior del pozo, en lo más profundo de la cueva, habita una bella dama de largos cabellos, cuya deslumbrante piel ilumina las oscuras galerías por las que pasa. Y dice la leyenda que esta damisela de nobles ropajes es, en realidad, una dama que marchaba a la corte para reunirse con su amado cuando, en un alto en el camino, cayó en el pozo y nunca más se supo de

ella. Se dice que la joven no desiste en su empeño de encontrarse con su amado y, cada vez que siente la presencia de algún joven en la orilla del pozo, surge de sus profundidades, por un instante, para comprobar si es quien ella espera.

Pero, a pesar de que estas cuevas sumergidas han hecho volar la imaginación de quienes creen en sus mitos, lo cierto es que existen cavidades donde la realidad es mucho más inquietante que cualquier historia recogida en las creencias populares. Dejan sus historias, no en forma de leyendas sobre damas que se aparecen de forma etérea en sus aguas, sino de

verdaderos cementerios de personas cuyos restos nunca han sido recuperados.

La leyenda negra de la cueva del Agua

Tal como describe el diario *La Verdad de Murcia*: «En Isla Plana, en la frontera que separa Cartagena y Mazarrón, existe un lugar mágico, casi de culto, para los amantes del espeleobuceo. Por allí se dejan caer casi a diario aventureros, deportistas e incluso turistas extranjeros que llegan atraídos por la belleza de un lugar que puede llegar a ser tan

encantador como peligroso. Porque existe una leyenda negra asociada a la cueva del Agua de Isla Plana, un laberinto que ya se ha cobrado la vida, entre otros, de dos especialistas de la Guardia Civil, el teniente Naranjo y su compañero Antonio Sánchez, en 1996, así como del submarinista deportivo Antonio Pedro Martínez Ardiz, en 2010. Antes, a principios de los noventa, murieron allí ahogados otros dos buzos».

Cualquiera que pretenda internarse en las profundidades de la cueva del Agua sabe que su aventura puede ser una de las experiencias más fascinantes del espeleobuceo o convertirse en una

mortal pesadilla. Incluso aquellos que conocen bien la cueva saben que su intrincado y complejo cavernario puede acabar atrapando a quien no sepa moverse por su retorcido engranaje, provocando que no sean pocos los que, literalmente, se han perdido a lo largo de su extenso recorrido. Pozos, recodos, estrechas galerías, salas y oquedades de diferentes tamaños confunden al explorador, que termina por no identificar su ubicación exacta. Por si esto fuera poco, los buceadores saben que cualquier movimiento desafortunado de sus aletas —o las turbulencias que su paso provoca en los sedimentos depositados en el lecho de la cueva—

puede convertir sus cristalinas aguas en una mezcla tan turbia que ni siquiera el cable-guía es un seguro fiable para poder salir de allí. Si en esas circunstancias las manos pierden contacto con el cable, el resultado de la aventura puede ser fatal. Esta terrible situación fue la que vivieron cinco agentes del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil el 26 de marzo de 1996. El relato de lo sucedido llegó solo a oídos de la prensa local, que lo describía como la prueba palpable de que adentrarse en estas cuevas submarinas, en concreto la cueva del Agua, es una auténtica aventura sin retorno.

Los cinco guardias estaban acostumbrados a este tipo de expediciones de alto riesgo; de hecho, si no fuera por su entrenamiento, la tragedia que se vivió aquel día podría haber sido mucho peor. Tras recorrer parte de las galerías y ramales de la cueva, su aventura se tornó en toda una experiencia terrorífica en la que la muerte aprovechó para hacer acto de presencia. Cuando estaban dispuestos a regresar a la superficie, el agua, antes limpia y transparente, se agitó de manera repentina provocando que los sedimentos la convirtieran en una espesa y oscura niebla que las luces de los expertos no podían atravesar. La única

esperanza de los cinco guardias civiles era no soltar, costara lo que costara, el cable que les indicaba el camino de vuelta pero, incluso así —entre las turbias aguas, la consabida confusión y la falta absoluta de visión—, nada les garantizaba que fueran en la dirección correcta. En esos momentos, uno puede estar, sin saberlo, dirigiéndose hacia una muerte segura. Finalmente, solo tres de los cinco agentes consiguieron salir con vida, sus compañeros Antonio Naranjo y Antonio Sánchez López nunca regresaron.

Se preparó toda una operación de rescate al más alto nivel. Se pidió la ayuda de los mejores y más hábiles

espeleólogos submarinos de España, se dispuso de todo el material necesario de seguridad y rescate en este tipo de situaciones, y se contó con la colaboración de expertos buceadores que conocían la cueva al dedillo. Durante largo tiempo se albergó la esperanza de que los agentes hubieran encontrado alguna burbuja de aire donde permanecer hasta poder ser rescatados, ambos tenían más de diez años de experiencia y sus compañeros sabían que esa era la única opción que les quedaba; de hecho, ambos agentes habían participado anteriormente en simulacros de rescate e incluso acababan de terminar un curso de

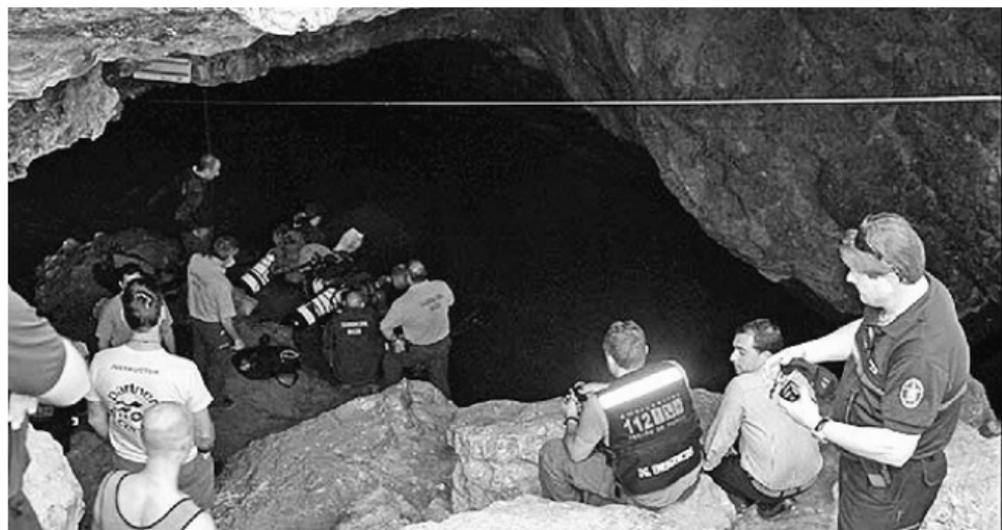
reciclaje. Para su rescate, intervinieron más de cincuenta especialistas del Centro de Buceo de la Armada y del equipo de buceo de la Federación de Espeleología pero, a pesar de todo este despliegue, tardaron treinta y cinco días en hallar los cadáveres.

Por desgracia, las vidas de estos dos experimentados guardias civiles no eran las únicas que la cueva del Agua se había cobrado. Estas dos muertes se sumaban a las de dos submarinistas suizos que perecieron a principios de esa década de los noventa, a los cuales también debía sumarse una víctima anterior, la de un joven francés de veinte años. A la vista de estos

acontecimientos, las autoridades se vieron obligadas a cerrar el acceso a la cueva e incluso intentaron sellar el lugar con la instalación de cadenas y carteles donde advertían del riesgo que suponía adentrarse en sus aguas. Sin embargo, todas estas acciones fueron en vano. Al poco tiempo, las cadenas aparecieron rotas y la cueva del Agua volvía a llenarse de aventureros con ganas de experiencias extremas, lo que culminó con una nueva tragedia cuatro años después. El 3 de marzo de 2010, Antonio Pedro Martínez, un malagueño de cuarenta y un años, jamás salió de las fauces de la cueva del Agua. Los dos amigos que lo acompañaban dieron la

voz de alarma, lo que derivó en una compleja operación de rescate en la que intervino más de un centenar de personas. Finalmente, y tras varias horas de búsqueda, el peor de los escenarios posibles se hizo realidad. Los rescatadores hallaron a Antonio Pedro en una zona de complicadísimo acceso en uno de los muchos ramales apenas explorados por los expertos. Es posible que Martínez se desorientara a la hora de regresar a la superficie, ya que su cuerpo se encontró a apenas siete metros de profundidad y a poco más de treinta metros de la salida. La cueva del Agua había vuelto a cobrarse el más terrible tributo con quien intentó desafiarla.

Estos hechos han provocado un atractivo que raya lo inconsciente entre los aficionados al buceo que, de manera insistente, se atreven a desafiar los mandatos de las autoridades. Mientras, la cueva del Agua sigue aguardando, paciente, a quien busque un lugar entre los muertos.



Equipos de rescate en la cueva del Agua.

Afortunadamente, esta cueva alberga otras sorpresas que van más allá de lo maldito, porque en su interior reposan las posibles claves de la vida en otros lugares del universo, un secreto guardado, posiblemente durante milenios, por la naturaleza y que ha desconcertado a los numerosos científicos que han intentado desentrañar el enigma de sus aguas. En lo más profundo de dicho lugar, diferentes investigadores afirman que existe un tipo de bacteria capaz de vivir en los ambientes más inhóspitos. Estas bacterias no solo son la prueba de que

hasta en las condiciones más extremas puede existir vida, sino que, se piensa, muchas de ellas pueden haber sido las primeras que se desarrollaron en el planeta. Su adaptación a medios tan hostiles pone sobre la mesa la posibilidad de existencia de vida, ya no solo en lugares donde antes se creía imposible en nuestro planeta, sino que estas bacterias nos llevan a pensar, de una forma totalmente racional, que tal vez otras semejantes existan en otros lugares del sistema solar o del universo. De hecho, estas pequeñas criaturas fueron descubiertas, ante el asombro de la comunidad científica, en 1977, por John Corliss y John Edmond, quienes

descubrieron algo que para la ciencia era imposible. Junto a las emanaciones calientes, denominadas surgencias hidrotérmicas, aparecieron organismos vivos. Bacterias capaces de sobrevivir en puro ácido, aguas sulfurosas, sin oxígeno, alimentándose con metano, hierro y azufre. ¿Puede ocurrir lo mismo en otros puntos del universo? La cueva del Agua nos abre la puerta a esa posibilidad y sigue atrayendo a gran cantidad de buceo-espeleólogos en busca de sus aguas cristalinas y su, todavía en fase de exploración, misterioso recorrido. Unas aguas cuyo balance trágico ha llevado a la cueva a convertirse en un lugar tan maldito como

atrayerente, en donde no solo reposan las almas de aquellos que quizá de manera imprudente se dejaron llevar por el exceso de confianza, sino también las claves para determinar si la vida en otros lugares del universo es posible.

Eagle's Nest, el «Everest» submarino

STOP

¡Evita tu muerte!

No vayas más lejos.

Hecho 1: Más de 300 buceadores, incluidos instructores de buceo, han muerto en cuevas submarinas como esta.

Hecho 2: Necesitas entrenamiento para bucear aquí. Necesitas entrenamiento de buceo en cuevas y equipamiento especial para cuevas submarinas.

Hecho 3: Sin un entrenamiento de buceo en cuevas y un equipo especializado, los buceadores pueden morir aquí.

Hecho 4: Esto te puede pasar a ti.

NO HAY NADA EN ESTA CUEVA POR
LO QUE MEREZCA
LA PENA MORIR. NO VAYAS MÁS
ALLÁ DE ESTE PUNTO.

Estas son las palabras de advertencia que se pueden leer en uno de los carteles aledaños a una de las cuevas subterráneas más peligrosas del mundo. Lo curioso de este mensaje es

que se encuentra colocado bajo el agua, a varios metros de profundidad, justo frente a un estrecho hueco en el fondo de un lago tan atractivo como mortal. Allí, los buceadores reciben la última advertencia, el consejo por parte de las autoridades de que, si estiman en algo su vida no accedan al interior de la gruta. Son las aguas del Eagle's Nest (Nido del Águila) en Florida, una de las cuevas submarinas y destinos de buceo más peligrosos del mundo. Aun así, muchos han sido los que se han arriesgado desoyendo esa última advertencia y nunca han salido con vida.

Para situarnos en este lugar maldito, hay que viajar hasta la mitad oeste del estado de Florida, cerca de la populosa ciudad de Tampa, justo encima del parque de la vida salvaje de Chassahowitzka. Una vez ahí, se debe abandonar la ciudad de Spring Hill para adentrarse en pleno bosque, donde el acceso sin un todoterreno se vuelve realmente complicado, hasta que la pista se convierte en una estrecha pasarela de madera que finaliza en lo que parece ser el pequeño embarcadero de un lago circular rodeado de una gran espesura boscosa. El Eagle's Nest es un complejo y enredado entramado subterráneo de piedra caliza bajo el agua, de más de

dos kilómetros, cuyo punto más profundo se sitúa a 92 metros. Es conocido como «el Everest» de las cuevas bajo el agua, no solo por su profundidad, sino por la extraña conexión de muertes que unen ambos lugares. Si una de las macabras características del Everest es la cantidad de muertos que se ha cobrado su conquista —recordemos que en la actualidad hay diseminados por todo el camino de subida cerca de 200 cadáveres—, el Eagle's Nest ya se ha cobrado la de una docena de personas. Para alcanzar tal profundidad, el buceador se debe equipar con botellas de un compuesto respirable distinto al

aire llamado trimix. La introducción de helio en la mezcla permite que el nivel de nitrógeno en sangre sea menor, por lo que el riesgo de sufrir la llamada «narcosis por nitrógeno» se reduce.

La entrada a este complejo cavernario submarino es tan bella como mortales son sus profundidades. Un lago circular rodeado por un espeso bosque es lo que, para algunos, ha sido la puerta al infierno del que jamás regresaron; de hecho, su fama de cavidad maldita llegó a tal extremo que, al igual que los vecinos de la cueva del Agua en Murcia, los habitantes de la zona reclamaron durante treinta años el cierre de su acceso. Los terribles acontecimientos de

los que los habitantes de la zona han sido infortunados testigos se remontan al año 1981, pero el suceso más trágico ocurrido en ese lugar sería conocido como «la tragedia del día de Navidad», cuando Darren Spivey y su hijo Dillon, de apenas quince años, se adentraron en las aguas de este lago. La noche anterior, Darren había regalado a su hijo dos botellas de buceo, lo que provocó la emoción de padre e hijo, que se dispusieron a estrenarlas el mismo día de Navidad. Al amanecer prepararon todo el equipo y marcharon hasta una cueva cercana; sin embargo, por causas que se desconocen, cambiaron de idea en el último momento y enfilaron rumbo

al Eagle's Nest. A las diez y media del día de Navidad de 2013, serían vistos con vida por última vez por un cazador vecino de la zona. Al cabo de unas horas, su familia, alertada por la falta de contestación a los mensajes y llamadas, salió en su busca y halló su vehículo, un Dodge Neon en las inmediaciones del Eagle's Nest sin el equipo de buceo. De inmediato se avisó a Robert Brooks, experto buceador, que comunicó con el 911 y preparó el plan de rescate. El resultado no pudo ser más desolador, Darren y su hijo Dillon yacían muertos en el interior de la cueva submarina. La investigación realizada por la Oficina del Sheriff del Condado duró cuatro

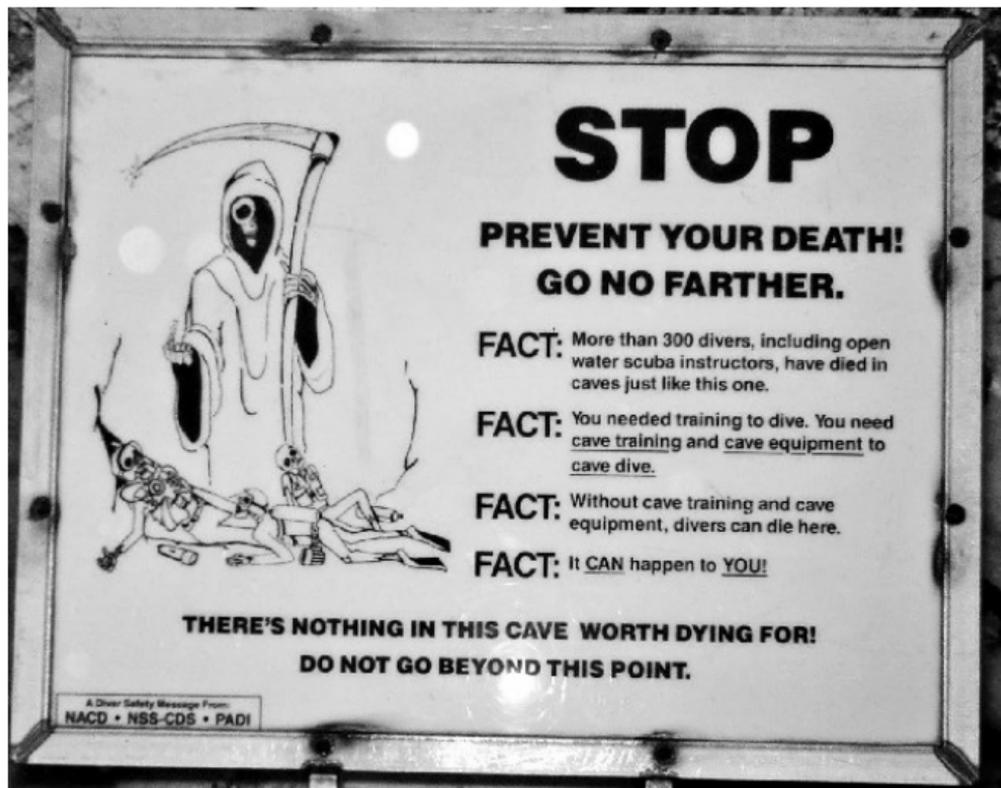
meses, y fue llevada por el detective Jill Morrell, quien posteriormente reveló el agónico final de padre e hijo. En sus últimos momentos, según dicha investigación, el joven Dillon se había quedado sin aire a unos setenta metros de profundidad, por debajo de la línea de seguridad, su padre intentó ayudarlo utilizando su regulador de emergencia para que ambos pudieran respirar con una botella. El aire se agotó tan solo diez metros después. Según el análisis, el joven Dillon nadó sin reserva de oxígeno hacia la salida, pero murió de manera agónica a tan solo un metro de la boca de la cueva y a veinte de la superficie, mientras su padre yacía

muerto a sesenta metros de profundidad. Sin embargo, hay un hecho que sigue teniendo a los expertos que siguieron el caso totalmente desconcertados y es que, junto al cuerpo de Darren, se encontraron dos botellas de trimix llenas que les pertenecían. ¿Por qué no las utilizaron?, ¿quedaron aturdidos por la narcosis?, ¿qué provocó que Dillon saliera nadando despavorido a la superficie dejando a su padre? Son preguntas que a día de hoy siguen sin respuesta.

La fatídica lista había comenzado con un extraño caso sucedido entre los días 1 y 2 de diciembre de 1981. Terri Collins, de veintinueve años de edad,

entró en el Eagle's Nest con su esposo. Al llegar a una profundidad de 80 metros, su marido le preguntó a Terri si se encontraba bien, a lo que ella respondió con la señal de OK con los dedos —la señal oficial que deben hacerse los submarinistas para comunicar que todo está correcto—. Un segundo más tarde, Terri soltó el regulador de la boca y cayó inconsciente. Su marido nadó en busca de ayuda y, a los 20 metros, se encontró con Jim Bentz, un experto instructor de buceo, haciendo fotos. El marido le comunicó que su esposa estaba en apuros y Bentz bajó para intentar rescatarla. Ni Terri ni Benz llegaron a

salir con vida de allí, y sus cuerpos se encontraron flotando a unos 75 metros de profundidad.



STOP

**PREVENT YOUR DEATH!
GO NO FARTHER.**

FACT: More than 300 divers, including open water scuba instructors, have died in caves just like this one.

FACT: You needed training to dive. You need cave training and cave equipment to cave dive.

FACT: Without cave training and cave equipment, divers can die here.

FACT: It CAN happen to YOU!

**THERE'S NOTHING IN THIS CAVE WORTH DYING FOR!
DO NOT GO BEYOND THIS POINT.**

A Diver Safety Message From:
NACD • NSS-CDS • PADI

Cartel de advertencia en el Eagle's Nest.

Circunstancias igualmente extrañas rodearon la muerte, en ese mismo lugar, en 1987, del joven de diecisiete años Jason Tuskes, el cual, antes de morir, dejó grabado con un cuchillo en la superficie de su botella de aire un mensaje de despedida: «Os quiero mamá, papá y Christian». De igual manera, en 1990 morirían otros dos buceadores —Lloyd Morrison, de veinticinco años, y Brent Potts, de veintinueve—. En ambos casos el ahogamiento fue realmente enigmático; se encontraron sus cuerpos flotando a unos sesenta metros, pero con reservas de aire suficientes para haber salido por sus propios medios. Algunos apuntaron

al suicidio por una posible depresión, sin embargo, nadie se explica que estos experimentados buceadores cometieran tal acto para morir en el Eagle's Nest.

En 1999, el turista italiano Guido Gaudenzi, de veintinueve años, moriría a 36 metros, según la investigación, tras haber respirado de una botella equivocada que contenía oxígeno puro, que se convierte en letal en esas profundidades.

El mes de junio de 2004 se presentaría también realmente trágico. John Robinson, de treinta y nueve años, de San Petersburgo, y Craig Simon, de cuarenta y cuatro, de la cercana ciudad de Spring Hill, eran expertos

buceadores de cuevas con una experiencia de más de diez años. Aquel día, Robinson usó un *scooter*, un pequeño artilugio impulsado por una hélice que ayuda a avanzar más rápido por el agua y profundizar en la cueva. En un punto determinado, según la posterior investigación, algo hizo que se desorientara. De manera inexplicable, soltó el *scooter* y se ayudó del cableguía para salir de la cueva; sin embargo, seguramente pensando que estaba saliendo, en realidad se dirigía hacia lo más profundo. Se cree que al final se quedó sin aire y se ahogó. Mientras tanto, Simon, también de manera incomprensible, enredó su propio cable-

guía alrededor de sus manos, aletas y equipo, como si hubiese decidido por alguna razón que no comprendemos, envolverse con el cable que le permitía recorrer el camino de vuelta. Según lo que marcaban sus indicadores en referencia al gas disponible, se cree que tenían de 20 a 25 minutos para resolver la situación, pero algo dentro de la cueva les hizo tener un comportamiento cercano a la locura, algo incomprensible en personas tan experimentadas. De hecho, fueron necesarios dos días para que seis equipos de buzos encontraran a Simon en la cueva, lo que estuvo a punto de generar otra tragedia, pues uno de los miembros de los equipos de

emergencias tuvo que ser rescatado. Pero la lista continúa. A finales de 2009, un buceador llamado James D. Woodall II, de treinta y nueve años, y su amigo Gregory Snowden, entrarían en ese lugar maldito; solo Snowden saldría con vida, no sin antes confirmar que a 90 metros su compañero Woodall empezaba a tener lo que él pensaba eran problemas con su respirador. Snowden afirmó que cuando trató de socorrerlo, inexplicablemente, su compañero lo empujó tratando de evitar que lo ayudara para, acto seguido, adentrarse de manera voluntaria en lo más profundo de la cueva, donde moriría ahogado. Las autoridades de la zona todavía se

preguntan qué llevó a este buceador, como a otros en ese lugar, a tan extraño comportamiento de autodestrucción. En el año 2013, sucedería la ya mencionada tragedia de Navidad, pero las desgracias, accidentes o supuestos arrebatos de locura de los buceadores que se adentran en el Nido del Águila no acaban aquí. El domingo 16 de octubre de 2016, a las dos de la tarde, tres buzos se sumergieron en las aguas de este traicionero lago. Justin Blakely, apenas sin experiencia, decidió ser prudente y quedarse en la zona más cercana a la superficie, mientras sus dos compañeros, Patrick Peacock y Chris Rittenmeyer —experimentados buzos y

además profesores de espeleobuceo— acordaron sumergirse, pero no descender demasiado. La idea era permanecer en el interior tan solo una hora, tras lo cual habían acordado reencontrarse en la superficie a las tres. Justin, el menos experimentado de los tres salió tal como planificaron. No así sus compañeros, a los cuales Justin esperó durante treinta minutos hasta que decidió llamar a los servicios de emergencias. El peor de los presentimientos se hizo realidad cuando los rescatadores localizaron a las nueve de la mañana del lunes siguiente a Patrick y a Chris. Estaban juntos a 80 metros en una zona compleja y peligrosa

sin sus reguladores. ¿Quizá uno de ellos se quedó sin aire y se los quitaron para compartir una sola botella? La realidad dejaría a los rescatadores con más preguntas que respuestas, ya que comprobaron con estupor que sus botellas tenían aire suficiente como para haber regresado a la superficie sin problema. ¿Qué ocurrió para que decidieran adentrarse en una de las zonas más peligrosas, quitarse los reguladores de la boca, a pesar de tener aire suficiente, y permanecer allí hasta morir? ¿Por qué algunos de los que intentaron ayudar a las víctimas se encontraron con el rechazo violento por parte de los desdichados buceadores?

Esas son, sin duda, las preguntas que se hacen muchos, como Al Nienhuis, el *sheriff* del condado, el cual aún no entiende cómo algunas personas parecen sucumbir en ese lugar a una extraña locura que las hace tener tan mortal comportamiento. El mismo que de manera inexplicable se cobró la vida de otro buceador el 7 de enero de 2017. Este es el caso de Charles Odom, de cincuenta y cinco años, quien se sumergió junto con otros tres compañeros, Kevin Lura, Evan May y Christopher Jones. Durante la inmersión, los dispositivos de May empezaron a fallar a los 35 metros de profundidad sin aparente explicación, por lo que huyó

del lugar y llegó a la superficie a duras penas. Cuando se disponía a recoger su equipo, vio cómo el cuerpo de Charles Odom emergía a la superficie sin signos de vida. May se lanzó apresuradamente para sacarlo, pero para Odom ya era tarde. Tras este suceso, de nuevo las preguntas. Según sus acompañantes, Odom lideraba la salida de la cueva cuando algo provocó su muerte, una muerte que a día de hoy sigue sin aclararse al cien por cien. Lo que sí está claro es que los vecinos de la zona han seguido luchando para que nadie pueda sumergirse en ese recóndito y apartado lugar. Los lugareños hablan de espíritus que hacen enloquecer a aquellos que se

adentran en sus aguas. Aseguran que en las profundidades del Nido del Águila hay algo que hace que tantos accidentes y muertes no sean fruto de la casualidad. Locura, desorientación, exceso de confianza, imprudencias letales, inexperiencia en algunos casos, incluso sospechas de asesinato, son las posibilidades que barajan las autoridades locales. Lo que desde luego tienen claro es que la estadística de muertes en ese lugar supera con creces la de cualquier otra cueva sumergida del país. Mientras, puede que en este mismo instante alguien esté adentrándose en las

aguas del Nido del Águila. Alguien que quizá jamás regrese a la superficie con vida.

EL MISTERIO DE LOS AGUJEROS AZULES

Los agujeros azules son todo un desafío y parecen auténticos portales hacia otros mundos, solo que están en este. Suponen un verdadero reto para la ciencia, ya que, a pesar de todo, no queda explicado de qué manera llegaron a formarse. Se

creo que estos abismos submarinos se crearon durante las eras del hielo, cuando el nivel del mar estaba unos 100 o 150 metros más bajo que en la actualidad. La explicación que ofrece la ciencia a estas increíbles cavidades es que se produjo una llamada «meteorización química», es decir, que la interacción de diferentes sustancias químicas reaccionó con la piedra caliza horadando la tierra y formando así unos espectaculares agujeros, los cuales, tras la era de hielo se inundaron y dejaron increíbles cavidades que formaron unas circunferencias casi perfectas en el lecho marino. Como siempre, al margen de las explicaciones científicas, han

aparecido otro tipo de teorías que, a pesar de lo increíble de las mismas, proporcionan a estos lugares no solo el atractivo para los buceadores, sino también para todo aquel que quiera encontrar historias de gigantescos animales oceánicos, que, según algunos, fueron los encargados de crear estos gigantescos sumideros. Otra de las sorprendentes teorías es la de la creación artificial de estos enclaves, bien por algún tipo de civilización o humanidad anterior con una tecnología increíblemente avanzada o bien, aventurándonos aún más en lo imposible, creados por una civilización de visitantes extraterrestres. En este

sentido, los más imaginativos han planteado la posibilidad de que sean puntos de entrada y salida de algún tipo de civilización no humana, haciendo referencia a las recurrentes bases de OVNIS. Otros apuntan a que, en realidad, estaríamos ante las antiguas entradas a la denominada tierra hueca. Hay que dejar claro que ninguna de estas afirmaciones ha tenido o tiene una base lo suficientemente poderosa para ser tomada en cuenta.

Así pues, entre leyendas, mitos y supersticiones, nos encontramos con los anteriormente citados lagos azules. Algunos de ellos contienen una realidad inquietante que, sin duda, ha servido

para alimentar aún más estas teorías fantásticas. Así que sumerjémonos en algunos de ellos para dar o no credibilidad a estas historias.

Dahab, el cementerio de los buceadores

Situado en el golfo de Aqaba, frente a las costas de Sinaí del Sur, en Egipto, este agujero azul es uno de los muchos atractivos que tiene el mar Rojo. Sin embargo, también es el que se ha ganado por derecho propio el apelativo de «cementerio de buceadores». La entrada a este gigantesco agujero tiene su propio

nombre artístico: The Arch (El Arco), una cavidad de gran profundidad que conecta el mar abierto con este agujero azul, cuya profundidad total es de 52 m.

Las autoridades egipcias han reconocido la muerte de más de 40 buceadores, pero lo más increíble de todo es que esta cifra solo es una estimación, ya que las autoridades barajan la posibilidad de elevarla hasta el centenar de buceadores fallecidos. La cuestión es: ¿por qué hay tanta diferencia entre la estimación oficial y la que realmente creen que puede existir? La respuesta es tan sencilla como aterradora. Muchos de los buceadores que se internan en sus aguas

desaparecen sin dejar ningún tipo de rastro. Lo que nos dicen las autoridades egipcias es que, además de los 40 buceadores muertos oficiales, existen más del doble de los que no se sabe absolutamente nada.

Este agujero azul es básicamente una laguna de coral que conecta con mar abierto a través de un enorme y precioso arco azul de 26 metros. Para acceder a él, los submarinistas deben descender a unos 60 metros de profundidad y, una vez allí, ascender de nuevo por el camino que los llevará hasta la superficie del mar. Sin embargo, debido a la orientación de la cueva, muchos buceadores no encuentran la entrada y

siguen avanzando hacia el fondo hasta que entran en un estado alterado debido a la narcosis provocada por el nitrógeno. A más de noventa metros de profundidad, sus funciones neuromusculares están descontroladas y se arrojan desplomados sobre el lecho marino creyendo haber encontrado la salida. Allí, en lo más profundo, ya solo queda el silencio.



Lápidas con los nombres de los buceadores desaparecidos.

A esa profundidad, los testigos han relatado encontrarse con cuerpos humanos mutilados, sus trajes hechos girones, y sus pertenencias y equipos

diseminados por el fondo. En otros casos, los cadáveres han sido hallados en lugares imposibles, en grietas y oquedades donde no parece que estas personas hubieran entrado de manera voluntaria. Existen casos desconcertantes como el de Martin Gara y su amigo Conor O'Rega, quienes fueron encontrados a 102 metros de profundidad. Sus cuerpos estaban abrazados, como si se protegieran mutuamente de algo. En otros casos, la desaparición es total, y no se hallan jamás los cuerpos. Uno de los más escalofriantes en este sentido fue el ocurrido a un buceador llamado Steve y un amigo, que se sumergieron en el

agujero azul para contemplar su interior con la luz de la luna llena. El amigo de Steve era el único que llevaba luz artificial. Cuando creyó oportuno, apagó su linterna para comprobar el efecto de la luz de la luna en el interior del agujero. Trascurridos unos minutos, volvió a encenderla y Steve había desaparecido; él salió de allí esperando que, en algún momento, regresara a la superficie, pero jamás lo hizo. A día de hoy, Steve es uno de las decenas de buceadores de los que no se sabe absolutamente nada, y de los que jamás se ha hallado ni su cuerpo ni rastro de sus equipos. Caso igualmente sorprendente es el de la buceadora

argentina Bárbara Dillinger, quien, el 15 de diciembre de 1998, encontró la muerte tras una serie de fatales circunstancias. Según los testigos, sufrió un ataque de pánico. Algo la hizo ascender rápidamente a la superficie, tan rápido que no le dio tiempo a realizar una descompresión adecuada. Fue llevada inconsciente en una cámara hiperbárica, y, cuando finalmente consiguieron trasladarla al hospital, Dillinger hacía rato que había muerto. ¿Qué produjo el ataque de pánico a la buceadora? Los expertos aseguran que el aislamiento que genera estar en el interior de lugares como ese puede alterar la consciencia y disparar las

emociones, tanto la euforia como el terror. Aun así, nunca sabremos qué fue lo que determinó su huida hacia la superficie. Lo cierto es que son muchos los que quieren documentar la gesta personal de atravesar el agujero de Dahab. Sus cámaras son testigos mudos de los cadáveres que se acumulan en el fondo, y proporcionan imágenes realmente dantescas. Pero pocos son los casos en los que esa misma cámara ha recogido el descenso mortal de su propietario; quizá el más impactante es el de Yuri Lipski.

El 28 de abril del año 2000, el buzo ruso Yuri Lipski se sumergió en el agujero azul de Dahab, pero nunca salió

de allí. Cuando los padres del joven solicitaron desesperados a un buzo experto que recuperara el cuerpo de su hijo, hallaron la cámara de su casco, que estaba aún intacta y que había filmado los últimos momentos de la vida de Lipski. Este fue hallado a 91 metros y se piensa que, al someterse a tanta profundidad, su cuerpo fue víctima de la citada narcosis por nitrógeno. No obstante, esta teoría no convence a muchos, que dan pie a otra siniestra hipótesis: que Lipski fuera llevado a las profundidades por una fuerza desconocida o puede que atacado por algo. La explicación a tal teoría la encontramos en su propia cámara de

vídeo. Esta ofrece unas imágenes que dejan abierta la especulación sobre la verdadera causa de su muerte.

Un vídeo atroz y enigmático

Son las 17:02:54 del 28 de abril del año 2000. Los rayos del sol son perceptibles a través de un agua cristalina y poderosamente bella. Las rocas y el coral forman una estampa tan idílica que pocos se podrían imaginar que esas aguas serían testigos de la tragedia. Yuri, sin embargo, no desciende solo. En mitad de ese paisaje de gran belleza, se observa a dos compañeros a los que el

propio Yuri iba a guiar a través del conocido arco del agujero de Dahab. 17:03:03, ese sería el último instante en que la cámara recogería el rostro de Yuri. El buceador la ha girado hacia sí mismo, con el fin de colocar un filtro de color magenta en el objetivo. Este tipo de filtros con ese color hacen que bajo el agua la cámara registre mucho mejor la imagen. 17:06:01, Yuri comienza el descenso. La cámara capta la imagen de uno de sus acompañantes, el agua aún permanece bañada por el sol y la visibilidad parece realmente buena. Su respiración es tranquila y acompasada. Lo que ocurrió a partir de ese instante quedará en el más absoluto de los

misterios. 17:06:10, Yuri se aparta del grupo y se dirige directamente hacia las rocas; cuatro segundos más tarde se oye un extraño sonido, algo imposible de definir con palabras, un sonido corto pero intenso en el que algunos han querido entender la palabra *help* (ayuda). Ningún experto es capaz de explicar qué le sucedió a Yuri desde ese momento. Hay que decir que la velocidad de descenso dentro del agua jamás debe superar los 24 metros por minuto; Yuri no solo alcanzó esa velocidad, sino que la rebasó con creces llegando a los 30 metros. Sin duda, toda una temeridad.

17:06:50, la cámara capta el vertiginoso descenso y, como la luz del sol empieza a perder su poder de penetración en el agua, Yuri acabaría en la más absoluta oscuridad, solamente acompañado por la luz de su equipo de buceo. En ese momento, el micrófono recoge algo realmente escalofriante, un sonido gutural proveniente de la garganta de Yuri parece indicar un grito desesperado, sonido que se repetiría desde ese momento hasta sus últimos instantes de vida. No podemos imaginarnos la angustia de tal situación; por eso las preguntas son incesantes. ¿Por qué aun así continuó descendiendo? ¿Narcosis, desorientación? Algunos

piensan que la causa fue algo mucho más terrible. 17:07:58, la oscuridad es prácticamente absoluta, solo rota por la luz que llevaba en su equipo. Justo en ese instante la cámara capta algo que no podemos identificar y que parece moverse frente a ella, una silueta tan extraña como difícil de interpretar y que en un segundo desaparece de la vista. Yuri mira su indicador de profundidad, está a 61 metros, pero también refleja algo más, y es precisamente la cantidad de gas en sus botellas, la cual es más que suficiente para ascender de nuevo a la superficie sin ningún tipo de problema. 17:08:06, un grito ahogado sale de la garganta de Yuri, mientras

comienza a oírse el insistente sonido de alarma de su medidor. Yuri no solo está bajando a una velocidad desmedida, también está llegando a una profundidad muy peligrosa. 17:08:29, llega a un escalón del lecho marino, sus gritos sordos y sus sonidos guturales se hacen constantes. Según los expertos que visionaron el documento, eran peticiones de ayuda. 17:08:49, el indicador marca 91,6 metros. 17:09:07, otro sonido aparece en escena indicando algo fatal, es el del aire saliendo a borbotones por la boca de su regulador; Yuri acaba de quitárselo o perderlo quedándose sin lo único que podía mantenerlo con vida. 17:09:30, el lecho

marino empieza a enturbiarse, la cámara refleja que Yuri se encuentra literalmente pegado al fondo, dando vueltas sobre sí mismo. Trozos de su traje de neopreno aparecen flotando; el agua, enturbiada por los movimientos desesperados de Yuri, reflejarían segundos más tarde otra escena desconcertante. 17:09:38, algo parece romper la niebla formada por los sedimentos, y la cámara capta una imagen que aún nadie ha sabido explicar, algo como una gran sombra negra sin definir parece acercarse rápidamente hacia el infortunado buceador y desaparecer de manera rápida. Algunos aseguran que podría ser

el brazo o la pierna de Yuri, sin embargo, no se ha podido determinar con seguridad tal hecho. 17:09:55, son los últimos instantes de la vida de Yuri, el agua se agita de manera violenta, las partículas y los sedimentos del fondo rodean la cámara, y la imagen se mueve de manera frenética; ya no se oye a Yuri respirar, solamente resuenan los golpes de su cuerpo contra el fondo, sin duda son sus últimos instantes de vida. Lo que nadie acierta a explicar es lo que le sucede a la grabación segundos más tarde: registra un salto temporal que técnicamente es inexplicable. De las 17:09:55 el vídeo da un salto a las 17:11:02, como si algo o alguien hubiera

dejado de grabar para volver a accionar el botón de grabación un minuto más tarde. 17:11:05, aparece un último plano, una imagen del fondo del agujero azul que más buceadores se ha llevado hasta su siniestro abismo. Una imagen que solo deja ver al espectador la más absoluta oscuridad; Yuri ya está muerto. ¿Qué ocurrió en ese minuto no registrado por la cámara y cómo pudo volver a grabar un minuto más tarde?

Muchos han querido expresar su opinión y hallar una explicación, no solo a este trágico suceso, sino a muchos de los casos de los más de cien buceadores que, se asegura, han perdido la vida en ese lugar y cuyos cuerpos jamás han

sido recuperados. Obviamente, la narcosis por hidrógeno está presente como la principal de todos ellos; sin embargo, esta teoría se podría aplicar a algunos casos pero, realmente, ¿todos son producto de la narcosis? Recordemos que en estos descensos se utilizan gases que o impiden o reducen la narcosis. Ya en el año 1937, Max Nohl, utilizando una mezcla de helio y oxígeno llamada heliox, bajó a la profundidad récord de 127 metros sin efectos narcóticos. En 1948, Zetterstrom realizó una inmersión temeraria a 150 metros usando una mezcla de hidrógeno y oxígeno llamada hidrox. En los años setenta, comienza a utilizarse el helio en

el buceo deportivo con inmersiones a 102 metros en cuevas de Sudáfrica. Como podemos comprobar, estos llamados «gases exóticos» han sido utilizados y probados desde antes de la Segunda Guerra Mundial, por lo que la explicación de la narcosis como único causante de estos trágicos sucesos parece poco factible.



Yuri Lipski a 91,8 metros de profundidad.

Otra causa que se ha barajado es el sobrepeso de los equipos que llevan los buceadores. En inmersiones tan específicas como esta, nunca está de más llevar equipo de sobra, incluso por duplicado. Cualquier cosa puede fallar; por eso, como si de un paracaídas de emergencia se tratase, muchos de los que se sumergen en esas aguas llevan equipo para solventar posibles contingencias. Esto explicaría la velocidad a la que Yuri descendió y su imposibilidad de detenerse. Aunque esto también genera interrogantes. Si realmente fue esa la causa, ¿por qué no

se desprendió de parte del equipo para poder ascender? Esta teoría tampoco explicaría el hecho de que en los primeros instantes del vídeo todo estuviera dentro de la normalidad. Asimismo, los expertos que visionaron el vídeo y que barajaron esa posibilidad, comprobaron que el buceador tuvo varias ocasiones para parar y desprenderse de peso para poder salir a la superficie, y llegaron a comentar que «parecía como si Yuri realmente quisiera llegar hasta el fondo».

¿Podríamos encontrarnos ante un lugar de efecto llamada para suicidas? Es cierto que existen muchos lugares en

el mundo que, por motivos que se desconocen, eligen las personas que deciden acabar con su vida, como si percibieran una llamada inquietante. El agujero de Dahab se ha cobrado la vida de muchas personas pero, aunque desde luego no se descarta que alguna de ellas quisiera suicidarse, parece inverosímil que esa sea la causa principal, ya no solo de la muerte de Yuri Lipski, sino de la de aquellos que nunca han salido de sus aguas. En el caso de Yuri, los expertos que analizaron las imágenes aseguraron que los sonidos que emitía durante su vertiginoso descenso eran peticiones constantes de ayuda. ¿Habría algún tipo de fuerza que lo arrastraba de

manera irremediable hacia el fondo de ese abismo? Los expertos destacaron que daba la impresión de que Yuri intentaba mostrar algo a la cámara, algo que, al parecer, no podía conseguir encuadrar.

Días más tarde, el equipo de rescate, dirigido por el experto e instructor en técnicas de buceo egipcio Tarek Omar, encontró tanto el cuerpo de Yuri como su cámara y su equipo. Su casco, al cual iban acoplados los tubos de su regulador de aire, fue encontrado a varios metros de distancia de Yuri. La botella de oxígeno también fue hallada a varios metros del cuerpo, algo realmente extraño y cuya explicación solo sería

posible si el propio buceador se hubiera quitado el equipo o si alguna fuerza desconocida se lo hubiera arrancado. Descubrieron que parte de su neopreno había desaparecido, las cinchas de su chaleco aparecieron partidas y parte de su cuerpo mutilado.

En la actualidad, los expertos siguen discutiendo sobre la verdadera causa de la muerte de Yuri Lipski, y se siguen preguntando qué sucede en ese lugar para que tantos buceadores desaparezcan. Es por eso que las palabras de Jonathan Robertson — instructor de buceo que colaboró en un reportaje de televisión sobre este

fatídico lugar— cobran un sentido único y probablemente más inquietante de lo que debería:

«Cuando descienes al interior del agujero azul buscando las respuestas, hay una sensación extraña, sabes que hay algo que no está del todo bien en ese lugar. Es como cuando estás caminando por una calle y piensas que quizá hay alguien que podría estar siguiéndote, entonces empiezas a girar a tu alrededor. Tú sabes que no hay nada allí pero realmente lo parece. No puedo evitar sentir que hay otra presencia o algo allí, observándome.»

En la actualidad, frente a la pasarela que da acceso al conocido arco de entrada de Dahab, existe una roca donde las placas de los fallecidos o desaparecidos se amontonan. Casi como si de un cementerio se tratara, las flores son depositadas y los homenajes y rezos son diarios. Y en mitad de todas ellas, alguien ha esculpido un rostro, una siniestra cara que recuerda a la faz de un diablo, un rostro que custodia las placas con los nombres de los muertos.



Agujero azul de Dahab.

El gran agujero azul de Belice, clave de la desaparición maya

Pero, por suerte, no todos estos lugares tienen ese componente de muerte y maldición; existen otros que, a pesar de su peligrosidad, también encierran secretos que se han desvelado como claves para entender cuestiones tan enigmáticas como la desaparición, nada más y nada menos, que de los mayas. Para conocer esta historia, debemos viajar hasta el atolón del Faro, a unos cien kilómetros de la costa de Belice, el pequeño país centroamericano que fue colonia británica hasta 1981. El agujero, cuya profundidad actual es de 123 metros, se puede ver desde más de cien kilómetros de altura. Pero, como decía,

este lugar parece albergar en su interior la respuesta a la desaparición de la cultura maya.

Los mayas dominaron la península de Yucatán en la primera mitad del primer milenio de nuestra era, pero allá por el año 900, la mayoría de las ciudades de esta civilización, que se encuentra en la actual Guatemala, El Salvador, Honduras y el sur de México, habían sido abandonadas. El motivo de ese abandono ha tenido a científicos e historiadores atormentados durante décadas. Sin embargo, un estudio llevado a cabo por la Universidad Estatal de Louisiana y de la Rice University de Houston apuntaron al gran

agujero azul de Belice como el contenedor de la respuesta a tal misterio. El equipo de investigación perforó las entrañas de este lugar y halló algo que, según sus cálculos, coincide con la desaparición de esta increíble civilización. Los análisis de los minerales encontrados en Belice determinaron que durante los siglos IX y X se produjo un gran cambio climático, un auténtico cataclismo, al menos para la civilización maya. Pero no solo eso, los resultados del estudio muestran que, años después, hubo otra sequía que casualmente coincide con el declive de Chichén Itzá, la gran ciudad maya que se construyó en tierras mexicanas. Este

nuevo estudio confirmaría que las sequías, las hambrunas y los disturbios posteriores que estas generaron acabaron en la extinción de los mayas. El agujero azul de Belice sería, por lo tanto, el arca que guardaría la respuesta a uno de los secretos y enigmas históricos más estudiados.

La mayoría de las ciudades mayas cayeron entre los años 850 y 925 d. C., en gran parte coincidiendo con este siglo de sequía. Sin embargo, muchos creen que esta quizá no fue la única causa de la desaparición maya, ya que los expertos se preguntan por qué en el norte de la península de Yucatán esta civilización no solo sobrevivió, sino

que comenzó a florecer. Es decir, si el sur se paralizó para siempre por el cambio climático, los que cuestionan esta teoría se preguntan por qué no sucedió lo mismo en el norte.

Sin duda, las sequías del siglo IX fueron graves, pero el siglo XI trajo una megasequía. De este modo, los registros muestran que las precipitaciones disminuyeron de manera drástica durante la mayor parte del siglo, entre los años 1020 y 1100 d. C. Este análisis exhaustivo confirma que el cambio climático fue contemporáneo no con uno, sino con dos periodos devastadores del declive maya. Si la primera ola de sequía había acabado con los mayas del

sur, la segunda pudo haber provocado su desaparición en el norte. Tras este periodo, los mayas no se volverían a recuperar. El agujero de Belice contiene en sus estratos lo que parecen ser esos periodos de sequía coincidentes con la desaparición de la cultura maya; aun así, sobre este gran enigma aún quedan muchas preguntas por responder.



Agujero azul de Belice.

El agujero tóxico de Samae San

En este recorrido por estos misteriosos agujeros azules, también es inevitable detenerse en el agujero de la isla de Samae San, en Tailandia. Este presume

de ser un lugar popular para el buceo por su enorme belleza, pero también por su gran peligrosidad. Los visitantes son restringidos, dado que la isla se encuentra dentro de un área militar; de hecho, la mismísima marina tailandesa, la Royal Thai Navy, que gestiona la isla, la usa como terreno para sus maniobras militares y a sus costas solo se permite la llegada de un máximo de 500 personas por día. Además, ningún extranjero puede acceder si no va acompañado por un tailandés. La razón aludida por las autoridades es evitar los posibles errores de comunicación con el personal militar que lo habita. Cerca de su costa se encuentra el campamento

militar de Samae San, que perteneció a Estados Unidos, y que tuvo una gran actividad durante la guerra de Vietnam para dar apoyo y mantener a Tailandia libre de la influencia comunista; al menos esa era la excusa. Sin embargo, mis investigaciones me llevaron a contactar con antiguos soldados que fueron destinados a la base de Samae San en su época final (de 1972 a 1975), quienes revelaron una realidad muy diferente. Es el caso del sargento de primera clase Gene D. Mullins, encargado de supervisar el edificio de la casa de invitados de la 16.^a Unidad Militar, algo así como una zona de viviendas para trabajadores que, como

me contó, él mismo se encargaba de alquilar. La base albergaba a la policía militar americana, una empresa de transportes, algunas de ingeniería y un gran número de empleados de apoyo. Pero lo cierto es que también servía de «desahogo» para las tropas estadounidenses, que utilizaban la zona para fiestas o, tal como el sargento Mullins me comentó, «todo tipo de vicios conocidos por el hombre». A unos diez kilómetros de la base, los americanos fundaron Newland, un lugar que solamente tenía bares, clubes de *striptease*, un hotel y algunas casas, lo que convertía a esta «nueva tierra» en lugar constante de peleas y disturbios

que requerían la presencia de la policía tailandesa. Asimismo, en la frontera de Newland, un matadero de cerdos ponía la tétrica banda sonora a ese tugurio, ya que su mortífera actividad no cesaba por las noches, y se oían los chillidos de los cerdos a cualquier hora. Sin embargo, para los soldados, este ambiente era un auténtico paraíso en comparación con la guerra. Samae San también tenía piscinas, un gimnasio totalmente abastecido e incluso un servicio de esquí acuático. Los locales de *striptease* tenían una cuota de socio de un dólar al mes. Los que allí trabajaron aseguran que podían llegar a emborracharse por tan solo 25 centavos de dólar. Para

rematar la faena, se vendía el denominado «zombi», una bebida compuesta de siete licores que dejaba de esa guisa a quien la consumía. Allí estuvo destinada la 281.^a Compañía de la Policía Militar, cuyos miembros, lejos de realizar las tareas que tenían encomendadas —principalmente la seguridad del campamento y la zona del puerto—, se dedicaban a probar todo tipo de drogas, como el Gan-Shaat, una especie de marihuana que los soldados denominaban «arma de fuego», con la cual comerciaban sin ningún pudor. El sargento Mullins me envió parte del material, secreto hasta hace unos años, de los auténticos problemas que esta

droga generaba en las tropas americanas. Pero no solo eso, los soldados compraban a los tailandeses heroína en frasco, a la que llamaban Poom-Cow. El comercio de drogas era constante; ácido, cocaína o la llamada «hierba de Buda» recorrían las calles y, de paso, las venas de aquellos soldados destinados en Samae San. Parte de la droga también era enviada a Estados Unidos desde el pequeño aeropuerto de U-Tapao, sobre todo heroína. Por supuesto, la prostitución estaba a la orden del día; si alguien quería algún tipo de compañía, tanto femenina como masculina, tan solo tenía que contactar con el «viejo Papasan» —así llamaban a

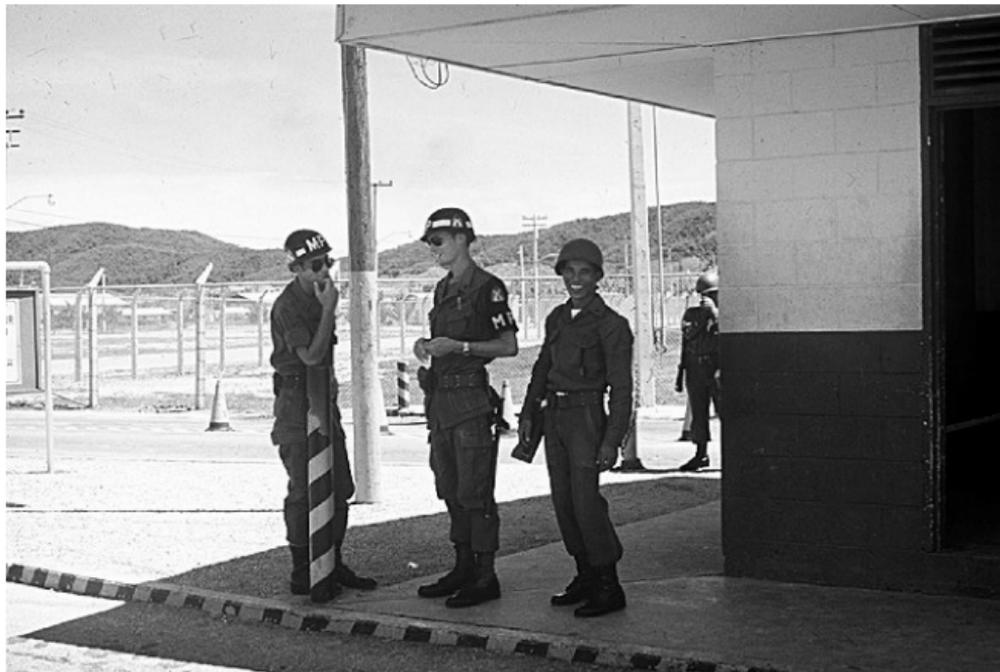
la persona encargada de proporcionar este tipo de servicios a los soldados de Samae San—. Los documentos que me proporcionó el sargento Mullins revelan más de 109 incidentes por fallos eléctricos y numerosos robos de cableado, lo que obligó a la disposición de alarmas, el incremento de vigilancia y la instalación de barreras. Pero no solo eso; el lugar fue utilizado como un gran centro de almacenamiento de munición, donde contrabandistas tailandeses se apropiaban de la mayoría de la carga, vendida por los dirigentes del campamento para ser llevada en camión y posteriormente embarcada en aviones B52 hacia Camboya. El resto de

la munición se quedaba almacenado en una zona de la isla, en unas instalaciones al noroeste de Samae San llamadas Vayasa. Allí se amontonaba creando un auténtico basurero donde, según relatan quienes fueron destinados allí, los monos babuinos campaban a sus anchas.

—Era un gran vertedero —me relató Lucian, uno de los veteranos destinados allí durante la guerra de Vietnam y con el que pude comunicarme—. Luego, la munición la trasladaban en un camión basura al aeródromo de U-Tapao y allí los aviones se la llevaban.

Sin embargo, mucha de esa munición se quedó en la isla, a la intemperie y sin ningún tipo de control,

lo que hizo que muchos soldados pagaran con su vida trabajar en ese lugar. Aquella gran cantidad de munición liberaba uno de los químicos más mortíferos que se utilizaron en esa guerra, el llamado «agente naranja», un herbicida de gran potencia descrito por la OMS como la molécula más tóxica jamás sintetizada por el hombre.



Puerta de entrada al campo militar de Samae San, 1971.

En este sentido, pude recoger el testimonio de un veterano que, bajo el seudónimo de «American Spirit» (espíritu americano), me comentó que,

de marzo a agosto de 1970 fue destinado a trabajar en el vertedero de munición. Era el encargado del proceso de descontaminado de bombas, un eufemismo, ya que solo les quitaban el moho cuando empezaba a salir. Al regresar a su casa cinco años después, como él mismo relató: «Fui diagnosticado de una combinación de migraña severa con síndrome de dolor intenso, tengo que seguir numerosos controles y exámenes neurológicos, y los médicos no encuentran una razón a mis continuas migrañas. Yo tengo claro que fue el agente naranja que se liberaba poco a poco de las bombas almacenadas allí».

Otro soldado del que tuve conocimiento, llamado Wayne Anderson, también trabajó en esas instalaciones, desde enero hasta noviembre de 1969. «Fui diagnosticado de neuropatía periférica en 1999, y me he sentido peor desde entonces. Hice una reclamación hace varios años por la exposición a agentes químicos y pesticidas, pero fue rechazada.»

Otra persona, llamada Kurt Priessman, me aseguró que tenía verdaderas pruebas de que U-Tapao fue expuesto a los gases que se desprendían de las bombas. La lista de veteranos de los que tuve conocimiento es larga, como el jefe de equipo del carguero

KC-135, quien relató lo siguiente: «Estuve destinado en Samae San de agosto de 1971 a febrero de 1972; sufro diabetes con neuropatía en ambas manos y pies, tengo un grave daño degenerativo en ambos brazos y piernas, y presión arterial alta; recuerdo que, donde estaba, la hierba no crecía. Hubo algún tipo de agente con el que fuimos rociados».

También familiares de veteranos como Sue Stokes, cuyo marido trabajó en ese campamento militar: «Mi marido fue destinado allí en 1968. Ha tenido cuatro cánceres de próstata. En la clínica Mayo me han dicho que fue causado por el agente naranja, pero ellos [el Gobierno] siguen negándolo».

Carlo Gerace, otro soldado destinado en Samae San de 1969 a 1970 dice: «Fui operado y curado de un cáncer de pulmón producido por el agente naranja; si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, probablemente hubiera hecho todo lo posible para no ir a esa isla».

La lista de personas de la que me he hecho eco es realmente extensa, con nombres y apellidos, como el sargento de la USAF Kurt Priessman, quien tras su estancia desde 1970 a 1971 se pregunta si su diabetes de tipo 2 fue producto de las emanaciones del agente naranja. O el piloto William Scott Nelms, el cual aseguraba que, después

de cuarenta años de encubrimiento, admitió que el agente naranja no solo fue esparcido por estas bombas en desuso, sino que también fue rociado por los aviones. Para demostrarlo, me envió un informe que fue desclasificado en 1999, conocido como «Informe CHECO», en el que se describen todas las acciones de defensa del ejército americano en la zona, el cual hace referencia al uso del agente naranja como una de las armas utilizadas. Él mismo asegura que, entre lo que se «escapaba» de la munición y lo que el viento llevaba a la base por las intervenciones en la zona, su salud se vio visiblemente afectada: «Mi cuerpo

se cubría eventualmente de erupciones cutáneas, protuberancias, llagas abiertas y psoriasis».

La munición de ese vertedero rezumaba todo tipo de elementos químicos que iban a parar a la piel y los pulmones de los confiados soldados, quienes permanecían totalmente ajenos a esta amenaza invisible. Pero no toda la munición almacenada acababa en los aviones para su traslado desde U-Tapao; buena parte de ella fue arrojada al agujero azul que existe en su costa. «Solía ser un basurero donde los militares lanzaban balas, casquillos,

munición y también un montón de bombas sin estallar», me revelaba el propio William Scott Nelms.

Este auténtico desmadre llegó a su fin en octubre de 1975, cuando la base fue cedida por Estados Unidos a Tailandia. Según los antiguos soldados americanos que allí estaban, «ese día se acabó la buena vida».

A día de hoy, el lugar permanece activo militarmente por las autoridades tailandesas, quienes, junto con la armada estadounidense, utilizan sus playas para realizar todo tipo de maniobras militares. La vigilancia es tal, que cualquier persona que fotografíe el lugar, incluso a distancia, es detenida de

inmediato; además, salirse fuera de los límites habilitados para turistas solo es posible bajo un estricto control militar. Aun así, el agujero azul de Samae San es un lugar apto para turistas, aunque con un legado envenenado. Ese legado, en forma de balas y bombas sin detonar, aún permanece en el agujero azul, cuya profundidad de 85 metros solo puede ser explorada por buceadores profesionales expertos en aguas profundas y con el equipo adecuado. Allí, al buceador le espera la infamia de los restos de una guerra que cercenó la vida de unos seis millones de personas y el vestigio de los productos químicos que dejaron secuelas a centenares. Una carga maldita

en uno de los lugares más bellos de la tierra cuyo efecto para la fauna local, o para aquellos que se adentran en sus entrañas, es absolutamente desconocido. Pero, por si esto fuera poco, otro peligro que acecha allí son las fuertes corrientes, unidas a una oscuridad casi impenetrable. Un buceador relató cómo llegó a la superficie a kilómetros de distancia de donde había hecho la inmersión, bastante lejos del agujero, y tuvo que ser rescatado por un barco de arrastre de alta mar que pasaba por allí. También se aconseja a los buzos tener múltiples luces, ordenadores de buceo y, por supuesto, un entrenamiento formal en el buceo técnico. Incluso para los

buceadores bien equipados puede ser peligroso. En 1998, una pareja de expertos experimentó graves fallos en los equipos por causas aún no aclaradas al descender por el agujero, incluidos los ordenadores de buceo, los cuales quedaron completamente dañados sin posibilidad de reparación. Algunos aseguran que el lugar, como muchos otros en el mundo, busca cobrarse las vidas de aquellos que pretenden adentrarse en sus dominios. Estas son leyendas locales, pero lo cierto es que lo peligroso de este agujero es el vertedero de munición en el que fue convertido acabada la guerra de Vietnam. Sin duda, el agujero azul de

Samae San es una auténtica bomba latente cuyas consecuencias son realmente difíciles de predecir.

DOCUMENT RETAINS CLASSIFICATION,
THIS EXCERPT IS DECLASSIFIED IAW
EO 12958 REVIEWER # 61
DATE 22 Sep 1999

Director
American Studies
AFSA, Andrews Beach
McCall Hall, Alabaster 36112

SAVINGS COPY
RETURN TO

K717.0414-38

PROJECT
CHECO
SOUTHEAST ASIA
REPORT

SCANNED BY ACD
2006

BASE DEFENSE IN THAILAND

PROPERTY OF THE HARVEST
DO NOT DESTROY

EXEMPTED FROM
CLASSIFICATION BY
EXEMPTION CODE: 1.2
REVIEWER: [redacted]

No. 0581501

EXTRA HANDLING REQUIRED
NOT RELEASED TO FOREIGN NATIONALS
The information in this document
will not be disclosed to foreign nationals
or their representatives

CLASSIFIED BY TAF/CDC
SUBJECT TO GENERAL DECLASSIFICATION
SCHEDULE OF EXECUTIVE ORDER 11652
AUTOMATICALLY DOWNGRADED AT TWO-YEAR
INTERVALS. DECLASSIFIED ON 31 Dec 1981

3-7590-133

SECRET

Proyecto secreto CHECO.

Tras conocer este lugar, la pregunta que nos asalta es: ¿cuántos vertederos de munición existirán en el mundo? ¿Cuántos de ellos estarán en fosas, cuevas o sumideros enclavados en costas o en mitad del océano? ¿Cuántos lugares han sido utilizados de manera deliberada y secreta en la tierra para convertirse en un cementerio de bombas? El siglo XX ha sido testigo de las mayores guerras que han generado los hombres, con el armamento más destructivo que jamás se había creado. El número de bombas lanzadas durante

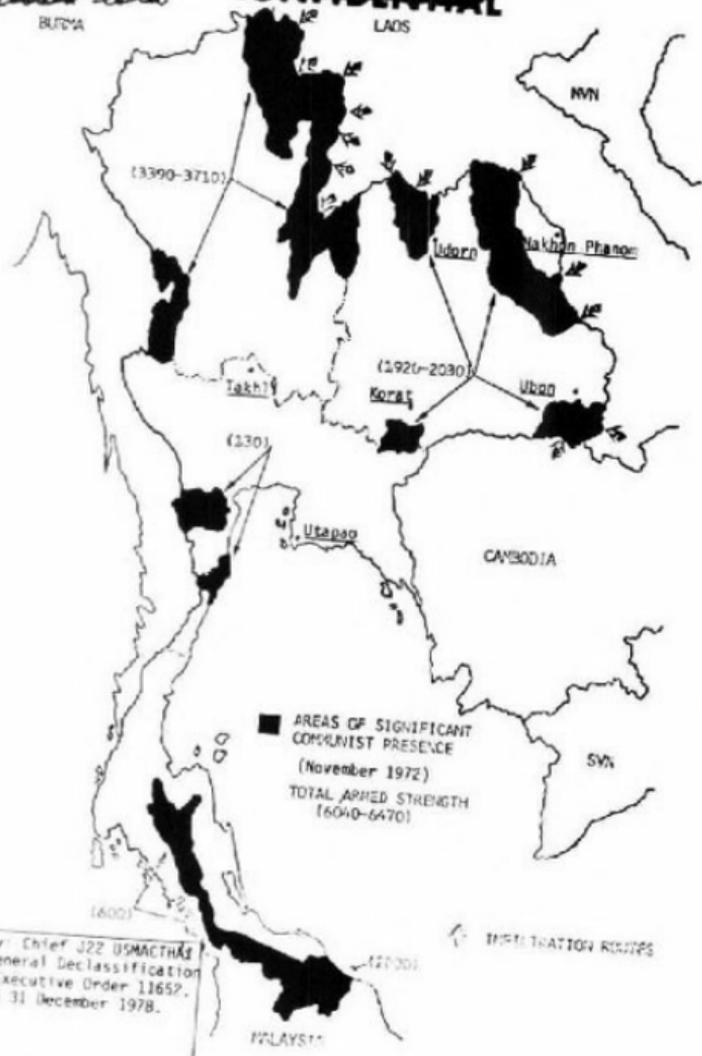
el siglo XX es incontable, seguramente similar a las que se quedaron almacenadas tras las diferentes contiendas. Por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial, las potencias vencedoras —Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética—, capturaron los arsenales alemanes y se llevaron lo que consideraron útil para los suyos, muy especialmente armamento, cohetes, material nuclear, instrumentos, fábricas completas, etc. Lo que consideraron no necesario fue destruido para ser utilizado como materia prima o simplemente desechado, pero el material peligroso, explosivo o tóxico, no reutilizable o de muy difícil

destrucción, fue simplemente sepultado en el mar. Esas operaciones tenían unas reglas no escritas que recomendaban fondear los desechos a 10 millas de las costas y a profundidades de 3.000 metros, pero esos parámetros, en muchos casos, no se cumplían por falta de un acuerdo internacional sobre la materia. Gran Bretaña hundió en el periodo 1946-1947, en las aguas del mar Báltico, 40.000 toneladas de gases mostaza, fosgeno y tabun. También hundieron 43 barcos mercantes con 152.000 toneladas de municiones convencionales en el estrecho de Skagerrak, a una profundidad de 650

metros. Otro cargamento importante fue hundido a 15 millas al noroeste de la isla de Bornholm.

per enclosed letter
BUZMA

CONFIDENTIAL



Classified by: Chief J22 USMACV/AS
Subject to General Declassification
Schedule of Executive Order 11652.
Declassify on 31 December 1978.

THAILAND Areas of Significant Communist Presence

FIGURE 2

CONFIDENTIAL

Situación militar de Samae San extraído del informe desclasificado.

Hay muchos otros lugares en el fondo del mar de Irlanda y del mar del Norte donde, después de la guerra, los británicos fondearon materiales peligrosos sin ser debidamente empacados. Posteriormente, desde 1946, se usaron barcos para simplemente lanzar por la borda municiones sin estallar al mar. Esta práctica continuó con material nuclear durante la Guerra Fría hasta 1976. En las profundidades de Beaufort Dyke, entre Escocia e Irlanda, los británicos han lanzado hasta

ahora 1,17 millones de toneladas de municiones convencionales y, al menos, dos toneladas de material radiactivo. Según informes de las autoridades danesas, los rusos hundieron 50.000 toneladas de municiones de gases tóxicos en el Báltico y también en los alrededores de las islas Gotland y Bornholm. En la bahía de Waianae, en Hawái, según el Pentágono, hay bombas de 500 kg con gases venenosos. Además, hay cerca de 15.000 bombas de gas mostaza, más de 30.000 proyectiles de mortero de cuatro pulgadas con gas mostaza y 1.200 contenedores de una

tonelada con gas mostaza y lewisita, todos procedentes de la Segunda Guerra Mundial.

Este es tan solo un pequeño ejemplo, un porcentaje realmente bajo de todo el arsenal que continúa en lugares perdidos en los océanos y costas de medio mundo, como el agujero de Samae San, cuyos fondos aún conservan los vestigios dormidos de una guerra terrible. Puede que un día despierten.

El Ojo del Dragón de China

Esta fosa submarina mide más de 300 metros de profundidad y algo más de 129 metros de ancho; para hacernos una idea, es una distancia superior a dos campos de fútbol. Se trata del Agujero del Dragón del Xisha, el ojo del mar del sur de China, lugar en el que, según la mitología, Sun Wukong, conocido como el rey Mono, consiguió su vara dorada, origen de miles de mitos entre los pescadores. Es el personaje ficticio más famoso y amado de toda la literatura china. Mago, sacerdote, juez, sabio y guerrero en la forma de un mono, es el travieso protagonista de *Viaje al Oeste*, considerada una de las cuatro novelas clásicas de la literatura china, y basada

en la historia real de un monje famoso, Xuan Zang, de la dinastía Tang. Según la leyenda, el rey Mono nació de una roca mítica. Tras saltar de una cascada en la montaña de las Flores y las Frutas, fue proclamado rey de los monos por otros monos debido a su hazaña. No obstante, pronto se dio cuenta de que un día le llegaría la muerte y comenzó a buscar la inmortalidad. Para ello, viajó en balsa a nuevas tierras y acabó siendo discípulo de Subhuti, dominando pronto los infinitos poderes de la transformación y adquiriendo la capacidad de trascender la existencia de 72 formas diferentes. Sun Wukong poseía mejores habilidades, pero no tenía un arma

comparable con su destreza. Los monos que lo acompañaban trataron de encontrar una. Mientras todos buscaban ansiosos, un viejo mono habló. Cuenta la historia que había vivido cientos de años y sabía todo lo que había que saber. Les habló sobre el fantástico palacio del Dragón en el fondo del mar Oriental. Allí encaminó sus pasos el rey Mono, adentrándose sin permiso en el mencionado palacio.

Dice la tradición que el rey Dragón y sus cortesanos crustáceos disfrutaban de un fino banquete en palacio, cuando el rey Mono irrumpió reclamándole un arma tan poderosa que fuera digna de sus extraordinarios poderes. El Dragón,

que ya había oído hablar del rey Mono, atendió su petición, y proporcionó al intruso una gigantesca lanza de 2.200 kilos. Sin embargo, el rey Mono la rechazó por ser demasiado liviana en comparación con sus poderes. El Dragón, entonces, le concedió una gran espada del doble de peso de la lanza, pero esta también fue rechazada por el rey Mono con el mismo argumento que con la lanza.

El rey Dragón, desesperado, pidió que trajeran de su tesoro personal un gigante pilar dorado de más de 7.000 kilos, en cuyo costado aparecía la leyenda *La vara obediente del aro dorado*. El gran pilar fue del gusto del

rey Mono, que, con sus fantásticos poderes, redujo al tamaño de un bastón. Sin embargo, el pilar tenía la encomiable función de dar estabilidad al mar, por lo que, al ser retirado, produjo grandes mareas que casi llegaron a devastar el palacio del Dragón y acabar con sus moradores. Cuenta la tradición que el rey Mono aprovechó esa situación para reducir el tamaño de ese bastón al de una simple aguja, colocándosela tras la oreja y abandonando el palacio de la misma y furtiva manera en que había entrado.

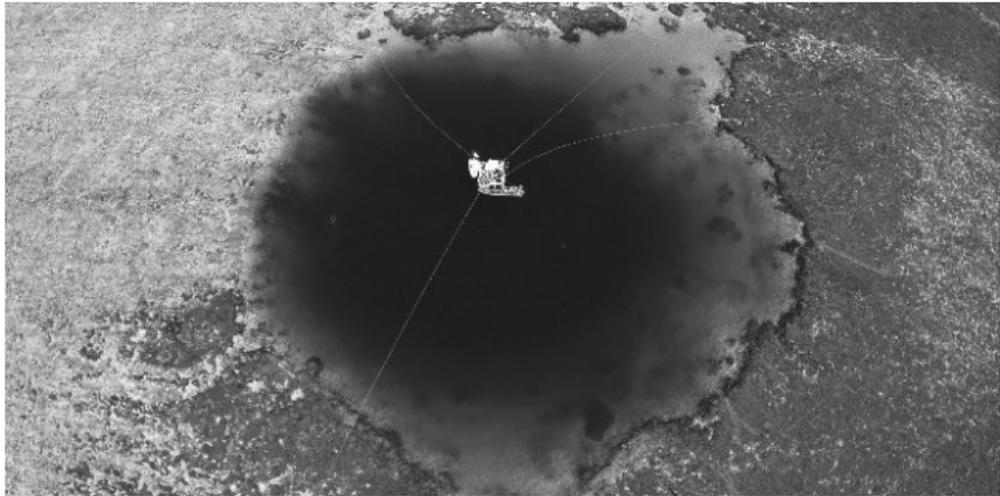
Lo cierto es que, para los habitantes de la zona y los pescadores, el gran agujero Ojo del Dragón sería el

hueco donde antes estaba ese gigantesco pilar dorado, de lo que se deduce que las aguas donde faenan estarían bañando el gran palacio del Dragón, cuyo tesoro aún permanece oculto.

En realidad, el interior de este gran ojo submarino alberga más de veinte especies marinas, aunque, más allá de los 100 metros, los expertos aseguran que la vida es poco probable debido a la falta casi total de oxígeno. En cualquier caso, el Ojo del Dragón no solo es un lugar de interés geológico. Su posición estratégica hace que sea zona de conflicto entre múltiples países que se disputan su riqueza en recursos naturales y la cantidad de vías de

navegación del mar de la China meridional. Vietnam, Malasia, Indonesia, Brunéi, Filipinas y China buscan en este lugar una posición de ventaja sobre las otras naciones, lo que ha hecho que el mar Oriental, donde se encuentra este mitológico agujero azul, se haya convertido en una de las zonas más militarizadas del mundo. Pero, por si esto no fuera suficiente, el Gobierno chino tiene aislada la zona y protegido el acceso con el fin —según Xu Zhifei, teniente alcalde de la ciudad de Sansha— de proteger, estudiar y explotar el agujero azul. Quizá la intención no sea

otra que la de encontrar la entrada al palacio del Dragón y conseguir su fabuloso tesoro.



Agujero azul Ojo del Dragón.

«El Lusca», el monstruo de los agujeros azules de Bahamas

Bahamas es uno de los lugares con más atractivos naturales de todo el mundo, pero más concretamente la isla de Andros es un lugar verdaderamente mítico. Es mucho más que una tierra tropical, bañada por el sol, con aguas cristalinas y playas de arena blanca. Tiene una diversidad biológica y geográfica inmensa, con una amplia gama de hábitats, muchos de los cuales son únicos en la tierra, una maravilla de la naturaleza. Aunque esta idílica isla es también un lugar lleno de misterios, leyendas y mitos que escapan a cualquier explicación lógica.

Andros es la isla más grande de Bahamas. Abrazada por mares cálidos cristalinos y poco profundos, posee una gran cantidad de colorida vida marina. Entre esta impresionante biodiversidad y riqueza geográfica, la característica más misteriosa de la isla son sus numerosos y enigmáticos agujeros azules. Muchos de ellos se ramifican en conductos y sistemas de extensas cuevas submarinas. Según los expertos, se ha explorado menos del 1% de los sistemas de cuevas de los agujeros azules de Bahamas. Es por ello que han surgido diferentes leyendas a lo largo de la historia en torno a esta zona. Los habitantes hablan de un enorme monstruo

que habita en los agujeros azules de la isla; una criatura conocida como Lusca. El Lusca se dice que es un gigantesco animal que puede alcanzar un tamaño de más de 23 metros de longitud; parece algo así como un cruce entre un pulpo y un tiburón, con una gran cantidad de enormes tentáculos y una boca llena de dientes como dagas.

Se dice que esta siniestra criatura se oculta en las cuevas del agujero azul durante el día y sale por la noche de su oscura guarida para cazar. Los testigos informan que puede alcanzar velocidades sorprendentes, dejando tras de sí nada más que agua burbujeante mientras arrastra a su desafortunada

presa hasta las cuevas submarinas para alimentarse. Los aldeanos culpan al Lusca de las misteriosas desapariciones de nadadores y de buzos expertos en la zona. Incluso insisten en que no solo ataca a los nadadores y los buceadores; también a los barcos. Se dice que se lleva a la gente que se encuentra en las cubiertas, y algunos incluso afirman que ha llegado a hundir grandes embarcaciones dejando solo remolinos de escombros flotando en la superficie. La criatura es supuestamente tan peligrosa que incluso se ha llevado a sus víctimas de las mismísimas playas. Los pescadores locales son muy cautelosos

al pasar por los agujeros azules y a menudo cruzan los abismos en silencio, para evitar atraer a la criatura marina.

Algunas personas han tenido encuentros directos con el escurridizo Lusca. En 2005, un fotógrafo submarino informó de haber sido atacado por un enorme pulpo que él describió como de unos quince metros de largo. El buzo, aterrorizado, colocó la cámara enfrente de la criatura, en un intento desesperado de protegerse, pero el monstruoso pulpo consiguió arrebatársela antes de desaparecer en una cueva. Otro hombre que estaba nadando cerca de un agujero azul durante la puesta de sol fue violentamente succionado hacia las

profundidades. Gracias a su experiencia, el nadador logró soltarse de aquello que lo había atrapado y consiguió llegar a la orilla de la playa más cercana. Ya con más calma, se dio cuenta de que tenía grandes marcas en un muslo.

Otro encuentro un tanto aterrador ocurrió cuando un equipo de pescadores expertos intentaba atrapar a la criatura. En un principio, la tripulación de la embarcación llegó a la conclusión de que algo grande y pesado estaba atrapado en las trampas que habían colocado, pero las cosas empeoraron cuando intentaron subir una de ellas. De repente, el sónar de a bordo reveló que se trataba de una criatura con forma de

pirámide muy grande que, al parecer, consiguió arrastrar la embarcación a cierta distancia, para finalmente acabar soltándose. El popular programa de televisión *Destination Truth* envió un equipo al interior de los agujeros azules de Bahamas en busca de la evidencia de la existencia del Lusca, y descubrieron una actividad inusual durante su investigación. Después de bucear a una profundidad de 45 metros en un agujero azul, el equipo se encontró con una enorme abertura en las rocas submarinas y el sónar detectó el movimiento de algo enorme en su interior, pero nunca determinaron de qué podía tratarse.

El 18 de enero de 2011, en la playa de la isla de Grand Bahama, según los informes de testigos oculares, se hallaron los restos de lo que parecía representar una parte de la cabeza y las piezas bucales de una extraña criatura similar a un pulpo. Sobre la base de su conocimiento de la morfología de este animal, los pescadores locales estimaron que el tamaño total de la criatura habría sido de alrededor de 9 metros de largo. El mismo año, hubo otro informe de un pulpo gigante encontrado por los pescadores, que medía unos 3 metros de largo y pesaba 60 kilos flotando en el mar. Según todos estos incidentes, los científicos

consideran que la criatura conocida como Lusca es algún tipo de pulpo gigante u otro cefalópodo.

Lo cierto es que la mala circulación de agua que se produce en el interior de estos agujeros azules crea un ambiente realmente hostil para la vida, producto del agotamiento de oxígeno de sus capas más profundas. Sin embargo, representan todo un reto, ya que se han descubierto varios tipos de cangrejos, camarones, gusanos marinos y otras formas de vida especialmente adaptadas a estas terribles condiciones. Además, en algunos de estos agujeros se han hallado numerosos fósiles, restos de naufragios y otros artefactos. Todo este

misterio, desde luego, ha alimentado la leyenda, y quién sabe si existe algún tipo de criatura capaz de sobrevivir y crecer sin la amenaza de ningún tipo de depredador.

No en vano son muchos los avistamientos absolutamente reales de los llamados calamares gigantes. Estos han provocado desde antiguo las más variadas historias, en las que los marinos decían toparse con una de estas criaturas que, de vez en cuando, emergían a la superficie. Quizá por su inquietante aspecto y el desconocimiento de la época, esas historias acabaron transformándose en aventuras de gigantescos seres que eran capaces de

llevar a pique las naves y con ellas a su tripulación. Seguramente, siempre habría alguno dispuesto a afirmar que vio con sus propios ojos cómo uno de estos monstruos marinos llevó a la muerte a algún viejo buque. Las historias se convertirían en leyendas y las leyendas acabarían por formar criaturas que se nos antojan mitológicas. A tal efecto, su leyenda produciría un escalofrío a los marineros y solo nombrarlas podría presagiar su presencia.

Lo cierto es que, a día de hoy, se sabe de la existencia de los denominados calamares gigantes. Sin tener constancia de que hayan causado el

hundimiento de ningún barco sí han sido fotografiados e incluso han llegado a quedar varados en la costa ante el estupor de las gentes, como el documentado en la playa de Bares, en A Coruña. Se estimó que su peso era superior a los 100 kilos, pero lo sorprendente de este caso es que según CEPESMA (Coordinadora para el Estudio y la Protección de las Especies Marinas), no era un calamar adulto. Según los expertos, este calamar habría llegado a las costas gallegas a consecuencia del ataque de una criatura aún mayor. En su cuerpo, se hallaron las marcas de una gran cantidad de ventosas, y se constataron diferentes

desgarros y pérdida de masa muscular. Fuese lo que fuese lo que atacó a este calamar tenía que ser de proporciones gigantescas.

De estos escurridizos animales, se desconoce cuántos años pueden llegar a vivir, cómo se reproducen o cómo cazan; lo que sí se sabe es que su dieta incluye otros calamares, por lo que se demuestra que son caníbales. Pero ¿es posible que estos seres habiten en la profundidad de los agujeros azules? Desde luego no parece descabellado, ya que parecen habitar en buena parte de los océanos (en Terranova, Namibia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Japón). En todos estos enclaves se nombran, de una

forma u otra, leyendas sobre grandes criaturas marinas que han acabado con la vida de cientos de marineros y llevado a pique numerosos barcos. ¿Realmente podría existir un ser marino de tales dimensiones? En este sentido, hay que decir que en toda la historia se habrán capturado unos 800 ejemplares en un relativo estado de conservación. Entre ellos, una hembra de *Architeuthis dux*, que con solo diecisiete meses alcanzaba los 13,70 metros de longitud y que se conservaba en el Centro del Calamar Gigante situado en la localidad asturiana de Luarca. Un tamaño más que suficiente para poder arrastrar a un ser humano hasta sus dominios. Hemos de

decir que, por desgracia, el mencionado centro fue víctima de un gran temporal en 2014, en el que se perdió buena parte de estos tesoros marinos. Sin embargo, hay otro ejemplar que supera a ese en tamaño, es el conocido como «calamar colosal» o *Mesonychoteuthis hamiltoni*, del cual solo se han rescatado algunos ejemplares y que puede llegar a alcanzar los 15 metros. Pero esto ni siquiera es comparable con el que se cree que puede ser un auténtico monstruo marino, del que no existe ninguna imagen pero sí aparentes pruebas de su existencia. Según ciertas fuentes, en 1903 se vio en aguas de Noruega un calamar de unos 50 metros, y en 1933, uno de 20 metros en

aguas de Terranova. Pero, por si estas medidas no fueran suficientes, en la piel de algunos cachalotes se han constatado enormes cicatrices de ventosas. Por su diámetro, que llega a alcanzar hasta 40 centímetros, se puede calcular que fueron infligidas por calamares que deben de tener hasta un centenar de metros de longitud. El único detalle es que no se conoce ninguna especie de calamar que posea ventosas tan grandes como para dejar esas marcas. Además, no es un indicio totalmente fiable, ya que una cicatriz puede aumentar de tamaño a medida que el cachalote va creciendo. A menos que se sepa que tales marcas son recientes, no sería una prueba

concluyente. El misterio, por lo tanto, aún permanece vivo, quizá, en lo más profundo del océano o de alguno de estos agujeros azules tan fascinantemente bellos como, en algunos casos, mortales.

12

EL TESORO DE LOS MOROS

«Ábrete, sésamo.»

Ali Babá

Cíclopes, elfos, hadas, duendes, magos, brujas, mouras, seres mitad hombre mitad animal, fantasmas o dragones, por

citar solo algunos, son los que habitan las entrañas de la tierra, y alrededor de ellos se han conformado mitos fabulosos. Como ya he citado en varias ocasiones, muchos de estos personajes son los guardianes de increíbles palacios o de fenomenales tesoros, solo al alcance de aquellos que pasen unas determinadas pruebas impuestas por estos mismos personajes, lo cual nos recuerda el sentido iniciático de las cuevas como lugar utilizado desde antaño para comprobar la valía de quienes allí se adentraban. Es innegable que la conjunción tesoro-cueva es una constante en muchos lugares del mundo. Desde antiguo, seres mitológicos o

criaturas extraordinarias han sido guardianes de los tesoros de las cuevas. En algunos casos, compartían esas riquezas con los hombres, pero solo a cambio de que supieran administrarlas y hacer buen uso de ellas, cosa que no solía suceder, lo que llevaba al desastre y a la pérdida de dicho tesoro. En otras ocasiones, las criaturas, lejos de querer compartir sus riquezas, las atenazan y guardan de manera obsesiva hasta el punto de alcanzar la locura. Estas historias, narradas a modo de cuentos, suelen tener un valor ejemplarizante sobre las consecuencias de la avaricia o el despilfarro. En Europa, las leyendas de tesoros escondidos son diversas. En

Francia, son atribuidas a los templarios y en Alemania, al demonio y las brujas. En Silesia (Praga), se dice: «Quien a la medianoche vea caer una estrella, que cave en su jardín; encontrará un tesoro». Pero ¿y en España?

Simas, grietas y oquedades en la tierra son protagonistas muchas veces de historias sobre aquellos que un día entraron en una caverna y jamás regresaron. Pero, por si esto fuera poco, una de las cosas que siempre me han llamado la atención es la gran cantidad de cuevas donde se afirma que algún moro dejó escondido un fabuloso tesoro. En algún momento de la historia, los moros parecieron tener una especie de

pulsión por esconder sus pertenencias en gran cantidad de cavernas. Prácticamente, no existe provincia española que no tenga su particular «cueva del moro» y, en consecuencia, un tesoro en su interior. Estos rumores generaron que no fueran pocos quienes creyeran a pie juntillas en las grandes riquezas que en ellas se ocultan, a veces con desenlaces trágicos, como el ocurrido en agosto del año 2016 en Zamora, cuando un pastor de origen marroquí murió mientras excavaba un pozo en donde creía que se albergaba un gran tesoro. En su empeño, estuvo un año y medio horadando la tierra hasta alcanzar los 10 metros.

Desgraciadamente, el pozo era muy estrecho y sin ventilación, lo que pudo provocar el desfallecimiento del pastor por falta de oxígeno y su posterior muerte.

¿Por qué existen tantas «cuevas del moro» asociadas a estas riquezas ocultas? Por desgracia, la respuesta a estas incógnitas está muy apartada del supuesto romanticismo, casi aventurero, que uno se pueda imaginar cada vez que le hablan de tesoros escondidos. La realidad de estas historias es tan truculenta que llega casi a la arcada. Historias que con el paso del tiempo nos han llegado casi con el envoltorio de cuentos infantiles, en pos de suavizar

unos hechos que solo podrían calificarse como bárbaros. Es buen momento para conocer el siniestro origen de la existencia de tantas cuevas de moros en España.

El oro maldito

Alí Babá era un pobre leñador persa que fue testigo de cómo cuarenta ladrones escondían un gran tesoro en una caverna de un bosque cercano al lugar donde él talaba árboles. Cada vez que los ladrones llegaban a su guarida, conseguían desplazar la enorme roca que tapaba la cueva al grito de «Ábrete,

sésamo» y la cerraban a la voz de «Ciérrate, sésamo», momento que aprovechaba Alí Babá, ante la ausencia de los ladrones, para abrir y cerrar la fabulosa cueva cargada de tesoros y llevarse algunas de las maravillas que allí estaban guardadas. ¿Quién no ha soñado con ser Alí Babá y encontrar una cueva llena de tesoros?

Durante la expulsión de moros, moriscos y judíos a principios del siglo XVII, aparecieron muchos autores antimoriscos que consideraban a estos como hijos de las tinieblas y pedían su expulsión definitiva, su extirpación de las luminosas, por cristianas, tierras de España. La caverna era el oscuro lugar

que, solo iluminado por razón natural de la fe cristiana, desvelaría las tristes sombras de esta secta errada. Para estos panfletistas cristianos del siglo XVII, la religión musulmana era lo más parecido al propio credo del diablo. Para entender mejor por qué han llegado hasta nosotros estas historias de tesoros escondidos por moros, hay que señalar que caló muy profundamente la idea de que la caverna era un punto de reunión, de escondite y de conspiración. De los moriscos decían que eran los habitantes de las profundidades, que participan de la profecía y de la posesión de riquezas. Pedro Aznar Cardona, uno de estos autores antimoriscos, nos cuenta cómo

«sus tratos [de los moriscos] eran hijos y familiares de Satanás. En todo mentirosos, cautelosos, llenos de segundas intenciones [...] todo morisco era sospechoso, y si lo es, debe ser porque está conspirando en algo». Los escritores nos llegan a decir que era imposible que, con el trato que se les daba, pudieran sonreír y tener amistad con los cristianos. Era evidente que mentían y ocultaban. Así, esa afición por ocultar cosas era proveniente de la fe musulmana, que los llevaba a imaginar traiciones y el robo de sus pertenencias.

Toda esta propaganda derivó en la creencia de que, si tan celosos eran estos moriscos de sus riquezas, no

podían sino dejarlas a buen recaudo en alguna de esas cuevas que les servían para reunirse y conspirar. Esto generó que, cuando comenzó su expulsión, se gestara una auténtica caza del tesoro musulmán. Cualquier población por la que pasaran estos hombres era susceptible de que sus cuevas fueran depositarias de alguno de ellos. En su salida de España, es cierto que muchos se escondieron en cuevas durante una temporada, lejos de las indiscretas y amenazantes miradas de los mandatarios cristianos. Muchos lugareños, que no prestaban demasiada atención a estos visitantes, veían las idas y venidas de alguien que parecía vivir al abrigo de

una caverna y es cierto que en ellas guardaban sus enseres y posibles objetos de valor. Los autores antimoriscos se encargaron de transmitir a la sociedad que esos enseres estaban compuestos de oro, plata, joyas y piedras preciosas, lo que derivó, con los años, a que se enraizara la idea de que todo moro huido llevaba consigo pertenencias de altísimo valor, y que acabó por incorporarse al refranero popular con dichos como: «Una huerta es un tesoro si el hortelano es un moro».

Para entender esta obsesión por encontrar las riquezas de los moros, hay que contar con que, a finales del siglo XVI, España estaba bajo el yugo de una

terrible inflación, lo que hacía que la moneda patria se desvalorizara a pasos agigantados. El oro, la plata y las piedras preciosas tenían un valor casi inalterable, por lo que una sola moneda de oro mantendría su valor por encima de las acuñadas con metales no nobles.

La caza del tesoro estaba en marcha, a todos lados llegaban historias de personas que habían encontrado un tesoro de algún moro en algún lugar cercano a una torre de un castillo, en los alrededores de una fuente o, por supuesto, en lo profundo de una cueva. Pero lo cierto es que estas leyendas nunca acababan de definir ni el nombre de los protagonistas ni el lugar exacto

del descubrimiento, que se producía en la mayoría de los casos por accidente. Sin embargo, eso no fue impedimento para que muchos, llevados por estos cuentos, fueran a indagar al lugar que consideraban podría ser el exacto, lo que dio lugar a una gran cantidad de excavaciones indiscriminadas. Algo que se acrecentó a medida que llegaban noticias sobre los botines encontrados por la cristiandad en las poblaciones de al-Andalus. Artesanía, metales preciosos, marfil, joyas de todo tipo y, sobre todo, gran cantidad de monedas que con el paso del tiempo acabaron en museos estatales y, en su mayoría, episcopales. En algunas poblaciones, la

situación era tal que se llegó a pensar que la llegada de un moro por los alrededores era casi como un premio de lotería. Bajo esta creencia se acuñaron expresiones como «Quien tiene moro, tiene oro», «A más moros más ganancias» o «A más moros más despojos». Otro factor que propició la creencia de que cualquier moro viajaba o tenía grandes riquezas fue consecuencia de aquellos que no huyeron y decidieron quedarse. Los moros o moriscos que no huyeron, generalmente los más pudientes, se convirtieron en un auténtico filón para la Inquisición, quien les cobraba grandes sumas de dinero por no molestarles.

Esto llegó a tal punto que incluso se estableció una especie de renta fija para que las confiscaciones no fueran arbitrarias en cuantía y, en caso de que alguno de ellos pretendiera evangelizarse y escapar del yugo inquisitorial, también debían pagar su conveniente tributo. En definitiva, tanto para los que se quedaban como para los que huían, España vivió su particular búsqueda del tesoro al afianzarse el obsesivo pensamiento de que los moros habrían escondido sus pertenencias en virtud de una posible vuelta que nunca sucedió. Ya Cervantes, en *El Quijote*, nos hablaba del morisco Ricote, quien volvió a su pueblo para desenterrar un

tesoro que había dejado escondido. Pero existe otra explicación más oculta y subterránea que hizo proliferar las leyendas de las riquezas moras.

La gran inflación de la época propició que se acuñara gran cantidad de monedas falsas; por supuesto, no faltaron los autores que culparon a los moros de tal delito, como Gaspar de Aguilar, quien se refiere a ellos de la siguiente manera: «Dieron los moriscos en hacer dinerillos falsos, se sabía que en casi toda su tierra se batía una moneda públicamente, pedacitos de plomo y otros de esta suerte, con los cuales engañaban a los cristianos».

Por supuesto, para estos autores, tales mañas eran oficiadas por el mismísimo diablo, quien les habría otorgado la sabiduría para acuñar moneda falsa. El texto continúa diciendo: «Ellos fueron los capitanes de este recio trabajo, la moneda falsa, que este presente año de 1611 padece toda España».

¿Dónde ubicaban estos autores los clandestinos talleres del falso acuño? Pues como no podía ser de otra forma, en cavernas, cuevas o enclaves subterráneos. Se propagó la idea de que los moros engañaban a los cristianos con esta moneda falsa y que, poco a poco, las verdaderas acababan en sus

manos; no era poco común escuchar entonces que el dinero se movía «de la Ceca a la Meca» y acababa en las arcas moriscas. Todos estos propagandistas afirmaban que los moros eran los hijos de las tinieblas, dueños de todo lo profundo e infernal, que eran dueños de todo lo que se encontrara bajo tierra, como el oro; por lo tanto, se acuñó el conocido término de «vil metal» y se empezó a asociar el oro con lo impuro y lo sucio. Se empezaron a conformar imágenes racistas, que incluso han llegado a la actualidad, donde moros o judíos eran presentados como

«usureros» que guardan y atesoran sus riquezas convertidos en adoradores del vil metal.

Todas estas disquisiciones en realidad eran la excusa utilizada para justificar las tropelías y el saqueo que muchos de los expulsados sufrieron. Se había propagado el bulo de que había que arrancar el vil metal de las manos de los moriscos para cristianizarlo, para devolverle su pureza original, por lo que no se disimulaba la satisfacción cada vez que se informaba de uno de esos asaltos. La codicia llegó a tal extremo que se llegó a asaltar alguno de los barcos fletados para la expulsión, al creer que en sus bodegas se acumulaban

grandes riquezas. En estos asaltos, se llegaba a asesinar, desnudar y destripar a los moriscos ante la creencia de que tendrían alguna pieza de oro escondida en su propio cuerpo. Según romances de la época, el oro puro era producido desde las «entrañas de la Virgen», luego la lógica dictaminaba que este oro sucio e impuro debía albergarse en las entrañas de los moros. En plena orgía asesina, los asaltantes rebuscaban entre las tripas de los muertos monedas, plata, piedras preciosas y, por supuesto, oro, el cual evidentemente nunca hallaban, lo que era justificado por estos infames con el hecho de que el moro, en su infinita impureza, había hecho transmutar las

riquezas en heces. Esta histeria sangrienta en busca del oro en las entrañas de los moros y moriscos derivó en el acuño de la frase «El oro que cagó el moro», en relación a las heces extraídas con las propias manos de las tripas de los muertos, creyendo que estas antes estaban relucientes de monedas de oro. Terribles actos ejecutados por infames personas que, tras la capa de la santidad y en pos de purificar el oro de los moriscos, escondían su fanática codicia y su más despreciable valor por la vida humana. En este caso, hay ejemplos que llevaron a muchas personas ya no solo al asesinato, sino incluso a la profanación

de los cadáveres para rebuscar entre sus entrañas putrefactas el ansiado oro. Ciertos autores llegaron a culpar a los moriscos de *envenenar* con sus artes infernales la mente de los cristianos, quienes se veían irrefrenablemente imbuidos por una codicia maligna producto del influjo moro. Tal codicia era provocada incluso desde su tumba, y tenían desde el más allá el poder de embrujar a los cristianos con el oro nacido del infierno. El autor Alonso Contreras, en su obra *Vida del capitán Contreras*, recogía que el citado capitán quería levantar una tumba porque «los moriscos se entierran con ellas».

Por desgracia, no solo se profanaba la tumba de los moros muertos, sino que se torturaba a los vivos. Cuando se creía que un moro se había tragado alguna moneda, este era secuestrado y torturado para que vomitara y, si la técnica no daba sus frutos, lo despanzurraban. Estos actos eran alimentados por algunos romances de la época que, de boca en boca, servían de propaganda para demostrar que en las entrañas de los moriscos se podían encontrar riquezas:

«Sucedió en esta ocasión / que
cayó malo un morisco / de una cierta
hartazón / de doblones amarillos. /
Después que estuvo en el mar / no pudo

al fin desintillos / y en tres días se murió /
/ más de hambre que no ahíto. /
Tentáronle la barriga/ y viendo que
endurecido / estaba el vientre del moro /
no faltó alguno que dijo: / Abramsos este
perrazo / que yo pondré que ha comido /
algunos doblones de oro / para traerlos
escondidos. / Diciendo y haciendo al
punto: le abrieron con un cuchillo / y le
sacaron del cuerpo / cien coronas de oro
fino.»

Ante tales salvajadas, parece evidente que nada era suficiente para conseguir, fuera como fuera, el prometido oro. Esto llevó a la interceptación de cartas por parte de aquellos moriscos que, expulsados,

pretendían contactar con sus allegados o amigos en España. ¿Podrían estas cartas albergar el paradero de tales tesoros? Eso, sin duda, fue lo que debieron de pensar aquellos que daban crédito a todo lo mencionado anteriormente. Uno de los hechos más dramáticos en este sentido se recoge en el año 1618, cuando se interceptó una carta perteneciente a un desterrado llamado Antonio de Ocaña que envió desde su exilio en Argel. En ella, le pide a un amigo que le informe del estado de las pertenencias que no pudo llevar. Para recuperarlas, los moriscos dispusieron toda una comitiva compuesta de 24 personas y entraron en España

disfrazados de frailes descalzos de san Francisco. Al parecer, una vez en territorio patrio, sacaron gran cantidad de dinero y joyas que previamente habían enterrado en diferentes oquedades y cuevas de Madrid, Ocaña y Pastrana. Sin levantar sospechas, el grupo consiguió recuperar su particular tesoro y salir del país. Una vez alcanzado terreno musulmán, alguien denunció la comitiva al sultán bajo la premisa de haber visto a unos frailes llevándose riquezas musulmanas. La tragedia quiso que el grupo, cuando estaba a punto de alcanzar su destino,

fuera sitiado y posteriormente tiroteado por la artillería del sultán para acabar finalmente empalado.

Estos hechos tan cruentos y terribles han sido suavizados por la historia, que se ha encargado de diluir lo siniestro de estos acontecimientos bajo el manto de las leyendas y los cuentos, por lo que muchas localidades no tienen ningún inconveniente en promocionar y añadir a su geografía su propia «cueva del moro», a la cual se la da pábulo turístico cuando, en realidad, su verdadera historia puede que esté unida a algún luctuoso suceso o cruento asesinato.

En muchas ocasiones, estas búsquedas derivaron en grandes sorpresas arqueológicas, pues no era extraño que, adentrándose en alguna de estas cavernas en busca de tesoros, sus exploradores hubieran encontrado pinturas rupestres o restos líticos y de arte mueble, por lo que muchas cuevas que actualmente disponen de pinturas y grabados son también conocidas bajo el sobrenombre de «cueva del moro». En este sentido, una cueva del moro con arte rupestre la encontramos en Tarifa (Cádiz), cuya leyenda dice que un gran tesoro fue escondido, obviamente, por un moro. En realidad, esta caverna dispone de grabados paleolíticos de

gran valor, pero no se ha hallado tesoro material alguno. Lo mismo sucede en la cueva del Moro de Guadalix (Granada) como igualmente tenemos cuevas de los Moros en Las Majadas (Castilla La mancha) y en Gabasa (Huesca), donde se encontraron restos de un hombre neandertal. En Cataluña, está la Roca dels Moror, o roca de los moros. En Cantabria, existe una cueva con arte rupestre de gran valor y enigmático significado llamada El Chufin, cuyo primer nombre fue cueva del Moro, una vez más relacionado con las supuestas riquezas allí escondidas. De todas estas cuevas destacan varias historias de las que me gustaría hacer la oportuna

mención.

La cueva del Tesoro de Málaga

A solo 20 minutos de Málaga, recorriendo la costa en dirección norte por una carretera de impresionantes vistas al Mediterráneo, alcanzamos Rincón de la Victoria, donde tendremos la posibilidad de alcanzar el fastuoso tesoro que un día un moro anónimo dejó en algún lugar de sus intrincadas galerías. Su extensión es de más de 2,5 kilómetros y responde al nombre de El Cantal, pero que es conocida popularmente como la cueva del Tesoro,

y, curiosamente, está enclavada en la conocida Cala del Moral, cuya etimología parece darnos algunas pistas. Quizá las mismas que quisieron ver muchos de los que allí se adentraron. Sus primeros exploradores documentaron bellas galerías coronadas de un sinfín de estalactitas, pasadizos estrechos, rampas, columnas gigantes y lagos de gran belleza que, sin duda, representan un tesoro en sí mismos. Una oquedad que el mar fue encargado de tallar y que sirvió en tiempos pretéritos como refugio a diferentes grupos humanos del Neolítico al Paleolítico.

Este lugar no solo sirve para aquellas personas que buscan maravillarse con la geología de la cueva, sino que, según algunos, esta es poseedora de algún tipo de energía sobrenatural, tanto, que desde antiguo muchos fueron los que allí recalaban para practicar ciertos cultos y rituales. A esta cueva se le atribuye una extraña deidad fenicia mezcla de cultura pagana y cristiana llamada Noctiluca, pero que es representada como una Virgen. La leyenda atribuida a esta diosa bien pudiera responder a una fenomenología que antaño sería calificada de sobrenatural. Las noctilucas, cuyo significado es «brillo en la noche» son

protozoos que, cuando se aglutinan por millones, tienen la capacidad de brillar en el agua proporcionándole un aspecto irreal y casi fantasmagórico. Esto pudo generar la creencia en la aparición de una deidad resplandeciente que, con la cristianización, acabó convirtiéndose en la Virgen María. A pesar del tiempo, son muchos los que utilizan esta cueva para realizar retiros espirituales e, incluso, actualmente se realizan clases de meditación privadas.



1



1. Dinar de Fez, de 508



2



3



2 y 3. Dinares de Sevilla, de 515

Algunas monedas encontradas en la cueva.

La historiografía y las leyendas contadas a través de los tiempos acerca de aventureros o de perseguidos de la justicia resultan abundantes y asombrosas en esta cueva malagueña. Una sala del recorrido lleva el nombre del romano Marco Craso, quien habría utilizado el espacio como refugio al huir de persecuciones políticas. Sucedió en el año 86 a. C. y lo documenta Plutarco en sus *Vidas Paralelas*. La sala del Suizo hace referencia a la historia más trágica, la de un tal Antonio de la Nari que, atraído por la leyenda del tesoro moro, pasó casi treinta años buscándolo,

abrió varias galerías y pasadizos utilizando la dinamita como su mejor aliado, pero este método acabó por convertirse en su maldición, ya que murió en una de las explosiones que él mismo llevó a cabo allá por el año 1847. Algunos lugareños comentan que el alma errante del suizo sigue vagando para la eternidad en busca de su tesoro. Esto también ha propiciado que existan historias de apariciones y almas en pena, como la de este suizo, dispuesto a finalizar su encomienda desde el más allá. Otros exploradores tuvieron mejor fortuna, como Manuel Laza Palacio, uno de los mayores especialistas en cuevas del siglo XX, quien se dedicó a excavar

en el lugar hasta que descubrió seis monedas de oro en un candil de la época de Alí Ibn Yusuf. Su interpretación — después de saber que, para algunas tribus saharauis, el número seis posee un gran valor mágico y supersticioso— fue que esas monedas habían sido ocultadas de manera intencionada junto a una de las bocas de acceso de la cueva como parte de un ritual mágico, quizá de invocación a alguna clase de genio que guardara el tesoro de la codicia de los saqueadores. ¿Acaso estas monedas pertenecieron al tesoro del moro? Aunque parezca increíble, existen documentos escritos que atestiguan que el emperador, y último rey, almorávide

del siglo XII Tasufin ben Alí, habría muerto en la ciudad de Orán en el año 1145 a manos de los almohades tras esconder un ingente tesoro en alguna de las galerías de la cueva. Los rastros del tesoro se perdieron, y fue fray Agustín de Milla y Suazo, natural de Orán, quien en el siglo XVII recogió la leyenda en su manuscrito entonces inédito titulado *Historia Eclesiástica y Secular de Málaga y su Obispado*, en el que señala como lugar de enterramiento del tesoro la cueva ahora conocida como El Cantal. Esta historia estaría confirmada por don Cristóbal Medina Conde, quien en 1789 la publicaría en la obra *Conversaciones Malagueñas*, donde

incluiría todos los elementos de una leyenda en la que no faltaría un dragón gigante como guardián del citado tesoro. Según el relato de este autor, un grupo formado por 17 personas de reconocido valor se introdujo en la cueva para buscar el famoso tesoro, y salieron aterrados convencidos de haber visto «estampada la figura de un animal extraordinario que algunos, a pesar de su miedo, y perturbación de los sentidos, calificaron de caimán u otro animal semejante», para, posteriormente, mencionar algo realmente inquietante: «Entre las huellas confusas de sus calzados, advirtieron había una como los pies desnudos, que cada uno de ellos

ocupaba más sitio que el ancho y largo de los pies de los nuestros»; algo que sin duda nos hace pensar en las creencias de gigantes que habitaban ciertas cavernas.

Otra leyenda nombra a cinco reyes mahometanos que, antes de la Reconquista, se vieron acorralados por perseguidores cristianos y tuvieron que ocultar sus enormes riquezas en su interior. Estas historias sobre legendarios y mágicos tesoros apasionaron al explorador malagueño Laza Palacio, quien, en su libro *El tesoro de los cinco reyes* afirmó: «Que existe un tesoro medieval soterrado en esta cueva es algo a mi juicio totalmente

cierto. Pero ¿será fácil que encontremos el tesoro? Creo que no es cosa fácil, pero sí posible. ¿Cuándo? ¿Quiénes lo hallarán? Solo Dios sabe».

Boabdil y el tesoro perdido

Es imposible no pensar en tesoros escondidos sin hacer referencia a uno de los lugares más emblemáticos de la época musulmana en la España de la Reconquista. El Reino de Granada llegaba a sus últimos días y las luchas e intrigas no solo se daban en el campo de batalla, sino también entre los muros de sus palacios y jardines. Es lógico pensar

que no fueron pocos los que, en esos últimos momentos, decidieron esconder buena parte de sus posesiones con el objeto de evitar el saqueo cristiano, preocupación más que justificada a tenor de las maravillas que allí se encuentran incluso hoy en día. Es por eso que comenzaron a circular historias que relacionaban ciertos lugares de Granada con la ocultación de prominentes tesoros, joyas de la más extraña naturaleza e incluso documentos que servirían a los cristianos para desentrañar los secretos de un reinado musulmán que se mantuvo en esa antigua España más de siete siglos. Por eso, las leyendas, a las que muchos dan crédito,

ponen a Boabdil en el centro de estas ocultaciones. Juan Enrique Gómez y Merche S. Calle, en su obra *Los tesoros de los moriscos*, proponen la idea de que el mismísimo ajuar y las riquezas de la esposa de Boabdil habrían sido escondidas cerca del castillo de Mondújar, así como que buena parte de las riquezas de los musulmanes más influyentes del Reino de Granada se habrían puesto a buen recaudo en muros, torres o pozos. Los que tuvieron más tiempo pudieron salir sin ser vistos y dejar sus pertenencias en diferentes puntos de Sierra Nevada o en los recovecos de montes y colinas. Según estos autores, existe una amplia

documentación de la época que confirmaría las diferentes estrategias que utilizaban los expulsados para «sembrar» de riquezas buena parte de Granada con la esperanza, tal vez, de poder recuperarlas algún día, o, cuando menos, evitar que los cristianos las usaran para sus propósitos.

Sin duda, la Reconquista de Granada y la huida musulmana fueron las mechas que encendieron la creencia, quizá no tan descabellada, de que podían existir pasadizos, túneles o galerías subterráneas dentro y fuera de los palacios, que guiaran a sus descubridores a los más extraordinarios tesoros. Muchos, incluso en épocas no

tan lejanas, se ampararon en supuestas investigaciones arqueológicas para poder excavar aquí y allá con el objeto de sacar a la luz alguna pieza o piedra antigua, cuando, en realidad, pretendían enriquecerse a costa del descubrimiento de alguna de estas antiguas riquezas escondidas. Las gentes comenzaron a hablar de la llamada «orza del moro» para referirse a la supuesta existencia de grandes vasijas llenas de oro. Esta creencia se convirtió en una tradición que llegó a pasar de padres a hijos generando verdaderas familias de cazatesoros en las que todos participaban. Durante generaciones se excavó y se buscó en grutas, cuevas y

laderas de montañas, pero la realidad es que a lo largo de la historia nadie ha encontrado esos supuestos tesoros, y, si lo han hecho, han permanecido en absoluto silencio o desaparecieron con ellos. El acervo popular habla de familias enteras que abandonaron la ciudad de la noche a la mañana — supuestamente tras encontrar una de estas inmensas riquezas ocultas—, y nunca más se supo de ellas. Quizá una de las historias que alentaron esta búsqueda fue la que afirma que, en la propia Alhambra, tres hermanos fueron informados por un hechicero de la existencia de una cámara secreta que contendría varias vasijas con monedas

de oro y toda clase de joyas de altísimo valor. No se sabe quién era ese supuesto hechicero, pero lo que sí ha llegado al acervo popular es que los tres hermanos, finalmente, consiguieron acceder al tesoro que estaría oculto en alguna secreta sala de la mismísima Alhambra y se lo llevaron sin dejar pistas de su destino. Es curioso que en esta historia volvamos a encontrar la citada simbología donde el diablo, en este caso en la figura de un hechicero, sea el poseedor o el guardián del oro. Un carnero o un mago, con sus herejes hechizos, son los custodios del impío tesoro de los moros. Es el mismísimo diablo quien lleva a los hombres al

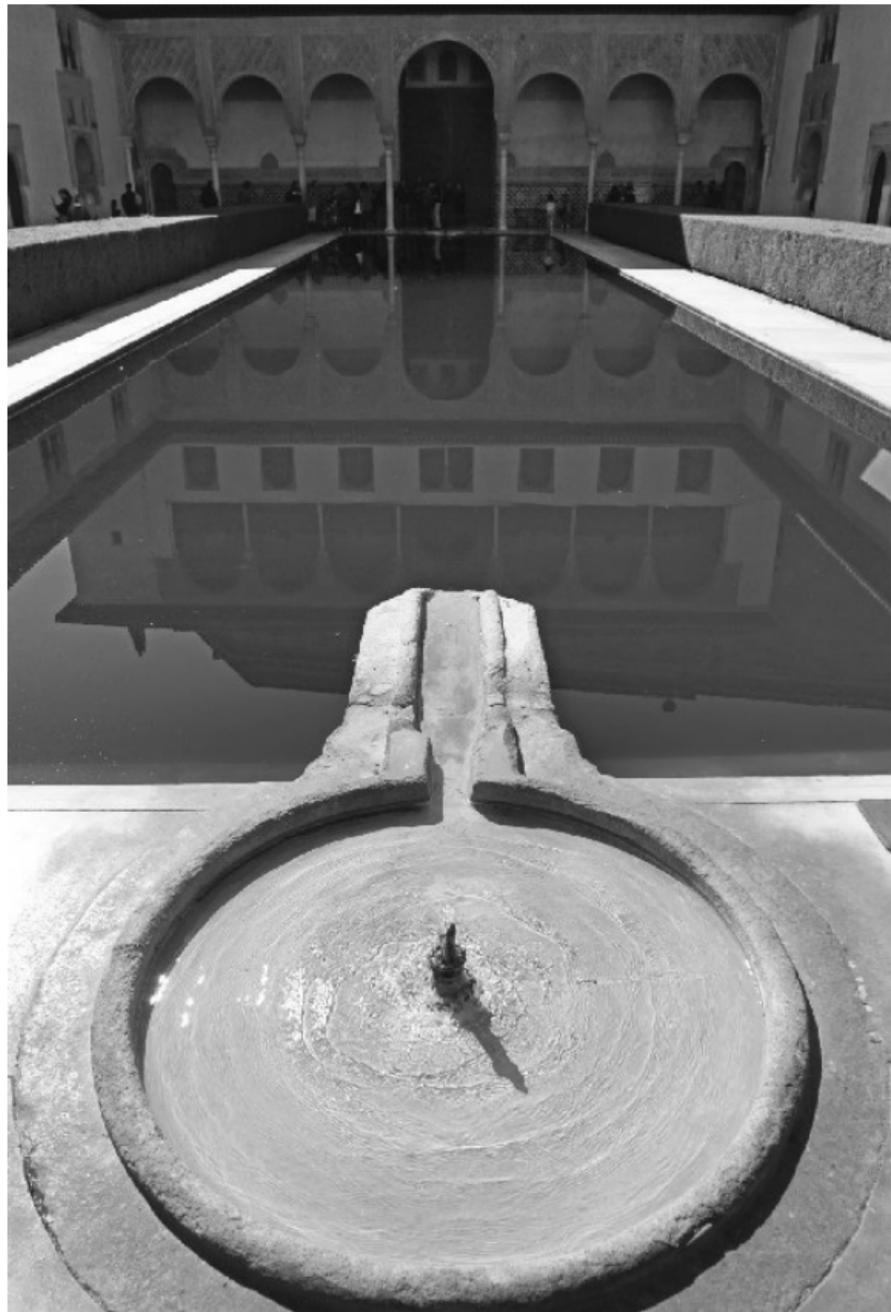
lugar donde este se encuentra, tentándolos con sus riquezas y sembrando en ellos el pecado de la codicia. Sean o no ciertas estas historias, parece que el ansiado tesoro de la Alhambra está por descubrir.

De una punta a otra de la actual Granada, se baraja la idea de que Boabdil hubiera encargado, en un último movimiento, la salvaguarda de sus posesiones. Desde el castillo de Mondújar, Guadix, Alhama o Lújar estaría escondido el tesoro de Boabdil. Quizá uno de los episodios más singulares de todos los que se narran es el que asegura que el rey nazarí planeó una elaborada estrategia para la

ocultación. Con la excusa de buscar un emplazamiento mucho mejor para sus antepasados, se afirma que Boabdil mandó exhumar sus restos con el fin de protegerlos de la invasión cristiana. Boabdil decidió ubicar el nuevo enterramiento en un lugar secreto de Granada con la esperanza de que la cristiandad jamás los encontrase y profanase sus tumbas; sin embargo, hay quien asegura que, junto con los restos de sus antepasados gobernantes, también ocultó buena parte de su tesoro personal. De hecho, un texto datado en 1529 y depositado en el archivo de la Alhambra revelaría que tanto la esposa de Boabdil como los reyes nazaríes estarían en

algún lugar indeterminado en Mondújar, pero de momento no hay nada que pueda confirmarlo. Expertos como Antonio Malpica, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada, han llegado a situar el emplazamiento de esta tumba justamente detrás del conocido Patio de los Leones, aunque este no sería el único lugar posible, porque lo cierto es que la propia Alhambra parece albergar gran cantidad de lugares donde podrían haber sido enterrados estos reyes. Estos lugares se conocen con el nombre de «raudas», como la hallada en la Sabika, cuyo contenido es de momento un misterio, ya que no se ha realizado a día de hoy

ningún trabajo de carácter arqueológico. También se especula sobre la posibilidad de que Boabdil se hubiera llevado los restos de esos reyes consigo cuando, derrotado, embarcó hacia Fez, en el norte de África.



Interior de la Alhambra (fotografía de Juan Gómez).

Hay que decir que las incógnitas en torno a este tesoro se suman a las que rodean a la figura del padre de Boabdil, el rey Muley Hacén. Esta es una de esas historias merecedoras de atención y que suena a auténtica película de aventuras. En ella, se asegura que desde la Alhambra se habrían llevado hasta un lugar indeterminado de la mismísima montaña Mulhacén, en Sierra Nevada, tres legendarios diamantes negros. No es extraño que un tesoro de tal naturaleza fuera depositado en lugar tan abrupto, no

en vano es el pico más alto de la península ibérica, con 3.478 metros. Esto evitaría que cazatesoros de todas las épocas consiguieran localizarlos. Esta leyenda nos dice que Muley Hacén se enamoró perdidamente de Isabel de Solís, una dama de origen castellano a la que finalmente convirtió en su esposa, hecho que enfureció a la sultana Axa. Muley Hacén, ante el temor de que Axa lo desposeyera de tan valiosos diamantes, mandaría un séquito que se encargara de esconder las tres exóticas joyas en la montaña más alta y cercana al cielo que encontrase, junto con otros tesoros de gran valor. La montaña elegida fue bautizada con el nombre del

rey nazarí, hoy día conocida como Mulhacén. De los últimos días de Muley Hacén se cuenta que, antes de fallecer, mandó personalmente ser enterrado en la cima de esa misma montaña. Esta leyenda tomó tanto calado, que han sido muchas las expediciones que se han hecho al pico en busca de su tumba; incluso se han realizado en su cima numerosas, aunque pequeñas, excavaciones, donde se creía estaban los restos del rey nazarí, para, de paso, indagar sobre el paradero de su imponente tesoro. Otras fuentes plantean la posibilidad de que sus restos estarían depositados en otro lugar, eso sí, con mucho menos glamour, como bajo el

asfalto de la actual autovía que va hacia Motril. Lo cierto es que el lugar de reposo final de Muley Hacén, como el de los exhumados por su hijo Boabdil, es uno de esos grandes misterios históricos a los que quizá algún día encontremos respuesta. Eso sí, para ello sería necesario descubrir la tumba del propio Boabdil, cuyo paradero final es tan incierto como el de sus antecesores. Mientras tanto, el tesoro de Boabdil parece diseminarse cada vez más con cada nueva investigación. Dice la leyenda, y cuentan en la Alpujarra, que hay tesoros en muchos lugares, al menos así lo narraba Rafael Vílchez, cronista de estas tierras en un reportaje

publicado en *IDEAL* en 2009. Algunas de las historias de ollas de oro y tesoros que los alpujarreños cuentan a sus hijos aseguran que hay un tesoro en el barrio Hondillo de Lanjarón que podría estar relacionado con el que esconden las rocas de los tajos del castillo. Pero hay más historiadores, incluso musulmanes, como Muhammad al-Maggari, que ya relataban la existencia de un gran tesoro compuesto de rubíes, perlas, turquesas, e incluso instrumentos y material de alto valor militar que habrían pertenecido a la propia esposa de Boabdil. Pero más fascinante aún es la teoría de que la Alhambra estaría construida y sustentada en sus pilares sobre una antigua mina de

oro. Seguramente, esta idea proviene de que ya en época romana la zona había sido explotada para la extracción de tan preciado metal. Sea como fuere, el mayor tesoro de todos es el legado nazarí que ha llegado hasta nuestros días de esa monumental ciudad-palacio que es visitada por más de dos millones de personas al año; puede que algún día alguno de estos visitantes descubra casualmente un lugar entre sus muros donde por fin demos respuesta a todos estos enojados enigmas.

El tesoro de Las Hurdes

«La tierra sin pan», así es como describía Luis Buñuel en un documental la región extremeña de Las Hurdes. En apenas veintisiete minutos, el cineasta recorría la comarca y sus gentes, mostrándonos de manera cruda la España más profunda y atrasada de principios del siglo xx. Imágenes para la memoria y el recuerdo más bizarro en las que se podía observar cómo un burro era matado por un enjambre de abejas y, posteriormente, devorado por unos perros. Pero, más allá de estas escenas, se mostraba a unas gentes huérfanas de la sociedad, aisladas y malheridas por su propia endogamia. Su nivel de retraso y desconocimiento del mundo más allá

de las montañas hurdanas era tal, que, según narra el documental, sus habitantes no conocían ni el pan. Viendo ahora estas imágenes, nos recuerdan a una vieja tribu de una España medieval sumida en la pobreza y el más absoluto de los olvidos. Casi como animales, niños y hombres tienen similar comportamiento. Tremebunda es la escena en la que varios niños mojan sus chuscos de pan en una poza encharcada del suelo para reblandecerlos y comerlos, mientras otras escenas muestran a mujeres durmiendo entre riscos y piedras. No podemos adivinar si las gentes que retrató Buñuel sabían de leyendas o cuentos sobre cuevas y

tesoros, pero el caso es que en algunos lugares de Las Hurdes era sabido que tales riquezas podían conformar parte de su escondido paisaje.

El antiguo pueblo hurdano de Las Calabazas transformó su nombre a principios del siglo XX para llamarse Caminomorisco. No sabemos si el cambio fue derivado de alguna creencia referente al paso de moriscos por la zona, pero allí se cuenta desde antaño que a los pastores les salían al paso duendes que no dudaban en hablarles de inmensas fortunas y tesoros escondidos por los moros que, al parecer, también recalaron en la comarca de Las Hurdes. Una de estas leyendas hace referencia a

uno de estos extraordinarios encuentros, en el que un afortunado pastor fue sorprendido por esta criatura del bosque, que no dudó en recitarle las siguientes palabras: «Debajo del macho cojú, está la cueva del moro y allí están enterrados ricos y grandes tesoros».

Ni corto ni perezoso, el pastor apartó al macho carnero al que hacía referencia el duende y comenzó a cavar en el sitio que el animal usaba de cama. Tras arduo trabajo, halló la entrada a una cueva en la que pronto penetró y halló una talla de un gato de oro. En otras ocasiones, no son duendes sino serpientes las que indican a los pastores hurdanos el emplazamiento de estas

riquezas. El historiador José María Domínguez relata una de estas leyendas, que describe cómo un pastor encontró un día una culebra que lo hizo rico entregándole los tesoros que guardaba en una cueva. Al parecer, la avaricia del pastor fue en aumento, y se prodigaba constantemente hasta que la serpiente le advirtió que, si quería recoger más tesoros, antes debía llevarla a beber a una zona llamada Boca Oveja, justo en la desembocadura del río Los Ángeles y el río Alagón. El pastor, pensando únicamente en las grandes riquezas que iba a obtener por el encargo, cogió la serpiente, la metió en un saco lleno de monedas y emprendió el camino, que,

curiosamente, le hacía pasar por Caminomorisco. Cuando llegaron al destino, la serpiente le pidió un último favor, que dejara las monedas para ayudarla a llegar al centro de la corriente del río, donde el agua estaba más clara. Sin embargo, el desconfiado pastor prefirió adentrarse en el agua con el saco, cuyo peso lo hundió en las profundidades, y perdió así la bolsa y la vida.

Otra serpiente hurdana también sería la encargada de señalar el lugar donde los moros, supuestamente, habían dejado enormes riquezas. Se dice que en las cuevas de Riscoventana dos hermanos, ayudados por dos mulas

consiguieron rescatar un gran tesoro que consistía en una gigantesca tinaja llena de oro en cuyo interior moraba una serpiente de gigantescas proporciones. De este ser se decía que se alimentaba del ganado hurdano y vagaba por los montes de la zona produciendo un profundo y escalofriante siseo, y que con el paso del tiempo este dejó de oírse y, con ello, dejó de desaparecer el ganado. No es de extrañar que, a tenor de la antigua creencia de unión de los moros con el mundo de las tinieblas y el infierno, fueran serpientes las guardianas de estos tesoros. La serpiente es la representación del mal cristiano, vive bajo tierra y tiene la capacidad de

tentar a los hombres, por lo que serán ellas las que tienten a los pastores con sus riquezas y fortunas llevándolos a la muerte.

Iguals tinajas llenas de oro dijeron que fueron encontradas en las entrañas de Peñas del Rosario. Muy cerca de allí, parece existir una piedra con grabados o algún tipo de mensaje ininteligible, lo que ha llevado a muchos investigadores a pensar que el lugar fue un enclave para ancestrales rituales o que alberga alguna clase de energía telúrica. El caso es que la historia del lugar apunta a una cueva que guardaba dos tinajas pertenecientes a moros. Una de ellas estaba colmada de oro, mientras que la otra estaba llena de

cenizas. La búsqueda de estas tinajas sería la responsable de diferentes muertes o desapariciones asociadas a la zona, ya que, según los relatos, no son pocos los que han ido en busca de este tesoro y jamás han regresado. Por ello, se dice de estas tinajas que quien tiene la mala suerte de meter la mano en la que está llena de cenizas, el suelo bajo sus pies se transformará en arenas movedizas haciendo desaparecer al desafortunado arrastrándolo al más profundo de los abismos para siempre.

Iguals pruebas ofrecen las tres tinajas de la cueva de La Seta, en el pueblo de Asegur, hoy con apenas 140 habitantes, entre los cuales corre el

rumor de que en su interior unos moros dejaron tres tinajas. Una con piedras, otra con carbón y una tercera con oro. Al igual que en la cueva de Peñas del Rosario, la suerte en la elección determina el destino de quien meta la mano en alguna de ellas. Si es en la primera, la cueva se derrumbaría, si es en la de carbón, la persona se convertiría en un ser repugnante, deforme y negruzco, pero si acertara con la tinaja de oro nunca le faltaría de nada.

Otro lugar enclavado en Las Hurdes cuyos lugareños conocen historias de tesoros ocultos es el valle de La Pedriza, de donde se cuenta que unos vecinos sacaron de una cueva una

cabra de oro y un chivo de plata, pertenecientes a supuestos moros que, en su huida de la cristiandad, dejaron estos valiosos ídolos. Una vez más, el mensaje diabólico está en los protagonistas de estas historias. Según la simbología, los duendes, las cabras y los chivos son los guardianes impuros de estos tesoros. Los duendes pertenecen al mundo pagano y, por lo tanto, creer en ellos era una herejía; son deidades que van en contra de la propia naturaleza de Dios, por lo tanto, serían deidades apropiadas para custodiar tesoros impíos. Misma simbología es la que nos encontramos en la anterior historia del pastor que descubre la

cueva bajo la panza de su carnero, que sería el símbolo del diablo guardián del tesoro. Igual de elocuentes son las historias donde gatos, cabras o chivos de oro son hallados por los pastores.



Chorro de Los Ángeles (Las Hurdes).

Tenemos más ejemplos en Las Hurdes, como la llamada cueva del Morro del Moro en Ovejuela, situada muy cerca de la cascada donde nace el río Los Ángeles. En su interior, como no podía ser de otra manera, oro, joyas y piedras preciosas están en algún rincón de los pasadizos a la espera de ser descubiertos. Por supuesto, pertenecientes al moro al que hace referencia el nombre de la caverna. Otro enclave de grandes fortunas escondidas se sitúa en el valle Madroñal. Allí, existe otra cueva con su inevitable tesoro. De esta se dice que quien sueñe con estas riquezas hasta tres veces seguidas será el afortunado que consiga

hallarlas. Esta leyenda se extendió a tal escala que la entrada a la cueva tuvo que ser tapiada producto de los numerosos accidentes que se registraron a consecuencia del afán desmedido de unos cuantos. Sobre este asunto, algunos vecinos incluso afirmaron haber sido testigos de cómo forasteros entraban en algunas de estas oquedades y se llevaban grandes cantidades de oro metido en sacos y tinajas. Algunas personas apuntaron que, de jóvenes, se toparon con estos saqueadores, entablaron conversación con ellos y estos les dijeron: «Las riquezas que habéis tenido en Las Hurdes y no habéis sabido aprovecharlas». Al parecer,

aquellos hombres se presentaron a caballo y preguntaron a las gentes de Las Hurdes por ciertas cuevas que estaban señaladas en un hermético libro que algunos vecinos llegaron a ver, o quizá era un viejo mapa o unas simples anotaciones en un papel; lo cierto es que los detalles al respecto de este documento varían, salvo uno: todos le llamaban «el libro de los tesoros».

El propio significado de Las Hurdes, según Rolando Martín Santibáñez, autor de la obra *Un mundo desconocido en la provincia de Extremadura: Las Hurdes*, podría tener su origen en Jordania, al relacionar la zona con la llegada de judíos, quienes

habrían puesto este nombre en honor al río Jordán palestino. Es creencia bastante común que fueron estos primeros pobladores quienes llamaron Jordania a toda la comarca, y sería luego el vulgo el que, por un extraño proceso de evolución, habría convertido en Jurdes o Hurdes el primitivo nombre. Con ellos, los judíos llevarían todas sus pertenencias y riquezas, las cuales esconderían en diferentes puntos de la comarca hurdana por temor a que sus perseguidores, si no les arrebataban la vida, les arrebataran sus tesoros. Estos tesoros habrían sido escondidos no sin antes haber dejado pistas de su ubicación exacta. Para desvelar el lugar

concreto donde se depositaron, se debe tener en cuenta que Jordán significa «cualquier cosa que remoza o rejuvenece», nombre muy similar al hurdano río Jurdán, donde se decía que quien se bañaba rejuvenecía y se despojaba de impurezas. Otra clave sería el nombre del pueblo de Marchagaz, que viene de «marcha» y «gaz»: *gaz* significa «grandes riquezas», por lo que el significado completo sería «camino del tesoro». Curiosamente, por ese pueblo se entra al acuífero del río Jurdán. Más pistas nos llevarían hasta el pueblo de La Pesga, cuyo significado es «pie o principio del tesoro»; curiosamente, es desde allí desde donde

empezaba antiguamente el terreno acuífero de Las Hurdes. Por otro lado, el nombre del río Trasgaz significa «nacer o estar al otro lado del tesoro», mientras que el pueblo de Gazco hace referencia etimológica a un lugar «junto al tesoro». ¿Todos estos nombres nos estarían indicando la zona del río Jurdán donde se esconderían las riquezas de los judíos expulsados? ¿Acaso aquellos hombres a caballo habrían descryptado estos nombres hasta dar con el lugar exacto del tesoro?

¿Pudieron realmente los moros habitar Las Hurdes el tiempo suficiente como para esconder en sus cuevas algún tipo de riqueza? Lo cierto es que parece

probable que esto sea así. Se tiene constancia histórica de que los moros llegaron a «Las Jurdes», no solo para esconderse, sino para enfrentarse a los cristianos, quienes acabaron por buscarlos en sus propias madrigueras, es decir, en las cuevas de la comarca. Finalmente, los moros fueron expulsados de Las Hurdes para no volver a ser habitadas por ellos nunca más, y dejando sus madrigueras para que, con el paso del tiempo, anónimos cazatesoros llegaran siglos más tarde a averiguar si había quedado en ellas algo de valor. Lo cierto es que en algunas se han hallado monedas de cobre y plata, pero de momento no hay rastro de tesoro

alguno. Uno de los hechos más singulares al respecto de esta búsqueda fue lo que ocurrió en el pequeño pueblo hurdano de La Huerta, de apenas una treintena de vecinos, entre los que en 1864 corrió el rumor de que en una alquería se ocultaba un ingente tesoro incluso previo a la invasión árabe. Esto dio lugar a una especie de histeria colectiva que llevó a todo el pueblo a pasar todo un verano haciendo excavaciones en busca de unas riquezas que jamás aparecieron.

A la vista de todas estas historias, Las Hurdes, esa «tierra sin pan» a la que aludía Luis Buñuel, quizá estuviera, que lo estaba, sumida en la más absoluta

pobreza, pero según sus leyendas, al parecer, disponía de gran cantidad de tesoros que nunca sabremos si llegaron a existir realmente. Lo cierto es que son muchos los vestigios arábigos de la zona, además de abundar los petroglifos con simbología mágica, como en la conocida Sepultura de la Mora, cuya leyenda identifica este lugar con seres extraños, tesoros escondidos y minas de plata custodiadas, no podía ser de otra forma, por moros encantados. Cuevas con nombres reveladores como Teso (tesoro según algunos autores) del Espinar, la cueva de La Mora o la cueva de La Sierra de Riscoventana, donde dicen que nadie ha conseguido entrar

por ser de ascensión muy difícil y hallarse cortada a pico la pared de la roca natural. Esta cueva está formada por dos salas, pero cuenta la leyenda que a la segunda no se podía entrar porque los moros lo impedían, ya que eran los encargados de guardar para la eternidad el tesoro que alberga en sus entrañas. O la cueva de La Zambrana, donde un grupo de arqueólogos descubrieron lo que los vecinos llaman «*las pisás* de los moros» unas huellas humanas fosilizadas en el suelo de la caverna que, cómo no, conducían a un fabuloso tesoro.

Son pues, Las Hurdes, una tierra sin pan llena de tesoros que alimentan la imaginación, y la codicia, de muchos que siguen buscando en la comarca extremeña los vestigios dorados de unas riquezas que, desde luego, nunca llegaron a sus gentes, quizá porque ya se las llevaron, quizá porque nunca existieron o quizá porque aún no han sido halladas. Sea como sea, es un misterio más a añadir a una comarca que, estoy convencido, nos deparará grandes sorpresas en el futuro.

LEYENDAS NO TAN URBANAS BAJO TIERRA

Es cierto que cuando nos referimos a leyendas urbanas, estas no se circunscriben solamente al ámbito urbano. Esta expresión es utilizada para todas aquellas historias nacidas de la imaginería del mundo actual, que, como

tales leyendas, navegan entre la realidad y la ficción en porcentajes dispares. No son leyendas que podríamos determinar clásicas, sino que son de nuevo cuño; historias que podríamos enmarcar dentro de un denominado folclore moderno con todo tipo de elementos sobrenaturales y terroríficos que dejarían un poso de moraleja igualmente oscura. Estas leyendas, además, son susceptibles a cambios y transformaciones para dar más impacto a la historia, por lo que no es difícil encontrarnos diferentes versiones de un mismo relato; la consecuencia es que, si en algún momento hubo algún poso de realidad en ella, este está tan diluido que es

prácticamente imposible investigar sobre los sucesos veraces que la conformaron. La vida de estas leyendas urbanas suele ser efímera, como la explosión de un fuego artificial, capaz de impresionar, pero que termina por desvanecerse casi con la misma rapidez con la que surge, por lo que es tremendamente difícil que alguna de ellas acabe convirtiéndose en algún mito arraigado en la cultura popular y que llegue a trascender a lo largo del tiempo.

En cuanto a las cuevas, a pesar de estar alejadas de entornos urbanos, no son inmunes a estas historias; muy al contrario, el ambiente cavernario, con su

perpetua oscuridad, alimenta la imaginación de todos aquellos que buscan un buen escenario para sus terroríficos relatos. Pero no todos ellos son inventados, es más, algunas cavernas han sido protagonistas de historias reales de tinte tan extraño que, casi sin aderezos, son suficientemente potentes. Son estas historias las que, en mi opinión, resultan realmente interesantes y merece la pena investigar para averiguar la base real de la que surgen. Permítame, entonces, que obvie todos estos bulos aterradores, inventados de principio a fin, para rescatar tres historias cuyo hilo

primordial sea tan enigmático como real y, por supuesto, cuyo nexo común sean las cuevas.

La enigmatica cueva M

Kenneth Veach había pasado toda la noche entre los áridos montes del desierto de Nevada. Aficionado a la exploración de cuevas y minas abandonadas, no quiso dejar pasar la oportunidad de vivir una experiencia en uno de los lugares con mayor cantidad de oquedades y cavernas de Estados Unidos, pero también de los más vigilados. Muy cerca de donde había

instalado su campamento, se encuentra la base militar de Nellis, cuyas actividades relacionadas con la prueba de armas han plagado esa zona del desierto de grandes agujeros provocados por los bombardeos. Allí se realizan las conocidas como Maniobras de bandera roja que son consideradas como las más costosas, difíciles y realistas de la OTAN. Asimismo, la zona está plagada de cuevas artificiales, hoy día en desuso, producto de la intensa actividad minera que durante más de 150 años se había desarrollado. Sin duda, la parte del desierto de Nevada donde se hallaba Kenneth es un auténtico laberinto de cavernas y

entradas mineras que, con los años, han llevado a muchos exploradores a visitar el lugar en busca de antiguos vestigios, quién sabe si de valor, de la prolífica actividad humana del lugar.

La idea de Kenneth no era sino la de atravesar varios kilómetros de desierto hasta llegar al conocido monte Charleston y documentar la existencia de una cueva que es protagonista de una leyenda urbana inquietante. Pero, antes de iniciar el viaje, Kenneth quiso dejar constancia en vídeo de algunas partes de esa excursión, incluido el testimonio de su inquietante experiencia en la cueva M, como él mismo la bautizó:

«Soy explorador. Una vez, durante una de mis excursiones cerca de la Base de la Fuerza Aérea de Nellis, encontré una cueva. La entrada tenía forma de M. Cada vez que encuentro una caverna, me gusta entrar... pero cuando entré allí todo mi cuerpo empezó a vibrar. Mientras más cerca estaba de la boca de esa cueva, más fuerte se volvía la vibración en todo mi cuerpo. Al final me asusté y me marché de ahí. Fue una de las cosas más raras que jamás me han pasado [...]. Me gusta explorar montañas solitarias que la mayoría de personas no pisarían. He estado dentro de más cavernas de las que puedo contar. Juego con serpientes por diversión. Pero esta

cueva no es como el resto. Alguna vez volveré, pero llevaré un arma conmigo. Todo lo que tenía entonces era un cuchillo.»

Kenneth se había pertrechado con una pistola y comenzó su marcha por el desierto, únicamente acompañado de su cámara como testigo de su travesía en busca de la cueva M. Tras horas de caminata por el desierto de Nevada, no daba crédito a su incomprensible desatino al no poder localizar la cueva. Según sus palabras, era inmensa y había llegado al lugar donde se encontraba, pero no existía rastro alguno de tal caverna. Era como si la propia ladera de la montaña la hubiera tapado o hubiera

desaparecido. Visiblemente contrariado, Kenneth decidió abandonar la búsqueda de la cueva M, no sin antes prometer que volvería a intentar hallarla en otra ocasión. Finalmente, compartió su vídeo a través de la popular plataforma YouTube. Cuando lo subió, muchos fueron los que lo animaron a volver en busca de la extraña cueva, pero no todos. Entre los mensajes y comentarios apareció uno realmente inquietante: «¡No! No vuelvas a ese sitio. Si consigues volver a encontrarla, no entres. Si lo haces, no volverás a salir».



Kenneth Veach buscando la cueva M.

A pesar de esta advertencia, Kenneth ya había tomado la decisión de regresar, pero no solo eso, sino de hacerlo de noche, así que, el 10 de noviembre de 2014 se dispuso a volver

al desierto de Nevada en busca de la enigmática cueva M. Un viaje del cual jamás regresó.

Su desconcertante historia salió a la luz pública cuando, un mes después, el 10 de diciembre, su novia, Sheryon Pilgrim, publicó la noticia de que, desde hacía un mes, Kenny, como le llamaba, había desaparecido. Esta noticia provocó que muchas personas vieran una siniestra relación entre la misteriosa cueva M y su intrigante desaparición. El hecho llegó a las autoridades de Nevada, quienes establecieron un dispositivo de rescate encabezado por Dave Cumming, miembro del Equipo de Búsqueda y Rescate Red Rock

perteneciente a ese estado, y al que se unieron familiares y amigos del desaparecido. Tras varios infructuosos días, el misterio aumentó al hallarse su teléfono móvil en las inmediaciones de la entrada de una de las múltiples bocas mineras del desierto, pero del resto de su equipo y del propio Kenny no había rastro alguno. Desde entonces, comenzaron a barajarse varias hipótesis teorizando sobre si se había caído, muerto o perdido en el interior de la mina donde se halló su teléfono. Otra teoría apuntaba al hecho de que quizá pudo ser testigo involuntario de algún asunto delictivo, cuyo resultado fuese su asesinato y la desaparición de su

cuerpo. Otra de las teorías que han surgido en estos años hace referencia a la Base Militar de Nellis; según sus defensores, Kenny habría encontrado la cueva M y descubierto algún tipo de secreto militar o gubernamental, y habría sido raptado por militares para garantizar su silencio. Tampoco son pocos los que señalan que todo es una gran mentira.

Sucesos como estos alimentan las audiencias y consiguen mantener en vilo al espectador durante largo tiempo. Luego era previsible que algo así fuera hecho público en algún medio oficial. Sin embargo, la primera sorpresa fue descubrir que tan solo uno, 3News Las

Vegas, se hacía eco del asunto. La noticia, aunque breve, daba algunos datos sobre la desaparición y la búsqueda de este aventurero. Por contra, eran numerosos los portales dedicados al mundo del misterio, principalmente de habla inglesa, que replicaban la historia de manera viral aludiendo a conspiraciones extraterrestres, gubernamentales, bases secretas de OVNIS, abducciones, asesinatos e incluso traspasos de portales dimensionales. Por lo que la siguiente opción era intentar averiguar si realmente Kenneth o su novia Sheryon existían y, si era así, si habían tenido algún perfil en redes sociales o algún

tipo de actividad en la red anterior y posterior al suceso. La lógica me indicaba que, si la historia y los personajes fueran reales, personas como la novia de Kenneth se habrían movido por todas las vías posibles para localizar al desaparecido, por lo que deberían existir unos cuantos rastros de actividad donde, tal vez, se pidiera la colaboración ciudadana a través de Internet, o la transmisión de la noticia de la desaparición con objeto de ayudar a resolver el misterio y dar respuesta a la supuesta desaparición de Kenneth. Lo curioso es que esta vía tan solo me llevó a encontrar un perfil personal de Kenneth Veach, únicamente con un par

de fotos, algo sorprendente si tenemos en cuenta que supuestamente Kenneth era un aventurero que no dudaba en documentar cada una de sus incursiones en el desierto de Nevada y otros lugares. Mientras que, en lo referente a su supuesta novia, no existía nada. Todo parecía demasiado confuso, con informaciones sospechosas y exageradas, pero sin datos concretos sobre la verdadera identidad de Kenneth y su novia. Por otro lado, parecía incongruente el hecho de que un experto explorador como él quisiera adentrarse en el desierto en plena noche, sin GPS y con tan solo una mochila, un teléfono móvil, un frontal y una pistola. Todo

tenía tintes demasiado teatrales para ser verdad. Aun así, la historia no se iba de mi cabeza, mi mente me llevaba a imaginar a este explorador encontrando la misteriosa cueva M y quién sabe si descubriendo algo que no debería.

El siguiente punto de investigación fue ponerme en contacto con la oficina del Red Rock Search and Rescue (RRSR), que, supuestamente, habían sido los encargados de llevar a cabo las operaciones de búsqueda y rescate de Kenneth Veach. Lo primero que me llamó la atención fue que, en las fechas posteriores al 10 de noviembre de 2014, fecha de la supuesta desaparición del explorador, los registros del RRSAR

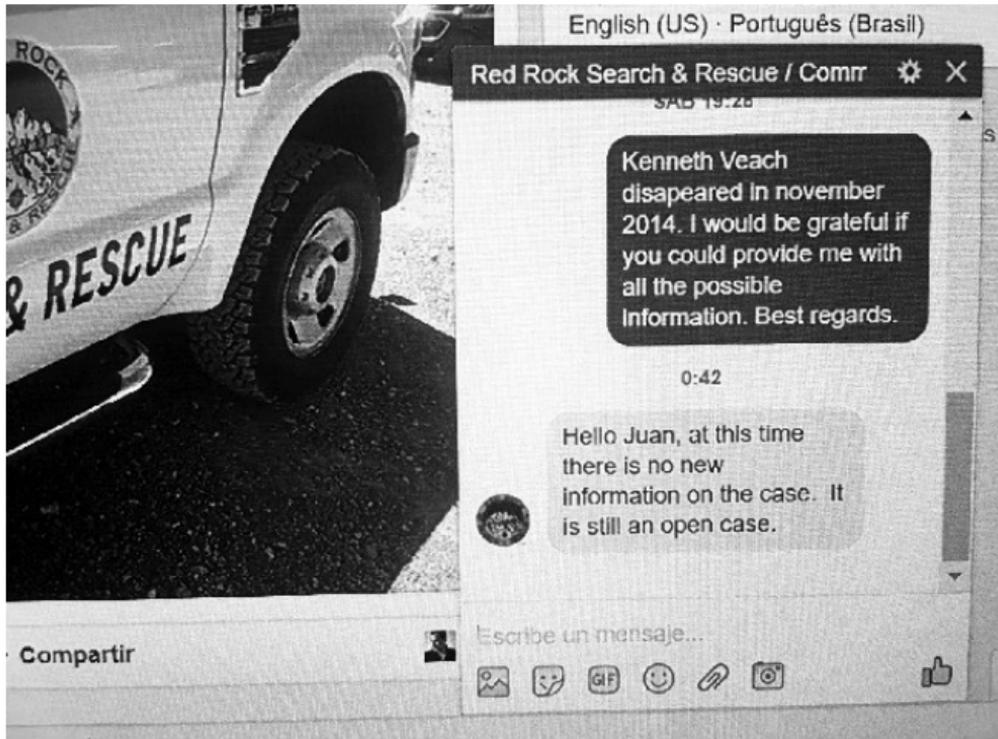
centraban su búsqueda en una mujer llamada Susana Villalvazo. La siguiente entrada de búsqueda pertenecía al 18 de noviembre, en relación a la desaparición de una chica llamada Britany Marie Marshall, de dieciséis años. Y pasaba al 20 de noviembre, diez días después de la supuesta desaparición de Kenneth; no existía ningún tipo de información al respecto y el RRSR se centraba en la búsqueda de un tal Derick Higgins. La enigmática cueva M y la desaparición del explorador se diluían como muchos otros misterios que acaba por demostrarse que han sido inventados. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de darme por vencido, una nueva

información fechada por la RRSR el 23 de noviembre de 2014, me paralizó por unos segundos, la entrada decía: «Hemos localizado hoy un teléfono móvil en las montañas Sheep. Fue encontrado cerca de la entrada de una mina de eje vertical. Hemos dado a las agencias apropiadas las coordenadas del GPS y tendrán que hacer arreglos para limpiar la mina..., por ahora no sabemos más».

¿Acaso estaban hablando del caso de Veach? La siguiente entrada con fecha del 23 de noviembre confirmaría este hecho y, en consecuencia, la viral historia: «Kenneth Veach no estaba en la mina. Tenemos teorías y nuevas pistas».

Los rescatadores habían creado hasta ocho equipos para peinar la zona por si se encontraba algún rastro de Kenneth. El propio departamento de bomberos del condado llegó a iniciar una búsqueda en el interior de la mina haciendo descender una cámara, pero no había rastro del aventurero. La búsqueda llevó a los equipos de rescate a recorrer en un solo día casi veinte kilómetros por el desierto de Nevada, pero el riesgo de accidentes debido a la temporada de caza obligó a suspenderla. Todo era cierto, la información a la que pude acceder del RRSR de Nevada confirmaba esta siniestra historia. Tras la suspensión de la búsqueda de

Kenneth, el RRSR no reflejaría ni una sola información al respecto ni reiniciaría proyecto alguno de rescate, no así muchos aficionados a los enigmas, que han querido encontrar la cueva M siguiendo los pasos que mostraba Kenneth en su último vídeo.



Respuesta del equipo de rescate Red Rock.

Una vez confirmada la existencia y la desaparición de Kenneth, quise ponerme en contacto con Sheryon Pilgrim, la novia del explorador, para

expresarle mis condolencias por la pérdida y, de paso, intentar averiguar algo más en referencia al caso. Cuál fue mi sorpresa cuando, tras encontrar la manera de enviarle un mensaje, Sheryon respondió a mis preguntas de la siguiente manera: «Juan Gómez, sí, es muy extraño que nada más se encontrase, ni saco de dormir ni mochila. Espero que un día descubramos lo que le pasó. No hay noticias nuevas. Todavía estoy triste porque se ha ido y le echo de menos. Lo pasábamos bien juntos y realmente extraño todas las cosas que hacíamos. Finalmente estoy empezando a acampar con amigos, pero lo cierto es

que no es lo mismo. Estoy muy agradecida por el tiempo que compartí con Kenny. Gracias por tu mensaje».

Al mismo tiempo, recibí respuesta de la Oficina del Departamento de Comunicación del RRSR de Nevada, que respondió a mi requerimiento con un escueto mensaje: «Hola Juan, en este momento no hay nueva información, el caso sigue abierto».

El caso de Kenneth Veach es una de tantas desapariciones consideradas inquietantes y que tiene muchas aristas que engarzan con el misterio. ¿Pudo llegar a la cueva M? ¿Qué había en su interior para querer regresar a ella armado? ¿Fue secuestrado o asesinado?

Lo cierto es que aún nadie ha sabido encontrar la cueva. Esta sería supuestamente reconocible por su entrada en forma de una gran eme mayúscula, sin embargo, familiares, equipos de rescate y aficionados al misterio que se han acercado a la zona no han sido capaces de localizarla, los mismos que están a la espera de nuevas informaciones que resuelvan un misterio que comenzó como una leyenda urbana y que ya es una realidad de la cual aún no hay respuestas.

Las narcocuevas de la muerte

Dos hombres penetran en el interior de una cueva de Guerrero, en México. Para alcanzar su boca, han tenido que atravesar una peligrosa senda entre los cerros. Apenas hay espacio ni visión para caminar entre la maleza, por lo que, machete en mano, los dos hombres abren un improvisado camino como buenamente pueden para intentar llegar a lo alto. Tras más de cuarenta minutos en los que solo han podido avanzar un centenar de metros, observan con desconcierto como, allí, en mitad del escarpado cerro, donde a duras penas una persona puede abrirse paso, alguien ha quemado algo. El suelo, consumido por el fuego, deja entrever las cenizas

que la brisa eleva en el aire. Ambos hombres pican con una vara para saber si la tierra del lugar está blanda; sus miradas se cruzan mientras, sin mediar palabra, uno de ellos clava profundamente su vara en el terreno, tan profundo como sus fuerzas se lo permiten. Al extraerla de la tierra, uno de los hombres se acerca su punta a la nariz.

—¿Huele a muerte? —pregunta el otro.

—No, huele a tierra, ¡no hay nada!

Contrariados, avanzan y repiten el mismo proceso en otros dos puntos, pero nada. Ya han pasado casi dos horas abriéndose paso a machetazos; ya no

recuerdan bien si deben ir hacia la derecha, recto o hacia la izquierda. El calor y la humedad se hacen casi insostenibles y el cansancio hace mella en ellos. Tras unos interminables minutos, una voz se alza entre la espesura.

—¡Señor Miguel, acá es! —grita—. ¡Es aquí, la he encontrado!

Con energías renovadas, Miguel, que se había quedado atrás, avanza presurosamente a pesar de la dificultad del terreno hasta el lugar indicado por su compañero.

—Mírela señor, es esta, es la cueva del Diablo.

Frente a ellos, se alzaba una gran boca de piedra que penetraba en el interior de la montaña, en cuyo abrigo había restos de botellas de plástico, ropa vieja quemada y tierra, mucha tierra removida. Sus varas vuelven a penetrar en el terreno, pican y pican, pero no huele a muerte.

—Debemos avanzar, señor Miguel, quizá haya algo dentro.

Ambos saben que penetrar en la cueva del Diablo puede suponer un gran riesgo que puede costarles incluso la vida. Aun así, el cometido que los ha llevado hasta allí es mucho más poderoso que su propia integridad. Conforme avanzan, el pasadizo se

convierte en apenas un pequeño hueco por el que caminar agachados. La luz ha dejado paso a las tinieblas, solamente rotas por sus viejas linternas, que apenas son capaces de iluminar unos pocos metros; sin embargo, esa es distancia suficiente como para comprobar que sus temores eran totalmente fundados. Un pantalón, una camiseta, un rollo de papel higiénico, botellas de agua, una pala y lo que parece ser, según ellos, un fragmento de hueso.

—Creo que es aquí, señor Miguel —dice sobrecogido—. Mire la tierra, está revuelta por todas partes.

Sus picas volvieron a clavarse profundamente y sus narices captaron casi de manera inmediata el olor de la muerte. Con una pequeña pala de mano, los dos hombres comenzaron a excavar. El trabajo era fácil, la tierra suelta apenas ofrecía resistencia a unos brazos ya de por sí agotados de tanto machetazo. No tardaron mucho en encontrar los primeros huesos. Uno, dos, tres..., así, hasta cinco cráneos humanos con sus respectivas osamentas habían sido enterrados en el interior de esa cueva. En poses absolutamente grotescas, los huesos presentaban brazos y piernas rotas y cráneos desvencijados

a golpes. La sangría que se debió de vivir en el interior de esa cueva justificaba sobradamente su nombre.

Acongojados por el descubrimiento, los dos hombres decidieron bajar de manera presurosa hasta el pueblo y, así, dar fe de su macabro hallazgo. Las leyendas eran ciertas, se decían por el camino, cuando, en estas, y sin apenas haber recorrido un trecho de la bajada, oyeron cómo ramas y hojas de la espesa maleza parecían cobrar vida. Todo se agitaba a su alrededor mientras un estruendoso sonido se alzaba sobre sus cabezas. Paralizados vieron con estupor cómo una larga columna de gendarmes se

abría a machetazos avanzando cerro arriba en su dirección, mientras que un helicóptero modelo *Blackhawk* sobrevolaba pocos metros por encima de ellos.

—Tranquilo, se quiénes son, los conozco —intentó tranquilizar Miguel a su compañero.

Miguel, promotor de la Unión de Pueblos y Organizaciones del estado de Guerrero, sabía que los federales no los buscaban a ellos, sino droga, sobre todo marihuana y flor de amapola. La zona, por su escarpado acceso, era utilizada por los narcos para la producción de plantas con las que sintetizar droga. Pero también era utilizada para

encontrar algo más, justo lo que Miguel y su compañero estaban buscando, la cueva del Diablo. Al parecer, ese era el lugar donde los narcos ejecutaban sus amenazas de muerte hacia los grupos rivales o, peor aún, hacia los vecinos que les hacían frente. Tal como recogen medios locales mexicanos, los testimonios son realmente escalofriantes. Es el caso de Ana (nombre ficticio), quien recordaba cómo su esposo fue secuestrado por cuatro personas, cómo le taparon la boca con su propia zapatilla y se lo llevaron hacia el cerro. O el caso de otra mujer, a la que los medios llamaron Bertha, quien dejó de trabajar para buscar a su marido

y darle sepultura. Lo mismo que Sandra, cuyo marido también fue secuestrado y por el que le pidieron un rescate de 300.000 pesos para liberarlo. Antes del pago, pidió una prueba de vida que nunca llegó. Es la propia Sandra la que afirmó en ese mismo medio que era el momento de partir hacia la cueva del Diablo, pero siempre de día, pues el camino es peligroso y largo, más aún si se realiza de noche. El propio Ministerio Público Federal, expertos forenses y familiares iniciaron en 2014 toda una labor de investigación que llevó a un descubrimiento atroz. Tras ascender por el agreste y complicado cerro, conocido como El Gordo,

accedieron a la cueva del Diablo, donde hallaron casquillos percutidos de escopeta, basura, restos de comida y ropa. Unas huellas de actividad humana que los guiaron hasta una de las zonas más profundas de la caverna, donde localizaron unas cien fosas de las que los forenses no daban crédito. El hedor nauseabundo de la muerte se mezclaba con el de los excrementos de los murciélagos, que habían sido testigos mudos de los terribles actos que, al parecer, allí se habían cometido. Pero este olor solo era la antesala de lo que el suelo de la caverna escondía. Cientos de huesos, algunos con clara apariencia de llevar varios años, llegaron a

exhumarse hasta completar 145 cuerpos. Desde luego, si pensamos en las escenas más terribles descritas por diferentes artistas sobre cómo es el infierno, la cueva del Diablo sería lo más parecido, merecedora sin duda de tan infernal nombre. Los cuerpos presentaban todo tipo de indicios de torturas y violencia extrema. Pero no solo eso, algunos de los objetos encontrados ofrecían indicios de haber realizado algún tipo de ritual que, mucho nos tememos, tuviera la muerte como protagonista. El hallazgo fue de tal magnitud que decenas de hombres y mujeres se acercaron a la cueva con la esperanza de encontrar los restos de sus hijos, hermanos o esposos

para así desentrañar el misterio de sus desapariciones forzadas. De los 145 cuerpos, la dependencia federal solo consiguió identificar a 25, de los que únicamente 16 fueron devueltos a sus familiares. Los visitantes llegaban de diferentes poblaciones, como Iguala, Cocula, Hitzuco, Mezcala y Teloloapan. Entre todas estas comunidades, se han llegado a documentar hasta 370 casos de personas desaparecidas, por lo que sus vecinos albergaban la esperanza de encontrar a alguno de ellos en las entrañas de dicha cueva. En este sentido, cobra especial dramatismo el caso de la localidad de Iguala, que fue conocida a nivel mundial tras la desaparición el 26

de septiembre de 2014 de 43 estudiantes de Magisterio de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa. Tiempo más tarde, algunos de los cuerpos de los estudiantes fueron encontrados con indicios de torturas y parcialmente carbonizados.



Pinchar la tierra y oler la punta para hallar signos de putrefacción (fotografía de Octavio Gómez).

Muchas personas vieron en el caso toda una trama en la que varios sectores del poder estarían implicados en la desaparición, incluidos políticos y policía corrupta, que habrían obstaculizado las labores de investigación de grupos de expertos independientes con informes incompletos o directamente desaparecidos de manera igualmente misteriosa. El asunto conmocionó a todo el país y se alzaron voces señalando a toda una trama gubernamental para

quitarse de en medio a estos estudiantes por algún motivo desconocido. Tantas fueron las trabas, que el equipo de expertos independientes llegó a pedir a la Fiscalía que hablara con Estados Unidos para ver si podían ayudarlos en el esclarecimiento de este caso. Para los seguidores de esta teoría, la confirmación llegaría cuando el propio Gobierno del presidente Enrique Peña Nieto impidió a los expertos seguir con sus pesquisas tras un año de investigación, y los obligó a abandonar el país. Otra de las teorías vinculaba estos hechos a un enfrentamiento entre narcos rivales; los estudiantes se habrían subido a un autobús cargado de

droga sin saberlo, y este habría sido objeto de algún tipo de ataque cuya consecuencia sería el secuestro y posterior asesinato de los chicos. Tampoco falta quien afirma que las torturas fueron producidas como consecuencia de un ritual narcosatánico que imperaría por la zona.



Imagen de los estudiantes desaparecidos
(fotografía de Astrolabio).

Cuando se supo de la aparición de cuerpos humanos en la cueva, muchos miraron hacia el cerro El Gordo con la convicción de que la cueva del Diablo hubiera sido el último escenario de toda esta siniestra historia. No fueron pocos los que a raíz de esta especulación comenzaron a aventurarse por la cueva en busca de indicios que pudieran corroborar esta idea. Las autoridades trataron de impedir la avalancha de personas que se adentraban en la caverna en busca de alguno de sus familiares y amigos, lo que provocó la

pérdida de pruebas y la alteración del escenario. Hubo quienes, creyendo reconocer alguna de las pertenencias de sus seres queridos desaparecidos, se las llevaron, lo que dificultó la labor policial y científica que, dicho sea de paso y según diferentes publicaciones, no parecían estar demasiado interesados en revolver algo tan turbio.

Desde entonces, las leyendas urbanas sobre sucesos extraños en el interior de la cueva se suceden de manera constante, e incluso se publican relatos de supuestos excursionistas que desaparecen en su interior. Historias que se propagan por Internet como la pólvora, y que suscitan la curiosidad y

el temor a partes iguales. Estos relatos han supuesto que muchas personas hayan subido el escarpado cerro en busca de los supuestos fenómenos paranormales y de las extrañas desapariciones que estas historias consideran veraces, aunque dichos relatos, como sucede de manera habitual, están faltos de nombres, fechas y pruebas que confirmen lo que en ellos se narra. Cuentos de terror que no pueden competir con la terrible realidad encontrada en esa cueva pero que alimentan su fama maldita. Relatos como el siguiente, anónimo, y probablemente ficticio, para adornar de terror ese lugar,

pero que ha sido replicado por diversos portales de Internet dándole la categoría de real:

«Llevábamos bastante tiempo con la idea de entrar a la cueva del diablo, pero siempre había alguno del grupo que se acababa echando atrás debido a las historias que contaban los lugareños sobre las muertes ocurridas en esta zona. No obstante, el grupo que creamos finalmente estaba compuesto por personas que no éramos excesivamente creyentes en este tipo de cosas, ya que nunca se habían encontrado los cuerpos y, realmente, no existían documentos que nos hiciesen creer que estas historias fuesen reales. El caso es que nos

preparamos bastante bien y llegamos de madrugada para poder tener todo el día disponible y que no acabase haciéndose de noche. Comenzamos a acceder al interior de la cueva, y a los pocos pasos, ya era necesario encender las linternas debido a la gran oscuridad. Durante todo el día estuvimos recorriendo las galerías sin encontrar nada excesivamente raro. Lo que sí nos llamaba la atención es que no podíamos ver prácticamente nada, y quizás por ello no encontrábamos animales ni insectos vivos en su interior.

»El día se nos pasó muy rápidamente, y sin darnos cuenta, ya se había hecho de noche, por lo que procedimos a volver sobre nuestros

pasos y continuar siguiendo la cuerda que habíamos dejado para no perdernos. Poco a poco íbamos dirigiéndonos a la boca de la cueva, pero de repente pudimos observar que la cuerda había sido cortada, lo que irremediablemente nos sumió en la desesperación debido a que se reducían las posibilidades de salir de allí. De repente, un fuerte ruido llamó nuestra atención y una luz rojiza empezó a acercarse hacia nosotros. Salimos corriendo, pero no fue hasta el día siguiente que yo conseguí escapar, pero aún, a día de hoy, todavía no sé nada de mis compañeros, y tan solo recuerdo sus últimos gritos y permanece

la duda de si realmente algo los mató o murieron por no poder encontrar la salida».

Como podemos comprobar, el relato no menciona nombres, fechas ni ningún tipo de información que se pueda contrastar. Es, por tanto, evidente que estamos ante una historia exagerada inspirada en una realidad dramática. Pero no es la única.

Son numerosas las leyendas en torno a esta cueva en donde no solo hay relatos de desapariciones y asesinatos, sino también de tesoros, tumbas con grandes riquezas, fantasmas y, como no podía ser de otra manera, también hablan de la presencia corpórea del

mismísimo diablo. Algunas de estas historias han llegado a calar tan profundamente, que entre los lugareños se empiezan a dar por ciertas y los rumores se expanden de boca en boca hasta encontrar a personas que aseguran que hay algo de verdad en los extraños sucesos que se cuentan. Vecinos de la zona dicen que muchos de los que se acercan al atardecer por la cueva afirman que han oído gritos espeluznantes pertenecientes a alguna de las ánimas que se quedaron allí atrapadas. La desgracia de todo esto es que, muy probablemente, con el tiempo, las historias fantásticas llegarán a ocupar el espacio antes dominado por la

siniestra realidad de la cueva. Una realidad incómoda para unas autoridades que estuvieron en el punto de mira a nivel mundial y que, según muchos, eran cómplices de lo que allí sucedía. Quizá por eso exista una oportuna conveniencia en el hecho de que estas historias se viralicen y acaben siendo las protagonistas, relegando los cruentos hechos reales a un segundo plano. Sea como fuere, podríamos concluir que, aunque en la localidad de Iguala y sus alrededores existe una única cueva del Diablo, son muchos los demonios que habitan sus parajes.

Las grutas de Meco

Meco sería uno de esos pequeños municipios de la Comunidad de Madrid prácticamente desconocidos para el resto de España, si no fuera porque su nombre está asociado a la conocida cárcel de Alcalá-Meco, que, dicho sea de paso, no se encuentra ni en Alcalá ni en Meco, sino a medio camino entre ambas. Meco, no hace tanto, fue municipio de Guadalajara, hasta que las disputas con la Comunidad de Madrid inclinaron finalmente la balanza a terreno madrileño. Con apenas 13.000 habitantes, su territorio limita con otros municipios que nunca han dado que

hablar en noticias o informativos, como Camarma de Esteruelas, Valdeavero o Los Santos de Humosa; es por eso que, más allá de la conocida cárcel, pocos saben que Meco posee grandes joyas históricas desde la Edad del Hierro, como los restos arqueológicos de una necrópolis romana o que por sus calles pasaba el conocido Itinerario de Antonio Augusto Caracalla, una de las vías de paso romanas más importantes en su época. Este municipio también fue protagonista durante la ocupación musulmana; fue testigo del paso de un mozárabe toledano llamado Hashim al-Darrab, cuya fama le viene de ser una de las pocas personas que se salvaron de la

matanza que la historia llamó la Jornada del foso. Se dice que el emir árabe Alhakén I preparó una trampa a sus enemigos más influyentes de Toledo. Con la excusa de celebrar el nombramiento de un nuevo gobernador de la ciudad, invitó a su palacio a las personas más destacadas, ricas e influyentes, en total más de 400. La historia que muchos dan por cierta es que, durante el banquete, mandó a varios soldados presentarse en el salón y cerrar sus puertas. Estos soldados, bajo encomienda del emir, degollaron a todos los invitados y arrojaron sus cabezas a un foso preparado de antemano para tal efecto. Tiempo más tarde, tras la

Reconquista, el rey Juan II de Castilla entregó al municipio y sus calles el sobrenombre de señorío de Meco, por su fidelidad al reino. Las mismas calles que en épocas más modernas vieron desfilar a las Brigadas Internacionales. Mención aparte merece su iglesia, Nuestra Señora de la Asunción, atribuida a Rodrigo Gil de Ontañón, y que, por sus dimensiones, muchos vecinos encumbran al estatus de catedral, con grandes bóvedas estrelladas, de crucería, y una gran y fastuosa cúpula barroca. Una iglesia que no pasó desapercibida ni siquiera para los vándalos, quienes vieron en ella el

lugar idóneo para la rapiña y el robo, sobre todo durante los primeros años de la Guerra Civil.

Lo que pocos sabían era que bajo el casco urbano de Meco se escondía y se esconde su duplicado bajo tierra. Mientras sus calles eran testigos del paso de la historia, todo un dédalo de cuevas y pasadizos del subsuelo reposaba a tan solo cinco metros de profundidad.

Para los habitantes de Meco, estas historias sobre una suerte de ciudad subterránea eran poco más que leyendas. Pasadizos que comunicaban con la iglesia, casas que disponían de grutas secretas por donde moverse de un lado a

otro del pueblo bajo tierra. En los corrillos, no había momento en el que no afloraran viejas historias de curas o terratenientes que decían eran capaces de presentarse en uno y otro lado del pueblo sin ser vistos. Las leyendas urbanas comenzaron a surgir y, como si de cuentos de terror se tratase, se utilizaba la supuesta existencia de estas grutas para asustar a los niños con la idea de llevarlos a alguna de estas cuevas y encerrarlos para siempre si no se portaban bien. En este sentido, no eran pocos los que afirmaban a los pequeños que entre sus lóbregos pasadizos vivía un terrorífico y siniestro personaje que se encargaba de salir

cada noche en busca de los niños más revoltosos que no hacían caso a sus padres. El «hombre del saco» de Meco fue una de esas historias recurrentes que hacían referencia a la supuesta existencia de una auténtica ciudad subterránea. Esto derivó en la aún más macabra idea de que, bajo la iglesia, se aposentaba una cripta en la que se guardaban no solo los restos de curas y devotos, sino que allí se hacinaban los cadáveres de supuestos niños de alguna monja o madre soltera que no quería enfrentarse, en esa época, a la vergüenza vecinal. Otros decían que en esas mismas criptas se hallaban las riquezas que los curas pudieron rescatar de la

iglesia antes de que esta fuera atacada durante la Guerra Civil. En este sentido, no faltaban los que alimentaban la creencia de que, en época musulmana, estas grutas fueran objeto de ocultación de tesoros moriscos o de tumbas antiquísimas con iguales riquezas. Todo el pueblo murmuraba y daba por sentado que, rascando un poco la piedra, se podrían encontrar numerosas edificaciones subterráneas; poco menos que un pueblo completo debajo de Meco. Las leyendas también atribuían a este mundo subterráneo el origen de ciertos ruidos y «andares» de pasos invisibles que, en mitad de la noche, parecían resonar sin que nadie ocupara

sus calles. Fantasmas y espectros quizá fueran los otros vecinos de Meco, que manifestaban su presencia con tales escandaleras nocturnas. Cuando no era así, siempre había algún vecino que afirmaba haber visto una sombra extraña por la calle o incluso que alguien, en mitad de la noche, igualmente como una sombra, había aparecido de la nada en las estancias de sus casas, mientras otros vecinos apuntaban a la insólita desaparición de algún enser o el desplazamiento de muebles y sillas sin que nadie las tocara. Otros atestiguaron que, mientras caminaban en la noche por las solitarias calles de Meco, observaban sombras que parecían

parapetarse entre las paredes de las casas con la clara intención de no ser descubiertos. Y otros eran capaces de afirmar que oían voces mientras sus calles estaban en la más absoluta de las soledades. ¿Qué estaba ocurriendo en Meco? Pareciera que la mente de algunos fuera demasiado proclive a la fantasía, por lo que la mayoría de los vecinos no daban crédito a estas historias: «Son cosas para asustar a los niños», «leyendas de la gente», afirmaban algunos, mientras otros porfiaban una y otra vez sobre la veracidad de su relato. Para la mayoría de los vecinos, las voces, fantasmas, sombras y criptas con siniestros secretos

no podían ser sino un bulo exagerado por el tiempo y alimentado por la fantasía. Pero, a veces, las leyendas urbanas se visten de realidad, al menos en parte, y el caso de Meco es un claro ejemplo de ello.

A mediados del año 2002, parte del terreno de la casa de una vecina se vino abajo. El agujero, más que miedo y estupor, provocó una gran curiosidad a Isabel Loeches, la inquilina de la casa, por lo que, sin pensárselo dos veces y ayudada por una simple linterna, saltó al agujero que acababa de aparecer. La luz de su linterna le mostró algo que solo había oído en viejas leyendas y en esos cuentos para asustar a los niños. Frente

a ella, discurría un tramo de gruta que se extendía bajo su casa en lo que parecía un ramal de un pasadizo central mayor. Isabel, movida por el asombro de su descubrimiento, caminó casi a tientas por el lugar, donde encontró otros tres senderos cuyas entradas habían sido tapiadas. Tras regresar de su excursión, no dudó un instante en dirigirse al Ayuntamiento para dar fe de su hallazgo y que estos determinaran el verdadero valor de su descubrimiento. Al revelar este suceso en el consistorio, algo escamó a Isabel. Las miradas y los cuchicheos que empezaron a manifestarse entre algunos funcionarios parecían indicar que su descubrimiento

no era del todo una sorpresa. Ella, que estaba dispuesta a hacer público su hallazgo, obligó al Ayuntamiento de Meco a admitir que no había sido la única del vecindario en descubrir una de estas grutas, lo que destapó que casi una decena de vecinos las habían encontrado antes que ella y que, con la connivencia del Ayuntamiento o *motu proprio*, habían decidido taparlas sin decir nada, intentando guardar el secreto y enterrar la historia de estos pasadizos. Pero ¿por qué ese empeño en mantenerlo en secreto? ¿Acaso había algo que comprometiera al pueblo dentro de esos pasajes y grutas? Por otro lado, algunos vecinos no se creían su historia, la cual

siempre había formado parte de las leyendas más antiguas de Meco, por lo que fueron muchos los que pidieron a Isabel que se lo mostrara, ya que siempre lo habían oído pero nunca habían llegado a verlo con sus propios ojos. En su interior, Isabel encontró varias tinajas y enseres, pero nada que el consistorio tuviera que ocultar. Sin embargo, el empeño del Ayuntamiento por tapar aquello fue tal, que incluso el arquitecto asesor municipal solicitó que se desalojara la vivienda con el argumento de que esta llevaba más de cincuenta años en pie, con muros de adobe y que, después, se tapase el hoyo con grava hasta condenarlo. Por otro

lado, el concejal de Urbanismo Juan Manuel Martos señaló que las cuevas no tenían ningún valor ni eran dignas de conservación y rechazó cualquier trabajo o dictamen arqueológico. Pero no solo eso, el propio edil achacaba el interés de Loeches por esta gruta a un intento de hacerse con la vivienda, ya que no era la dueña sino la inquilina en régimen de alquiler. El asunto llegó a tal extremo, que la propia Isabel culpó al equipo de gobierno de ocultar las cuevas en pos de algún tipo de suculento proyecto urbanístico cuyo objetivo pasaba por convertir la zona en una torre de apartamentos. Pero ¿qué hay de todas

esas leyendas de fantasmas, voces y espectros? ¿Acaso estos pasadizos tenían algo que ver en ello?



Iglesia de Meco de donde parte uno de los pasadizos subterráneos.

En la actualidad, existe una frase popular, aunque cada vez menos extendida, que dice: «A este no lo salva ni la bula de Meco». Esta frase, muy popular en la zona, se dice cuando una persona está metida en tal embrollo que no hay nada que la saque de esa situación. La historia de esta frase proviene de la bula que concedió la Santa Sede al municipio en 1487. La poderosa influencia de la familia Mendoza sirvió para que Inocencio VIII permitiera a los habitantes de Meco saltarse la Cuaresma y comer carne todos los viernes. Esta bula se concedió porque los ilustrados de la época argumentaron que Meco era la localidad

más alejada del mar de España, por lo que el acceso al pescado era realmente limitado y no podrían respetar el dictamen eclesiástico durante toda la Cuaresma. Esto propició que Meco fuera, y siga siendo, uno de los pocos lugares de España con una bula que permite comer carne durante ese periodo. Esta bula encierra en sí misma el misterio de su paradero, pero, afortunadamente, sabemos de ella porque su contenido fue publicado por el numerario Adolfo Aragonés el 1 de diciembre de 1918, en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. La bula decía lo siguiente:

«Por la acostumbrada clemencia de la Sede Apostólica y por disposición de la Sacrosanta Iglesia, usando de benignidad y mansedumbre y templando sus rigores, se ha establecido aquellas cosas que, atendiendo a la necesidad de lugares y personas, se han creído saludables y convenientes [...] acaba de hacernos presente que, encontrándose a gran distancia del mar, y habiendo, por consiguiente, la escasez de pescados, para que puedan cómodamente sustentarse los días viernes y ayunos de los vecinos y demás moradores de Tendilla, de Modéjar, de Mira el Campo, de Illana, de Fuente el Viejo, de Meco [...] se estableciese que los

vecinos y moradores de dichos lugares que en ellos residieren, pudiesen, en los citados días, comer algunos lacticinios, consultando así el provecho y utilidad de los mismos [...].»

Pero ¿qué tiene que ver esto con las historias de aparecidos y leyendas de cuevas bajo las calles de Meco? Esta bula de la carne fue tan famosa que eclipsó otra concedida a la iglesia y que tenía tintes más oscuros y siniestros. La segunda bula, y menos conocida, ofrecía a la iglesia de la Asunción una distinción tan inverosímil como peligrosa. Según el edicto de la Santa Sede, todo aquel que se refugiara en la iglesia estaría libre de cualquier acción

de justicia humana. Es decir, no podría ser acusado, detenido ni juzgado por la ley del hombre, siempre y cuando permaneciera en el interior del santuario. Es fácil imaginar que, ante este panorama, criminales de toda índole recalaran en la iglesia de la Asunción para no ser detenidos por sus crímenes y fechorías. La noticia se propagó haciendo que muchas personas de diferente calado moral buscaran su salvaguarda en la citada iglesia, la cual curiosamente disponía, y a día de hoy dispone, de un pasadizo que cruzaba el casco urbano de Mecó casi de punta a punta, con los consabidos ramales que llegaban a las diferentes casas del

pueblo. La iglesia se había convertido en refugio de delincuentes que, sin saberlo los vecinos, podrían aprovechar estos pasadizos para, no solo recorrerlo sin ser vistos, sino para acceder a sus viviendas. Pero más aún, ¿pudieron ser estos «nuevos vecinos» los creadores en la sombra de tales grutas? En caso de ser así, esto explicaría las historias de voces invisibles, ruidos y sombras, así como la inexplicable desaparición de objetos de las casas o el sobrenatural desorden en algunas de ellas. El sacerdote de la iglesia de la Asunción especuló en su momento con que los pasadizos pudieran haber sido contruidos por los habitantes más ricos

de Meco para esconderse en caso de revuelta popular. También estas cuevas podían haber servido para resguardar a los vecinos de Meco durante la Guerra Civil. Lo cierto es que no existe documentación que dé fe de su construcción ni de sus fines. Por otro lado, tampoco existen testimonios ni documentos que acrediten que los habitantes del municipio hubieran utilizado estas grutas para resguardarse durante la guerra. Lo coincidente de este asunto es que la datación de su construcción sería ubicada en algún momento del siglo XVI, fecha que coincide curiosamente con el vigor de la «bula criminal». Por otro lado, la falta

de documentación o referencias históricas, aunque fuesen de boca a boca, podría indicar que su construcción fue secreta y realizada por personas que, si eran de Meco, jamás revelaron su participación en ellas ni las dieron a conocer, a no ser, claro está, que tuvieran un poderoso motivo para que no se supiese de su existencia, por lo que algunas personas especulan sobre la posibilidad de que estas cuevas no solo sirvieran para desplazarse de un lugar a otro, sino para guardar algún tipo de secreto. Para ahondar en estos asuntos, debemos viajar a través de la historia en busca de una leyenda que conjuga objetos sagrados, milagros

extraordinarios y reliquias perdidas. Una historia que podría estar íntimamente ligada a la de estas grutas y que, desde luego, ofrece un giro de guion extraordinario que explicaría el uso de tales pasadizos. ¿Me acompaña?

Alcalá, 1 de mayo de 1597. En las postrimerías del reinado de Felipe II, en la iglesia del colegio de los jesuitas, un morisco pidió confesión al padre Juan Juárez. Entonces se vivía en una época de grandes conflictos religiosos en la que judíos y moriscos habían sido expulsados por los Reyes Católicos. Aun así, muchos moriscos se resistían a partir y abandonar tierras castellanas. Cuenta la leyenda que este morisco se

confesó autor de varios actos de profanación de iglesias. Fruto de estas profanaciones fueron veintiséis formas consagradas sustraídas de tres iglesias distintas que el penitente había salvado de la destrucción entregándoselas al jesuita. Estos monjes dudaron cómo proceder y qué uso dar a estas Sagradas Formas. En un principio, se pensó en destruirlas, pero la sospecha de que pudieran estar consagradas hizo desechar tal idea, así que optaron por guardarlas en una caja de plata que depositaron junto a otras reliquias; esperaban que el paso del tiempo hiciera su trabajo y las corrompiera, lo que permitiría, bajo la costumbre

litúrgica, su destrucción. Sin embargo, el tiempo pasaba y las formas no se corrompían, por lo que los jesuitas decidieron realizar diferentes investigaciones. Una de ellas fue colocar las formas incorruptas junto con otras en un lugar húmedo que acelerara el proceso de corrupción. Al comprobarlo meses después, los jesuitas quedaron anonadados al ver cómo todas las formas se habían corrompido a excepción de las entregadas por el morisco. Para entonces, las Sagradas Formas ya tenían once años y su aspecto era como el del primer día. Esto interesó de tal manera a la Compañía de Jesús que, tras otros seis años de

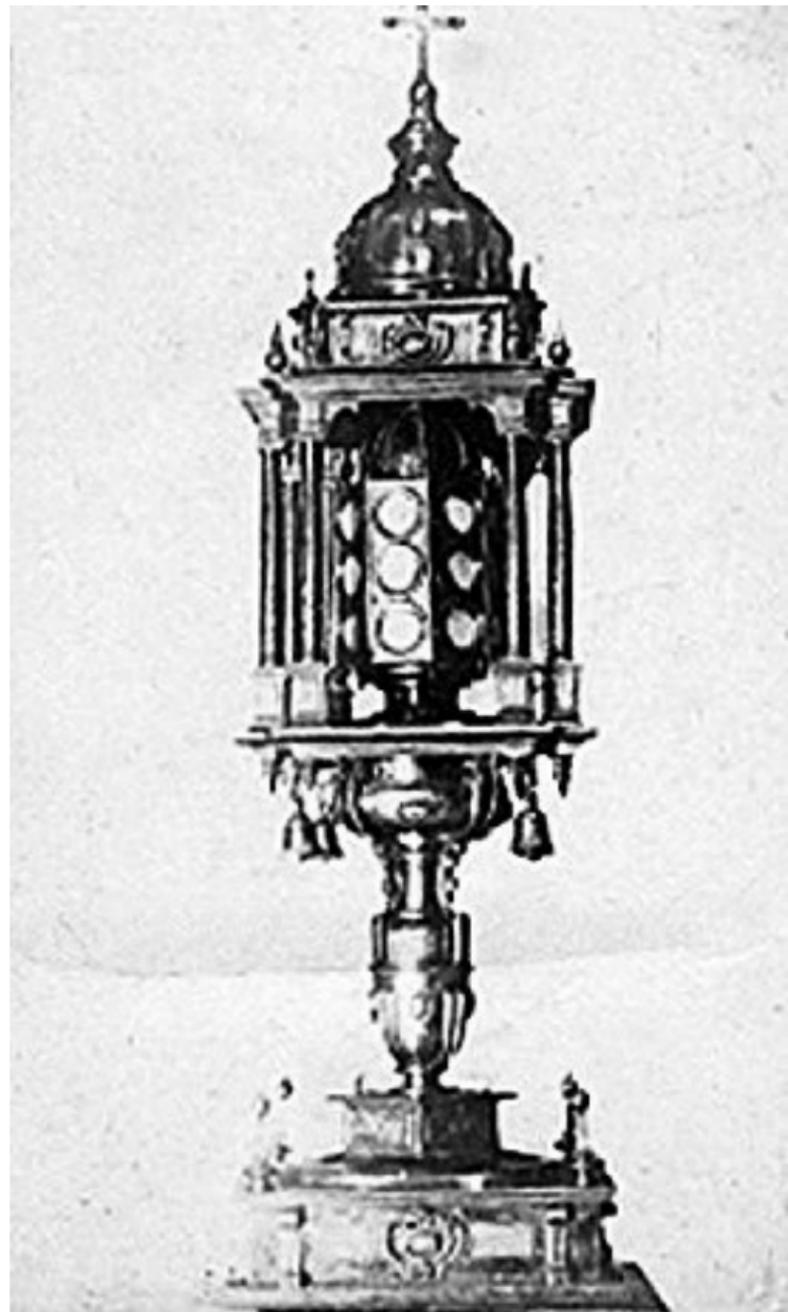
incorruptibilidad, se comunicó oficialmente el milagro. Para evitar susceptibilidades, se sometieron a los estudios de varios científicos de entonces, entre ellos el médico real don Pedro García Carrero, quien, en 1615, hizo un pormenorizado examen a las formas y llegó a la conclusión de que no existía explicación científica posible para su buen estado, por lo que, finalmente, se dictaminó su carácter milagroso. A partir de ese instante, las Sagradas Formas se convirtieron en objeto de fervor popular y se llegó a realizar una festividad en su honor. Solo en contadas ocasiones salían en procesión por las calles de Alcalá,

como ocurrió el 25 de abril de 1620, a la que acudieron el mismísimo rey Felipe III y su esposa Margarita de Austria. Las calles se engalanaron con miles de tapices y se llenaron de cientos de personas con ganas de ver las incorruptas y milagrosas formas. Ya entrados en el año 1622, fueron entregadas por el cardenal Spínola al obispo de Tortosa y guardadas en una caja de plata, conchas y nácar que fue introducida en una cúpula semiesférica rematada con una cruz y sostenida por cuatro pares de columnas, todo ello realizado en plata maciza y protegida por cuatro gruesos cristales de roca soldados a la custodia para evitar

posibles hurtos o sustituciones. A estas formas se les atribuyó la interrupción de grandes sequías o de peligrosas riadas, lo que aumentó el fervor por la reliquia, a tal punto que el propio Ayuntamiento de Alcalá acordó hacer voto *hasta el fin del mundo* de asistir a todas las misas en su honor. Los supuestos milagros se sucedieron durante siglos hasta 1931, fecha en la que se vieron por última vez en procesión las Sagradas Formas por Alcalá. Con la Guerra Civil, numerosas iglesias fueron ominosamente saqueadas y quemadas, entre ellas la iglesia Magistral, depositaria de las reliquias, que fue saqueada el 22 de julio de 1936. Nunca se llegó a saber qué ocurrió ese

día, pero se corrió el rumor de que los tres sacerdotes custodios habían logrado ocultar las reliquias antes de ser asesinados. ¿Se perdieron las reliquias en el saqueo o, por el contrario, permanecen escondidas en algún lugar desconocido? Nadie lo sabe con certeza. Algunas personas apuntaron a la cripta del Cardenal Cisneros, pero esta apareció vacía al terminar la guerra. Otros nombran una finca conocida como El Encín, donde la custodia permanecería enterrada. Sin embargo, el conocido padre Pílon, al igual que otros, manifestó su fehaciente convicción de que las Sagradas Formas estarían depositadas en alguna de las galerías

subterráneas de Meco. Según su versión, a los tres sacerdotes de la Magistral les dio tiempo a recoger la custodia antes del saqueo, llevarla a Meco y ocultarla en algún lugar de las cuevas que recorren su subsuelo. Para los defensores de esta idea, esta historia cobraría aún más fuerza desde que se descubrió un pasadizo en forma de túnel que comunica la iglesia con la casa del cura, situada justo detrás del actual Ayuntamiento. Se confirmaría, entonces, que los antiguos sacerdotes podrían haber accedido a estas grutas a través del santuario.



Custodia de las santas formas.

Es probable que nunca sepamos si allí hay escondido algo de tan insigne valor, ya que el estado de estas grutas, en la actualidad, amenaza ruina, por lo que las autoridades condenaron muchos de sus pasajes. Esto no ha impedido que muchos curiosos y amantes de lo insólito hayan desfilado por el subsuelo de Meco en busca de la resolución de todos estos enigmas porque, sugestión o no, en la actualidad se siguen contando historias y recogiendo testimonios sobre aparecidos, y sombras salidas de la nada que recorren las callejuelas de su

casco viejo, para lo cual no faltan personas que digan que, bajo el asfalto, habitan antiguos fantasmas o custodios de reliquias sagradas.

EPÍLOGO

La cueva a la que te da miedo entrar es la que contiene el tesoro que buscas.

JOSEPH CAMPBELL, mitólogo y
escritor

Es inevitable pensar si todos estos asuntos que he intentado transmitir en esta obra no están anclados en el espíritu humano más de lo que

imaginamos. Concebimos las cuevas como lugares oscuros, desconocidos, casi hostiles. Sin embargo, es curioso pensar como el hombre a lo largo de su historia ha utilizado esta oscuridad como herramienta para alcanzar la iluminación. Una idea tan fascinante como contradictoria y trascendente. El uso de la oscuridad como el camino a la luz. Algunos están convencidos de que en las cuevas, entre las tinieblas que custodian sus pareces, surgió el despertar de la mente humana, y se preguntan por qué el hombre antiguo decidió confinar sus pensamientos en esa misma oscuridad. Desde ese instante las cavernas han sido testigos mudos del

devenir del hombre. En los abrigos de las cuevas nacíamos, vivíamos y en ellas hemos sido enterrados durante milenios, pero solo unos pocos elegidos tienen la fortaleza suficiente para penetrar en sus profundidades. Las cuevas tienen una extraordinaria capacidad para expresar las emociones de quien allí se adentra. He visto como algunas personas sucumbían en un estado casi hipnótico, siendo atrapados por una euforia incontenible. Sobre este particular no son pocos los guías de diferentes cuevas con los que he podido hablar durante mis investigaciones, que me aseguraban que algunas personas les pedían que no hablaran durante la visita,

que permanecieran en silencio recorriendo cada una de las estancias de las cavernas o como algún cliente les ha llegado a pedir permanecer en plena oscuridad en alguna de las salas o incluso abrazarse a alguna roca. Por otro lado, también han tenido que acompañar a algunos visitantes hacia la salida porque eran incapaces de soportar esa sensación de aislamiento, la opresión de notar que el tiempo parece detenerse e incluso de creer que se perderán y no saldrán de allí jamás, situaciones de las que yo mismo he sido testigo al observar cómo gente normal, sin aparentes debilidades, sucumbían paralizados ante un recodo, un pasadizo estrecho o ante

la oscuridad y el silencio, como si la propia cueva contuviera una entidad invisible que atenazara su mente. Creo firmemente que estos lugares expresen las emociones de los hombres y, como hace miles de años, provocan sentimientos de fascinación y temor a partes iguales. Pero, aun así, ¿por qué el hombre sigue entrando en las cuevas? ¿Por qué hoy en día muchas personas se sienten atraídas, casi de manera atávica hacia su interior? ya no necesitamos de su refugio ni su protección, ya no hace falta proteger un fuego o resguardarse de animales salvajes, entonces ¿qué provoca esa extraña llamada? Puede que la respuesta esté en el deseo del hombre

por romper las barreras de su entorno, vencidas por el deseo, el afán exploratorio y el atractivo misterio de lo que se encuentra más allá del alcance de su mirada. Las cuevas ofrecen una de las últimas y desconocidas fronteras a las que se enfrenta el hombre de igual modo que hace siglos el mar ofrecía las suyas. Decía el norteamericano Walt Whitman en un poema sobre los astros y el hombre que, cuando este llegue a la más lejana de las estrellas, querrá conocer otra más lejana aún. Yo añado que además querrá dejar su impronta, quizá como lo hicieron nuestros ancestros en las cuevas, las mismas que fueron

testigos del nacimiento del hombre moderno, ese que ahora pretende llegar a las estrellas.

AGRADECIMIENTOS

Por todo y por encima de todo a Rocío. Quien pacientemente ha esperado y ha sabido esperar. Gracias, gracias y mil gracias por tantos abrazos y comprensión infinita.

A Lorenzo Fernández por abrir la puerta y no cerrarla nunca. Hermano, no importa la distancia o el tiempo. Entre cada reencuentro para mí solo dista 1 segundo de diferencia.

A José Manuel García Bautista, por empujarme al vacío y hacerme ver que se puede volar.

A MIS AMIGOS. Por insistir en seguir siéndolo, lo cual es un honor que no cabe en ningún universo.

Finalmente, este libro está dedicado a mi familia, pero también a todos los que me precedieron en el tiempo, hasta llegar al hombre y la mujer, con cuya unión, crearon la primera vida de una larga cadena de la cual yo soy el último eslabón. Porque estoy convencido de que primigenio descendiente abrió los ojos al abrigo de una cueva.

Las cuevas y sus misterios

Juan Gómez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto y las imágenes: Juan Gómez ,
2018.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y
Diseño

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018 Ediciones
Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub):
marzo de 2018

ISBN: 978-84-17371-08-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.
L. L.

